

# Una historia con muchas historias

COVIRENAS en la Zona Sur de Costa Rica

Rodrigo Soto  
EDITOR



ASOCOVIRENAS

# Una historia con muchas historias

COVIRENAS en la Zona Sur de Costa Rica

Rodrigo Soto  
EDITOR

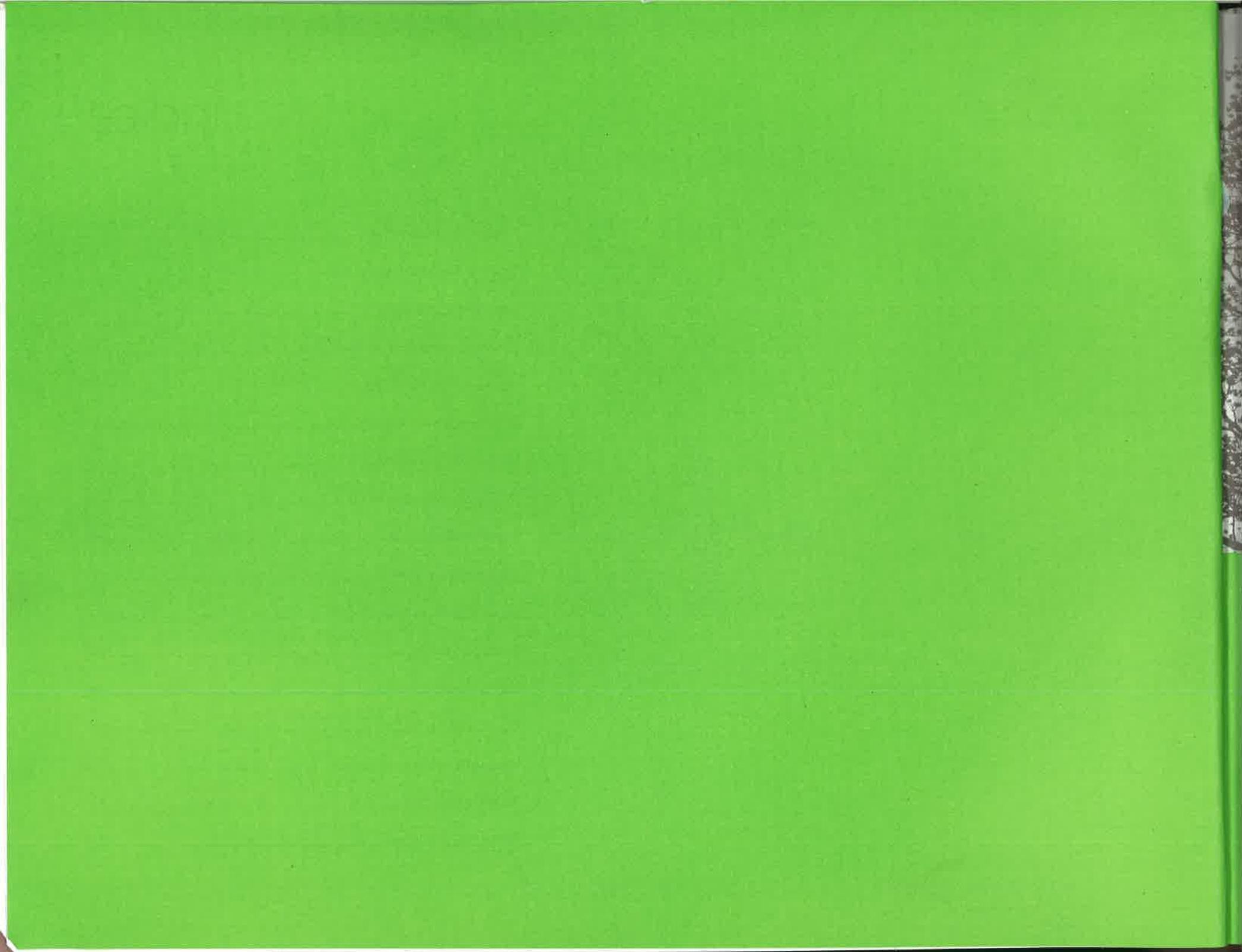
Alexander Arias  
FOTOGRAFÍAS

**TNC**   
Conservando la naturaleza.  
Protegiendo la vida.

  
**ASOCOVIRENAS**

# Índice

A modo de introducción.....	5
Oldemar Araya Hernández.....	9
Isidro Barboza Badilla.....	17
Cristina Camaño Santamaría.....	25
María Estelia González Brenes.....	33
Omar Memphis Enríquez Orellana.....	43
Martín Pérez Mendoza.....	49
Eduvigis Pomares Pavón (Edu).....	55
Giulio Ranalli.....	61
Cristino Lázaro Rojas.....	69
Carlos Alberto Santana.....	77
Bonifacia Castillo.....	83
Marcos Castro.....	89
Roxana Villegas Castro.....	99
Enrique Beita Elizondo.....	109
Ricardo Araya Piedra.....	117
Breves palabras finales.....	127





## A modo de introducción

Para quienes no sepan de qué se trata, la palabra COVIRENA, lejos de ser atractiva, posiblemente resulte extraña: "¡No seas tan covirena, vos!" "¡Si seguís molestando te saco un covirena!" "¡Más covirena será tu madre...!"

La primera vez que escuché esta palabra fue cuando surgió la posibilidad de participar en la elaboración de este libro. Dicho de paso, hasta entonces tampoco había estado en la llamada "Zona Sur" de Costa Rica. Lo más lejos que había caminado en esa dirección, era poco más allá de Buenos Aires, hasta la estrecha garganta del río Grande de Térraba denominada Paso Real.

De modo que averiguar el significado de la palabrita está, en mi caso, estrechamente relacionado con mi humilde “descubrimiento” de la Zona Sur: realizar este trabajo me llevó por primera vez a Golfito y al Golfo Dulce, a la Península de Osa, a Puerto Jiménez, a Drake, a La Gamba... En resumen, a esa inmensa porción de la geografía del país poco frecuentada por la mayoría de la población del Valle Central...

Todo eso está muy bien, ¿pero qué son los COVIRENAS? La sigla quiere decir: Comités de Vigilancia de los Recursos Naturales. Se trata de una instancia creada por la Oficina de Sociedad Civil del Ministerio del Ambiente y Energía (MINAE) a principios de la década de los noventa. Los COVIRENAS son personas que se ofrecen a colaborar voluntariamente en la vigilancia de los recursos naturales –forestales, acuíferos y vida silvestre-. En principio, su rol fundamental es ser denunciadores, ante el propio MINAE o cualquier otra autoridad competente, de las violaciones a la legislación ambiental del país. Sin embargo, como se verá a continuación, en los hechos desbordan esa función.

Un COVIRENA es una persona que ha sido acreditada como tal por el MINAE. En algunas comunidades existen verdaderos comités de vigilancia de los recursos naturales, en otras lo que se encuentra son personas que, aisladamente, cumplen esa función. Tanto el MINAE como los mismos COVIRENAS se conciben como un “movimiento”, es decir, como un conjunto de personas que actúan con los mismos fines, aunque con bajos niveles de coordinación y estructuración. Aunque su número es fluctuante, los COVIRENAS han existido desde su constitución a todo lo largo y ancho de del país.

En cualquier caso, es curioso que, tratándose de una instancia de la “sociedad civil” –como se dice en la jerga al uso– los COVIRENAS hayan surgido por iniciativa de una dependencia estatal, el MINAE. Como es sabido, desde hace varias décadas operan en Costa Rica numerosas organizaciones no gubernamentales (ONG) ambientalistas, con énfasis y orientaciones diversas. Asimismo, previo a la creación por Decreto Ejecutivo de los COVIRENA, existían en el país otras instancias comunales a las que el MINAE pudo haber recurrido: las Asociaciones de Desarrollo Comunal, por ejemplo. ¿Por qué entonces partir de cero?

La mención de las Asociaciones de Desarrollo Comunal no es arbitraria. También en ese caso se trata de organizaciones de la “sociedad civil” surgidas por iniciativa del Estado. Bien es verdad que, en el caso de dichas Asociaciones, el “desarrollo” que impulsaban estaba estrechamente

ligado con la realización de obras de infraestructura –camino, puentes, salones comunales, centros de acopio de producción agrícola, etc.– mientras que los COVIRENA enfocan su mandato en la agenda ambiental. ¿Coincide el decaimiento de las Asociaciones de Desarrollo Comunal con el declive de cierta idea del desarrollo? ¿Será que el Estado costarricense estimula y promueve el surgimiento de cierta asociatividad según las sucesivas ideas del “desarrollo” que se impulsan desde su seno?

Tal y como refieren varias personas en las páginas que siguen, el MINAE, por cuya iniciativa surgen los COVIRENA, muy pronto insta a los comités a constituirse jurídicamente en asociaciones autónomas, con la finalidad de que puedan gestionar y acceder por su cuenta a recursos financieros. La respuesta que tuvo esta excitativa fue, al parecer, disímil. Mientras que gran parte de los COVIRENA existentes permanecieron apegados a las iniciativas y directrices del MINAE, algunos asumieron el desafío de independizarse, jurídicamente hablando, del Ministerio, y desplegar una actividad autónoma.

Esto es precisamente lo que ocurrió en la Zona Sur, una región plena de contrastes de todo tipo: de un lado se encuentran ahí algunas de las mayores reservas naturales y zonas protegidas del país, del otro se trata de una de las regiones sometidas a mayores presiones ambientales. De un lado la economía local giró durante casi medio siglo en torno al monocultivo bananero, hasta el intempestivo abandono de las plantaciones por parte de la Compañía a inicios de la década de los ochenta, del otro, la Zona Sur fue una de las últimas “fronteras agrícolas” en Costa Rica, hasta el punto de que aún a principios de los años 80 del siglo XX existían ahí tierras baldías por denunciar.

Recogiendo el desafío lanzado en su momento por el MINAE, algunos COVIRENAS de la Zona Sur constituyeron una asociación a la que denominaron ASOCOVIRENAS de ACOSA, inscrita en el Registro como asociación sin fines de lucro y conformada por personas que son –o fueron– COVIRENAS, y que viven o trabajan en la Zona Sur del país. Los fines de la Asociación coinciden en todo con los que el MINAE fijó para los COVIRENAS.

ASOCOVIRENAS de ACOSA tiene varios años de operar en una región geográfica que se extiende desde el cantón de Osa hasta el de Corredores; desde el vasto manglar Terraba-Sierpe, sobre la costa pacífica, hasta Paso Canoas y Punta Burica, colindantes con Panamá. En ese lapso, ASOCOVIRENAS de ACOSA ha ejecutado y ejecuta diversos proyectos

de carácter socio-ambiental. Recientemente, *The Nature Conservancy* (TNC) decidió asociarse con ellos para el desarrollo de algunos proyectos en la zona. Como parte de dicha colaboración surgió la idea de realizar una especie de “sistematización” de lo que han sido los COVIRENAS en la Zona Sur de Costa Rica. Ambas organizaciones coincidieron en que, más que una sistematización convencional, les interesaba recoger y explorar “el lado humano” del movimiento COVIRENA, y convinieron recopilar una serie de “historias de vida” que permitieran ver quiénes son, de dónde vienen, que hacen y cómo viven, cómo piensan y sienten, a qué aspiran y con qué cosas sueñan, los COVIRENAS de la Zona Sur. Adicionalmente, un acercamiento de esta índole permitiría comprender cuáles son sus vínculos con el ambientalismo y con otros movimientos sociales, la diversidad de sus orígenes sociales y de sus credos políticos o religiosos, para mencionar sólo algunos temas. En suma, un acercamiento de este tipo debería de permitir, además de echar una mirada en profundidad al movimiento de los COVIRENAS, asomarse a la historia reciente de esa región del país, desde el punto de vista de algunas fuentes primarias que han vivido y sufrido en carne propia lo que ha acontecido ahí durante las últimas décadas.

Eso es lo que este libro pretende ser. Se recogen aquí quince historias de vida de personas –hombres y mujeres, mucho más hombres que mujeres– que son o han sido COVIRENAS y están o han estado vinculados con algunas de las más importantes luchas socio-ambientales de las últimas décadas en la Zona Sur.

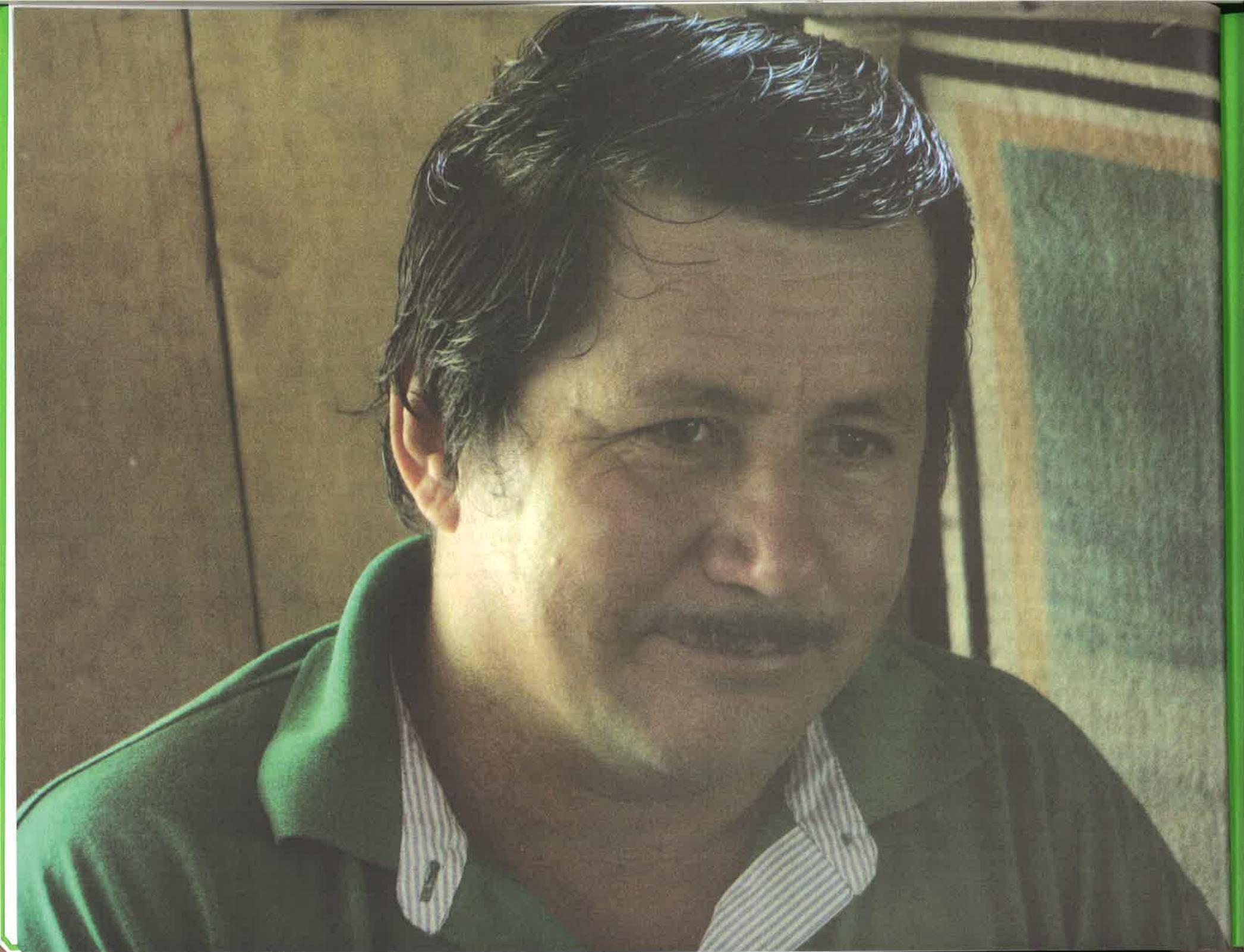
La lista de personas a entrevistar fue directamente suministrada por ASOCOVIRENAS de ACOSA. Las entrevistas se realizaron durante el mes de abril del año 2007, siempre que fue posible en la residencia del entrevistado. Por limitaciones de tiempo las historias se construyeron, en todos los casos, con base en una única entrevista, cuya duración promedio fue de un par de horas. Luego de transcribirse, editarse y organizarse las entrevistas, los relatos fueron sometidos a la consideración de los entrevistados, quienes tuvieron oportunidad de realizar sugerencias, cambios y correcciones sobre los borradores.

El editor deja constancia de su gratitud a todas y cada una de las personas entrevistadas, por su amplitud, su generosidad y su buena disposición para compartir su historia –historias de lucha, historias de vida–, que a menudo incluyen episodios difíciles o dolorosos. En algunos pocos casos consideré prudente cambiar u omitir nombres cuya mención

hubiera resultado comprometedor para los aludidos o para las organizaciones responsables de esta publicación.

Deseo, finalmente, dejar constancia de mi gratitud a ASOCOVIRENAS de ACOSA y a *The Nature Conservancy*, TNC, muy en particular a la Sra. Nora Galeano, por la oportunidad de realizar este trabajo que tanto me ha enseñado. También un agradecimiento a Jorge Polimeni de la Oficina de Sociedad Civil del MINAE por la abundante información suministrada, al fotógrafo Alexander Arias por su compromiso y excelencia profesional, a Anabelle Gallegos por su meticulosidad para realizar el delicado trabajo de transcripción de las entrevistas y, por último pero no menos importante, a Marcos Villegas Castro, de ASOCOVIRENAS de ACOSA, quien asumió el enorme trabajo de someter las historias a la consideración de los entrevistados e incorporar sus observaciones y sugerencias. Para todos ellos, mi agradecimiento.

Junio, 2007





## Oldemar Araya Hernández

*Los Planes de Drake*

Hijo de campesinos y hermano de madereros, este nativo de Liberia peregrinó por medio país antes de llegar a Drake. Fue el gnosticismo lo que lo acercó a las luchas por la conservación.

Después se vinculó con las primeras organizaciones locales y participó en algunas de las luchas más importantes que se libraron en la Zona Sur. Hoy, como casi todos en Drake, vive del turismo.

Yo soy nativo de Liberia, Guanacaste, pero desde muy güila anduve rodando con mis tatas y mis diez hermanos por medio país: San Carlos, Esparza, Villa Neilly... Un poco más tarde, como de nueve o diez años, llegamos a trabajar a las bananeras de Limón. Cuando tenía once años nueve meses empecé a trabajar en una bananera y tres meses después me extendieron el permiso de trabajo. Entonces me integré totalmente como trabajador bananero. Cuando terminé la escuela, a los catorce, ya tenía dos años de bretear en las bananeras.

Por esa época mi tata se hizo de una finca como de 100 hectáreas por el lado de Batán, donde estuvo made-reando... Él es agricultor y toda la vida ha trabajado con maderas y con bueyes. Los bosques de madera de ahí eran kativos gigantes, de sesenta, setenta metros. En esa finca un solo árbol podía ocupar dos chingas madereras, esos camiones grandes. Ahora eso es una bananera y nunca he querido volver a pasar por ahí. Está cerca de los canales del Madre de Dios, por las lagunas de Tortuguero. De la finca nosotros íbamos en bote de remo a Tortuguero... Después, uno de mis hermanos se metió a trabajar con camiones y todavía hoy trabaja con madera, pero por lo menos ya no se le mete a los bosques vírgenes, trabaja con plantaciones, de algo le han servido las lecciones.

Por un problema familiar yo dejé la finca y me fui a trabajar para la empresa Gallito sacando cacao en

otra finca, ahí cerca, en Batán. Para entonces ya era un muchacho y entonces decidí irme para Cartago, donde estuve trabajando en varias fábricas, hasta que encontré trabajo en el Instituto Tecnológico.

Estando ahí me metí a un grupo de estudios gnósticos con don Enrique Barrantes, y fue con ese grupo que empecé a tener cierto conocimiento de lo que era la ecología, la biología, la tecnología, el por qué había que conservar, el por qué era importante un árbol, el por qué era importante un pájaro o cualquier animal; cuál es la importancia de que exista el ave, de exista el animal, de que exista el bosque; qué es lo que ellos nos dan y qué les damos a ellos. Como quien dice, nos interesaba la parte mística, la purificación del alma, el crecimiento espiritual, pero nos dimos cuenta de que el crecimiento espiritual no es posible sin estar conectados con la Madre Naturaleza.

Empezamos a estudiar lo que hacían los indígenas, por qué los indígenas conservaban, qué hacía el chamán, el por qué del título de brujo. Por mucho tiempo también nos ganamos el título de brujos, pero si uno ve qué son los tales brujos o los tales chamanes y se mete en los bosques, donde están ellos, se da cuenta de que lo que ellos hacen es tratar a los animales, a la vegetación, a todo el bosque, como en la ciudad un religioso va a su iglesia o escucha al cura. El chamán escucha al bosque, escucha el guaco, escucha el tucán. Y aunque hay gente





que les teme porque los asocia con cosas de maldad, ojalá todos tuviéramos ese sentido. Entonces empezamos a recibir tanto halagos como insultos.

Con ese grupo empezamos a hacer caminatas a los volcanes y a las montañas. Don Enrique conocía la Península de Osa desde hacía 40 años y sabía del peligro en el que estaba por la deforestación y los madereros. Entonces empezó a seleccionar a cierto grupo, un grupo que él sabía que tenía que dar una batalla muy dura. El murió sabiendo que nosotros quedamos en esta lucha.

Don Enrique nos empezó a hablar poco a poco hasta que tomamos la decisión de dejarlo todo en la ciudad y venirnos para Drake. Esto fue allá por los años 80, cuando yo tenía como veinte años. Primero vinimos a conocer. En ese tiempo hubo una migración hacia esta zona de gente de Guanacaste, gente de Cartago, gente de Guápiles y de Limón. En el grupo nuestro éramos unas ocho o diez familias –la mayoría gente de Cartago y San José– incluyendo a otros como yo, que veníamos solos.

Cuando llegamos acá, estas tierras estaban abandonadas y habían sido expropiadas por el IDA, pero los antiguos dueños, los mentados Aguilares, unos grandes terratenientes, seguían destruyendo, talando, quemando... Las tierras estaban en manos del IDA pero el IDA no tenía fuerza suficiente para estar aquí; no tenían funcionarios y el lugar era de acceso demasia-

do difícil. El terrateniente tenía un cuidandero porque él estaba en un pleito con el IDA para que le pagaran las tierras, pero ellos mismos habían llegado a tomar las tierras y no tenían títulos de propiedad, y por eso el IDA no podía pagarles sino las mejoras. Finalmente les pagaron las mejoras y ellos se fueron, pero después quisieron meterle pleito al IDA y pusieron a un cuidandero.

Cuando llegamos y nos dimos cuenta de la situación legal en que estaba esto, tomamos nuestro trozo de tierra. Pero nuestro pleito no fue con el IDA sino con los terratenientes, porque ellos inventaron que querían volver aunque ya había firmado sus papeles. La cosa se les puso más complicada a ellos porque ya no tenían que luchar sólo contra el IDA sino también contra nosotros. Pero no nos conocían, no éramos personas del lugar, no eran personas que podían intimidar, es más, no sabían ni cuántos éramos. El IDA tampoco sabía quienes éramos. Siempre fuimos un misterio. Para ellos lo extraño era que eran personas que no cazaban, que no talaban los bosques, que hablaban de conservación. En esa época nos ganamos un apodo, nos pusieron “los Panzas Verdes”, porque como no cazábamos suponían que no comíamos carne, y no es que no comiéramos carne, es que simplemente no éramos cazadores.

Llegar aquí fue para nosotros una gran impresión: estos árboles gigantes, el mar y la costa y la historia de

esta zona, con sus piratas, sus indígenas. En Drake había un pueblito muy pequeño; en ese tiempo entraba de Sierpe solo un botecito de madera, los lunes, manejado con un motor de quince caballos. Vivíamos de la agricultura, del arroz, el maíz, los frijoles. Siempre fue una lucha porque no había caminos. Aquí los caballos llegaban con el barro a la panza y la mayoría de las cargas eran al hombro, porque ni siquiera había dinero para comprar un caballo. Tal vez alguien le prestaba a uno un caballo o por ahí alguien le prestaba una vaca para que tuviera la leche. Si uno estaba haciendo una casa venían tres, cuatro o cinco a ayudarlo, y después uno devolvía su trabajo. Necesitabas coger el arroz, entonces venían cinco o seis personas y levantaban la cosecha. Y la sacábamos a mano; se hacían bodegas y uno guardaba el arroz en granero, guardaba el arroz en granza también. El que ocupaba algo lo intercambiaba. Ahora se ha ido perdiendo mucho eso, la gente es más independiente.

A los tres o cuatro años de estar aquí vino mi primer matrimonio. A ella la conocí afuera. Parte de estas historias las pasé solo y parte ya casado, y así continuó la lucha contra los Aguilares. Ellos tenían 100 ó 200 cabezas de ganado y si alguien les estorbaba o querían un terreno, pues le echaban el ganado a la propiedad. Si por ejemplo yo tenía sembrados arroz y frijoles, podía que en la mañana fuera a ver a ver si estaba lista la cosecha y lo que encontraba eran 100 cabezas de ganado adentro. Había veces que

se llevaban la cosecha de un año. Y si a alguien no le gustaba el pedazo de tierra que tenía, pues lo dejaba y se cambiaba a otro. Yo, por ejemplo, para llegar aquí a donde estoy ahora, anduve como cuatro o cinco fincas, hasta escoger el lugar que realmente quería. Esta parcela sigue siendo del IDA. La mayor parte de fincas que hay aquí no tienen escritura. Existen algunas razones, no se sabe ni por qué, pero de eso han pasado ya más de veinte años.

Y no era toda la gente que se quedaba. De los que vinimos en aquél entonces, la mayor parte emigraron después, porque realmente fue muy duro. Incluso en la lucha que tuvimos murió un compañero.

Así que las primeras luchas fueron por el derecho a la tierra y porque la gente no cazara. Nuestro máximo enemigo fueron los cazadores. Hoy por hoy los hijos de los cazadores son los guías turísticos. Nuestra obra la vamos a ver completa, y tengo fe de llegar a verla, cuando los hijos de los guías sean guías también. Entonces ya habrán nacido en ese ambiente. Los muchachos de hoy todavía tienen la influencia de sus padres cazadores, pero cuando nuestro nietos, por decirlo de una forma simbólica, ya sean grandes, ellos habrán nacido en eso y para ellos eso va a ser lo que es. Entonces, tal vez, la obra de la conservación de la Península de Osa la llegaremos a ver completa en quince o veinte años.

Esa es parte de la lucha de la conservación de la que a veces no se habla. Ahora todo se ve muy bonito: el turismo, el ecoturismo, el trabajo que llega y de eso vivimos. Pero realmente tuvo su esfuerzo. Los hoteles llegaron y se instalaron aquí cuando los bosques ya habían vuelto a levantarse y llegaban hasta las playas. La gente comprendió que había que conservar y vinieron los hoteles, pusieron sus instalaciones y a explotar el ambiente.

Pero en aquella época era extraño decirle a los finqueros que hoy viven del turismo que en un futuro esta zona iba a ser turística, que lo que iba a valer eran los bosques que tuviéramos, los animales que hubiera, y que eso era lo que les iba a traer el dinero... La gente decía que estábamos locos, qué eso no podía suceder. ¿Quién iba a venir a un lugar como este? Hoy el pueblo completo agradece eso.

Después vino el primer comité. Era un pequeño comité de vigilancia que se llamó Comité Cerro Brujo, con algunas personas que veníamos de afuera. Ahí empezaron a comprarse los primeros terrenos de conservación, empezaron a entrar los primeros dineros. Yo salí un tiempo de aquí, pero sé que tuvieron una lancha para vigilancia del mar, se empezó a trabajar bastante fuerte en eso. En ese comité estuvo Toño Vargas como presidente, pero luego se desintegró.

El primer trabajo voluntario que hicimos aquí con el Parque Corcovado, lo hicimos siete personas de Drake

que fuimos a cambiarle el techo a la estación de San Pedrillo.

Después trabajé unos años para la Fundación Corcovado. La Fundación nació por el turismo, no apareció porque sí, sino porque la gente, los tres americanos que la empezaron, estaban involucrados con el turismo. Viendo la importancia de conservar, de concienciar más sobre el ambiente, crearon la Fundación. Se organizaron varios hoteles fuertes como Águila de Osa, Palomo y otro más, que son los fundadores, y buscaron a tres funcionarios, dos vigilantes y un ingeniero forestal. Con esas seis personas empezó la Fundación.

Con la Fundación se empezó a concienciar más a la gente de Drake. También con la Fundación dimos la gran lucha contra los planes de manejo y para sacar a los madereros de Osa, a finales de los años 80 y principios de los 90. Esa fue una lucha de mucha amargura. Era triste ver cómo la Península se nos iba de las manos.

Existía un funcionario del MINAE, un forestal, que era el que daba los permisos... Al que llegaba a pedir un permiso, se lo daba. Cualquiera necesitaba veinte palos, se los daban. Pero eso no era lo peor, lo peor era cuando venía un maderero, un empresario con sus tractores, con sus chapulines, con sus camiones, y hacía la trocha por cualquier montaña y va la madera para afuera. Eran filas de camiones en esa pista, veinte, treinta, cuarenta camiones de madera de bosque





primario. Toda esa madera iba a dar a San José. Se llegó al extremo de que había doscientos setenta planes de manejo en Osa. Estamos hablando de doscientos setenta planes de manejo, estamos hablando de cantidades de madera al día cayendo, y estos bosques tan frágiles que son. Fue cuando nos vimos entre la espada y la pared. Nos dimos cuenta que Osa se nos iba.

Ahí empezó la lucha, empezamos a organizarnos, participó montones de gente, indígenas, todo el mundo. Exigíamos parar los planes de manejo, erradicarlos... Fueron luchas muy fuertes. Empezamos a hacer uniones entre la gente y las organizaciones de todos lados. La última lucha fuerte fue cuando se paró en la carretera Interamericana. Salimos grupos de Drake, grupos de Puerto Jiménez, grupos de Río Claro e hicimos una manifestación ahí, cerramos calles en Chacarita, muy cerca de la casa del funcionario corrupto. La exigencia era "No más planes de manejo". La Ministra del Ambiente era doña Elizabeth Odio. Ahí paramos las calles, no se dejó pasar nada, hasta que se dio la orden, hasta que dijeron que estaba bien, que nos iban a escuchar. Pero en eso se llevaron detenidos a dos compañeros de aquí de Drake. Entonces dijimos que no abríamos los caminos

hasta que trajeran a los compañeros de vuelta. En ese momento ni siquiera sabíamos adonde estaban, todavía duraron dos horas más en las calles paradas. Finalmente lo logramos.

Después de esto, llegó el momento en que en un año teníamos dos, cuatro planes de manejo... Después vino un año que hubo un sólo plan de manejo. Y actualmente no sé cómo andan, pero es muy poco y los requisitos son muy exigentes. Siempre sale algo de madera... La idea de Marcos Castro era "cero madera", pero existen leyes para todo eso y tampoco puede decir uno que nada. Pero la verdad es que la Península de Osa no amerita por nada en el mundo que se saque madera. La Península le da al país y le da suficiente. Más bien el gobierno no le da a Osa lo que tiene que darle.

Al principio la Fundación era pequeña, pero fue creciendo hasta que para mí, en un concepto muy personal, empezó a ser absorbida por el Parque Corcovado. En un momento dado a nosotros se nos quiso obligar a que fuéramos funcionarios del Parque, es decir, la Fundación Corcovado nos ponía en manos de la Fundación de Parques Nacionales, y nosotros recibíamos las órdenes de ellos. Entonces ya teníamos que integrarnos veintidós

días, abandonar totalmente nuestras fincas, nuestras familias. Nosotros empezamos con la Fundación Corcovado porque era para la protección de Drake. Entonces no nos convino, en mi caso renuncié y otro compañero también lo hizo.

Gracias a la Fundación Corcovado existe ahorita esa Estación que nosotros empezamos a gestionar, a ver de qué manera podía existir una Estación del Parque Corcovado aquí en Los Planes... Primero tuvimos una y la cerraron. Después vinieron otros dineros para hacer la Estación pero volvieron a perder la plata, no sé dónde la metieron, más funcionarios para la isla del Caño, más funcionarios para otras partes... A última hora la Fundación consiguió más plata y contrató a más de cuarenta funcionarios, pero al final de cuentas construyeron la Estación, una de las más modernas que hay, es totalmente nueva.

Hace como nueve años vino Marcos Castro con otro muchacho y nos hablaron para ver cómo hacíamos para integrar aquí un comité con carné. Así fue como empezamos en calidad de COVIRENAS, con carné, ya organizados y con las juntas. Ahora mismo hay un comité en Drake, en Los Planes hay varias personas, pero en

la parte de la conservación también está Tesoro Verde. Pero ahora ya no es tan duro porque tenemos aquí la Estación del Parque y cada vez hay menos problemas. Siempre existen sus cosas: por ahí no deja de aparecer una quebrada envenenada, pero es muy de vez en cuándo, no hay que estar en esta vigilancia constantemente como en otros lugares, como Rancho Quemado o Los Ángeles, por ejemplo, donde se dan muchos problemas. En Drake, y especialmente en Los Planes, no es así... Este es un pueblo bastante ejemplar.

Hay muchas razones por las que este pueblo sea así. Una de ellas es que por lo menos un noventa por ciento de las personas están involucradas con el turismo, sea directa o indirectamente. La gente sabe que si no es por el turismo no hay dinero para nadie. A menudo le digo a los turistas, y les gusta la frase, de que somos un equipo. Les digo que si no vivieran personas como ellos a visitarnos, tampoco nosotros podríamos trabajar en la conservación, porque el dinero que nos dejan es el que nos permite movernos. Antes la gente tenía una gran necesidad y uno no podía culparlos por ir al monte y traerse un animal para comer, ahora van y compran la carne en la pulpería.



## Isidro Barboza Badilla

*El Carmen de Abrojo, Corredores*

Campeño oriundo de Guanacaste y afincado desde muy joven en las tierras altas del Sur, la vida llevó a Isidro Barboza a trabajar como jornalero, músico, maestro de obras y orero en las montañas de la Península de Osa. Fue uno de sus hijos quien lo acercó al movimiento ambientalista; de ahí a ser COVIRENA el paso era pequeño. Hoy este cristiano ferviente construye templos evangélicos y ayuda en lo que puede cuando se lo piden.

Nací en Huacas de Nicoya el 15 de mayo del 55. Soy el segundo de siete hermanos; en total somos cuatro varones y tres mujeres, no hubo ningún muerto. Mi papá era de Esparza de Puntarenas y mi mamá de San Carlos. Toda la vida fueron campesinos, agricultores dedicados al cultivo del arroz, los frijoles y otras cosas como café y caña de azúcar. En Huacas los hermanos de mi papá tenían una finca con caña, café y ganado. El abuelo, el papá de ellos, hizo esa finca cuando joven. Mi papá trabajó muchos años haciendo dulce. Como de cinco años yo me iba con él todas las madrugadas a ayudarlo a moler la caña. Cuando nosotros nos criábamos no había caminos, no había luz, no habían cañerías en ningún lado. Mi papá tenía que caminar más de un kilómetro hasta una quebradita para llevar el agua en unos cuchumbos o calabazas, porque en ese tiempo casi no se conseguía ni siquiera galones o pichingas. A veces yo le cuento a mi mamá, que todavía está viva: "Mami, yo me recuerdo cuando vivíamos en tal parte, de una yuntita de bueyes que me había hecho mi papá así de madera y de una carretita". Y ella me dice: "Pero hijo, ¿cómo se recuerda de eso, si usted tenía tres años?"

Después los hermanos de mi papá vendieron la finca y mi papá no agarró nada; los otros hermanos se dejaron todo. Fue cuando nosotros nos fuimos para Terciopelo de Nicoya, como a quince kilómetros de Huacas, donde vivían los abuelos por parte de mi madre y los tíos. Ahí papá ya no

trabajaba en finca propia, le jornaleaba a mi abuelo y a los hermanos de mi mamá, que eran dueños de la finca donde vivíamos. Recuerdo que como jornalero él ganaba tres colones por día. Era una finca bastante grandecita y nosotros vivíamos en un ranchito ahí mismo. Me gustaría regresar a esa finca porque hay unos árboles de Pochote que sembré yo como de ocho años... Dicen que ahora son arbolones muy gruesos y parece que le han ofrecido no sé cuántos millones por cada palo, pero un tío quiere que yo vaya ahí para sacarme unas fotos con ellos.

Recuerdo también que mi tío Célimo cuidaba una hacienda en Terciopelo y me mandó a buscar una bestia porque tenía que ir a otra finca que tenía en El Naranjal. Yo andaba con una flecha y en el potrero me salió un garrobo. Salió huyendo y se metió debajo de una piedra. Entonces comencé a sacar el garrobo de la cueva y cuál no fue mi sorpresa cuando me encontré una tinaja y un comal a la par... Entonces, abriendo más campo, descubrí que no eran solamente el comal y la tinaja, sino que había cientos de figuras indígenas (tinajas, piedras etc...) Tratando de sacar uno de los comales me encontré que habían culebras y garrobos de todos tamaños, entonces yo me asusté y le dije a mi hermano menor mejor fuéramos a llamar al tío para que sacara todas esas cosas, porque era un encanto de entierro indígena. ¡Pero luego se me olvidó decirle a mi tío! Hoy tengo 53 años de edad y hasta la presente no he ido a ver ese encanto.

En Terciopelo vivíamos en un ranchón de palma. A mi papá todo el tiempo le gustó hacer ranchos de palma y todo el mundo lo buscaba para que hiciera los ranchos. Como yo era muy ágil y delgadito, me trepaba por las primeras dos varillas para comenzar a amarrar el resto de varillas de los caballetes, porque eran altísimas y solamente alguien bien liviano podía subir por esas varillas. Desde chiquitico aprendí a hacer ranchos, me gusta hacer ranchos típicos.

Mi papá fue tomador toda la vida y nunca nos supo dar una crianza justa. Toda la vida pasamos hambre. Yo, que soy el mayor, tuve que trabajar mucho. Recuerdo que una vez el más pequeñillo estaba llorando como a las cuatro de la mañana con ganas de beber aguadulce. Mi papá había dejado una cafeterota muy grande llena de agua y estaba hirviendo, entonces yo me levanté quedito a ver si podía colarle aguadulce para que dejara de llorar, y se me vino toda la cafetera de agua hirviendo en mi estomago. Me tuvieron que traer a caballo desde Terciopelo hasta Nicoya para poderme despegar la camisa del estomago, porque se pegó con la piel. Mis tíos tenían ganado y nos daban leche; mi tía Tina, que todavía existe, nos daba queso...

En Terciopelo estuve en la escuela como ocho días. Ahí había un río, el río Terciopelo, muy bravo. Cuando comenzaba a llover había que pasar sobre una varilla un guindo como de veinticinco metros de altura; abajo

habían unas lajas y a unos setenta y cinco metros abajo, un salto como de cien metros de altura... El que se caía ahí, se mataba. No pudimos ir más a la escuela porque había que pasar por ese palo y mi papá dijo que no, que ahí nos íbamos a matar.

El siguiente año se abrió una escuelita en Samaria; entonces nos mandaron ahí. Hicieron un turno y recogieron una platita y cercaron con tablas alrededor. Y ya se hizo un aulita y ahí comenzamos. Ahí fue donde recibí el primer año y casi el último año de escuela, porque en ese año yo me gané cuatro grados: primero, segundo, tercero y cuarto. Fueron poquitos días y yo ya sabía leer y escribir.

El siguiente año nos vinimos para Agua Buena de la Zona Sur. Apenas se estaba construyendo la carretera Interamericana, las calles eran unos barriales que ayúdeme a decir. Aquí en Agua Buena gané quinto y me pasaron a sexto. Se puede decir que lo que estudié fue como año y medio. Salí de la escuela faltándome un mes de clases, mi papá tenía unos frijoles y estaban muy secos, se le estaban perdiendo los frijoles, entonces yo me dije, "Pobrecito papi, voy a ayudarlo a arrancar los frijoles..." Y me salí de la escuela. Ahí yo estaba más grandecito, ya entendía las cosas. Por cierto que ese diploma me ha hecho mucha falta; siendo ya viejo he perdido varios trabajos por eso. En Puerto Jiménez querían que yo fuera el guarda de una clínica, todo el mundo tenía mucha confianza en mí y me fueron eliminando los requisitos

para que fuera el guarda, me iban a pagar muy bien, y no pude porque no tenía el último requisito, que era tener por lo menos sexto grado de escuela.

Tenía un poquito más de diez años cuando nos vinimos para acá en la famosa lancha Rosibel, que viajaba de Sámara y Carrillo hasta Puntarenas. Después en otra lancha de Puntarenas a Cortés. Esto fue cuando se estaba construyendo la Interamericana. En Ciudad Neily agarramos un bus, el único que viajaba en el día. Recuerdo que en las canastas iban chanchos, gallinas, cabros, y en los asientos venían hasta cuatro o cinco personas con niños en las piernas. Ahí también llevaban cajas con gallinas y chan-

chitos y cosas así, para viajar a Agua Buena y a San Vito.

En Agua Buena mi papá conocía a una familia Mora y ellos le daban trabajo todo el tiempo: jornalitos volando machete, limpiando potreros. Ahí aprendí a trabajar lo que es el campo, aprendí a voltear. La gente estaba sembrando los cafetales.

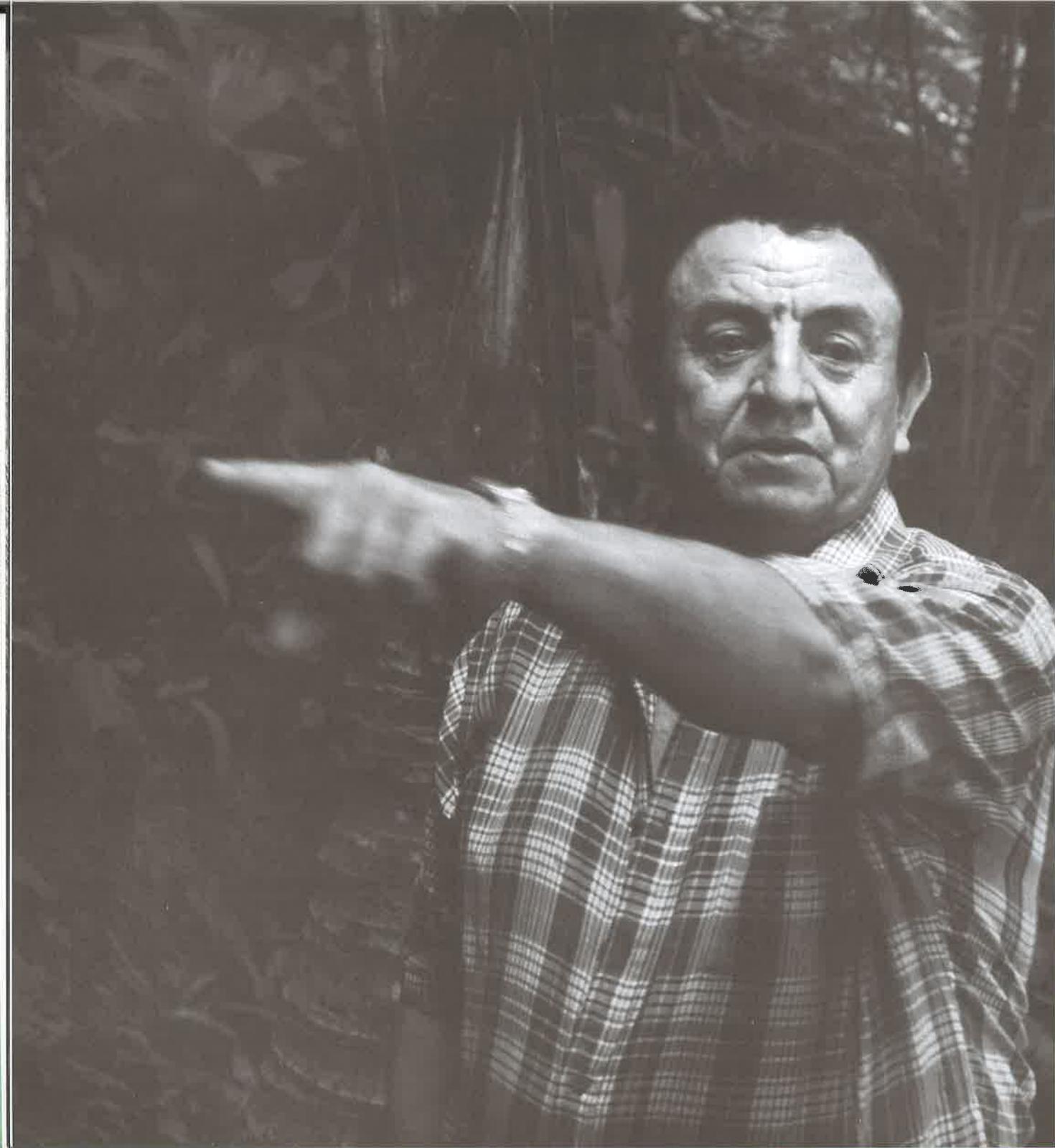
Como papá era muy tomador, nosotros sacábamos licor... Bien güilas yo y otro hermano nos íbamos a sacar guaro a las montañas donde había tigres y leones, para ayudarnos a ver si comprábamos sal o alguna cosa. Y cuando papá salía con el guaro para venderlo, dos o tres días después llega-

ba todo golpeado... Él mismo se había bebido el guaro y sin nada de plata. Pasamos una vida muy dura, una vida muy triste... Aguantamos mucha hambre cuando niños.

A mi papá le regalaron unas tierras ahí arriba, en Santo Domingo de Agua Buena. Mi hermano y yo, que éramos los mayorcitos, nos tomábamos un vaso de aguadulce en la mañana y nos íbamos a volar hacha todo el día. Volteamos como setenta u ochenta hectáreas de montaña y les regábamos pasto para ver si algún día llegábamos a tener un potrero; la idea era tener algún animal.

Pero tres años después, cuando ya teníamos todas esas volteas, en una borrachera mi papá cambió esa finca por una yegua. Y después cambió la yegua por otro pedacillo de tierra, como por media hectárea, un poquito más afuera. De ahí quedamos sin nada, porque él lo vendió. Después una señora nos regaló un lotecito, una orillita. Ahí mi hermano y yo hicimos un ranchito. Nosotros sacábamos la tablilla de cedro, cortábamos las tucas y poníamos un machete por encima de los cortes de la tuca, lo golpeábamos con un mazo de la misma madera, y rajábamos con cuñas de la misma madera. A pesar de que era una casa como de siete por ocho, la hicimos con cedro rajado a puro machete. O





sea, el techo y las paredes, todo era sacado con un machete nada más, un machete y cuñas de palo. Ahí vivíamos todos.

En la casa, los domingos en la tarde llegaban muchas personas a visitarnos. Éramos cientos de jóvenes de mi edad –dieciséis, diecisiete años- que nos criábamos ahí, varones y mujeres. Ahí fue cuando comencé a andar en la calle con otros compañeros tocando en los turnos: marimba, acordeón y guitarra Toco la música que Dios me ha dado el conocimiento de entender: la marimba, el teclado, la guitarra, mandolina, la armónica, el acordeón... Puedo decir que más o menos toco todos esos instrumentos.

Con alguien que tocara bien una guitarra y un acordeón, rapidito había cuarenta, cincuenta parejas bailando ahí... Ahora soy cristiano y me pongo a meditar cuántas escuelas hicimos nosotros... En Aguas Buenas, en Pueblo Nuevo, en Santa Cecilia, en Valle Azul, en San Antonio y en todos los alrededores de Agua Buena y Copa Buena... Había veces hasta tres días, todas las noches y talvez desde las doce del día. Y si se tenían que pagar una peseta por cada pieza, la gente pagaba y eso se recogía y eran fondos para ir haciendo la escuela.

Ahora paso por esos lugares y veo las escuelas... Después, los diferentes gobiernos que se han preocupado por las escuelas; ahora esos lugares tienen escuelas de baldosas, escuelas de cemento, y paso por ahí y me quedo

pensando y me recuerdo cuando estuve ahí tocando para hacer las primeras dos aulas de tablas...

En una ocasión, el director de la escuela de Santa Cecilia me iba a dar creo que mil colones por dos noches que toqué, y yo le dije que no. "No, no, le dije, ahí tengo a mi hermanillo; la fe mía es que este año venga para acá... ¡Vamos a hacer esta escuela!" Y en realidad ahí fue donde estudió mi hermanillo, el cumiche. Y también estudió ahí mi hermana Margarita, que por cierto tuvo dos esposos; cuatro hijos de uno y como cinco del otro, que ya se le murió por cierto. Y ahí estudió también Cecilia, la otra hermanilla menor. Mi hermana Alicia no, porque a ella se la llevó desde pequeña una tía mía y dijo que se la dejaran para cuidarla ella. Y creció y se casó y nunca más estuvo en la casa.

En ese tiempo yo también jornaleaba. Los Araya, los Méndez y los Mora –la gente que tenían finca y que podía pagar un jornal–, me pagaban cinco colones el día de trabajo, las ocho horas, desde las seis de la mañana a las dos de la tarde.

Tenía diecisiete años cuando me junté con una hija de Jesús Mora, de Agua Buena, que es la mamá de mis hijos y de la que me separé hace nueve años, que es lo que tengo de estar aquí solo. Entonces comencé a trabajar con mi suegro y aprendí a trabajar otras cosas: sembrar tomates, repollo... Ahí ya ganaba un poquito más; por lo menos no aguantábamos hambre.

Después estuve un tiempillo, unos meses solamente, trabajando con un tío en Salitre, pero mi tío tuvo que dejar la finca porque todo eso fue declarado reserva indígena. En todo lo que es Salitre adentro eran cuatro blancos que tenían fincas grandísimas –fincas de cuatrocientas, de quinientas hectáreas–, pero el gobierno los sacó y seguramente les pagó por las fincas para que los indios tomaran posesión de esas tierras.

Cuando volví de Salitre trabajé cinco años en la construcción del hospital de Ciudad Neily. Entré a trabajar ahí en el año 87, como peón. Nunca había construido y estuve como tres o cuatro meses volando pala. Después el maestro de obras me puso de ayudante de albañil; estuve tres meses de ayudante de albañil y después me dijo: "Lo voy a probar de ayudante de carpintero". Me tuvo unos meses de ayudante de carpintero y un tiempillo y después le dijo al operario al que yo le ayudaba: "Bueno, de ahora en adelante don Isidro va a seguir trabajando solo, lo vamos a poner a detallar, necesitamos un detallista que nos ayude." Había que poner muchas cosas: tubos de cortinas, topes de las puertas, revisar batiente por batiente las puertas, los llavines. Ahí comencé a ganar once colones la hora como operario.

Cuando terminó la construcción del hospital nos fuimos para Puerto Jiménez. Ahí ya llevábamos tres hijos: la mayor y los dos gemelos. Estuve ahí como nueve o diez años. Aprendí a trabajar todo lo que es el oro: en los

cauces, mantos, tuneleando, dinamitando rocas para sacar cauces. En ese tiempo podía haber unas dos mil quinientas, tres mil personas realmente oreros, qué vivíamos sólo de eso, pero había muchas personas que no eran oreros y que iban digamos un mes a conocer como era que se oreaba y se iban. Por cierto que de ahí me sacó el gobierno y nunca recibí ni un cinco.

Me gustaba orear a pesar de que vivía solo en la montaña y tenía mi familia en Puerto Jiménez. El que mandaba ahí, el de la Guardia en Puerto Jiménez, me metió en un lote. Una vez le pregunté si no había una oportunidad de hacerse un ranchito en alguna orilla, en alguna parte a la orilla de la playa, que no tenía en donde vivir, yo era pobre, no tenía plata y tenía tres niños. Entonces ese señor –Rojitas, el Delegado Cantonal–, me metió en un lote. Tres años después de que yo estaba viviendo ahí tranquilo, tenía mi ranchito de plástico y tenía ahí a mi familia, la Guardia me sacó porque apareció una señora con escrituras que era dueña de esa tierra. La señora tuvo que pagar la Guardia desde Pérez Zeledón para poderme a sacar, porque Rojitas no podía hacerle caso a ella porque fue él quien me metió ahí. En Jiménez me sacaron de ese lote pero otro señor me regaló otro lotecito a la par y ahí hice mi ranchito.

La familia quedaba en el ranchito y yo me iba a meter a las montañas a quince horas de Puerto Jiménez. Los domingos a la una de la mañana agarraba un saco lleno de arroz, frijoles,

café, manteca, harina... –porque la harina era lo más esencial para nosotros en la montaña–. Cortábamos un palo verde que estaba parado, lo hacíamos en leña y hacíamos café con él... Teníamos mucho conocimiento de ese tipo de madera: el Cuero de Tigre, el Canfincillo, los cortaba uno y de una vez hacía café con la madera verde.

En ese tiempo el oro estaba muy barato, a cuatrocientos colones y a quinientos colones lo más, cuando el banco lo pagaba bien. El peso de *un cinco* de los de antes era un gramo. Nosotros hacíamos unas romanitas con tapas de refresco y pesábamos con cincos y sabíamos que los palillos de fósforos eran el peso de los miligramos, y así pesábamos el oro. Cuando calculaba que tenía sesenta gramos, sabía que venía y hacía treinta mil colones. En ese tiempo la comida era barata, sabía que podía dejarle diez ó quince mil colones a la doña y me podía llevar otro montón de comedera, un saco de comedera también para la montaña. Esa era la vida mía.

Yo cargaba hasta cincuenta libras de comedera. La metíamos en un saco, amarrábamos unos mecates con cordones macizos en las esquinas del saco y le hacíamos unas cosas que llamamos *bambadores*. Con esos *bambadores* si había que pasar un río nadando, metíamos la comedera en buenas bolsas plásticas y lo pasábamos. Muchas veces tuve que hacerlo. Una vez casi me ahogo en Río Oro, por el lado de Carate. Esa vez iba con un cuñado mío; se había reventado una laguna

muy grande, la Peje Perro, como de diez hectáreas, donde todo el mundo iba a pescar. Por encima veía como arenita, creía que no había nada. Yo creí que era arena y andaba con botas de hule y un *bambador*, porque ya íbamos para Puerto Jiménez. Cuando me di cuenta, me tapé todo en agua, me fui de vastagazo al hueco. El agua me arrastró como doscientos metros para abajo; no podíamos llegar a la ola porque ahí estaban el montón de tiburones cazando. Cuando salí estaba muy asustado, tiré mi *bambador* a como pude y mi cuñado estaba como a ciento cincuenta metros mar adentro. No sé cómo no se lo comieron los tiburones. A como pude comencé a nadar y a nadar, y cuando logré

agarrarlo del *bambador*, ya él no tenía fuerzas, casi no podía nadar. Como pude lo terminé de sacar afuera. Ahí estuvimos como una hora descansando, para agarrar otra vez siete horas que nos faltaban de camino para salir a Puerto Jiménez.

Oreando la gente monteaba mucho pero yo no supe lo que fue comerme ni siquiera una pava, a pesar de que las tenía cerca y andaba armas. Tenía un revolver 22 largo y se me paraban unas quince pavas como a tres metros. Tuve la dicha de acariciar un cabrito pequeño por el lado de Punta Llorona... Lo que sí disfruté mucho fue la pesca; en la noche me iba y me sacaba uno, dos pargos, facilitico. Y también

los huevos de tortuga; en una sola noche uno podía encontrarse ochocientas tortugas que habían salido a poner.

Un día como a las once de la mañana me encontré una tortuga y un zopilote comiéndole una parte de una aleta. Estaba viva, pero fue un tigre que la agarró y no la mató sino la golpeó, le arrancó una aleta. La tortuga no podía llegar al mar y como había un zopilote comiéndosela viva, la agarré y me la llevé a rastras para que adentro se la comieran los tiburones.

Cuando estuve oreando solamente llegaba a estar con la familia sábados y domingos. Yo era feliz con ellos;

nos íbamos a las playas a piangüar y a pescar. Cuando los chiquitos míos estaban pequeñitos –tenían tres, cuatro años–, aprendieron a catear. Yo les echaba arena con una pala en una cateadora, y les echaba talvez tres o cuatro purrujitas de oro y les decía: “Ahora sí, saquen toda la arena y que quede solo el oro...” Pero cuando tenían seis o siete años nos vinimos para acá. Fue cuando la doña, la mamá de ellos, se fue con otro hombre y se me llevó dos hijos, se me llevó la hija mayor y uno de los gemelos.

Entonces me vine para Neily, donde mi mamá, con los dos hijos. Ella vivía con mi papá en un terrenito que yo había comprado cuando trabajaba en



el hospital. Como mis papás no tenían donde vivir, les dejé el ranchito para que vivieran ahí. Ahí vivieron muchos años juntos. Lo que menos me imaginaba era que siete, ocho años después, la doña me iba a dejar y que iba a tener que buscar otra vez esa casita para vivir.

La mujer me intentó quitar a los hijos con el Patronato pero ellos no aceptaron. Después de tres años vino a pedirme perdón, yo no quería perdonarla pero mi mamá insistió y me dijo: "Hijo, perdónela, talvez es una oportunidad..." Y a pesar de que yo no la perdonaba, se quedó. Fue en ese momento en que nos vinimos para este lugar en donde vivo hoy, el Barrio El Carmen

Para acá me vine otra vez con la doña, volvimos a juntarnos todos: los dos hijos que crecían con ella y los dos que crecían conmigo, y aquí nacieron otros dos, David y Marco José, pero hace nueve años no pude vivir más con ella, me traicionaba mucho. Ella se me llevó todo, hasta los zapatos, seguro para que yo me muriera de depresión aquí solo, pero no fue así.

Cuando trabajé en el hospital fui tomador, pero ahorita tengo veinticinco años de ser cristiano; veinticinco de servir al Señor. A veces me voy; me gusta visitar pastores y ahora no tengo quién me diga: "¡No lo haga, no puede hacerlo...!" En la iglesia de aquí tengo como quince años de estar

tocando el teclado. Y si Dios me habla que tengo que levantar un templo en cualquier lugar, voy y lo hago. Ya he hecho cuatro templos y no pastoreo. Comienzo a hacer zanjas como si fuera un peón, y como sé hacer de todo, si no hay quien lo haga, pues lo hago yo. Aún con estos cincuenta y dos años que tengo y ese montón de enfermedades, si tengo que meterme en un hueco a hacer un pozo, pues lo hago... Aunque estoy muy pesado, tengo problema con el peso, las escaleras se me quiebran, muchas veces he quedado guindando de una regla.

No me he apartado del Señor en ningún momento, siempre he seguido adelante: ni las enfermedades, ni la mujer, ni los hijos, ni nadie me apartan del amor de Cristo... La salvación es individual. Y eso para mí vale más que el dinero, más que cualquier cosa.

Me vine para acá cuando se hizo este barrio y ya son veinticinco años que tengo de vivir aquí. Cuando llegamos, ver esos cerros era como ver los cerros de Guanacaste, nada más tierreros rojos. Esto eran tierras municipales y no valían nada. No había calles, no había luz eléctrica, no habían iglesias, no había nada. Aquí no se encontraba ni una gota de agua; en ese tiempo íbamos al río a lavar la ropa.

Gerardo, uno de los hijos míos, uno de los gemelos, comenzó hace muchos años a organizar un grupo de ambientales con jóvenes de aquí del barrio.

A mi hijo los muchachos de aquí lo querían mucho y lo nombraron presidente del comité. Ellos comenzaron a hacer programas recreativos, a visitar parques, a visitar distintos lugares... Un día me dijo: "Papi, ¿por qué usted no se mete con nosotros? Necesitamos una persona mayor, adulta, de experiencia..." Y me pareció bien apoyarlo.

Entonces vinieron los estudios, las capacitaciones, comenzaron a dar charlas aquí en Abrojo, charlas en Palmar. En alguna ocasión tuve el gusto de estar en Palmar con el propio Ministro. Tuvimos reuniones de hasta seis, siete días. Recibí varias capacitaciones. Como COVIRENA me ha tocado ir a hacer una inspección solito, ir a ver un problema de cortas de madera, envenenamientos de ríos, cosas así... Talvez a ocho o diez horas de camino, donde no he tenido ni siquiera un radio. La verdad es que cuando pequeño yo destruí mucho; ahora soy un viejo y debo sembrar y cuidar lo que destruí. He tenido problemas por defender los recursos naturales. Una experiencia curiosa fue cuando decomisé una martilla que tenían en cautiverio funcionarios de la fabrica de lápices, aquí en Abrojo.

Al IMAS le entregué unos documentos para ver si me ayuda con un préstamo, porque para trabajar en construcción estoy muy pesado y muy ciego, estoy mal de la vista. Tengo ya quince años que me han atacado varias enferme-

dades como cáncer, como pancreatitis, la vista, y ahora me está atacando el corazón... Dice la doctora que se me está cerrando una válvula del corazón; tengo que cuidarme. Cuando son las diez de la noche se me va el aire. La estoy viendo fea; estuve veintidós días que casi todos los días tenía que amanecer en el hospital, apenas eran las diez de la noche y tenía que buscar taxi para el hospital; veintidós días que casi no pude dormir.

Gracias al Señor enseñé a los gemelos a trabajar desde chiquiticos, y ahorita disfruto que tengo unos hijos que son excelentes soldados. Bernardo es un excelente soldador, todo el mundo lo busca para que haga verjas y cambie los techos de sus casas. A pesar de que él tiene mucha familia, cuando podemos trabajamos juntos.

Vivo en este rancho viejo, tengo un montón de nietos y nietas, y aunque a veces ellos me ponen la cabeza así y llegan a pelear conmigo, disfruto de todo eso... Voy a la iglesia, tengo muchas amistades y a veces la gente me busca para que les dé alguna idea sobre construcción. Me siento muy feliz.



## Cristina Camaño Santamaría

*Playa Blanca, la Palma*

Descendiente de campesinos panameños que inmigraron a la Zona Sur del país a principios del siglo XX, esta luchadora madre de ocho hijos ha sabido sobreponerse, en el curso de su vida, a numerosas adversidades. Se gana la vida como cocinera y hoy es lideresa de ASOMANGLE, una pequeña asociación dedicada a la preservación de los manglares en el Golfo Dulce.

Mi nombre es Cristina Caamaño Santamaría y tengo 23 años de vivir aquí en Playa Blanca luchando por mis hijos. Gracias a Dios los he sacado adelante: hay uno que es educador ambiental, otro está estudiando ingeniería genética en Guanacaste, donde vive mi hermano; a las mujeres también les pude dar educación, por lo menos la secundaria. Solamente los menores se están preparando; uno quiere estudiar turismo, pero yo le dije que quién sabe si le puedo dar esos estudios. Dos viven en San José, uno vive en Puerto Jiménez; una está embarazada en Golfito, dos viven aquí con sus maridos...

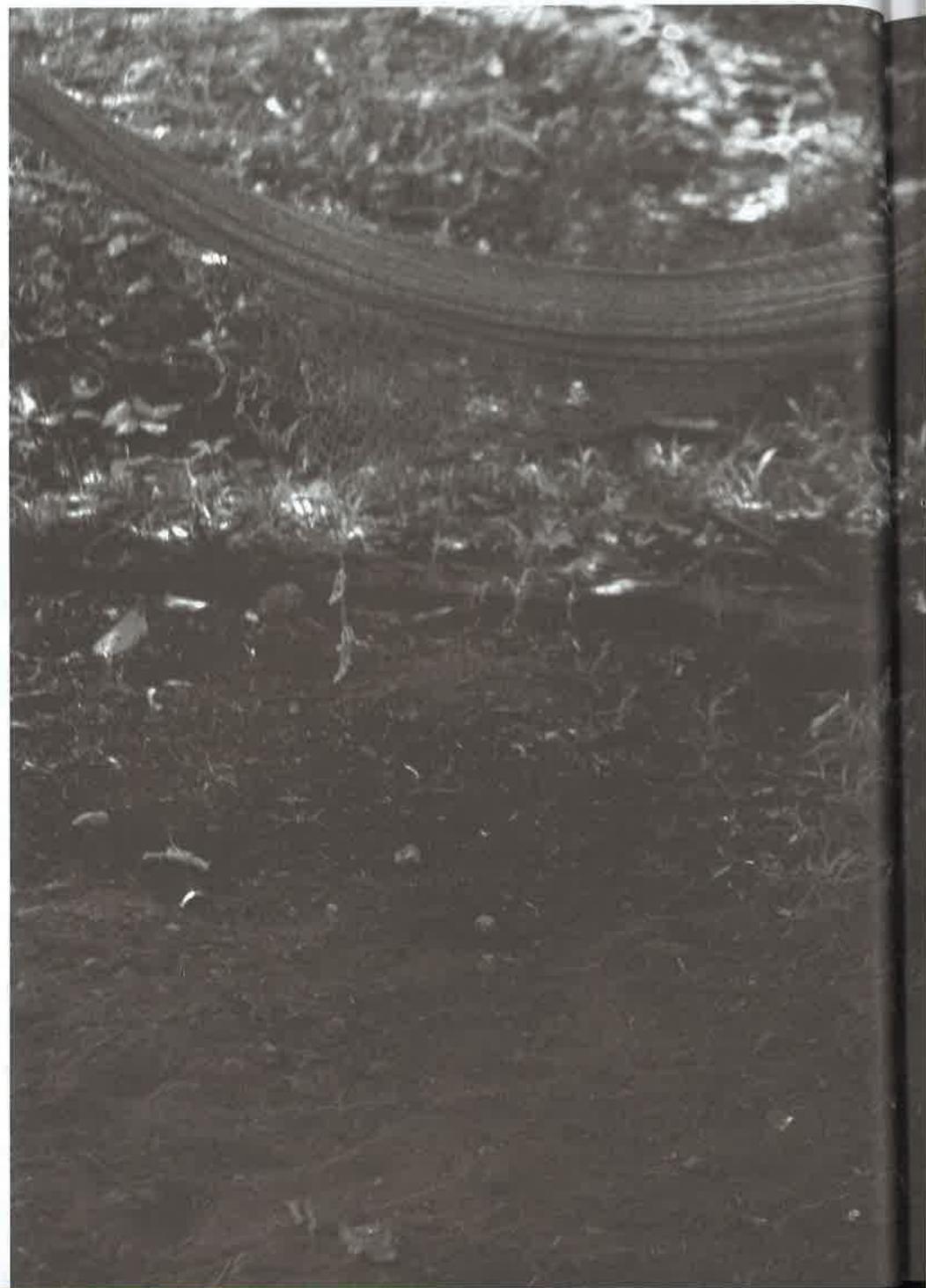
Por parte de padre y de madre somos nativos de Panamá. Los Caamaño son netamente panameños, de David, y los Santamaría son de Panamá, como decir Cartago y Alajuela. Mis abuelos eran colombianos: el abuelo por parte de mi mamá se nombraba Marcelino Santamaría Rodríguez y nació en 1903; la abuela, Francisca Maza Ríos, nació el 14 de enero de 1914. Ellos entraron por Salsipuedes buscando tierras y mejores oportunidades; en aquellos entonces decían que el que llegaba por ahí no salía. Así llegaron a La Palma donde compraron por 60 colones 30 hectáreas, porque en aquellos entonces todo era muy barato.

Leonilda Santamaría es mi madre, Francisca Maza es mi abuela que fue la que me crió, y mi papá se llama Florencio Caamaño. Ellos llegaron aquí cuando eran pequeños, como cuando un montón de chiquillos se conocen

y hacen amistad y después forman un hogar. Se conocieron porque eran las familias más conocidas: los Barroso, los Quintero, los Caamaño, los Pinzones, los Chavarría, los Zamudio, los Saldaña... Todos eran un grupo de conocidos y familiares panameños que se vinieron para acá buscando mejor vida.

En aquel entonces la gente no se casaba, se unían y tenían sus familias y tenían vida como de casados porque los hijos llevaban el apellido del papá y la mamá. Así nacimos nosotros; somos tres hermanos y yo soy la menor. Nací en Puerto Jiménez el 26 de abril de 1951, pero soy totalmente nativa de aquí de Playa Blanca.

Cuando nació, ellos tenían aquí sus fincas, sus siembras de yuca, tiquizque, plátano, naranja, sandía, piña... En ese entonces nadie compraba nada. En las casas se hacía arriba un tabanco y ahí se metía el arroz y los frijoles, el maíz y todas esas cosas. A veces la producción se sacaba en bote al mercado de Golfito, a remo o a vela. Había que salir a las seis de la tarde y se iba llegando allá a las seis de la mañana. Eso lo hacían solamente los varones; nosotras nos quedábamos ayudándole a la abuela con el maíz, aporreando arroz o frijoles o preparando la tierra para seguir sembrando. Uno no iba a la escuela, sólo era trabajar y hacer las cosas del campo, porque ellos tenían esa idea tan errónea de que si uno estudiaba se hacía... Como que servía para prostitución, y no era eso.





Mi niñez fue muy dura porque sufría de asma y entonces era muy delgadita. Cuando sufría ahogos me metía en el mar y eso me aliviaba un poco. Ya de 9, 10, 11 años me vino la menstruación; nadie me dijo qué era y yo creía que me había cortado en el mar, pero no sabía cómo. Un día me senté y se me manchó la ropa y entonces me dijeron que eso era la menstruación y que aquí y que allá. Con mis hijas yo todo lo contrario, porque les digo: “Miren que tienen que estudiar, vean que no les pase como me pasó a mí en aquellos entonces...”

En La Palma, las familias más unidas eran los Franchesqui, los Barroso, los Quintero, los Caamaño y los Santamaría. Abuelita parió doce hijos; venían los vecinos y se hacían como unas cuarenta personas. Si alguien mataba un cerdo le llevaba al vecino; el vecino le mandaba, si hacían tamales. En las fiestas, por ejemplo de Semana Santa, se unía la gente a celebrar sanamente: no se cocinaba, y si uno se trepaba a un árbol le decían: “Ahí viene la Tule Vieja y te hace pescado y te hace mono.” Y los diciembres se mataban dos cerdos y se bailaba con tambores desde la 6 de la tarde hasta las 6 de la mañana. El abuelo hacía un tambor y ese sonsito lo bailaban todos. Ya después un señor que se nombraba German Carballo Villagra, nos regaló un radio para bailar esas cumbias ... Y ya era un adelanto para la familia.

Para ir a Puerto Jimenez a veces nos íbamos en la madrugada, a pie, para

lograr la marea si iba caminando por la playa, y si había bote, uno se iba a remo, pero era muy duro porque el abuelo estaba cansado y uno tenía que remar. A una chiquilla de 12, 13, 14 años, ya le da vergüencilla. El abuelito decía: “Esa muchacha se va a enfermar de tanto remar.” Llevábamos al abuelo, ya enfermo, porque ahí había solamente un doctor que venía a Golfito. Era muy difícil. Ahora todo está modernizado: que televisor, que radio, que teléfono, que celular, que Internet.

Saqué mi sexto grado en la escuela de Cañaza, que era la única que había, cuando tenía quince años; antes de eso me ponía a escribir solita las letras del periódico en que venía envuelto el jabón y el dulce; hacía esas letritas y sabía cómo escribir, pero leer no. Yo hacía los números y contaba, pero no sabía qué cantidad. Le doy gracias a Dios de que aprendí.

Cuando tenía dieciséis años fue cuando vino la Osa Forestal. Esa compañía estaba cortando toda la madera de la Península, pero trece campesinos se percataron de que ellos se iban a adueñar de la Península, y con machetes y palos los corrieron. A ellos les ayudaron un señor que se nombra Rodrigo Ureña y Manuel Mora, que era comunista. Uno de mis hermanos pasaba a esa gente para Los Mogos para que estos norteamericanos no los mataran. Nosotros teníamos que meternos en los tabancos y subir las escaleras para que no nos encontraran, porque si no decíamos dónde estaban, la policía decía que estaban

con nosotros. Ellos mismos mataron a un tico y dijeron que fueron los campesinos. A mi otro hermano, que andaba monteando, lo amarraron de un árbol y le tiraron balas alrededor para que dijera dónde estaban Manuel Mora y Rodrigo Gutiérrez, pero mi hermano no sabía. Y otro señor que estaba ahí les dijo: “No, ese muchacho tiene dieciséis años, es menor de edad, suéntenlo porque se van a ver en problemas”. Entonces lo soltaron. Mi hermano llegó todo moreteado, todo quemado, porque le echaron encima una cosa para que hablara, pero él no podía decir nada porque no sabía. Se luchó mucho, se ha luchado mucho por la Península.

En esa misma época se vino la sembrada de arroz. Fue otro gringo que se hizo de una finca grande, como de mil hectáreas, pero ¿qué hizo? Dejó todas las tierras que no valían nada. Los estañones de pesticida los echaba al fondo del mar, así mató todos los corales, los peces, las pianguas, los cambutes. Contaminaron los ecosistemas de los manglares; las frutas no se podían comer porque donde el avión pasaba fumigando caía como una cosa amarilla, un veneno. En las casas caía y no sabíamos qué era. Entonces ahí no se pudo producir más guanábana porque se quedaba negra. El maíz lo mataba, los ayotes se morían. Se moría todo.

Pero eso no fue nada, porque después vino la UNIORO y se llevó todo el oro, eso fue un desastre. La tala de árboles, eso fue un desastre: sacaron

a los oreros y los metieron ahí en Ciudad Neilly, eso también fue un desastre.

A los 15 años me jalé torta con un muchacho. El hombre se fue, me dejó. El chiquito me lo quitó la mamá de él. Después vino otro muchacho nicaragüense. No sé cómo llegó aquí pero trabajaba de *chapulinero*. De seguro me gustó el hombre, lo vi muy atractivo. Con él viví catorce años y de él fueron mis otros siete hijos... Pero fue un infierno.

Al principio él tenía una casa, una finca, pero la vendió porque tomaba mucho. Él tomaba y fumaba mucho, no sé qué cigarros fumaba, pero guaro tomaba por galones. Vivimos unos años en Puerto Jiménez y otros en Cañaza, porque ahí tenía mi papá una casa. También vivimos un tiempo aquí en La Palma, pero a la orilla, en la ribera del manglar, donde el abuelo.

Él me pegaba mucho, no me dejaba planificar nunca; yo siempre andaba embarazada, eso es lo que recuerdo; él decía que si estaba embarazada no le iba a dar vuelta. Solamente como a tres de mis hijos los parí en el hospital; a los otros en la casa, arriba, en un camastro, con la mamá de él. El mayor de mis hijos ahora tiene 36 años, y así van, uno sobre el otro. El menor tiene dieciséis, va a cumplir diecisiete.

Yo hacía la ropa de los chiquillos y también cosía mi ropa. Cosía y cosía... Me hacía de esos vestidos de paletones; una vez una señora me dio una

tela, por cierto amarilla. Entonces me hice un vestido con eso y ese vestido él me lo quemó. Otra vez una tía que tenía él en Nicaragua nos mandó ropa a los dos, pero las blusas bordadas no me las dio, las quemó, porque dijo que alguien podía enamorarse. Era como andar con un policía, como andar con un régimen como de Somoza.

Todavía tengo aquí señas cuando me cortó con un machete porque yo me iba a ir, y a los hijos los apretaba del cuello para que no dijeran nada. Si alguien venía —una persona, una visita, un hombre—, nosotros nos metíamos debajo de la cama porque él nos lo exigía. Cosas horribles... Me amarraba para tener relaciones sexuales. Incluso cuando estaba pariendo a un niño, él quería tener relaciones conmigo, y yo le decía: “Yo no quiero...” Estaba sangrando y yo decía: “Cómo, no puedo, no puedo...” Una está con esos dolores y él decía que eran mañas.

Mi mamá y mi abuela decían que si lo dejaba no podía tener otro marido, porque me iba a pasar como con el papá de mi hijo mayor, y que eso era de prostitutas... Después, cuando mamá murió, yo no la pude ir a ver porque él decía que iba a ver a otras personas; él era un machista, no confiaba en que uno era fiel... Ahora, ya vieja, me digo: ¿cómo pude sobrevivir dieciséis años? ¿Cómo no pude decirle a alguien: ayúdenme en algo? En aquellos entonces me decía: “¿Y si me voy, qué hago?”

Una vez tuve un intento de matarlo, de echarle cloro en la comida, pero la botó. Y fui donde el cura y le dije: “Mire, Padre, pasó esto y esto...” Me dijo: “No lo vuelva a hacer; rece, siga...” El padre Calixto, que ya se murió, no me ayudó nunca nada.

Por último pude escaparme. Logré huir de él un día 29 de febrero, pero del año no me acuerdo. Fue con ayuda de una amiga nombrada María Félix —ya en ese entonces había carro— que me trajo aquí a Cañaza, a la casa de otra amiga nombrada Susana Siles. Me traje a los siete hijos, nos vinimos sin nada. Ahí llegó él a buscarme para matarme pero yo me metí en un estañón. Él rebuscó toda la casa pero nunca se imaginó que yo estaba ahí. Los hijos estaban como yo, que nos ponía un cuchillo. Todavía hace poco, al muchacho de 17 años que está por salir de bachiller, vino y lo apretó del pescuezo. Tengo una hija que es el carácter de él, idéntico. Y les dijo a los varones que a las mujeres había que pegarles y que no tenían que salir de la casa. Gracias al Señor todos los muchachos han pasado por lo menos bachiller.

No me gusta recordar porque lo veo donde me hacía estas cosas. A mí me han dicho que converse con la gente para que se me salga esto, pero es revivir mi pasado. Fue tremendo para mí... Perdí toda mi juventud con él. Mi pelo era muy largo y él me lo agarraba y me revoleaba, por eso uso el pelo así. Nunca me he dejado cortar el pelo de nadie, nunca me he dejado

pintar ni sacarme las cejas. Cuando me voy a sacar las cejas me acuerdo, todavía tengo ese trauma. Eso fue muy pero muy difícil de sanar.

En Cañaza había una cantina y yo empecé a trabajar haciendo bocas para los clientes. Después mi hermana, que se nombra Carmen Santamaría, me dijo: "Hermana, no puede trabajar ahí porque es muy feo para los niños." Entonces me fui a trabajar a Golfito en la casa de una maestra. Ella me recibió con las niñas y los niños. Ahí ellos fueron a la escuela. Después yo pude trabajar en la soda "La Eureka", de doña Luz Anchía, porque sabía de números porque los aprendí solita. Ella me dijo: "¿Sabe leer y escribir?" "Sí" "¿Y de números?" "Pues sí, más o menos..." Y ya a los 22 días ella me dijo: "No, usted se queda, usted trabaja bien en la matemática." Ahora es que no le entro, pero sobre todo me encantaba la matemática.

En Golfito siempre estaba el miedo de que el hombre apareciera, pero había un policía, cuñado de una tía; como él andaba por ahí, le di una foto para que viera quién era. En uno de tantos pleitos él me dio un machetazo y le dijeron que no podía acercarse, pero el problema era que yo le tenía miedo. Yo le tenía pánico y donde hablaba con los que llegaban a buscar comida, me decía: "¿Y qué se haría Álvaro?" -porque se nombraba Álvaro.

Por esa época andaba en una moto y tuve un accidente... Yo iba con mi Biblia y desde ese entonces estoy

leyendo La Biblia. Creo que leerla me ayudó mucho, pero no soy evangélica, sino católica.

De Golfito me fui para Puntarenas con los cuatro más pequeños, los otros se quedaron con la abuela. Me fui porque él andaba por ahí rondándome; andaba con un cuchillo que tenía filo por los dos lados, y decía que si no entraba por un lado, entraba por el otro. En Puntarenas estuve trabajando con un doctor que parecía como que yo le gustaba. Al médico lo conocí en Golfito y él me dijo que me fuera para allá para estar con él... Me fui para tantear, pero ya allá no lo acepté. He despreciado a muchos hombres porque pienso: "¿Será malo, será bueno?" Me ha quedado eso, las hijas me han dicho "¿Diay, mami, por qué no se busca un novio?" Pero me quedó eso en mi mente. Porque eso vuelve, vuelve, por épocas yo me olvido y vivo feliz, pero...

En Puntarenas el alcalde me dijo que por qué no le ponía la pensión, que así tal vez lo alejaba un poco. Ellos me ayudaron a buscar toda la información y le puse la pensión. Entonces él fue a buscarme a Puntarenas y me dijo: "Es que te vengo a llevar." Y yo le dije: "No, no me voy, yo estoy bien aquí." Y él decía: "Ya sos una prostituta." "Pues no, nunca he sido prostituta, siempre he sido mujer." Otra gente del barrio que estaba ahí, cuatro mujeres morenonas, me dieron un palo para que le diera en la mano. Yo le di; entonces me puse como loca

y tuvieron que quitármelo porque casi lo mato.

Eran 2,500 colones de pensión y lo tuve tres días en la cárcel. A esas mujeres nunca las volví a ver. Los que estaban en la cárcel le preguntaron por qué estaba ahí, y dice él: "Por una pensión." Entonces los demás reos le iban a dar: "Es que a los hijos usted les tiene que ayudar porque son hijos suyos..." Entonces los otros le dieron, dicen, y él se sanó. Desde ahí se apartó de mí.

En Puntarenas estuve como cinco años. Me vine porque murió una tía y ya me quedé aquí. Cuando me vine para acá, los hijos que estaban con la abuela se pasaron a vivir conmigo.

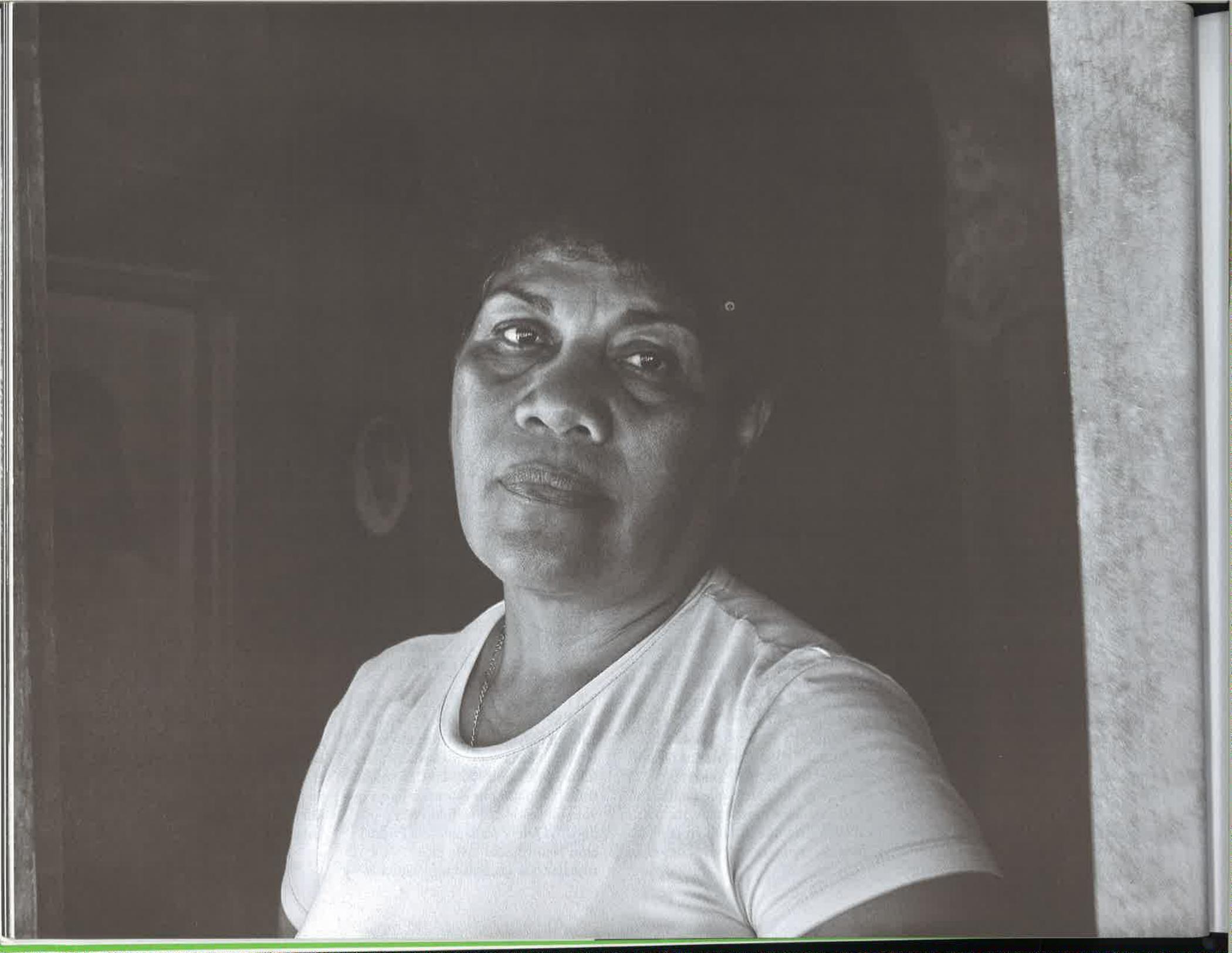
Aquí había una gente que trabajaba sacando madera y me buscaron para cocinar. Yo les dije que sí. Me dice uno: "Son cuarenta personas." Yo dije: "Sí, yo los atiendo sola; yo me levanto a las tres de la mañana, hago el almuerzo, hago desayuno." Los chiquilines me ayudaban a secar los platos y todo eso. Trabajaba mucho porque tenía que ver por mis hijos.

Así fue que me quedé. Después, como en el 89, 90, 92, trabajé en un bar aquí en Playa Blanca, haciendo las bocas... Hacía sopa de mariscos, costillitas con frijoles blancos. Me quedé trabajando ahí por dos años hasta que vino un señor de apellido Peña y me dijo: "¿Quiere trabajar en la Fundación Neotrópica?" Me dice: "Va a trabajar con grupos internacionales" y

esto y lo otro. Yo dije nada más: "Jesucristo, acompáñame: te lo dejo todo a Ti, Tu te encargas de hacer todo lo que yo tengo que hacer."

Entonces me fui. Recuerdo que cuando llegué había 35 personas que no habían cenado, no habían desayunado. Me dice el hombre: "Ahí está la carne, el pollo, el arroz, los frijoles, todo..." "Bueno, Jesucristo ayúdame." Me pusieron una lista: que a la plancha, que a la milanesa, que no sé qué; en crema dulce. "¿Y ahora, cómo hago? No sé cómo hacer esto." Él me dijo que lo ayudara tan siquiera unos días para buscar otra cocinera o un chef. Le dije: "Está bien, le voy a hacer el favor, voy a trabajar quince días porque mis niños están solos..." Los más pequeños estaban en primer grado. Y me fui quince días sin saber nada de los chiquillos, que quedaron con la hija mayor.

A los quince días y me dice el Don: "Tiene que quedarse más, un mes." "Pero tengo que mandarles plata a mis hijos" Entonces me dijo: "Bueno, le vamos a dar tanto." Entonces le mandé la plata a la muchacha y una carta diciendo: compre esto, pague el agua -no teníamos luz-, y compre candelas, con cuidado pone las candelas en el agua; cuidado quema la casa... ¡Y cuídense! Eso era en junio, el 13 de junio del 92. "Yo llego hasta en julio", le digo. ¿Y si esas güilas me salen embarazadas? Pero bueno, Dios, Usted me las cuida.



Trabajé 9 años en la Fundación Neotrópica. Ellos me mandaron a hacer cursos de cocina institucional, de cocina internacional, de cocina criolla. Atendíamos más que todo a personas norteamericanas. No digo que soy muy experta en la cocina, pero sí más o menos puedo atender.

En Neotrópica tuvimos un curso de género, que las mujeres podían hacer otras actividades, no solamente la cocina. Entonces a mi me quedaba la inquietud y siempre... Cuando salía de mi trabajo, me sentaba a escuchar a las mujeres que iban, y a ciertos grupos organizados que iban a hablar sobre la naturaleza. Yo dije: tal vez algún día trabajo sobre la naturaleza.

Casi cuando hubo el atentado de las Torres Gemelas, en setiembre del 2001, me liquidaron en la fundación Neotrópica. Se me vino el mundo encima: ¿pero qué hago, cómo puedo seguir dándole a mis hijos los estudios y la alimentación? Agarré la carta, me la traje y me vine. Y le dije a las chiquillas, diay, pasó esto y esto y me liquidaron.

En Esta casa tengo 23 años de cuidarla... Un señor me dijo que se la cuidara; idiay, yo se la estoy cuidando. Pero hace 23 años él no me manda para chapias, no me manda para pagar la luz, no me manda para pagar el agua. Y como me quedé sin trabajo y tengo que sobrevivir, pues a la gente le cobro

mil colones por acampar ahí en el patio. Tengo un servicio y un baño, y si me piden les doy comida totalmente criolla... Yo nunca he dicho esto es mío, lo único que le pido al dueño es que me pague los 23 años.

Hace unos años, un grupo de vecinos sentimos la necesidad de formar un grupo, porque vimos mucho deterioro en los manglares: se cortaban árboles, echaban trasmallos, salían muchos delfines muertos, muchas tortugas. Saliendo ahorita no se ve nada, pero después, en la noche, por Caballeros, Morales y Rincón, la gente echa trasmallos sin piedad. De ahí nació la necesidad de hacer este grupo, la Asociación Protectora de los Manglares de Playa Blanca. Cuando inició ASOMANGLE éramos como 30 personas; ahora somos 13. Somos de Playa Blanca, de La Palma, de Escondido, hasta hay asociados de San José.

La principal actividad que hacemos ahorita es la protección del desove del Pez Aguja. La idea es que cada persona agarre solamente cinco agujas y que ellas desoven con tranquilidad, que no las maltraten, que no se haga lo que se hacía antes, que se sacaban cinco o seis sacos y se dejaban ahí botados. Ese pez casi no se puede comer porque tiene mucha espina. También trabajamos muchísimo en obtener la Bandera Azul –tenemos cuatro años de tenerla– y tenemos un proyecto para cultivar pianguas y un refugio

de vida silvestre. Con donaciones del PNUD compramos quince kayacs, un bote y un motor. El dinero que se recoge se usa para ir a los cursos, porque a veces no dan almuerzo o no dan hospedaje. Yo estoy en el comité de la Comisión Marina Costera, y ahí uno tiene que desembolsarse su comida, los pasajes y todo. En el Consejo Peninsular también tiene que uno llevar dinero, a diferentes actividades que lo llevan a uno, tiene que desembolsar. ASOMANGLE es sin fines de lucro. También tenemos una lancha de 26 pies que no la hemos usado, porque nos falta el motor que es un motor bastante grande, de 115 caballos, pero la idea es usarla para trabajar en el Golfo, para hacer recorridos con turistas. Queremos meternos en el turismo comunitario-rural.

Entiendo que el mundo ha avanzado mucho: lo que es Internet, que teléfono, que celular, que carreteras, que lanchas. Antes existían los aviones pero no tan modernizados como ahora, la tecnología. Pero bueno, soy de las de antes, ya voy a cumplir 56 años. Prefiero la Península como estaba porque había en abundancia, había loras, lapas, tepezcuintle, sahinós, chanchos de monte, pavones, dantas, jaguares, el mono congo, el mono tití. Como había tanta comida los tigres no atacaban a la gente, lo que se comían era el ganado. Ahora todo el mundo mata sin piedad; antes se cazaba pero con piedad. No se llegaba a una montaña

a matar cinco, diez, veinte, treinta, no. Lo digo por mi abuelo y nosotros, que nos criamos aquí: íbamos a agarrar la piangua y agarrábamos solamente las grandes, las pequeñitas no, para que crecieran. Igual con los cambutes. Los pargos, usted echaba la cuerda y decía: no, ese no, el más grande. Por eso digo que nosotros mismos cuidábamos la naturaleza.

Ahí estamos en la lucha de la protección de los manglares para dejarle los recursos marino-costeros como una herencia a los nietos, a los tataranietos, sobrinos, a las nuevas generaciones. Actualmente trabajo como miembro de los grupos de COVIRENAS y soy miembro de la Junta Directiva de ASOCOVIRENAS, que tiene oficinas en Río Claro de Golfito. Con ellos coordinamos muy bien las acciones de vigilancia y protección de los recursos naturales marinos, y muy en especial la relacionado con la protección del Pez Aguja, que es una especie que suele desovar en grandes arribadas a la orrilla de la playa, salen todos los meses, cuatro días después de la luna llena, durante cuatro días consecutivos. Es todo un espectáculo digno de observar por todos los habitantes del planeta. El apoyo que me brinda esta organización es muy importante y valioso para la protección de los recursos naturales de la zona.



## María Estelia González Brenes

*Purruja de Golfito*

Entre muchas otras cosas, la vida de esta mujer nos habla de la vulnerabilidad, la precariedad y la violencia; una violencia que muchos aún se niegan a mirar. Pero su vida también nos revela un indomable espíritu de lucha. Hoy, desde la Asociación de Piangüeros de Purruja, APIAPU, María Estelia González trabaja por la conservación de los manglares y el manejo sostenible de la piangua.

Nací el 31 de agosto de 1959 y hasta la edad de 14 años viví en Orotina. Mi padre fue carpintero, lo contrataban para hacer bancos para los salones de baile. Podía hacer toda la bancada de un salón, talvez sesenta o setenta bancos pequeños, sillas de recostarse. Tenía un tallercito pero todo era manual: a puro cepillo y clavos y nada de pegar. El aprendió travesando; yo también era muy traviesa y trabajábamos así. Éramos seis muchachas, seis niñas y un muchacho, pero yo era la que trabajaba con él, no el muchacho. Mi papá se llevaba una fila de bancos al hombro y yo me llevaba otra filita a dejarlos a Hacienda Vieja, a Marichal, a todos esos lugares cerca de Orotina donde había salones de baile.

Éramos muy pobres, pasamos muchas hambres. Mi papá era un hombre muy enfermo, mi mamá era muy enferma, todos eran muy enfermos. Ellos padecían de pulmonía pero yo pienso que era falta de alimentación. Teníamos un terrenito pequeño, por lo menos para sobrevivir y no andar alquilando ni rodando. Mi madre se dedicaba a criar gallinitas y chanchillos. Mi abuela le dejó esa herencia a mi mamá pero siempre hay alguien más vivo... Una señora le arrebató con enredos la finquita a mi mamá, le dio cualquier cosita y con eso ella compró un terreno donde mi papá construyó una casita con postes y pedacillos de madera que le regalaban en Orotina.

Mamá murió muy joven, a los 43 años, y tuvo dieciocho hijos. Somos siete porque casi todos se le fueron

muriendo: cuando no era ataque de lombrices eran congestiones, que les llamaban antes. Congestiones, ataques de lombrices, gastro... Así se le murieron muchos hijos. La mayor se llama Carmen. Después de ella hubieron creo que dos más que murieron y después sigo yo. Cuando murió mi mamá yo tenía catorce años y un poquito. Venía saliendo de sacar el sexto grado. Ella fue a la graduación y después de ahí vivió unos meses más.

Me gustaba mucho trabajar desde pequeña. De siete años trabajaba desmanando maní. Me regresaba a mediodía o antes de mediodía para ir a la escuela. Me gustaba mucho el estudio pero mis padres nunca se interesaron en ponerme a estudiar, sino que a escondidas de mi madre me iba con una señora que se llamaba Aracelly, y ella me llevaba a matricular. Cuando mi mamá se levantaba de la cama yo ya me había ido a matricular, y cuando yo llegaba me decía: "¡Uy, muchacha! ¿Cómo usted se va sin permiso mío a matricularse? Yo no quiero que usted vaya a la escuela porque a mi me dan mucho miedo los carros." No había ni carros en ese entonces, lo que habían eran carretas y caballos y uno que otro carrillo. El tren también le daba muchísimo miedo porque había que pasar la línea para llegar a la escuela, en Orotina centro. Nosotros estábamos a unos tres o cuatro kilómetros. Me matriculaba todos los años así, a escondidas, y por último, más grandecita, me matriculaba solita. Así saqué el diploma.

Trabajaba para comprarme los uniformes, los zapatitos, porque nosotros andábamos descalzos. Iba con otras chiquillas a sacar achiote en cuartillos. En ese entonces pagaban como a 50 céntimos el cuartillo, pero costaba llenar uno. A mi papá le daba una peseta, a mi mamá le daba otra peseta y de ahí me compraba zapatos, cuadernos y el uniforme para mí, porque me gustaba salir en las actividades del 15 de setiembre. Yo era muy tímida, pero cuando decían: "¿Estelia, quiere salir?" Yo decía que sí. Salí en Cruz Roja y para el 15 de setiembre, en los desfiles y marchas; eran cosillas que se me metían en la jupa. Mi mamá nunca nos impulsaba, más bien nos decía: "No vaya, no vaya, usted no puede hacer eso porque le puede pasar algo..." Pero yo siempre metía cabeza y me iba con las otras compañeras y otros chiquillos.

De niña me le escapaba a mi madre y me gustaba ir a una quebradita cerca de donde vivíamos, la quebradita del Rastro Viejo. Ahí íbamos a bañarnos en una poza, agarrábamos camarones y cangrejos para freírlos y comerlos ahí mismo con los chiquillos. Una vez casi me ahogo y juré no volver a escaparme. Estábamos bañándonos agarradas de una raíz y la raíz se reventó y yo no sabía nadar. Todos salieron pero yo me quedé en el fondo del agua ahogándome; escuché cuando un chiquito que andaba con nosotros dijo: "¡Estelia se está ahogando, Estelia se está ahogando!" Se lanzó al agua y me jaló del pelo y me sacó a lo seco.

Y juré no volver a ir a la quebrada a bañarme.

Por la orilla del río había muchos árboles grandes de unas frutas que se llaman soncolla, soncolla de montaña: la pulpa era anaranjada, muy dulce, muy rica. Decían que si uno comía muchas le daba calentura. También había guayabas de mono, unas pelototas amarillas, con muchas semillas. Sacábamos las semillas y las llevábamos para la casa para hacer collares para jugar. También había muchos nances y marañones, ya que Orotina es el cantón de las frutas.

Viniendo de la escuela yo siempre me encontraba a un tipo tirado de panza en el suelo, arreglando un carro. Ahora, con la experiencia que tengo, veo que era un vivazo, porque él tenía 29 años y yo apenas 14. Todo el tiempo, donde quiera, me salía ese hombre arreglando ese carro viejo, de la blockera donde trabajaba. El hombre se ponía a hacerme piruetas raras.

Él tenía señora, vivía con una señora que se llama Marina. Una vez Marina me invitó; me dice: "Venga, chiquita, venga." Yo iba para la casa con el bultico y entonces ella me llamó: "Venga, chiquita, venga para darle un poquito de café." Y yo le digo: "Ay, no quiero ir." Entonces me dice: "No, venga, ahorita se va." Cuando entré, el viejo estaba adentro y me estaba haciendo piruetas, como seduciéndome, enamorándome. Entonces Marina vino, me dio pinto y café con pan y mantequilla. Yo a ese viejo nada más lo volvía a ver

pero no sentía nada, y después de que comí esa comida, como a los dos o tres días, ya sentía querer a ese hombre. Siempre he dicho que yo no me enamoré de él sino que me echaron algo en la comida, porque existe eso, las brujerías. Aparentemente ese hombre era enfermo mental y Marina le traía chiquillas a él para que él tuviera relaciones con ellas y a la vez ella siempre estaba con él.

Ella me jalaba; cada vez que pasaba me decía: "Venga, venga y vea, yo voy a hacer un mandado, quédese ahí con Luis -*Piecito*, le decían-. Quédese con Piecito, él le va a dar una monedita", me decía. Ella hizo que yo cayera con ese hombre. A esa mujer él le pegaba, ella tenía heridas por todo el cuerpo. Entonces ella me fue seduciendo y por último fui yo la que quedé con él; ella lo dejó y yo quedé enrolada con él. Seguramente lo que estaba deseando ella era jalarle porque ese hombre la maltrataba.

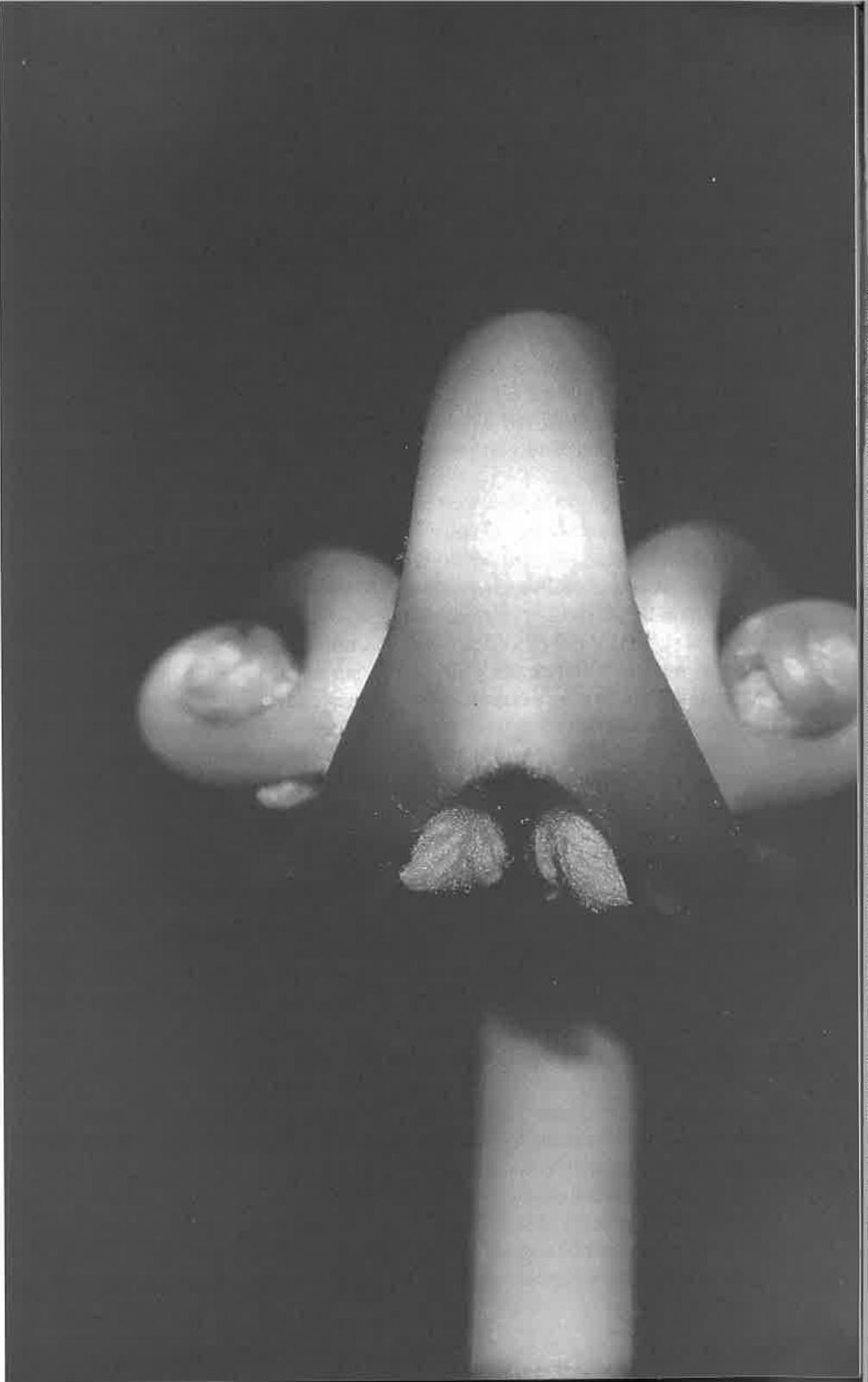
Recuerdo que mi mamá me pegó dos veces cuando me fui con él. Eso fue días antes de que se llevaran a mi madre para el hospital. A mi mamá aparentemente le salió un tumor por debajo de la costilla. No quería ir al hospital porque decía que si iba no volvía más. Quedó bien de la operación pero se despertó de la anestesia y se arrancó las mangueras y se levantó de la cama y de una pescozada quebró la ventana del Hospital San Juan de Dios y se tiró al patio... Estaba lloviendo y aparentemente le entró una fiebre interna. Mi hermana mayor fue

a verla y dice que cuando llegó estaba boqueando. La otra compañera que estaba ahí le contó que había quebrado una vidriera y se había tirado afuera, y que no había nadie cuidándola.

El hombre ese me aisló de mi madre, me aisló de mi padre, de toda mi familia. Desde un principio me amenazaba y yo como enamorada y con miedo, a mi me pasó algo muy feo con él. En poquito tiempo me tenía atemorizada, una cosa rara. Para aislarme de mi familia, me llevó a Puntarenas y me hizo vender una herencia que mi madre me había dado, un pedacito de tierra con la casita para que yo viviera a la par de ella. Me agarró con un puñal y me dijo: "Usted tiene que vender esto y no tiene que decir nada. Si usted no vende esto, la mato", me dice. "Si usted no se va conmigo, yo la mato a usted y también mato a su hermana, esa que viene ahí."

Murió mi madre y no pude ir al velorio, fui apenas un ratito y él me dijo: "Véngase porque si no la agarro y la mato." Él era muy andariego, me decía: "Voy a ir a Orotina, cuidado usted va a salir de aquí." Y se iba. Yo cerraba la puerta con picaporte y me acostaba. Estaba durmiendo y oía caer el picaporte de la puerta y entraba él. Yo me sentaba asustada y él me decía: "Usted dejó la puerta abierta." "Cómo, le decía, yo la cerré, la revisé como tres veces." Él abría los picaportes; creo que tenía tratos con el diablo.

Era un hombre malo. Había matado a un hombre y le cortó la mano a un pri-



mo. Yo tengo heridas por todas partes. Casi me apea la mano. Por todo mi cuerpo tengo cicatrices. Era enfermo mental, me llevaba las chiquitas. Yo no sé de dónde agarraba güilas en Puntarenas; me las llevaba y me las acostaba ahí a la par y comenzaba a travesear, y si yo decía algo, me agarraba con un puñal. Él me tiraba en el agua y me zambullía para que me ahogara, pero me decía: No, no la voy a matar porque quiero irla matando poquito a poco.

El dejó la blockera y nos llevó para Puntarenas. Al principio estuvimos arrimados en una casa de un hermano de él, debajo de un techo de láminas de zinc, en el suelo. De ahí nos echaron. Después construyó una casilla y ahí nos metíamos a dormir, vivíamos a la intemperie. Estuvimos como tres meses arrimados y después como otros tres meses bajo ese techo. En Puntarenas hacíamos carbón, pianguábamos y también pescábamos; trabajábamos las tres cosas, día con día. Aquí fue donde conocí el oficio de extracción de las pianguas. En los bajos de la playa existían en ese entonces muchos bancos de mejillones, pitutos. Ahí vivían también unas lombrices que eran muy buenas para pescar, y hasta las intercambiábamos por pan con los barcos japoneses.

Después él le compró una islita a una señora que se la vendía en 400 colones. Eso es en playa la Botija, en una playa llamada la Islita en el estero, en el manglar. Era una playa larga pero nos separa el estero por todo lado. Ahí él hizo una casa más formal: tenía-

mos agüita, tanque, pichingas, patos, muchas gallinas, chanchos, de todo teníamos, pero paz no había ni felicidad. Con la platica del terreno mío que vendimos de la herencia que nos dio mi madre, compramos un motor y un bote...

Con ese hombre estuve ocho años y tuve dos hijos: la mayor es una muchacha valientísima pero que quedó con un trauma. Yo la saqué de ahí pequeña, como de seis años, pero ya estaba formada. Escapamos ella y yo, la otra chiquita quedó ahí. Ella es inválida, tiene deficiencia mental, y está ahora en el hospicio SOS de Cartago.

A mi hermana menor, que se llama Marianela, yo me la llevaba para que me ayudara con la chiquita inválida, porque para mí era muy difícil, yo no podía verla sola porque salía a pescar. Mi hermana tenía 10 años y él vino y la violó, lo mismo que me pasó a mí, una cosa rara.

Cuando él nos tenía ya en posesión nos maltrataba mucho a las dos. Me pegaba a mi y le pegaba a ella. Después mi hermana se embarazó. Cada vez que veía la lancha venir, yo estaba en un temblor y mi hermana también. Pero ella tenía una ventaja: ella estaba recién enamorada, me imagino, entonces lo cuidaba más. Ella se le guindaba y él la alzaba y la abrazaba y la besaba.

Él no podía ver huellas cerca de la casa. Si veía huellas, decía: “¿Quién vino, quién llegó aquí?” Y era apa-

leada segura. Una vez llegaron unos gringos a acampar; tenían una perra y la perra se les comió la manteca. Uno de ellos llegó a la casa y me pidió; yo cometí el error de darle manteca, ¡la mantecada que me dieron a mí!

Comencé a pedirle a la Reina de los Ángeles que me ayudara a salir. La primer vez que nos escapamos, él nos encontró y nos llevó. Ese día nos varamos en el playón y a mi me metió un botellazo y me apeó los dientes, y a mi hermana la agarró y nos amenazaba con el puñal, pero nunca nos mataba, era para castigarnos porque nos habíamos ido. Ahí comenzaron tiempos difíciles: nos agarraba y nos pegaba a cada rato, cada tres días nos estaba pegando.

Duré mes y medio pensándolo y alistando todo a ver cómo me iba. Él vendió el bote, vendió el motor, sólo se quedó con la lancha con que iba a pescar. A los días le dije a mi hermana que por qué no nos íbamos, pero ella me dijo que lo quería mucho y no lo podía dejar, y más bien me dijo que me iba a acusar. Ya me había agarrado odio. Y apenas oyó la lancha, esa güila pegó un carrerón —tenía once años— y se le guindó de la nuca y le dio un beso y le dijo: Luisito, viera que Estelia se va a ir. Yo estaba calentándole la comida cuando ese hombre agarró el plato y lo tiró en las patas mías. Tenía un cable número 10, de esos de luz; lo agarró, lo dobló y me dio a mi y le dio a ella embarazada de cinco meses. Corrí para el manglar y ahí llegó y me enterraba, ahogándome con el barro.

Todavía saqué fuerzas y le dije: “¿Sabe qué? Me voy. ¿Y sabe qué Marianela? Usted se queda, porque el día que me vaya no le digo nada.” Yo sé que hice mal pero no podía hacer más.

Duraba noches enteras sin dormir pensando cómoirme. Dejé que se amansara. Me decía: cuando él se vaya a pescar y se la lleve a ella, o cuando se vaya a pescar y ella se quede con la niña minusválida, yo tengo queirme con mi hija...

Lo planeé todo y me salí a las 11:30 de la noche de la casa. ¡Qué doloroso es irse y dejar a su familia ahí! Me arrimé y le di un beso a la niña minusválida y otro a mi hermana. Me vine con la otra hija casi desnuda, nada más con una blusilla y un shorcito. Ella tomaba chupón a los seis años y el chuponcito lo traía ahí. Yo no traía nada de ropa. Me llevé el canaleta de sacar lombrices para pescar, un canaletito así, delgadito, con palita pequeña. Solté el bote con cuidado y había un montón de perros y los perros sonando. Bajé el bote y se me perdió la chiquita en la oscuridad. Y al rato de andarla buscando apareció. Y ya vengo y la monté al bote: “Venga, mi amor —le digo—, móntese...” Tuvimos que cruzar el Canal de Fertica; salimos casi a las 12 de la noche, y jale y jale agua y esos correntones porque era la vaciante. Solamente la Reina de los Ángeles me sacó de ahí.

Llegamos como a las cuatro de la mañana a la orilla de los malecones. Amarré el bote y le digo: “¡Ay Rei-

na de los Ángeles, usted sabe que yo no me iba a robar este bote! Lo voy a amarrar aquí, aquí el dueño va a encontrarlo...”

Salgo corriendo con la niña y me tiro afuera, y donde está la carreterilla del malecón me sale un policía y me dice: “¿Qué está haciendo aquí usted?” Le conté por encima y le dije, “¡Ay señor! Necesito irme porque si ese hombre me encuentra me mata.” Y entonces él me dijo: “Está bien, pero métase ahí, porque si otro policía la encuentra aquí o hacen redada, se las llevan,; y cuando aclare, usted váyase.” Yo llevaba en un chanchito la plata que había estado recogiendo por tantos años. Era un poquitillo de plata. Y ya fui y me metí abajo del malecón, y cuando vi que estaba aclarando... ¡Patitas pa qué te quiero! Agarré el tren de las seis de la mañana, sin saber ni para dónde iba. Tenía entonces veintitrés años.

Me dice el señor de los tiquetes: “¿Para dónde va, muchacha?” “Yo no sé para dónde voy, pero dame un pase para Pavas. Yo no sé dónde es ahí, yo voy para ahí.” Y me dio el tiquete y me fui.

Me senté a la par de una viejita que comenzó a preguntarme para dónde iba. Ay, viera que voy para tal parte, le digo, pero es que me pasó esto y no conozco a nadie. No sé, voy con miedo, siento que ya me agarran. Y la viejita me dice: “Bueno, mamita, yo a usted no la conozco, pero le voy a dar hospedaje para que se quede ahí mientras consigue trabajo.”

Yo conocía San José porque cuando tenía nueve años mi papá me llevaba a hacerme exámenes del asma y de la vista. Llegamos a Pavas. Como a los tres o cuatro días la gente de la casa ya estaba incómoda. Y todo lo hace el diablo, porque yo busque y busque trabajo y no encontraba. Me iba a los teléfonos, a ver en los periódicos, y nada. Había trabajo pero no querían dármelo porque no me conocían, no tenía cartas de recomendación. Entonces una mujer que estaba en el teléfono me dijo: “Si quiere se viene conmigo...” Y me lleva para Aserrí. Había una de pulgas que no se podía dormir. La chiquita pegaba unos brincos y yo por otro lado brincando del miedo de que apareciera aquél hombre. A la señora le ayudaba a hacer los oficios, a cuidar los chiquitos, porque tenía un montón de niños. Ella se iba a trabajar y pasaba grandes pobreza. Pero no duré mucho, apenas como diez días, porque ella traía comida pero no podía dormir por el zancudero y las pulgas.

De pronto me acordé que mi papá nos llevaba a donde unos familiares, la señora se llamaban Esperanza y un muchacho que se llamaba Julio, de apellido Valverde Quirós. Y a como pude me orienté y llegué donde ellos. De nueve años había ido yo y llegué a donde ellos. Ahí me hospedé un tiempo. Aquí me daban de comer los sobros de la comida.

Después una prima me llevó para su casa y estuve tres, casi cuatro meses con ella. Yo les hacía todas las cosas

de la casa: les hacía tortillitas y todo y ellos me cuidaban. Yo veía que el señor me daba muchas cosas, me traía ropa, hasta que un día me faltó el respeto y yo dije: “No, prefiero irme antes de que usted me esté faltando el respeto, sería fallarle a mi prima que me ha ayudado mucho.” Y me fui.

Voy caminando por La Sabana cuando me topo con un señor, casi choco y me dice: “Estelita ¿qué está haciendo aquí?” ¡Mi papá, mi padre, me lo voy hallando ahí! “¡Ay, papito! Es que me escapé de Luis.” “¿Y Marianela?” me dice de una vez. “No me la pude traer porque ella me vendió y casi me matan por ella... Casi nos matan a las dos, pero ella dijo que no quería venirse. Es más, se quedó con la chiquita mía porque yo no podía traérmela.” “Bueno –me dice– qué vamos a hacer. Pero vamos hija –me dice–, vamos para la casa.”

Vivían en Barrio Cuba. Mi hermana mayor se había traído a mi papá porque estaba muy enfermo. Habían vendido allá y se habían venido para Barrio Cuba, allá alquilaban. Ahí estaba toda la pelota de chiquillos, toda la pelota de muchachos. En Barrio Cuba mi papá trabajaba arreglando radios; a él le gustaba mucho la mecánica. Arreglaba radios y vendía melcochas. Hacía cositas para traer comida a la casa. Mi hermana también vendía cosillas y andaba por ahí; a veces le salía un atarantado y se la llevaba. Yo me ponía a hacer ventecitas: una palangana de empanadas y rapidito la vendía y traía plata.

Me estuve tamaño poco con ellos, pero pensando siempre en Marianela. Ya para eso comencé a conocer lo que es el Evangelio, porque ahora soy evangélica. (Yo digo que “evangélica sancocada” porque para ser evangélica una tiene que estar muy bien parada, para ser imitador de Cristo tiene que ser bastante obediente en todo, y hay veces que las circunstancias no lo dejan a uno.) Ahí cambiamos, comenzamos a orar por mi hermana.

Como a los cuatro años fue apareciendo ella. Apareció de un pronto a otro y ya traía cuatro güilas. Un día no sé quién me la puso en el teléfono, y le digo: “¡Marianela!” Y esa muchacha lloraba por teléfono. “¡Ay, Estelita! ¿Por qué me dejó botada?” “Usted sabe por qué la dejé botada. Si yo no hacía eso él me iba a matar a mí y a usted también. Usted pudo librarse de él, como yo me liberé, solo por un milagro de Dios, porque él nos quería tener a las dos ahí.” “A mí me apeó todos los dientes”, me dice. Pero a él le fue feo con ella, una cosa rara. Ciertamente él la maltrataba, pero ella tampoco se dejaba. Andaban de cantina en cantina tomando guaro. A mi hermana le costó mucho dejar el vicio. Yo no le agarré vicios. Él me decía: “Tómese un traguito.” “No, no quiero.” Por eso yo odio el guaro. Odio el guaro, odio los salones de baile. Detesto eso y nadie me entiende. Mis hijos me dicen: “¿Mamá pero por qué usted es así?” Yo no quiero la música mundana para nada. Me gusta un poquito la música romántica, pero de ahí no más, solo escucho música cristiana. Yo no sé si es

del mismo trauma de lo que me pasó. Detesto los salones de baile.

Salí de Barrio Cuba por culpa de mi hermana mayor. Ella me llevó a Ciudad Cortés a pasear; mi hermana se fue como un mes no sé a dónde a buscar plata y me dejó botada, y cuando llegó de vuelta, yo ya me había hecho de un novio y había quedado embarazada. Yo no lo sabía, porque me regresé para San José con mi hermana, pero cuando me vi embarazada, traté de buscarlo a él.

Él muchacho era doméstico, sujeto, obediente, no salía a ninguna parte, pero los papás no lo dejaron hacerse cargo de mí. Él era estudiante y

trabajaba con el papá desde las tres de mañana sembrando arroz, frijoles.

Experimenté otra vida en Puerto Cortés, embarazada y trabajando. Andaba en bicicleta vendiendo empanadas, elotes... Una señora me dio un cuartito para que viviera con mi hija, porque de la casa del muchacho me echaron. La señora me dio un cuartito pequeño y ahí estaba con la chiquita. A ella la mandaba a la escuela. El muchacho llegaba a dejarme cosas que le robaba a su papá: leche, galletitas, sardinas, arroz. Quería que él se juntara conmigo, que se hiciera cargo de mí y del embarazo, pero los papás no lo dejaron.

Cuando en eso me salió de pronto el papá de mi otro hijo. Con ese hombre —se llama Ulises, le dicen Licho—, comencé a pasar cosas durísimas también. Qué torcida he sido yo, muy torcida. Viví cuatro años con él pero me maltrató mucho: siempre andaba con mujeres y tomando guaro y le faltaba el respeto a mi hija. El trabajaba haciendo contratos en fincas. Con él anduve por la Venecia, por Finca 18, rodando por todas partes... Estuve metida por Sierpe en una laguna donde salía el león, yo embarazada. Como ocho meses estuve con él, pero él tenía otra mujer. Cuando lo conocí no vivían juntos, se habían dejado y ella se había ido para San José, pero la mujer

regresó. Un día que yo andaba en una cita con el chiquito, cuando llegué me encontré a la mujer en la casa con todos los chiquitos de ella. “Idiay —me dice él—, es que lamentablemente me toca irte a dejar a Tracopa para que te vayás donde tu hermana, porque esta mujer me pegó la pensión y tuve que traérmela.” Me fue a dejar allá y me dijo: “Yo te sigo llamando, y una vez que esto pase, te vuelvo a traer.” Y es cierto, me volvió a llevar, pero sólo para meterme el otro güila.

Al volver yo, otra vez comenzó a faltarle el respeto a mi hija mayor, y esa majadería. Yo lo dejaba y luego se volvía a juntar conmigo porque llega-



ba a buscarme llorando: que perdóme, que aquí y que allá. Como treinta veces lo dejé y como treinta veces me buscó. Yo le decía: Pero es que usted no se compone.

Con él tuvimos una parcela, yo la luché con él. Lo metieron preso como tres veces y yo lo sacaba, pero últimamente, cuando ya me di cuenta de lo que estaba pasado le dije a mi hija: “Nos vamos.” Y con un saquillo de ropa me llevé a la chiquita y todos los demás güilas.

Me escapé de las garras de ese hombre. Le dije a un taxista, un chino que yo medio conocía: “Muchacho, hágame el favor y lléveme a donde termina Panamá con Costa Rica, donde no me encuentre este carajo.” Me llevó a Roble hasta donde es la colindancia entre Costa Rica y Panamá. En ese me cobró mil quinientos colones por llevarme hasta allá.

En el taxi venían dos colombianos y entonces me dicen: “¿Señora, qué le pasa? Está como triste.” Algo echaron de ver. “¡Ay, papá! Usted no sabe lo que me ha pasado”, le digo. “¿Por qué, qué le pasó?” Y comencé a contar... Mejor no lo hubiera hecho: me puse a llorar y llorar y no paraba de llorar, una cosa rara. Entonces me dice uno: “¡Ay, mamita! Si no tuviera esposa, me la llevo conmigo.” Le digo: “¡Ay, de por sí en estos tiempos y con este problema, no quiero saber nada de los hombres! Discúlpeme, pero no puedo.” “No, es solo una sugerencia”, me dice. Entonces uno sacó veinte

dólares y el otro sacó no sé cuánto y me lo dieron. “Tome para que compre comidita cuando llegue.” “Está bien, muchas gracias, Dios me lo bendiga.”

El taxi me llevó exactamente a donde colinda Costa Rica con Panamá. Eran cuatro hijos los que venían conmigo. Casi anocheciendo, como a las cinco, va llegando un viejo negro, bien feo, parecía un diablo. “¿Diay señora, qué hace aquí?” “¡Ay, señor! Disculpe pero ya iba a llover y no tengo adónde ir; déjeme por lo menos aquí en esta ronda, a la orilla de la acera suya, mientras me organizo y busco una casita.” No lo olvido, le decían Paniagua... “Pero señora, no se preocupe usted, aquí está mi casa, pase...” Y abrió la puerta y me dice: “Vea, ya le traigo comida para que haga, no se preocupe.” Fue a la pulpería y trajo un pollo, papas, de todo. Y me puse yo a cocinar —qué vergüenza, vergüenza y miedo tenía yo—.

Y ya vengo y le digo a los güilas: “Primero le voy a dar al señor y después le doy a ustedes, porque no sé si esta comida es para todos.” Ya le dije: “Don Paniagua, aquí está la comidita, ya está servido.” “Diay, pero déle a los chiquitos primero.” Y de verdad, le di de comer a los güilas. Y ya pasó un día y dos días, y como a los tres días ya el viejo se me pasaba a la cama: “¡Ah no! ¡Déjeme tranquila! Yo quiero dormir tranquila. Usted me ayudó a mi porque a usted le nació.” “Pues sí —me dice—, pero manda la parada que teniendo una mujer aquí y yo solo...” “Pero ¡Ay no, don Paniagua! ¡Tranqui-

lo!” le decía yo. Él tenía una bicisetita pequeña, la agarré y me fui a buscar trabajo por las fincas; por todo lado anduve y no pude conseguir. Una cosa rara, como que se cerraban las puertas. Y ya al tercer día de estar jodiendo ese hombre con esa majadería, le digo a la niña: “Me voy, no le voy a dar gusto a este viejo.” ¿Por qué se abusan de una persona cuando necesita, por qué agarran estas cosas como un juguete? No, esto no es así, le digo. Bonito es cuando la mujer decide sola... Podría haber sido, talvez si hubiera dado más tiempo, sabiendo que estoy destrozada de las cosas que me han pasado.

Al tercer día se fue él a trabajar y... ¡patas pa qué te quiero! Me fui a buscar una casa de alquiler o prestada o lo que fuera. Encontré una casita y hablé con el señor que estaba en Cartago y me dice: “Sí, se la doy, váyase para allá con los chiquitos.” Le eché miles de bendiciones y, de verdad, cuando Paniagua vino yo ya no estaba, me fui con todos los güilas y el poquitillo de ropa que llevábamos. Y con la platita que me dieron los muchachos colombianos compré platos, cucharas, comidita y ya tenía, como quien dice, para ir sobreviviendo. Era un terreno bien bonito: había plátanos, piñas, de todo había. Ahí comencé a desenvolverme: hacía empanadas, hacía rifas...

Fueron como cuatro años que viví entre río Incendio y Bella Luz de la Vaca. Allí vendía números, hacia rifas para ayudarme. Viniendo por la vuelta en la comunidad de Cenizo, donde esta hoy la planta de aceite de Coopeagropal,

de pronto me aparece un hombre en bicicleta. Al verlo lo paré y le pedí que me compraré un número para ayudarme, pero él me dijo: “Yo no compro números porque soy evangélico.” Entonces le dije yo: “También soy evangélica pero hago esto para ayudarme.” Él saco unas monedas y me las dio y me dijo: “Déjese el número.” Después también sacó un carné de membresía y me dijo que era pastor. ¡Y yo deseando que me saliera un hombre así...! Comencé a ir a la iglesia. Y me rodó facilitico y ya por último me dijo que nos casáramos, y como a los quince o veintidós días llegó diciéndome que no, que mejor nos juntáramos. Y que el trabajaría en siembras de maíz y que después nos casaríamos. Ese hombre es el padre de mis dos últimos hijos y se llama Domingo García.

Tuve ocho hijos y de los ocho casi todos han aprendido por lo menos un oficio. El que no quiso estudiar no estudió porque no quiso, pero los otros están estudiando y los menores ahora están en 5° y 4° año de colegio. Además tuve que hacerme cargo de una niña de mi hija mayor. Ella quedó embarazada de 13 años y yo tuve que hacerme cargo de la niña, porque ella no era capaz.

De ese hombre tuve que huir así, por lo guindones, porque me dijo que me iba a quemar con canfín. Me agarró del pelo y me agarró las manos y me iba a prender fuego. Me dio una leñateada de puro gusto, porque él es indígena y es muy celoso; como yo soy

blanca y él es moreno, ellos lo ven a uno no sé cómo.

En esos días me tenía que hacer un papanicolau. Fui a Laurel y cuando iba a subirme la ropa para hacerme el examen, la doctora me preguntó: “¿Qué le pasó, por qué está así?” Tenía unos grandes verdugones de la hebilla de la faja. Entonces le conté, lloré y lloré... Idiay, uno necesita desahogarse. Entonces me dice: “No, esto no sucede más. Te voy a hacer una visita allá –me dijo–, con la trabajadora social.” Llegó la trabajadora social, Lorena Lobo, y lo entrevistaron a él y me entrevistaron a mí, y él como si nada, les apeó aguacates, les dio fresco. Como que ellos se gozan de lo que hacen.

El no quiso ir al psicólogo, dijo que no estaba loco. “Entonces, si él no quiere ir, usted tiene que irse de ahí”, me dice la doctora. “Y si usted no se puede ir –me dice–, yo la voy a sacar con el carro y la policía.” Y de verdad me escapé, me vine por los guindones.

Dejé todo botado, todo perdido, otra vez volver a hacer de nuevo. Todo lo que tengo ahora es de hace 10 años para acá. Perdí todo como tres o cuatro veces, todo lo perdí, pero hay un propósito de Dios. Yo sé.

Después me vine para Golfito. Y yo que me apeo del bus y al primero que me encuentro es a Ulises, a Licho, cruzando la calle. Se me queda viendo y me dice: “Ah, te has rendido.” Entonces yo me volví y le dije con todo el honor o la fuerza mía: “Tiempo

perdido, los santos lo lloran.” Nunca se me olvidan esas palabras. Él siguió su camino y yo el mío; iba para donde un amigo, Serafín, un viejito como de ochenta años que ha sido como mi papá. Aparentemente él es primo mío, pero lo encontré así, de la nada. Llegué donde Serafín y me dio hospedaje. Ahí estuve con los chiquitos, él me ayudaba muchísimo. Serafín era un señor muy valiente, con ganas de ayudar a las personas que necesitan. Y muy bravo también: pasé también muchas cosas difíciles con él, pero se podía soportar.

Un día estaba lavando en el río cuando llegó Licho y me echó piropos. Y le digo: “Lamentablemente, después de que uno se casa, tiene que jinetejar esa yegua.” Con eso le quise decir que conmigo no contara. “No, yo venía a ver los güilas”, me dice. “¡Ah! Ahora se acordó de tener güilas.” “Sí, quiero ver los chiquillos”, me dice. “Ahí están, vaya, ahí están ellos en la casa.” Ya llegó y los vio. Les compró algunas cosillas y ya.

Por medio de ese hombre fue que se constituyó la Asociación de Piangueros de Purruja, APIAPU. Él aprendió a pianguar conmigo, yo le había enseñado porque él no sabía de eso. Entonces ya había unos grupillos como queriendo formar la Asociación, pero no podían por falta de entendimiento. Este hombre comenzó a hacer esos grupos pero no podían fundamentar.

Entonces, cuando yo llegué de vuelta de río Incendio, fue cuando él me dijo:

“¿Por qué no formamos una asociación?” Le digo, “Diay, podría ser.” Así fue como tomamos la iniciativa y comenzamos a reunirnos. Formamos un comité con otros piangueros. Pero el primer presidente se fue dizque a hacer las vueltas a San José y se robó la plata. Se perdió la plata, tanto que nos costó recogerla. Después una estudiante de leyes de la Universidad de Costa Rica llegó a hacer estudios y también se llevó los diez mil pesos para hacer la asociación. No volvió, ni hizo nada.

Entonces ya llegó Ulises y me dice: “Diay, por qué no nos formamos bien formado el grupo y verá que va a resultar. Yo sirvo de secretario”, me dice. Me quedé pesando –ya habíamos perdido dos veces la plata– y... Bueno, está bien, vamos a hacerlo. Pero yo no quería jalar nada con él. El comenzó, hizo volantillos y los tiró a la gente. Y de verdad llegó mucha gente. Yo no sabía ni qué era una asociación, ni qué era un comité. Ellos pretendían que si hacíamos un grupo nos iban a dar un cheque a cada uno. Y todo el mundo esperando el cheque. Ahora la gente dice: “Nosotros esperábamos un cheque y era algo más grande, algo que nos ha costado tantísimo y sin embarco ahí estamos todavía...”

Así fue como se formó APIAPU. En ese entonces yo era vocal o algo así. La cuestión es que a los meses quedé de secretaria. Ahora estoy de presidenta, ellos me nombraron. Pero me gusta más ser secretaria porque la secretaria es la que ejecuta las cosas. Presento las mociones y yo misma las ejecuto.

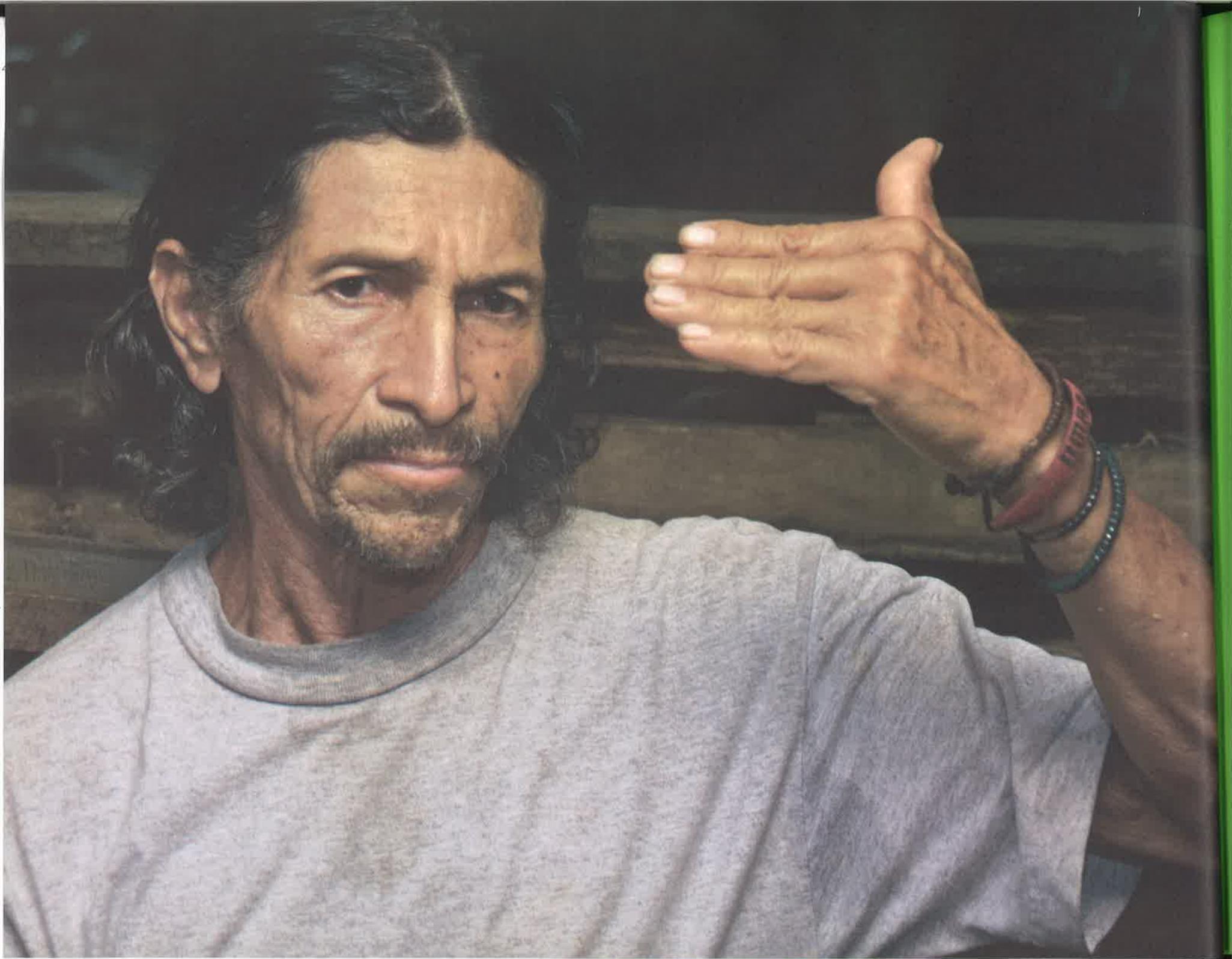
La Asociación se constituyó en el 97 pero tuvo un año de pérdida. Como en el 99 llega Margarita Silva, bióloga de la UCR que ahora trabajaba con la Universidad de Kansas. Ella contactó para que nos vinieran a dar unas capacitaciones de San José. Ellos veían que nosotros teníamos la iniciativa de andar cuidando lo que son los manglares, cuidando la vegetación y todos los recursos. Vinieron de San José dos o tres veces a darnos capacitación pero no nos daban carné de COVIRENA. Eso fue después.

De pronto ya había un grupo aquí en La Gamba, Marcos Castro con otra gente. Él vino y me mandó a invitar a mí. Ellos salían a hacer giras y a hacer reuniones y comenzaron a invitarme y ya pude ver que era lo mismo, que se apegaba a la Asociación. Hicimos las primeras denuncias. Fue contra una curtidora de cueros que estaba contaminando. Margarita Silva hizo estudios biológicos y vimos que muchas pianguas se habían muerto y como dos o tres hectáreas de mangle no tenían producción. Se le habló al señor por las buenas pero no quiso entender, dijo que todo estaba bien. Las aguas residuales de la curtidora estaban bien, pero cuando llovía se desbordaban y todo iba al manglar. Primero denunciamos la curtiembre, después denunciamos una corta de mangle a la orilla del manglar: cortaron mucho helecho mariquita y tiraron semilla para pasto porque querían meter unas vacas. Ya vigilamos los manglares, que nadie cortara los manglares, que nadie llegara a tirar basura.

En la Asociación somos unas 33 a 35 personas. La mayoría vivimos de la piangua y nuestra idea es cosechar y conservar al mismo tiempo. A la gente se le han dado capacitaciones; también yo, de lo que he aprendido, les he hablado. En una asamblea general he sacado el rato para explicarles que las pianguas desovan, que las pianguas se reproducen por medio de gametos, y que cada piangüita tira un millón de gametos. Que cuando agarran una piangua están destruyendo un millón de piangüitas o qué sé yo, quinientas que peguen. Hacemos encierros de diez metros en cuadro dentro del mismo manglar, pero ciertas áreas específicas donde los humedales son más suaves. Yo he descubierto que las pianguas se reproducen cerca de los helechos, donde llega la terminación de las aguas. Eso lo he descubierto sola, nadie me lo ha dicho, pero lo puedo decir porque lo he visto. Ahí también se reproducen los cangrejitos, las faldillas y los pececitos pequeños. Se han hecho cultivos pero es difícil porque se necesita que todos seamos tan educados y tan respetuosos que nadie toque lo de otro. Pero sí hay gente respetuosa.

Yo ahora estoy trabajando en una casa tres días por semana, pero casi siempre dedico tres días para el manglar. A veces piangüo dos veces y agarro uno para hacer gestiones, o trabajo uno y hago dos de gestiones. Y así voy...







Mi mamá se llamaba Juana Orellana y murió cuando yo nací, en 1943. Entonces mi hermana mayor, Rosa Enríquez, y otras dos hermanas, quienes después se hicieron monjitas, se dedicaron a la crianza de mi persona. Nací en El Salvador, en el Departamento de Chalatenango, en un pueblo llamado San Fernando, fronterizo con Honduras. El pueblo está sentado sobre una mina de piedra de cal y tiene una gran belleza natural. Este mineral puede dar muchas riquezas a esa zona pero en esa época nosotros lo desconocíamos. Mi papá se dedicaba a la agricultura. Sembraba maíz y frijoles, como todos los campesinos.

A la edad de once años emigramos hacia un pueblo llamado Tejutla, donde vivía mi tía Sofía González. Ella era una persona muy importante y muy influyente en ese pueblo. Nosotros trabajábamos para ella y ahí terminé mi escuela primaria. La tía Sofía tenía familia en San Salvador, y como en una cadena, me fui para allá, a trabajar para sus familiares. Ahí trabajé como pintor y como jardinero. También como encargado de las compras en un hotel.

Fueron como veinte años los que viví en San Salvador. Mi vida ahí fue mucho más activa y hubo muchas cosas grandes que me sucedieron: ahí me metí en unos grupos de estudios gnósticos que fueron muy importantes para mí, y ahí también conocí a mi esposa y empezamos nuestra familia.

Trabajaba en una fábrica cuando hubo un despido: despidieron a una compañera que era jefe de personal. Yo tenía que ir a declarar a favor de ella pero en la empresa me dijeron que no lo hiciera, que ellos estaban buscando la forma de salir de esa situación a su manera, y que si yo declaraba a favor de ella, me cortaban el rabo. Ni modo, me quedé sin trabajo.

Como todas las personas que emigran a otros lugares, yo estaba inconforme de la vida que tenía en San Salvador. Siempre existe algo que lo motiva a uno a salir de su país, no solamente las circunstancias económicas, sino también cambiar de ambiente, buscar otros lugares y nuevas caras, tener nuevas relaciones. Lo básico es que yo he sido un aventurero, me ha gustado conocer la vida en otros lugares, en otros pueblos, conocer nuevas costumbres. Era eso lo que más me motivaba.

Por ahí vino la idea de salir para Nicaragua, que fue el primer lugar donde estuve un tiempo. Todo esto fue mucho antes de que los sandinistas le hicieran la guerra a Somoza. Tenía un hermano que trabajaba como profesor en Nicaragua. Con él busqué la forma de venirme para Costa Rica, pero mi idea era a ir Australia. Vine a Costa Rica a buscar el consulado de Australia, pero no había, era en México donde se podían hacer los trámites para viajar allá.

Cuando llegué con mi familia a Costa Rica estaba de Presidente Daniel Oduber. Llegamos a San José por tierra y

estuvimos cuatro días hospedados en un hotel; después me comuniqué con mis hermanas, las monjas, que estaban aquí en Guadalupe en la Casa Provincial de su congregación.

El primer lugar donde trabajé fue en Guanacaste; en Liberia trabajé mucho tiempo como pintor. Ahí también encontré a un grupo gnóstico y me integré a él. Fue por el grupo de la gnosis que oí hablar de la Península de Osa. A ellos les gustaba la conservación ambiental y estaban buscando emigrar de Liberia a un lugar donde pudieran estar en contacto con la Madre Naturaleza. La gnosis me sirvió como un punto de apoyo para desarrollar este acercamiento; ellos me enfocaron en el camino que yo necesitaba para desarrollarme, pero el amor a la Madre Naturaleza lo traía en mis genes. Ahora no pertenezco al gnosticismo, pero las enseñanzas que ellos me dieron continúan en mí.

El primer viaje a Osa me impactó tremendamente porque aquí estaba lo que yo buscaba: el contacto con la Madre Naturaleza. En ese tiempo esto era verdaderamente maravilloso: tantos animales en la selva, tantas aves. Por fortuna las aves se mantienen, pero gran parte de los animales están en extinción, gran parte de los árboles y la gran vegetación que había, ha sido socavada. Los madereros han hecho grandes desastres.

Me llenó de alegría el Río Drake, las quebradas, la gran vegetación, todos esos bosques, el mar tan cerca. Co-

mencé a sentir inspiración por escribir. Aquí he escrito muchos cuentos, poemas, libros, pero no he publicado ninguno de ellos. Escribí un libro que se llama "¿Quién robó el árbol de Cristóbal sobre el Río Drake?" en el que hablo de las bellezas de la Península de Osa. También he escrito sobre los campos magnéticos que hay aquí, porque dicho sea de paso, la Península de Osa es uno de los siete lugares del planeta por donde se canalizan las coordenadas magnéticas del planeta. La mayor parte de gente ignora no solamente la belleza escénica, sino la riqueza que tenemos... Toda esta zona de Bahía Drake, el Progreso, isla Violines, los Planes, Playa Agujas, Los Ángeles de Drake, por donde el río pasa y llega hasta el Cerro El Brujo, es una zona magnética. Aquí hay grandes campos de energía, eso es precisamente lo que atrae a las ballenas, a los delfines, a las aves migratorias. Ellas viajan sobre esas coordenadas magnéticas; todos los seres vivos tenemos en nuestro cerebro unas células que se llaman las magnetitas, que son regidas por esas corrientes magnéticas.

En el grupo que vinimos éramos como diez personas; compramos algunos pedazos de tierra aquí en Los Ángeles de Drake. Mi familia estuvo un tiempo viviendo en la zona. Me los traje, ellos son aventureros como yo. Cuando llegamos la vida aquí era difícil. Nos dedicamos a trabajar en agricultura pero no estábamos acostumbrados a la vida del campo; en Liberia yo tenía mi trabajo, era otra forma de vida. Mi familia estuvo poco tiempo aquí, quizás

un año y medio. La vida era demasiado dura, especialmente para la niña no había ningún ambiente aquí. Eso fue lo que me hizo emigrar para buscar un ambiente mejor mientras ellos crecían.

Nos fuimos para Carrizal de Alajuela. Ahí vivimos como tres años; yo me integré a una organización que beneficiaba a familias que habían emigrado de las guerras de Nicaragua y El Salvador. La Iglesia Episcopal dirigía ese movimiento y por fortuna entré en un grupo de esos. La Iglesia nos reunió en varias ocasiones para proporcionarnos algunas materias primas para que saliéramos adelante. Algunos se quedaron en San José y en las ciudades y desarrollaron actividades como la

panadería y otras que podían desarrollarse ahí.

Otros optamos por el campo. En coordinación con las Naciones Unidas, la Iglesia Episcopal nos compró propiedades a tres personas. Ellos nos dieron opciones para que decidiéramos qué lugares podían ser más propicios, y yo vi que Rancho Quemado era una opción. Así es como regresé acá.

Desde entonces han pasado como veinticinco años. Durante este tiempo, por épocas vivo afuera. Cuando voy a San José trabajo; un sobrino tiene una empresa y trabajo con él. A veces me ausento de la Península durante algunos años, pero siempre regreso a

Drake. Aunque me divorcié de mi ex esposa, a veces salgo a ver a mi familia y estoy allá un tiempo con ellos. Mi relación con la familia está en armonía y continúa. Ellos vienen aquí o yo voy a donde ellos.

Aquí vivo solo. La soledad es dañina para algunas personas pero benéfica para otras. No me dedico únicamente a escribir, me gustan otras actividades: andar en el campo, ir al mar, andar en caminatas, esas son mis actividades... Pero de vez en cuando me pongo a leer una revista y a escribir un poema, a escribir un cuento. Tengo escrito mucho pero hasta este momento no lo he sacado. He escrito libros de ciencia ficción, tengo a medio andar un

libro que se llama "La Gran Ciudad de Cristal"; "Alejandro en busca de la Perla Negra" está escrito a mano, es también ciencia ficción. Y escribí otra obra de ciencia ficción llamada "Una Mujer de Ojos Verdes llega a un Pueblo Maldito". Escribí también "Cuatro mil años de investigaciones extraterrestres" porque he asistido a siete conferencias mundiales sobre investigación extraterrestre. Esos son los campos que me atraen. No soy un científico de los que han parido las universidades, soy un científico de los que parió la Madre Naturaleza. Cada día escribo más. Únicamente las gentes que lean mis libros van a conocer el resultado de mis investigaciones.





A veces, cuando miro al muchacho que fui, me digo que todo lo que uno ha sido es parte de uno y no puede rechazarlo, todo está integrado dentro de uno. Tanto vale lo de entonces como vale lo de ahora. Mucha gente dice: ¿Para que estar viviendo del pasado? Pero no podemos sepultar el pasado porque somos parte de toda la energía que vibra en el Universo. Lo que soy ahora tuvo una raíz, que es aquel tiempo. Aquel tiempo fue maravilloso, fue grandioso: el tiempo de la niñez es una cosa grandiosa, y para mí existe todo dentro de un *eterno ahora*, como decía el maestro Samael Aun Weor, el maestro del gnosticismo.

Para mí la vida está comenzando, yo estoy naciendo en este momento. Los años no existen, son una creación de la mente humana; la mala suerte, la buena suerte, el éxito en el amor y el dinero, son creaciones de la mente humana, no vienen de Dios ni del diablo, son conceptos que tenemos arraigados. Desgraciadamente nos hemos criado con esos conceptos equivocados.

Nosotros somos seres que no pertenecemos a ningún tiempo ni a ningún espacio, vibramos como los átomos vibran en el cosmos y cristalizan en la materia. Apenas somos un reflejo de esa energía luminosa. Ni siquiera somos dueños de este mundo, este mundo no nos pertenece, a nosotros nos pertenece el cosmos. Como dice el científico Deepak Chopra: "nosotros estamos en expansión con el universo". Eso somos nosotros.

Desgraciadamente nos dejamos guiar por corrientes que ahora manipulan al mundo. Las verdaderas enseñanzas están sintetizadas en las páginas verdes de la gran Madre Naturaleza, que es el único libro sagrado. Jesús de Nazaret vino a hablar de esas grandes enseñanzas de la Madre Naturaleza, pero las gentes no quisieron oírlo, no pudieron entenderle porque los grandes intereses de aquel entonces – los reinados, los imperios – no les permitían recibir su enseñanza y se dedicaron a seguir las religiones. En este momento las religiones son las que tienen confundido al ser humano. Yo soy científico, no soy religioso. Me gusta compenetrarme de todas las formas de investigación para saber cuál es la tierra que pisamos. A la gente hay que enseñarla otra vez a gatear, hay que enseñarla a vivir y a pisar la verdadera tierra que ha sido creada para que nosotros nos convirtamos en ángeles, es decir, en el ser humano que va a transformar el planeta.

Durante años he participado activamente en reuniones para trabajar por el medio ambiente, buscando cómo proteger las bellezas que tenemos. Hemos buscando la forma de llegar a la gente del campo para concientizarlos de cuáles son las razones por las que necesitamos proteger la Península. He asistido a muchas reuniones: tuvimos un curso de biodiversidad que se desarrolló con unos biólogos que vinieron de San José y otro biólogo brasileño estuvo dando un curso de ecología.

Hace unos siete años estoy integrado como COVIRENA, tengo mi carné. El MINAE es una fuerza con la que nosotros contamos. He participado en retenes que hemos montado en las carreteras para controlar el tráfico de especies; hemos ido a representar a esta zona con COVIRENAS de otras partes del país. Es un proceso largo el que tenemos por delante para desarrollar.

Desde que me vine, sólo una vez he regresado a El Salvador. En San Salvador mi mamá tiene casa en la colonia Santa Lucía, donde vive una hermana mía.

Mi hijo Omar es experto en computación y vive en Los Ángeles, Estados Unidos. En Boston vive mi mamá, es decir mi hermana mayor, que trabajó mucho en un hospital de Boston y ahora está jubilada. Ahí mismo vive otra hija que trabaja en un hospital como intérprete médica. Ellos tienen mucho tiempo de vivir en los Estados Unidos, ya son ciudadanos norteamericanos. El resto vive aquí en Costa Rica, con mi ex-esposa. Todos tienen su casa y se hicieron costarricenses.

Aquí en Rancho Quemado estamos desarrollando un proyecto turístico con otros compañeros, eso es lo que me ha mantenido aquí. Tenemos un pedazo de tierra y muchas amistades son dueños de fincas, entonces tenemos dónde desarrollar el turismo. Esa es una de las cosas por las cuales me encuentro en este lugar, buscando cómo desarrollar esto. Eso es algo a lo que aspiramos.



## Martín Pérez Mendoza

*Bahía Drake, Osa*

Como casi todos en Drake, este guanacasteco de nacimiento y oseteño de corazón vive hoy del turismo. Pero antes, como casi todos ahí, también fue agricultor y campesino. Los orígenes del Parque Nacional Corcovado y la transformación de un pueblo por el impacto del turismo, son algunos episodios de su historia



Yo nací en Guanacaste: soy guanacasteco y es mi orgullo, no voy a renegar de mis raíces, pero hoy en día soy oseño porque es por Osa por lo que he luchado, es por Osa por lo que he peleado. Aquí he vivido más de treinta años. A través de lo que he leído y he estudiado, he visto que la Península solamente ha sido explotada: todo el mundo llega a explotarla pero nadie quiere trabajar aquí de una forma sostenible, que sería la buena.

Mi papá es oriundo de Matambú y se llama Juan Pablo Pérez Pérez; mi mamá es de Ojancha y se llama Juana Mendoza Castrillo. Mis abuelos llegaron a un lugarcito que se llama Santa Marta de Ojancha, al sur de la Península de Nicoya, cerca de Sámara y buscando hacia Puerto Carrillo. Ellos se establecieron ahí después del 48, porque en aquellos tiempos si eras calderonista los figueristas te buscaban hasta el rincón para matarte, eso dice mi papá. Mis abuelos pertenecían a la parte calderonista y entonces se fueron más al sur de Ojancha, hacia lo que es hoy Santa Marta de Ojancha, Betania y Puerto Carrillo. Por ahí del 49 mi papá se estableció en una finca con mi abuelo y la familia. Ellos siempre se dedicaron a la agricultura. Somos ocho hermanos, yo nací el 30 de enero del 60 y soy el cuarto.

Tenía como ocho o siete años cuando las erupciones del volcán Arenal. Fue por ahí de enero y yo estaba como en segundo grado de la escuela. De niños nosotros pensábamos que era lluvia y decíamos: "Qué raro en enero, en febrero que entran las clases, qué raro

de verano y lloviendo”, pero eran las cenizas del Arenal.

Ahora, estudiando un poco, me di cuenta que en esos años se dio lo que llamaban el latifundismo: un ganadero podía tener hasta mil, hasta dos mil hectáreas en Guanacaste. La propiedad de mi papá era pequeña, treinta hectáreas, y él quedó en medio de dos ganaderos que ofrecieron comprarle la propiedad. Por ahí del 73 un amigo de él le contó a mi papá que aquí en bahía Drake había muchos terrenos y muchas montañas buenas. Ellos veían eso como una gran riqueza según ellos para sembrar, cosa que no es así. La riqueza aquí esta en las ramas y en las hojas de los árboles. Entonces mi papá dijo: “Bueno, voy a ir a allá, al sur de Costa Rica, donde mi amigo dice que hay bonitos terrenos y baratos, y si veo que es bonito, les vendo y voy a comprar allá.” Y así fue... Mi papá se embarcó en la lancha en Puerto Carrillo para Puntarenas, y de Puntarenas vino a Drake. En ese tiempo había una lancha que viajaba de Puntarenas hacia Golfito, pero entraba aquí a Drake, entraba a San Pedrillo y a Salsipuedes y llegaba hasta Cortés, en el río Térraba, y luego iba hasta Golfito. Era un recorrido de días.

Mi papá vino con su amigo, le gustó la playa, vio que habían montañas libres y que la tierra era barata. En el 73 le vendió a los ganaderos y nos vinimos para acá.

Recuerdo que unas cosas que tenía – una carreta, una bola y cosas así –, se las dejé en Guanacaste a un primo

mío. Nos montamos en la lancha y el mar estaba un poco bravo. Llegamos a Puntarenas y después, al llegar acá, salimos de la lancha en bote de remo... Recuerdo que se veía lindo el mar y la montaña, pero para mi era poquillo feo porque no estaba acostumbrado, era diferente.

Mi papá iba a comprar una propiedad de un señor llamado Concepción Amaya, pero cuando vino, el señor ya había vendido. Nos quedamos un tiempo donde el amigo de mi papá – era uno de la familia de los Ledesma, qué todavía están aquí –. Entonces un señor que se llamaba Francisco Hernández, al que le decía “Chico Llorón” porque vivía en Llorona – en ese tiempo no existía el Parque Corcovado y en Llorona y en Sirena había gente –, llegó a decirle a mi papá: “Vea don Juan, yo le vendo mi propiedad.” Y le dice mi papá: “Bueno, vamos a verla, ¿cuánto vale?” “Si usted me da siete mil quinientos colones –eso fue en el 73– yo se la vendo.” Entonces mi papá: “Vamos a verla, para ver cuántas hectáreas son.” Vino mi papá a verla con mis hermanos mayores, la vieron: más o menos eran cuarenta hectáreas en siete mil quinientos colones en ese tiempo. Mi papá había vendido en veinticinco mil la finca de él, entonces le sobraba bastante plata. En aquellos tiempos mil colones era mucha plata. Compramos. Ahí están todavía los árboles de frutales que sembramos.

Cuando llegué aquí le tenía miedo al mar y a la montaña, pero una vez que me fui familiarizando, me gustó. Y empecé como a querer al mar y a la

montaña, y veía tan lindos los animales. Dice mi mamá que desde niño yo quería mucho los animales y la montaña. O sea que ya venía con eso por dentro, como que se nace con eso. Poco a poco, como niño, me fui adaptando al mar... Tuve a mis amigos que sabían remar y me llevaban a remar y a pescar. Recuerdo mucho a uno que ahora es pescador en Puntarenas, se llama Eugenio Amaya, y al hermano de él, Chango. Era uno de mis mejores amigos, pescábamos machacas, que están ahora en peligro de extinción, en el río la Agujita. En ese tiempo las pescábamos con banano medio maduro. Llegué aquí de doce años y a los trece saqué el diploma, porque había perdido un año.

Allá por donde ahora es el campo de aterrizaje, había un señor que se llamaba Marino Cabezas, que era dueño de una finca grande. El tenía mucho trabajo de carpintería y mi papá trabajaba para él. Mi papá se dedicó a eso al ver que aquí la agricultura no funcionaba mucho... Bueno, sembrábamos lo necesario para sobrevivir. Con este don Marino Cabezas mi papá trabajó haciendo corrales o las casas que los señores hacían para ellos.

A todos nos costó adaptarnos. De las mujeres, una venía ya casada; la otra, mayor que mí, venía soltera pero aquí encontró novio y se casó; ahora es la dueña del hotel “Jademar”. Mi hermano, el mayor, se fue a Puntarenas y trabajó allá. La otra hermana también se fue a Puntarenas y allá se casó y estudió. Entonces quedamos solamente yo, las dos mayores casadas y el otro más

pequeño, que después estudió y fue a la universidad en San José.

Mis padres viven y están acá. Mi papá tiene 83 y mi mamá tiene 72. De todos los demás miembros de mi familia, el único que todavía está aquí soy yo. Ellos vienen y visitan, pero el único que nunca salió de aquí fui yo, que todavía estoy soltero.

Fue como en el 74 que entraron los Aguilares y empezaron a talar todas esas tierras: del 74 al 78 más o menos. Ellos eran de Paquera de Puntarenas y fueron los que talaron más montaña aquí en Drake. En los Planes talaron mil hectáreas: le pegaban fuego a la madera y sembraban pasto para meter reses. Yo veía que agarraban una sierra y cortaban el árbol, y tal vez veía cuando el mono caía, se mataba, los perezosos, los tamandúes. Veía que no estaba bien pero en esos tiempos el que talaba más árboles era el más famoso, y el que cuidaba, era el que no servía. Recuerdo una vez que esa gente había apeado unas doscientos o trescientas hectáreas y les pegaron fuego; un helicóptero de la forestal – que en ese tiempo eran los que vigilaban, todavía no se llamaban MINAE – casi se cae porque se enredó en el humo que hacía ese gran incendio forestal.

En esa época – el 74 o el 75 –, en eso que hoy es el Parque Corcovado, por el lado de Sirena, Llorona, había gente, había hasta una escuela. Una gente nos había invitado a que fuéramos a jugar un partido. Me recuerdo muy bien porque fue el primer partido que jugué al

nivel de los mayores. Esa vez cruzamos el Río Llorona como a las ocho de la noche y llegamos a la fiesta en Llorona como a las diez de la noche. Al otro día jugamos, perdimos el partido dos a cero y nos vinimos como a las dos de la tarde caminando hasta aquí.

A los meses sucedió que un muchacho de esos – se llamaba Omar, yo lo conocí –, mató a un biólogo suizo llamado Nicolas Wessberg, que fue el impulsor de Cabo Blanco, la primera Reserva Absoluta que se creó en el país, si no estoy equivocado. Él le dijo al muchacho: “Llévame a la montaña”, y fueron a ver a los monos. Y sería que al muchacho no le gustó porque él traía la política de conservación y el muchacho era cazador, o porque dicen que el muchacho pensaba que el señor tenía dinero, pero lo mató: le dio con un palo por la cabeza y lo enterró. Entonces la señora, la esposa del suizo, empezó a llamar y a averiguar dónde estaba. Hasta los seis meses lograron capturar al muchacho y hacer que los llevara a donde estaba enterrado el suizo. Ahí lo hicieron sacado, ya estaban sólo los huesos. El mar estaba muy bravo y desde aquí se fueron los policías caminando hasta Llorona a buscar al muchacho, y lo trajeron caminando desde Llorona hasta acá: él traía los huesos del suizo en un bolso de manta. Aquí lo montaron al bote y se lo llevaron. Creo que lo condenaron como a veinte o veintidós años de cárcel.

En esa época todavía había problemillas con la Osa Forestal. La Osa Forestal todavía tenía ciertos poderes y estaba peleándose eso. La Osa desapa-

reció una vez que Corcovado se declaró parque, por ahí del año 76. Después de que se declaró el Parque, alguna gente empezó a trabajar en la conservación. Y los guarda parques empezaban a decir que hay que conservar, que no hay que talar ni que cazar y todo eso.

Cuando se creó el Parque Corcovado mucha gente pasó recolectando firmas en contra, porque decían que después de que hicieran Corcovado como parque, iban a sacar al resto de la gente. Por ahí del 82 el gobierno de Carazo dio las escrituras a la gente que quedaba a la par de Corcovado. Mucha gente decía que era mentira, que más bien el gobierno iba a quitarles las tierras. Mi papá y mucha gente fueron. Se fueron en una lancha de aquí, porque todavía viajaba lancha de aquí a Puntarenas. Y mi papá fue a Puntarenas y recibió la escritura pública de manos del puro señor Presidente, que era Carazo. Parece que el IDA se volvió a apoderar de las tierras de los que no fueron, pero los que fueron tienen su escritura.

Yo era un muchacho. Cuando tenía dieciséis, veinte o veintidós años, trabajé mucho aquí en el Rancho Quemado en agricultura. Iba desde aquí a trabajar allá como peón con los Ureña. También trabajé para Alex Solís, hermano de Otón Solís, como seis meses. Después, cuando tenía como veinticinco, veintisiete años, vino el auge del turismo. Entonces la gente cambió de trabajo.

Los primeros que trabajaron en turismo fueron “Marengo” y “Drake Bay”,

después ya llegó la “Isla Fantom”, que es ahora “Águila Osa”.

La primera vez que fui a trabajar en turismo fue en Marengo. Ahí le decían a uno: “Bueno, usted va a limpiar la yarda (el patio).” Y después le preguntaban si era bueno para lavar platos... Diay, sí. ¿Y usted sabe filetear el pescado? Sí, claro. Porque en ese tiempo a muchos muchachos no les gustaba lavar platos ni filetear el pescado. A mí tal vez no me gustaba pero sabía hacerlo bien, entonces no era un problema. Yo siempre tenía trabajo. Conmigo no hubo ningún problema y de ahí en adelante empecé a trabajar en los hoteles. Empecé a meterme más con la gente y a aprender un poquito de inglés. Entonces los patronos me fueron agarrando confianza y a mandarme con gente.

Primeramente aprendí un poco inglés, y de ahí he leído muchos libros de biología. También del INA nos ha dado un montón de cursos; vienen acá a darnos las asesorías; el único curso que nos queda pendiente es el de Legislación Turística y con eso nos dan el carné como guías naturalistas. Yo, por ejemplo, soy guía naturalista local, hay otros nacionales. Para ser guía nacional hay que ser bachiller o haber estado en la universidad y saber más de dos idiomas. Siempre tengo mi patrón pero no para el trabajo en turismo, porque ahora tenemos un sendero propio aquí en la montaña, donde hago mis tours. Algunos me los contrata el hotel de mi hermana.

Con el turismo aquí ha habido ciertos problemas de drogas y esas cosas, pero por no haber mucho acceso, porque las vías aquí no son muy accesibles, no ha impactado como en otros lugares. Todavía tenemos cierta pureza en eso. Y otra cosa es que el turismo que llega acá es el turismo ecológico, el que viene a ver aves, a ver animales, a conocer la naturaleza. No es ese turismo que llega a Guanacaste, turismo de fiesta, de placer y hasta buscando sexo con niñas. Nosotros hemos trabajado para que eso no suceda. A nosotros como guías nos han dado ciertos cursos del INA. Recuerdo que un profesor nos decía: “Bueno, ¿qué concepto tienen ustedes de los abogados?” “Ah, los abogados son lo peor”, decíamos nosotros. “Ese concepto, hasta cierto punto lo tienen los extranjeros de ustedes también, de los guías, entonces cambien eso, traten de ser mejores.” Cuando nos dieron esa asesoría nos dijeron: “Ustedes no deben decir que van a buscarle droga, que van a buscarle chavalas y muchachos a los turistas, porque entonces están empañando la imagen de Costa Rica.” Pero lo que nos salva más es que el turismo que viene a Corcovado es el turismo realmente ecológico, el turismo más educado.

Yo tenía algunos años trabajando como guía y ya había visto lo bueno de la conservación. Como en el 94, 95, veía sacar esas tucas. Me metí más en la lucha en el 97, cuando se dieron esos grandes planes de manejo... Eran ochocientos, creo, planes de manejo. Y esos ochocientos planes de manejo iban

a permitir que se cortaran ocho mil árboles en la Península de Osa.

Cuando quisieron sacar planes de manejo aquí en el Río Agujitas nos pusimos en la lucha. Ese es uno de los ríos que tienen buenos afluentes, mantos acuíferos, que serían el agua futura de bahía Drake.

Empezamos con la fundación CECROPIA de Puerto Jiménez. La gente de Puerto Jiménez y de La Palma y de aquí de Drake nos organizamos y fuimos a hacer una protesta a Chacarita. Tomamos la carretera Interamericana por tres horas para que los medios de comunicación empezaran a ver lo que estaba sucediendo en la Osa. Mientras tanto, los biólogos hacían el trabajo de ellos, que era el estudio de impacto. En ese tiempo, si mal no recuerdo, era la famosa señora Odio Benito la Ministra. Ella dijo que nos iba a echar a la cárcel porque éramos un montón de vagos, pero yo sentía que era una necesidad parar eso. Esa fue una de las luchas más grandes que dimos y de ahí viene naciendo lo que se llama los COVIRENAS.

Quírico Jiménez, Maldonado y otros biólogos hicieron los estudios de impacto, pero había que parar la tala, había que hacer un pleito para parar la tala. Ellos, como profesionales, hacen el estudio de impacto para decirle al gobierno: "Vean, señores, lo que está pasando en la Osa." Nosotros podíamos hacer la protesta que quisiéramos, pero no éramos profesionales para decirle nada al gobierno, solamente con

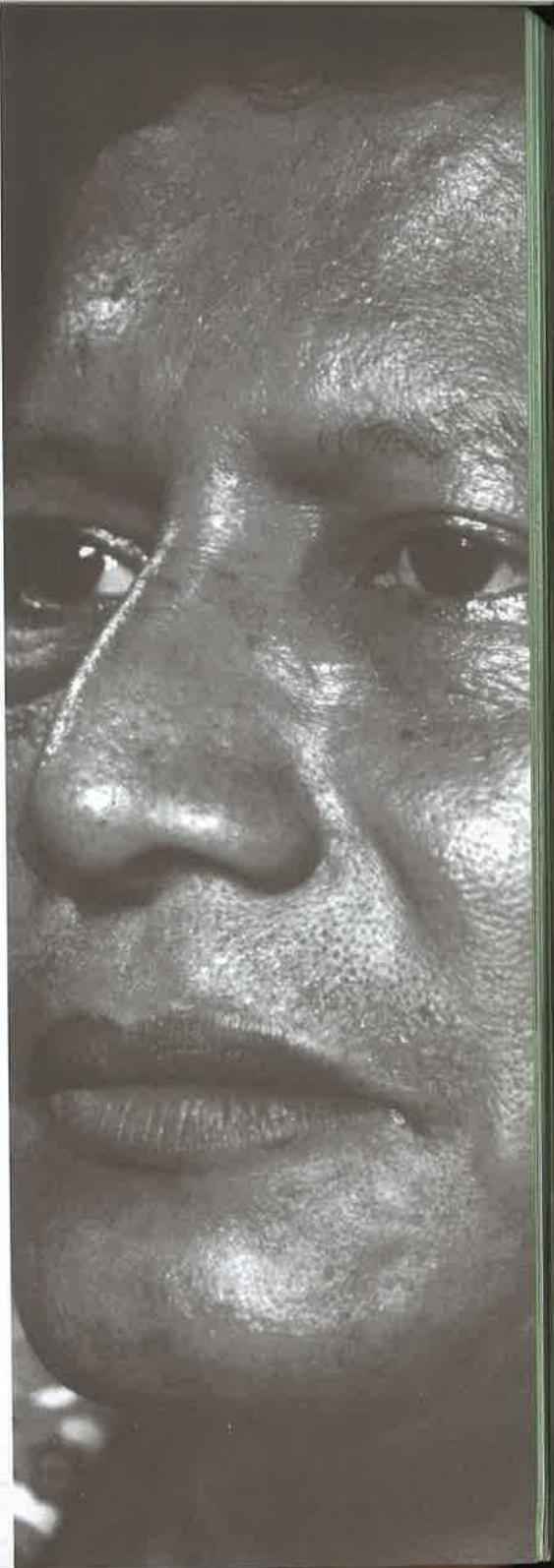
la firma de un profesional se le puede decir al gobierno: "Vea lo que está sucediendo, ponga ojos en esto."

Ya ahí nacen los COVIRENAS, ya vienen los conservacionistas. Ahí nace el nombre de COVIRENAS. El COVIRENA es una persona que lucha por los recursos naturales, más que todo el que pone denuncias o llama a los miembros de MINAE por cualquier violación que se esté haciendo a los recursos naturales.

Pienso que las cosas aquí van por buen camino, sólo que hay que tener cuidado, y es lo que siempre he dicho, porque nunca estaré de acuerdo con las grandes construcciones, con los grandes hoteles que rompen la belleza escénica. Además los hoteles grandes tal vez van a traer mano de obra especializada de otra parte, y la gente de acá no van a tener la oportunidad de tener un empleo, porque tal vez no somos lo suficientemente preparados para trabajar en eso. En aquellos tiempos había mucha menos gente que ahora. Como no había tanta gente, no importaba que no hubiera mucho trabajo. Después, conforme se fueron abriendo más centros turísticos, se ha necesitado más mano de obra. Este es un lugar donde siempre hay trabajo casi para todo mundo.

Con una asociación que se llama Asociación de Guías Ecologistas de Drake estamos haciendo la limpieza de la playa. Somos cuarenta guías ambientalistas aquí y cotizamos 20 dólares mensuales. Entonces son como ochocientos dólares por mes lo que recogemos, es

una suma bastante bonita y tenemos a un muchacho que está limpiando la playa. Una vez que la tengamos limpia, vamos a hablar con los empresarios y les vamos a decir: "Bueno, señores, nosotros tenemos la playa limpia, ahorita hay que sembrarle pasto y hacer algunas mesitas, algo bonito para la gente", y así pulsear la bandera azul, esa es la idea. Pero primero vamos a dar nosotros el ejemplo. Y la gente, según me dicen, está respondiendo bastante bien. Por ejemplo un señor, un americano, dijo que si queremos sacar toda la basura de la comunidad y llevarla al basurero de Cortés, él pone la lancha sin cobrar nada para mandarla a Sierpe; de Sierpe en camión la llevamos al basurero de Osa. Hay una gente de la Fundación Corcovado trabajando en la recolección de latas, más que todo de aluminio, y las mandan a una escuela de Sierpe. La escuela las vende a la Cervecería. Hace como tres años están en eso y sólo con las latas que han recolectado, están construyendo una escuela en Pueblo Nuevo de Sierpe. Los chicos de aquí, los del colegio, de la escuela, las recolectan, las aplastan y las mandan en sacos. Los hoteles les dan un bote para que las lleven y los chicos de allá las venden, y ese dinero es para ellos. Pienso que es un ejemplo muy bonito, muy noble, porque ellos son un pueblo que no tiene la ventaja que tenemos nosotros del turismo.





*Bahia Drake*  
EL PROGRESO



El progreso de Drake

La vida de este joven y emprendedor empresario ecoturístico, revela una firme voluntad de salir adelante e ilustra bien la sinergia que puede existir entre el turismo, el desarrollo local y la conservación. Desafortunadamente, experiencias como la suya son excepcionales en nuestro país.

## Eduvigis Pomares Pavón (Edu)

*El Progreso de Drake*

La vida de este joven y emprendedor empresario ecoturístico, revela una firme voluntad de salir adelante e ilustra bien la sinergia que puede existir entre el turismo, el desarrollo local y la conservación. Desafortunadamente, experiencias como la suya son excepcionales en nuestro país.

Tenía como dos años cuando mis padres se vinieron para acá. Mis dos papás son guanacastecos. Mi papá vino aquí por primera vez cuando era bastante joven. Se vino en lancha desde Puntarenas; la lancha entraba cada mes o cada dos meses porque había gente que sembraba bananos y criaba chanchos domésticos que comerciaban afuera, y él tuvo que aguantarse aquí todo un mes y regresarse en el siguiente viaje. Dice que cuando llegó había mucho bosque; de hecho, nada de lo que se ve ahora existía, pero a él no le llamó la atención y se regresó a Guanacaste.

Al tiempo se casó y nacieron mis hermanos mayores. Yo también nací en Guanacaste, no sé si en Santa Cruz o en La Cruz, en 1975. Nosotros somos diez hermanos y yo estoy en el medio. Los menores nacieron aquí.

Papá no pensó en regresar a Drake hasta mucho tiempo después, porque la tierra en donde vivía se le estaba haciendo pequeña porque ya tenía ganado. Entonces pensó en buscar una tierra donde desarrollar una finca y pensó en Drake. Creo que entre la primera y la segunda vez que vino hubo un lapso de unos 30 años.

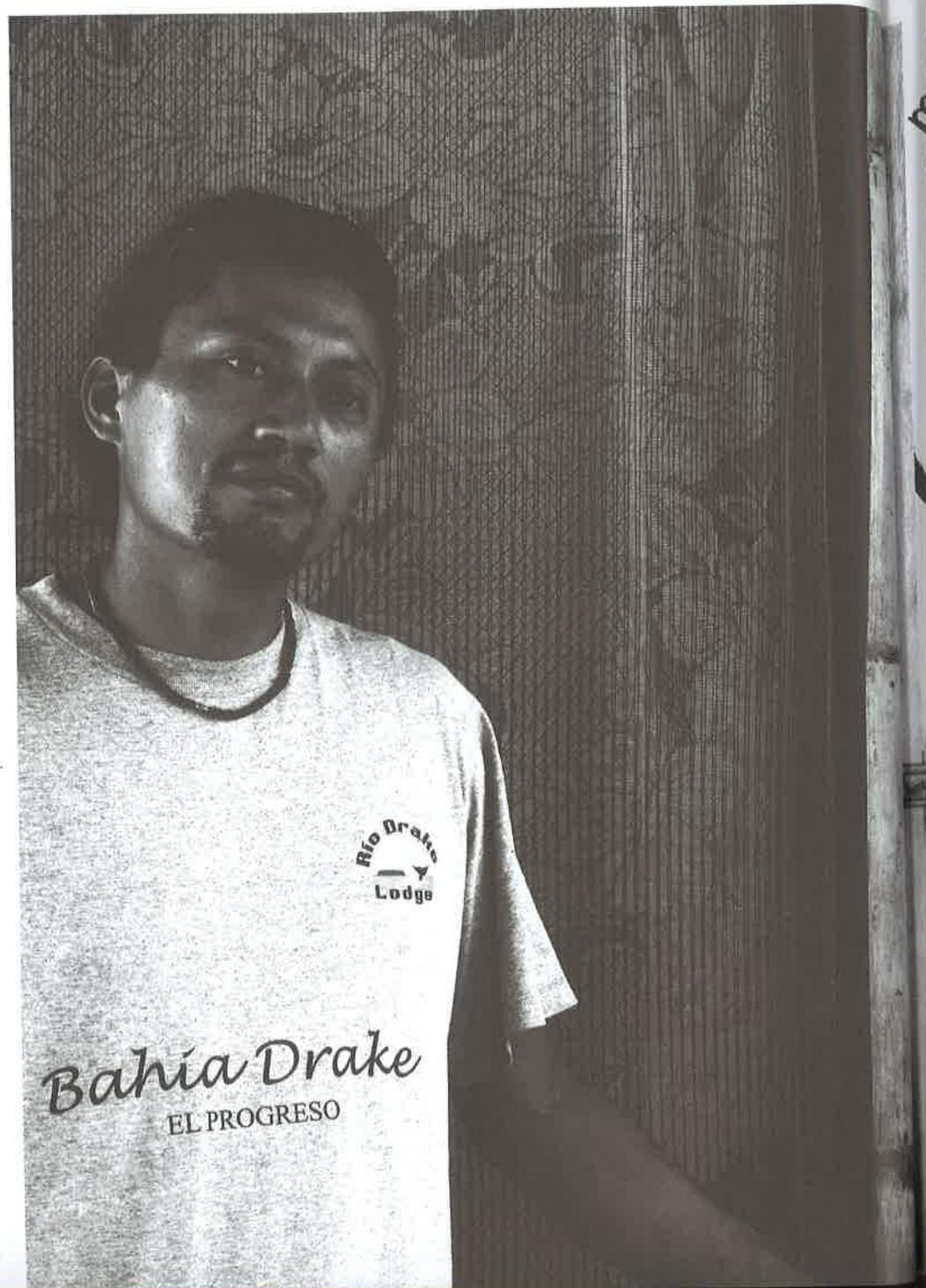
Cuando llegamos, cuando él llegó aquí otra vez, el bosque que él había encontrado antes ya no estaba, otra gente había venido y lo había talado. Buscó una finca bien adentro, casi pegando con Corcovado, lejos de Drake, donde todavía no había dueños, y ahí hizo su finca. Allá fue donde llega-

mos a vivir al principio, pero yo ni me acuerdo de aquella finca, conozco porque he ido después.

Por esa época el IDA vino y le compró a los finqueros que estaban aquí en Drake, en el Progreso, en Los Ángeles. El IDA contrató a mi papá para que cuidara las fincas que había comprado y para que ayudara a la gente que iba a venir. La idea era darle parcelas a la gente que venía con familia y mi papá colaboraba en eso. Pero entonces el IDA le hizo una propuesta interesante. Como él tenía aquella montaña allá y nosotros debíamos ir a la escuela, le propusieron darle una parcela aquí a cambio de la finca. Convinieron ese trato y mi papá finalmente obtuvo esta tierra aquí en Progreso. La finca que tenía allá eran como 300 hectáreas y aquí son apenas 24.

Nos vinimos a vivir al Progreso. La infancia con un montón de hermanos es entretenida: pleitos de hermanos y aventuras de hermanos, pescar, ir a los ríos y, cuando estábamos más grandes, trabajábamos en agricultura y le ayudábamos a mi papá a sembrar. La principal cosecha que recogíamos era de arroz, luego maíz y a veces frijoles. Aquí hice mi escuela primaria.

Al terminar la escuela trabajaba con mi papá, pero después conseguí trabajo en los hoteles. Trabajé primero en un hotel que ya no existe, se llamaba Apocalipto; después volvía a trabajar con mi papá en agricultura y después iba otra vez los hoteles. Ahí más que todo trabajaba en cocina. Fueron



Mon  
xiti



Central American  
SQUIRREL MONKEY.

Anteater.



como cuatro años que estuve así. En una de esas fui a trabajar al Atlántico, a una compañía bananera. Ahí trabajé como carrero, como cortador, también embolsando las frutas y ese tipo de trabajos. Lo hice solamente para tener la experiencia de trabajar en las compañías, pero sentí que no era para mí. Sin embargo trabajé bien, obtuve el record que les dan a los trabajadores para que puedan seguir trabajando, más o menos ganaba bien. No me quedé mucho tiempo, tal vez un año. Antes de ir a Limón, lo más lejos que había llegado era a la frontera Sur, donde vivía un hermano. Ahí estuve un tiempo donde ellos e incluso fui a una escuela por ahí. En ese año que estuve en Limón nunca fui a la playa.

Después regresé aquí y volví a trabajar en los hoteles y hasta en un barco de turismo, en un crucero. En el crucero no trabajé mucho tiempo, sólo hice pruebas para quedarme laborando y después decidí que era muy aburrido; tampoco me quedé. En el crucero fui a Manuel Antonio y a Isla Tortuga. Trabajando no se conoce mucho, nada más de visita. En realidad no conozco mucho el país.

De mis hermanos mayores, unos se casaron y se fueron. Por ejemplo mi hermana mayor no vive aquí, mi hermano mayor tampoco. Los demás tienen parcelas igual que yo; de la misma finca mi papá nos dio a todos partes iguales para que trabajáramos. Él dividió la parcela porque todos estábamos grandes y queríamos tener un lugar donde trabajar. Yo fui de los

primeros que le pregunté dónde podía trabajar y él me dijo que en cualquier lado de la finca. Escogí este que era un buen lugar desde el punto de vista turístico.

Decidí hacer un proyecto propio: una casa donde vivir y, a la vez, desarrollar un proyecto ecoturístico. Empecé a desarrollar esto en el 2000. Hace unos seis, siete años, trabajo en esta finca ecoturística. Me ha ido regular, cada vez me va mejor y aún así no he cumplido la primera parte que era tener mi casa, todavía vivo en una tienda.

La Fundación Neotrópica y la Fundación AVINA me invitaron a participar en un curso del Proyecto Liderazgo Juvenil Empresarial. Ese proyecto empezó hace unos cinco años y yo participé en el primer proceso. En ese curso, que duró dos años, aprendí mucho sobre construcciones, sobre infraestructura, sobre trato al turismo, también sobre contabilidad y otras cosas que me han ayudado un montón. Los dos años de estudio implicaban ir cuatro días por mes. Trabajábamos sábados y domingos y en varias ocasiones lo hicimos de jueves a domingo. Al finalizar el curso decidimos crear una asociación, se llama ASEDER y significa Asociación de Emprendedores para el Desarrollo Responsable. Nos hicimos muy buenos amigos con los otros emprendedores, muchos de ellos también tienen negocios y empezaron como yo. Algunos han hecho proyectos más grandes o han tenido más oportunidades. Somos muy buenos amigos, nos reunimos, ellos han

venido y yo he ido donde ellos. Nos mantenemos en contacto.

Soy una persona soñadora y me considero emprendedor. Lo que estoy buscando aquí es economía y ecología, y por supuesto vivir bien y también ayudar a la comunidad. Mi visión es desarrollar este lugarcito como una empresa rentable. Tengo un montón de pensamientos pero a veces no puedo explicarlos todos. No se trata sólo de dinero, porque por dinero ya habría vendido esto y tendría mucho dinero, como me han ofrecido ya, pero la idea es estar siempre aquí.

Cuando empecé esto no era más que un charral, la inversión ha sido alta. Esto lo empecé con capital propio. Al principio no tenía mucha experiencia, entonces el dinero que tenía se me acabó en menos de lo que pensé, pero hice el arranque y eso me produjo ganancias que reinvertí. Sigo reinvertiendo mucho del dinero que obtengo. El arreglo de la zona verde, por ejemplo, ha implicado mucho más dinero del que suponía. Pero el mismo proyecto se ha ido financiado, yo soy solamente la persona que administra, que organiza cómo reinvertir. A veces me atraso un poco recogiendo el dinero para dar el siguiente paso.

Trato siempre que la gente de aquí obtenga ingresos con los turistas que vienen. Si hay que hacer un tour cerca, vamos a las montañas donde gente que tiene fincas y senderos, y esa gente tiene un ingreso. Estoy enfocando en que la gente local debe obtener

ingresos por el turismo que llega a la zona, que muchas veces sólo pasa en el Parque Nacional y en las reservas privadas, y la gente local no obtiene ningún beneficio.

Aquí ha trabajado mucha gente de la comunidad pero no podemos contratar personal, no me alcanza, lo que hacemos es dar trabajos. Por ejemplo, la siembra de la zona verde, la damos por contrato. La construcción igual: yo solamente soy el que diseña, tengo que contratar dos o tres personas, a veces hasta un mes.

Estoy contento con la forma como el proyecto se ha desarrollado hasta el momento. El tiempo que no aprovecho trabajando, lo aprovecho en una hamaca frente a la playa, viendo el atardecer, que es el mejor, el sol al puro frente. Aquí no hay mucho con que entretenerse pero sí soy aficionado a la pesca, a andar en la playa, a nadar. Y desde que estoy con el turismo, me gusta mucho tener una guía de aves para monitorearlas como aficionado, pues descubro nuevas especies que no había visto antes. No se pierden mis raíces guanacastecas y también sureñas. Criado aquí y nacido allá, hay una mezcla de culturas, pienso yo. La música me gusta y lo que se hace aquí también me gusta. Me gusta escribir; si puedo, me acuerdo o tengo un lápiz y una hoja donde anotar, escribo una pequeña historia, un párrafo. Me nace inventar cosas y de hecho he pensado en escribir un libro, lo único es que estoy esperando tener más tiempo para hacerlo.

Por este lugarcito –apenas son tres cabañitas y la zona de acampar– ha pasado gente de muchas partes del mundo: Europa, Norteamérica, Suramérica. Uno habla con ellos y aprende muchas cosas. Para mí el turismo abre las puertas a ver el mundo y a conocer las diferentes culturas. Por supuesto trae cosas buenas y trae muchas cosas malas, pero eso no me influye. En lo personal, siento que he tenido la capacidad de aceptar lo que conviene y rechazar lo que no conviene, porque al turista que viene no se le puede decir que no sea como es. He aprendido a conversar con los turistas, desde dónde vienen, cómo es todo en sus países; he aprendido mucho. También he tenido que capacitarme, tuve que aprender inglés, aprender muchas cosas para tratar el turismo. Para ser guía turístico he hecho la mayoría de cursos que del INA; he hecho buenas amistades que me han orientado.

Drake no es un lugar muy accesible, viene mucho turista que busca la naturaleza y a los animales. No viene turismo de droga o sexual. No sé hasta cuándo se mantendrá así, espero que por mucho tiempo, pero el acceso, las vías de acceso hacen posible que esto sea así.

Me veo como empresario y me gustaría que Drake se mantenga lo más ecológico posible, que no exista tanto desarrollo de infraestructura contaminante, que esto pueda ser más amigable con el ambiente. Lo que ha habido hasta ahora ha sido bueno; la gente local ha obtenido trabajo de los

hoteles, que son bastante ecológicos. A veces no hay trabajo para todo el mundo porque mucha gente viene de la ciudad. Esta playa es muy solitaria pero cada vez viene más gente; al principio uno encontraba cualquier cantidad de conchas grandes y pequeñas, ahora todo el mundo se las lleva. Hay más basura, más contaminación.

Mi preocupación por el ambiente nace de hacer amistades con gente que se interesa por la ecología. Yo crecí creyendo que era bueno talar el bosque para producir agricultura; es muy difícil que por cuenta propia vaya uno a pensar en otra cosa. Hasta cuando uno conversa con gente que le explica, uno se da cuenta de que puede haber un ingreso económico en la conservación. Entonces uno comienza a cambiar de mentalidad. Haciendo amistades con gente interesante y conversando con los turistas, vi que era más importante proteger. De ahí fue que finalmente me involucré con el movimiento COVIRENA, que al principio, cuando yo ingresé, lo manejaba el Ministerio del Ambiente.

En aquel entonces parecía que ellos estaban más interesados en involucrar gente para que ayudaran a la protección. Ahora parece que somos más de la cuenta, no se ve mucho interés de parte del MINAE. Hace unos diez años, por ahí del año 96 o 97, pensé: “Bueno, si soy voluntario, si ayudo, es porque quiero que esto se proteja y al final, a lo mejor si tengo chance pueda trabajar por un salario...” No era esa la idea. Después ya nunca me inte-

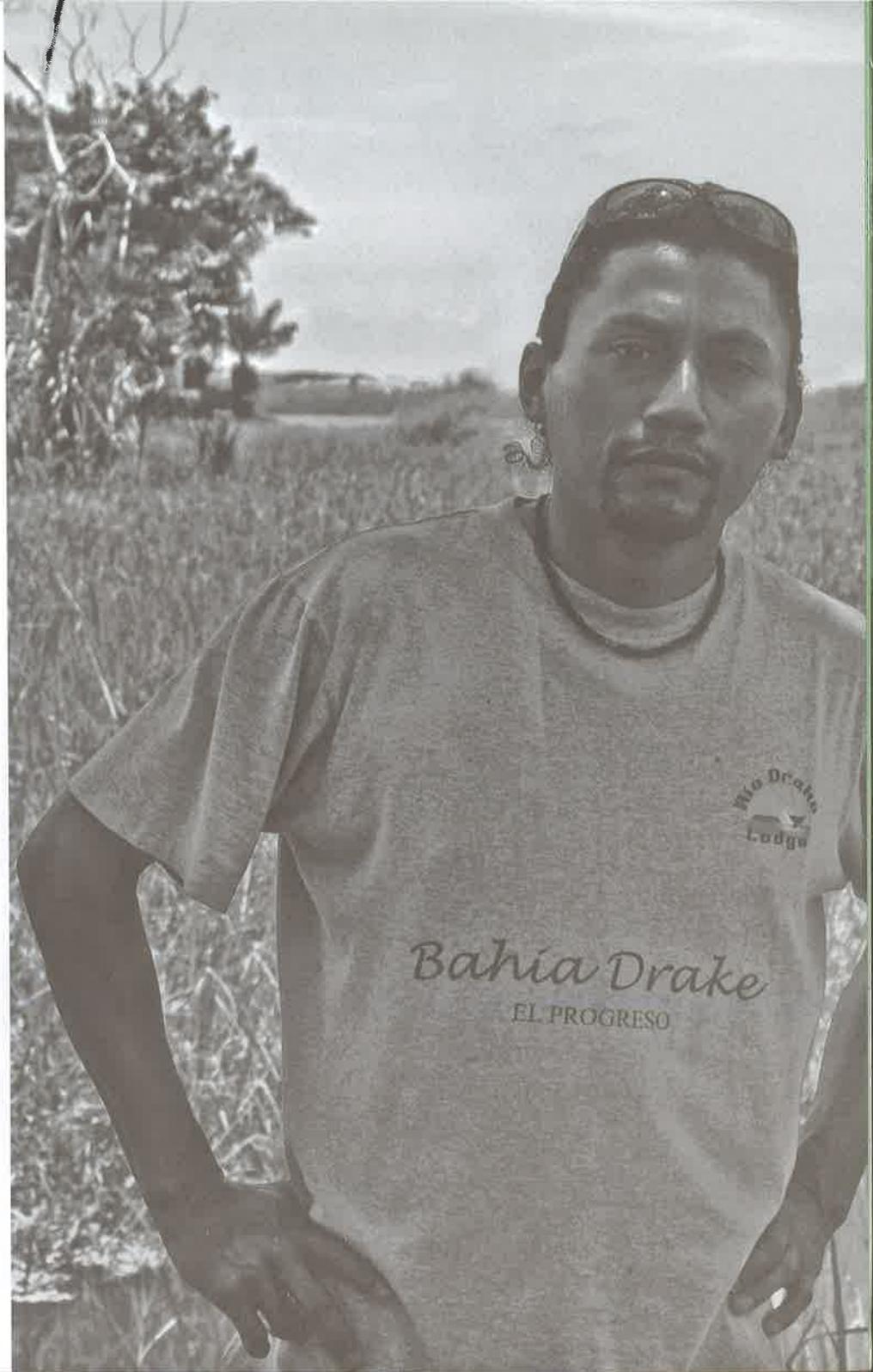
resé en tener un salario por cuidar el bosque, sino que continué ayudando. Tiempo después me reuní con algunos otros y conocí COVIRENAS de la zona y fuera de la zona.

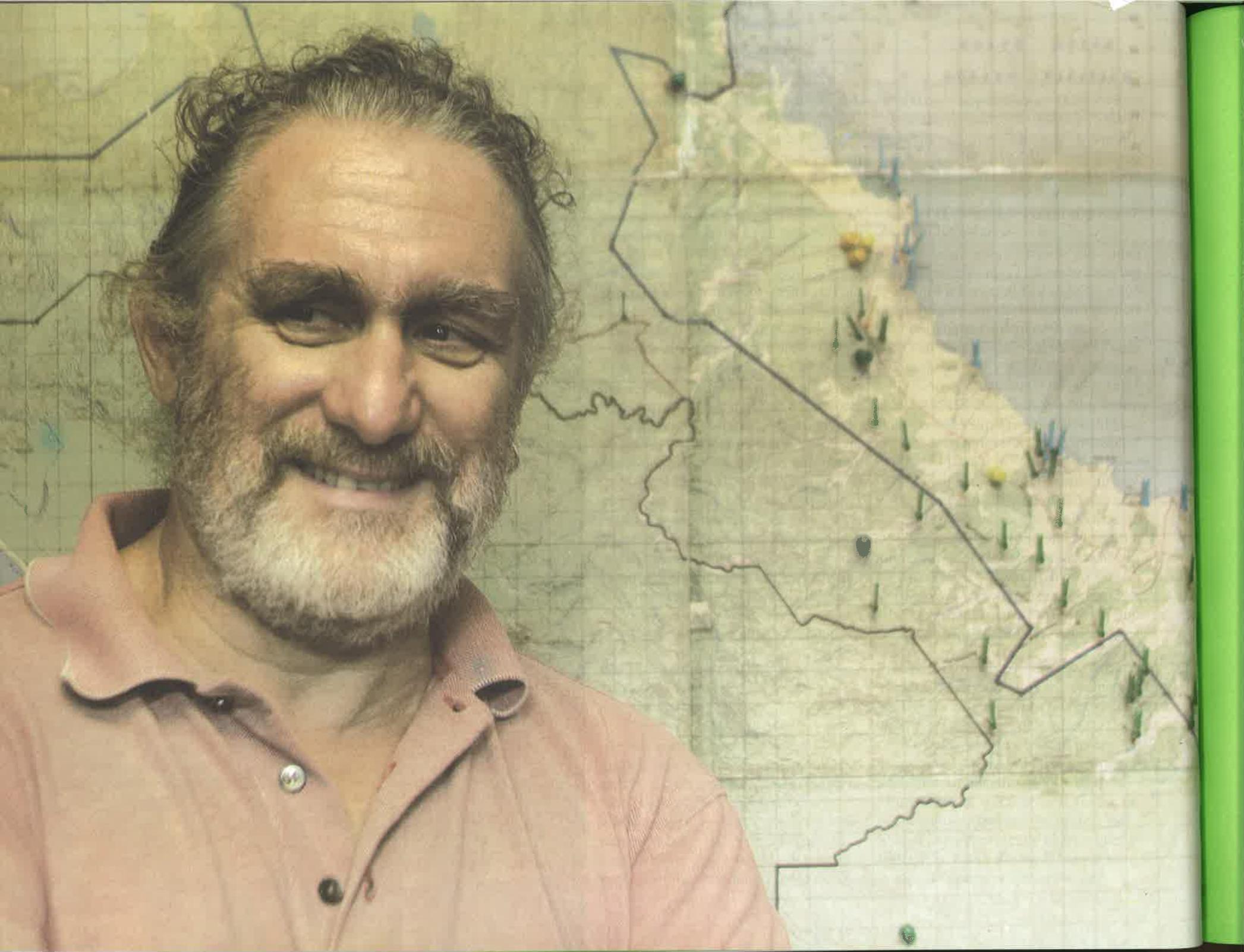
Siento que los comités de COVIRENAS no son muy formales. Somos gente que tenemos que sacar el tiempo para hacer cosas. Cada uno tiene sus cosas personales que atender. He participado en capacitaciones, elaboramos cartas principalmente cuando hay talas cerca de los ríos, cuando hay envenenamiento de los ríos, por ejemplo. Hemos hecho denuncias al MINAE, y ahora que está ASOCOVIRENAS es más fácil llamar para que ellos envíen las denuncias correspondientes.

Veo un futuro muy incierto para esta zona. Actualmente tenemos un atractivo muy especial, pero de aquí a diez o veinte años, perfectamente puede ocurrir que el aeropuerto sea no de 750 metros, sino de 1500 metros de largo, por ejemplo. Eso provocaría que se realizaran vuelos internacionales, o podría ser también que de aquí a

diez o veinte años existan edificios de cinco o diez pisos en el bosque o cerca de la playa. No tengo idea de qué puede pasar, si esto se podrá mantener así o no.

Mis padres todavía viven aquí, tienen una porción de la finca. Ellos trabajan en agricultura y un poco de ganadería. Yo ahora estudio bachillerato por madurez pero voy lento, presento dos o tres exámenes por año. Todavía estoy soltero, nunca me he casado. Uno de mis sueños es construir mi propia casa pero todavía no he cumplido esa parte. He hecho el negocio que quería, estoy trabajando en eso, pero todavía no tengo esa otra parte. Y bueno, la otra cosa es que cuando yo crecí era demasiada compañía, demasiados niños alrededor, una familia numerosa. Después, cuando me hice adulto, me ha gustado bastante estar solo. También tengo mis sueños de viajar y hacer más cosas; vamos a ver qué pasa, nunca se sabe, nunca se puede decir. En el caso personal mío, tengo muchos sueños pero siempre es una incógnita el día de mañana.







Nací en Génova en 1956 y viví ahí hasta los siete, ocho años. Mi mamá es originaria del Piamonte, de una pequeña aldea típicamente campesina donde se cultiva la vid y frutales varios. Mi papá era de Génova y venía de una tradición más obrera corporativa, lo que se llama la Compañía del Puerto. En el puerto de Génova hay una compañía que se encarga de cargar y descargar los navíos. Viene desde muy atrás en el tiempo y es de carácter hereditario: es decir, el hijo adquiría el lugar de trabajo del padre y se lo pasaban así por generaciones. Ahí en Génova fue donde mi mamá encontró a mi papá después de la Segunda Guerra Mundial, cuando ella salió de la aldea para buscar un poquito más de bienestar, porque en ese momento la agricultura, sobre todo en pequeñas parcelas como la que tenían mis abuelos, no rendía, no daba para vivir dignamente. Así fue como ellos se conocieron en Génova – estamos hablando de 1951, 52, algo así –, y unos años después se casan y nazco yo en el 56.

Soy el mayor de dos hermanos; el otro vive en Italia y trabaja en la madera y la construcción.

En Italia mi formación fue técnica, en una escuela profesional. Después de los primeros cinco años, que son los básicos, hay tres años de escuela media inferior y después hay cinco años de escuela media superior, antes de acceder a la universidad. Fueron cinco años de formación técnica en una escuela profesional, donde enseñan teoría mecánica general, y también la

parte práctica con máquinas como tornos, presas, rectificadoras, esas cosas.

De la casa de mi familia salí a los veintidós años, después del servicio militar. Hasta hace un año el servicio militar era obligatorio en Italia, y en ese entonces duraba un año. Escogí hacer el servicio militar de una forma que me diera algo y me enrolé de voluntario en los paracaidistas, así que por lo menos aprendí saltar de los aviones y fue muy divertido. En realidad es una experiencia muy interesante, y si se toma desde una óptica correcta, creo que es una experiencia formativa. A muchos de los chicos aquí no les hubiera hecho ningún daño tener un período en una institución donde tiene que aprender que existen unas reglas y que existen responsabilidades. Para mí ese es uno de los aspectos principales de la cultura machista de este país, no sé si del resto de Centroamérica o de América latina. Yo veo que la mayoría de los jóvenes, los hombres en general, tienen una forma de acercarse a la vida de una manera que excluye, tal vez por falta de conocimiento, lo que son las responsabilidades. Es mucho más fácil vivir así. El número de madres solteras que se encuentran es un reflejo de eso.

Al terminar el servicio militar trabajé en el ramo de las construcciones. Empecé a viajar para hacer construcciones prefabricadas en cemento. Para ese año –hablamos de los años 80– hubo un crecimiento muy grande de las pequeñas producciones industriales y se hacían áreas de galerones para vender o para alquilar a pequeñas empresas.

Laboraba para una empresa que trabajaba para las grandes cooperativas del área de Emilia Romagna –las “cooperativas rojas” como se las llama–, porque esa fue un área donde hubo mucho control político del Partido Comunista Italiano.

En la zona de Emilia Romagna estuve trabajando un par de años, entre mis veintidós y veinticuatro o veinticinco años, antes de casarme. Me casé a los veintiséis años y estuve con mi ex-esposa hasta el 91 ó 92. Cuando me casé tuve que estabilizarme por unos años donde vivía, que era cerca de Turín, pero después de eso ya no aguantaba más, otra vez necesitaba moverme y me dediqué a las construcciones en madera, que me daba más posibilidad de crecimiento. Entonces me desplazé al trabajo de construcciones en madera en el área deportiva. También trabajé para la Arquidiócesis de Turín restaurando iglesias y haciendo la techumbre de iglesias nuevas.

Viajé por toda Italia: eran quince días en un lugar, tres semanas en otro, un mes en otro, dependiendo del tamaño de los proyectos. Tenía una compañía; éramos cuatro, cinco muchachos que trabajaban conmigo. En determinado momento tuvimos que hacer dos grupos y después tres, cuatro... Llegué a tener como veinte o veinticinco personas trabajando para mí, pero después, a principios de los 90, hubo en Italia un gran escándalo político que se conoció como *Tangentopoli*... Una serie de fiscales se pusieron atrás de los negocios sucios, de los pagos debajo

de la mesa que se daban para obtener grandes contratos de obras públicas. Debido a esa investigación, que llevó a varia gente a suicidarse y a muchos a la cárcel, nadie firmaba un contrato, todos estaban muy asustados. Yo trabajaba en el sector de los campos deportivos y tuvimos un problema grandísimo...

Entonces ya me había separado de mi mujer y tenía una nueva compañera. Ella era una guía turística que hacía viajes a Argelia y todo el norte de África. En el desierto de Argelia hay una serie de oasis en donde los franceses, durante su colonización, habían construido una serie de hoteles y cada hotel tenía una piscina. El lugar es maravilloso, en medio del desierto. El problema es que cuando los argelinos retomaron el control de su tierra, intentaron manejar esos hoteles, pero los tuareg no tienen mucha confianza con lo que son asuntos de bombas hidráulicas y no las conocían muy detalladamente. Todos los sistemas de las piscinas de esos hoteles se perdieron. Hubo un momento en el cual el Gobierno argelino quería rehabilitar los hoteles pero no tenían técnicos que pudieran arreglarlos y hacerlos funcionar. Yo tenía un poco de experiencia por los trabajos que hacía en Italia, porque en algún momento, los contratos estipulaban que debíamos proporcionar los techos, la parte de fondo para campo de tenis y, en algunos casos, las piscinas.

Gracias a los contactos de mi ex mujer fuimos a hablar con la gente del Minis-

terio de Turismo de Argelia. Habíamos hecho ya todos los contactos e iban a llevarnos a hacer ese proyecto. A cambio del trabajo –Argelia era o es todavía un país con un gobierno socialista, entonces cualquier actividad tiene que tener participación del gobierno–, nos iban a permitir crear un pequeño hotel de tiendas con una gran piscina inflable, junto al cruce de dos pistas en el desierto. El proyecto no se concretó porque mientras estábamos preparando los materiales, lo que se necesitaba para arreglar las piscinas y los sistemas que tenían los hoteles, los *muyaidin* empezaron a hacer volar cabezas en Argelia. Por dicha empezaron antes de que nosotros estuviéramos allá.

Entonces volvimos a sentarnos a ver el mapa para decidir a dónde íbamos a probar si había un chance. Un amigo nos habló de Costa Rica. Nos vinimos para acá en plan de exploración y a los treinta días de estar aquí estábamos un poco desilusionados, porque habíamos seguido las rutas aconsejadas por los grandes sistemas turísticos y por la Embajada italiana en San José: “¿Quieren hacer algo? ¡Guanacaste, Guanacaste!”

Fuimos a dar una vuelta a Guanacaste, al Caribe, al área de Manuel Antonio... Para nosotros eso ya era turísticamente muy desarrollado, había mucha presencia extranjera orientada a cierta visión turística. Estábamos casi decididos a regresar cuando un conocido italiano nos dijo: “El sábado voy para la Península de Osa a ver unas cosas, si quieren venir...”

Fuimos a ver una propiedad a media hora de Sierpe, en bote, río arriba. Nos encantó el lugar y ahí compramos una tierra, una tierra que era media agua, pero tierra al fin... Eran cuarenta y cuatro hectáreas y las compramos por cinco mil dólares. Regresamos a Italia, vendimos todo lo que pudiera venderse y el resto lo regalamos. Al año siguiente, en el 93, regresamos y empezamos a construir un *lodge*. Nuestra idea se orientaba a una franja de público de personas interesadas en pájaros, naturaleza y pesca deportiva. Después de construido ese pequeño *lodge* – que era una casa grande con los cuartos, unas cabinitas, unas plataformas con tiendas –, trabajamos tres o cuatro años, hasta el 96 ó 97, desarrollando ese proyecto. Desarrollamos un tour de aventura en el que la gente llegaba al *lodge*, estaba un día ahí y después los llevábamos en caballo hasta Mogos. Luego, desde Mogos, en kayak hasta río Rincón, y después ahí un tractor los llevaba a Los Patos, en el Parque de Corcovado. De ahí cruzaban a Sirena. En Sirena se quedaban un día, regresaban a San Pedrillo, agarraban un bote y los llevábamos a Isla del Caño a hacer *diving*; después regresaban a la boca del Río Sierpe. Ahí tenían los kayak y regresaban al *lodge* remando en medio del manglar. Eran diez días en total, un tour muy interesante porque el área da oportunidad de hacer todas esas actividades en un radio de cien kilómetros. Alguna gente que había estado en localidades muy extremas, consideraron ese como uno de los diez mejores tours del mundo, porque daba la oportunidad de ver

una cantidad de ambientes y ecosistemas diferentes. En uno de los primeros tour encontraron jaguares comiendo tortugas en la playa; con eso empezamos a mandar fotos por Internet y todos querían venir a ver el jaguar en la playa. Por supuesto eso ocurrió solo una vez, pero fue muy divertido...

Mientras desarrollábamos esto, nos dimos cuenta de que en esa área había una situación muy complicada con la deforestación. Eran los años de los permisos de planes de manejo... Si las cosas seguían de esa manera, pronto iba a desaparecer la característica principal que nos convenció de desplazar-nos a esta área y trabajar y vivir ahí. Entonces constituimos una fundación, se llamó Fundación Arbórea, que tenía como finalidad adquirir propiedades, tierras, gracias a financiamiento que pudiera llegar a título personal o de ONG para comprar propiedades y salvaguardarlas bajo un régimen de protección.

En algún momento tuvimos un poquillo de plata y pudimos comprar una propiedad del otro lado del río, donde estaban los últimos árboles de esa parte y llegaba a dormir todas las noches una manada de cariblanco. Esa fue la primera adquisición de la Fundación.

Con un amigo inglés que llegó para trabajar como guía en los tours de aventura intentamos otra cosa para financiar la Fundación. Él es un biólogo, un entomólogo y herpetólogo que trabajó para el British Museum en Inglaterra. Con él pensamos en

capturar serpientes, entre más venenosas mejor, para criarlas y venderlas en Estados Unidos o Europa, y con ese dinero ir comprando propiedades. En ese entonces el valor de una terciopelo en el mercado internacional era igual al valor de una hectárea de bosque primario. A nuestro modo de ver, sustraer del ambiente natural una terciopelo por cada hectárea, para poder salvar-guardar *per sécula seculorum* esa hectárea con todo lo que contenía, era un intercambio favorable. No le veíamos ningún problema moral ni ecológico; normalmente cuando el campesino encuentra una terciopelo, el machetazo es seguro. Intentamos ver si el MINAE podían ayudarnos pero encontramos una resistencia total, una burocratización extrema: que si los especímenes no venían de criaderos, no podíamos empezar. Entonces ni con esa perspectiva, que no era una perspectiva lucrativa a título personal, sino que el criadero hubiera sido manejado por la Fundación, hubo manera de mover a la gente del MINAE.

Para el año 95, 96, me estaba separando de mi segunda compañera y en uno de mis viajes de exploración para encontrar nuevos tours llegué aquí a Puerto Jiménez y conocí a Cecilia Solano. Nos enamoramos locamente y empezamos.

A los pocos meses dejé el *lodge*; otra vez salgo de una casa, otra vez con el mismo carro con el que salí de la primera casa en Italia, cargado con las mismas cosas: mi caña de pescar, unos cuantos libros, ropa y unas herramien-

tas. Y empiezo otra vez de cero una vida aquí en Jiménez.

Aquí la idea era aprovechar la madera caída. Me compré una yegua, una motosierra y empecé a ir al monte. Conocía a unas cuantas personas que me dijeron: “Mirá, yo saqué una plan de manejo y en mi propiedad quedaron unas cuantas ramas, unos cuantos sobros, si quieres aprovecharlos...” Yo iba y recuperaba lo que a mi modo de ver, con la experiencia y la herencia europea, era una mina de oro: tucos de Nazareno o de Cristóbal que habían dejado ahí porque tenían una vuel-tita o un hueco. Como un niño que encuentra una juguetería sin nadie que la esté cuidando, me lanzo y empiezo a sacar todo lo que podía de esas maderas. Las sacaba en bloques que pudieran ser manejados con fuerza humana; después las traía en un *pick-up* hasta llegar a la carretera y después con un camioncito las traíamos al pueblo.

Empecé a trabajar en muebles y construcciones. Le daba la madera a un aserradero para que me la hicieran en las medidas que necesitaba, y con otro muchacho iba a instalar las piezas en las construcciones. Entonces dividía mi tiempo entre la montaña, extrayendo la madera del bosque, y el otro tiempo montándola.

Por estar trabajando con madera caída, es decir que no venía de planes de manejo ni había impactado el ambiente, empecé a acercarme al mundo de los ambientalistas de esta área. Mientras tanto Cecilia había encontrado un

empleo con la Fundación CECROPIA. Esa fundación nació aquí por unos cuantos gringos, con financiamiento de otra fundación estadounidense que recoge plata entre las estrellas de Hollywood y la reparte en proyectos por todo el mundo. Ella trabajaba como secretaria, gerente, manager, un poco de todo, dentro de esa fundación.

Ahí conozco a Marcos Villegas Castro, un muchacho con una energía increíble, que me habló de los COVIRENAS. Me explicó cuál era el objetivo, me pareció muy bien y le dije que conocía en Sierpe unas cuantas personas que podían estar interesadas en cosas de ese tipo. Él me encargó crear el comité de Sierpe. Entonces, con unos cuantos muchachos y muchachas de Sierpe, constituimos los COVIRENAS. Yo no podía quedarme porque tenía mi vida y mi trabajo aquí, la idea era arrancar y que después fueran adelante solos para tener presencia en un área muy sensible, mucho más sensible que Puerto Jiménez, porque allá había un problema con las arroceras que estaban matando con los plaguicidas la vida del río.

Después, por una cosa y otra, me encontré más involucrado aquí. Con la gente de CECROPIA estuvimos en esa batalla en contra de los planes de manejo que se otorgaban aquí con una facilidad extrema. Eso fue en los años 96, 97, 98; después de la epopeya de la *Stone Forestal*, esos fueron los años cuando la actividad ambientalista fue más alta y más rica. En ese tiempo hubo en San José un encuentro

nacional de COVIRENAS en donde se discutió lo que sería el plan de acción y el plan de trabajo; también lo que hubiera podido ser el estatuto para una asociación de los COVIRENAS, porque en ese momento tenían un financiamiento que venía directamente del MINAE. El problema era que el MINAE quería que los COVIRENAS hicieran lo que ellos mandaban, pero calcularon mal y se encontraron con un grupo de personas que iban mucho más allá de sus ideas.

Al final de ese encuentro se hizo una elección de los representantes que tenían que constituir la Secretaría Nacional de los COVIRENAS, y no sé por qué, me nombraron en esa junta directiva. En esa reunión se iban a proponer una serie de iniciativas para que el MINAE las llevara adelante. Una de ellas fue una mía personal, que propuse con base en una experiencia italiana. Uno de los grandes cambios que vimos en Italia a nivel de calidad de la normativa, fue cuando se prohibió el uso del calibre 22 en el campo. Eso determinó una limitación muy fuerte en lo que podían ser las distancias en las que los cazadores pueden matar animales y tuvo como consecuencia un rápido crecimiento de muchas especies. El calibre 22 es un calibre de facilísima adquisición, como arma y como munición, además de ser un arma muy eficaz, con un tiro muy directo a distancias increíbles. Mi propuesta fue que en el país se prohibiera no solamente el uso, sino la comercialización del calibre 22. Ahí hubo un levantamiento de la gente del MINAE;

ellos dijeron que eso no se podía hacer porque limitaría la posibilidad de las personas de menores recursos para conseguir proteína a bajo costo. Que ese tipo de objeciones vinieran de parte de la gente del MINAE, me sorprendió muchísimo, porque sabemos que la gente ya no necesita matar un saíno para comer.

Tampoco se hizo nada con otra propuesta que llevamos durante la campaña en contra de los planes de manejo, que consistía en pedir a los países donantes que en lugar de dar plata – que sabemos muy bien que en muchas ocasiones desaparece en miles de pequeños riachuelos, pero nunca va a alimentar el principal – donaran madera de plantaciones de coníferas, como de Chile o de los Estados Unidos de América. Es mucho menor el impacto de cortar y aserrar madera que venga de una plantación a una latitud de sesenta grados norte, donde la biodiversidad es el cinco por ciento de la que tenemos aquí, que cortar los bosques. Los mismos participantes de esas reuniones y de los grupos ambientales no lograban entender eso y es fácil comprender por qué: preferían tener la plata que no los árboles ya aserrados. No se logró ni siquiera arrancar con esa idea.

Una de las cosas más ridículas que escuché en esos años vino de Fredy Portilla, el Director de la Oficina Forestal en Rincón. Después de las investigaciones que se hicieron sobre los planes de manejo, al dar el seguimiento a las denuncias, él fue

removido y trasladado, nunca más se ha vuelto a saber de él. El número de árboles que se permitió cortar en ese momento superaba los 110,000, un volumen increíble. Hablando con él yo le explicaba que ese montón de planes de manejo no estaba bien, y el tipo me dijo que no había que pensar solamente en las necesidades de la Península de Osa ni de Costa Rica; Costa Rica tenía que ayudar a los “hermanos centroamericanos” para abastecerlos de sus necesidades alimenticias, con arroz y frijoles.

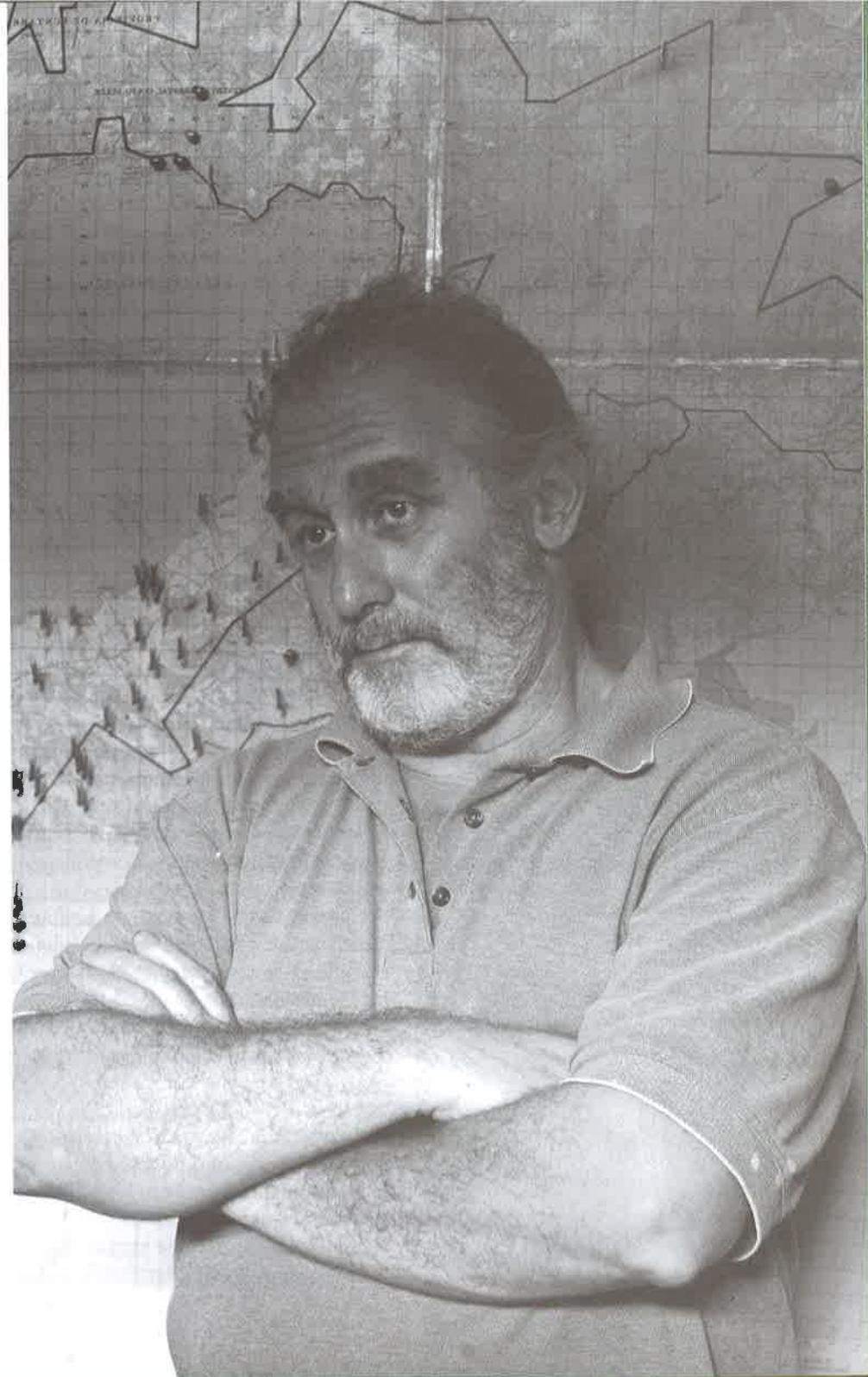
¡El objetivo de ellos era transformar los bosques en áreas productivas para abastecer de frijoles y arroz a los “hermanos centroamericanos”! En ese momento él estaba hablando como representante, por lo menos, de la oficina regional forestal del MINAE. Era tan descarada la situación que no podía ser solamente una persona, tenía que haber un respaldo muy grande atrás. La protección que tenía esa gente era total.

Cuando se analizaron cien planes de manejo, noventa y seis tenían fallas en la primera página, con lo cual ni siquiera hubieran podido ser presentados. De los otros cuatro o cinco que quedaban, talvez dos o tres tenían algún problema, tal vez uno o dos cumplían con los requisitos... ¡Pero no hablamos de requisitos para obtener un plan, sino de requisitos para presentarlo! Era demasiado evidente que había una corrupción y una voluntad muy fuerte en eso.

CECROPIA y Cecilia personalmente trabajaron mucho en eso. Hicimos reuniones con las personas de las comunidades en toda la Península para contactar gente que podía estar en la misma onda, para sensibilizarlos, explicarles lo que estaba pasando, dándoles información física, certera, porque todo el mundo se daba cuenta que esa fila de camiones que pasaban todos los días iban a acabar con el recurso, pero era una sensación, no había documentos.

En toda la Península se fue armando un grupo de gente que tenían los conocimientos locales y podían movilizar personas. El momento culminante que obligó a los medios de comunicación y también al Ministerio a tomar seriamente la cosa, fue el bloqueo de la Interamericana en Chacarita. Ese día fue uno de esos más divertidos, por un lado, y más peligrosos, por el otro. Toda la Península se armó; en buses se trajo a los chicos del colegio. Llegamos a Chacarita en camioncitos, en carros, una gran fiesta... Y llegamos allá y la mitad de la policía del país estaba lista y preparada. Aunque en Chacarita todo el mundo sabía que se iba a bloquear la carretera, nadie lo decía.

Originalmente era una manifestación organizada por CECROPIA, pero Cecilia estaba atrasada recogiendo una gente en algún lado y no había llegado. Yo ya estaba allá con mi hija mayor y la pequeñita que tenía un año, la tenía en brazos. Llegamos y todo el mundo me pregunta: “¿Qué pasa, dónde está Cecilia, qué hacemos?” Y yo les





digo: "Hagan lo que Cecilia les dijo, porque si ella llega y no lo han hecho, es mucho peor." Y en el medio seguro estaban unos cuantos policías, siempre meten algunos disfrazados para ver quién es quién. Entonces la gente se tira a la calle y empieza a bloquear. En ese momento también llega Cecilia y los policías empiezan a agarrar gente aquí y allá, meten a algunos en unos carritos para llevárselos; había un muchacho que cuando ve que meten a dos compañeros en un carro, agarra el carro por detrás y lo levanta, así que no podían irse... Situaciones como de las películas. En un momento agarran a Cecilia, están por cargarla dentro de un carro, yo la agarro y obviamente se la arrebató a los policías. Son esas situaciones en las que uno desarrolla capacidades físicas que no espera y que en ningún momento vuelve a tener. Y ahí estaban todo el grupo de las mujeres alemanas y no alemanas de Mata Palo, unas teutonas decididísimas: se metieron en medio de la calle y de aquí no me mueve nadie. Los policías empezaron a pegar y a golpear duro pero había tanta gente que no podían, agarraban de aquí y los otros pasaban por allá. Y se logró ocupar el puente. En ese momento había como trescientas o cuatrocientas personas bloqueando el puente, ya se habían llevado para Neily a siete u ocho compañeros.

Ahí empieza la negociación con los policías. No, de aquí no nos movemos. En determinado momento los policías, con megáfono, dicen que quieren hablar conmigo. Como me habían visto en el momento inicial decirle a la gente

lo que tenían que hacer, posiblemente pensaron que yo era el que organizaba la cosa. Entonces Cecilia dice: "Saben que es extranjero, saben que tal vez lo sacan del país, me lo mandan afuera." Entonces no sabían si dejarme o no dejarme ir. Fui allá y me dijeron: "La situación aquí es que tenemos que liberar ese puente." Yo digo: "La gente de allá me dice que lo liberan cuando regresen a los siete que se han llevado." Por ahí había una fila de camiones, kilómetros de carros por los dos lados. Empezaban a llegar los reporteros locales, preguntando y haciendo fotos. Después de una hora, por fin devolvieron a los muchachos. Poquito a poco se desarmó el bloqueo y todo el mundo regresó a su casa, grandes fiestas por un lado y por el otro. Fue un momento muy alto, muy importante, porque el día después eso estaba en las primeras planas de los periódicos. Eso sensibilizó a la opinión pública.

De esa forma se logró que el Ministerio interviniera. Entonces se desperdigó por aquí y por allá a los funcionarios que todo el mundo sabía que eran corruptos. En ese momento la ministra, Elizabeth Odio, llegó aquí para explicar lo que se iba a hacer. Y ella, que es una persona tan amarrada a las reglas de las instituciones, dijo: "Ok, ustedes se quejaban de que no se aplicaban los reglamentos, muy bien, ahora vamos a aplicarlos..." Desde este momento, aunque sea para aprovechar un árbol caído dentro de la montaña, se necesita presentar una fila de papeles, prácticamente los mismos que para obtener un plan de manejo

por mil árboles. Ahí nos jodieron y desde entonces no se ha podido obtener un permiso de aprovechamiento de un palo caído.

Hace como seis meses hubo un decreto específico para esta área que permite aprovechar la madera caída. Los grandes planes de manejo prácticamente han desaparecido. No sé si hay uno o dos aquí y allá, en la Península. Pero los pequeños propietarios de finca, que podrían sacar cada año tres o cuatro palos que les proporcionarían una entrada que podría ser la diferencia entre una calidad de vida un poquito mejor y otra que es la pura subsistencia, también han visto bloqueada esa posibilidad.

En la Península habían unos ciento cincuenta sierreros que trabajaban en la época de los planes de manejo; al eliminarse los planes, esa gente pierde su posibilidad de subsistencia. ¿Qué van a hacer? Se tiran al monte y van cortando ilegalmente árboles; no digo que todos, pero un porcentaje que no han podido encontrar alternativas, se van por ese camino. Si la gente del MINAE fuera inteligente, habría activado ese sistema de aprovechamiento de árboles caídos hace mucho tiempo. Si los sierreros pudieran aprovechar de una forma sencilla la madera caída tendrían trabajo los próximos veinte, treinta años sin ningún problema. Aún ahora que hay ese decreto, es complicado hacerlo.

Por problemas internos y de financiamiento CECROPIA dejó de trabajar

más o menos en el año 2000. La Fundación todavía existe y en algún nivel sigue trabajando, pero no está presente aquí, en el área. Mucha de la gente que en esos años estaba en esa gran actividad colectiva, por las normales evoluciones de la vida, se ha tenido que dedicar a sus negocios o a sus actividades. Pero lo principal es que en estos años ha faltado el motivo de cohesión; los planes de manejo ya no son un peligro, lo que era lo más aparente, lo más fácil de detectar como motivo de preocupación y de agregación, ya no está. En este momento hay otras cosas que están empezando a preocupar a la comunidad: el desarrollo de mega infraestructura turística y proyectos como el de las granjas atuneras.

Pero fuera de un poco de habladas y unos cuantos *blogs* en Internet, no veo que haya una agregación de personas que puedan movilizar o actuar en algún momento. Ahora el movimiento ambiental es muy fragmentado y es bastante elitista. Hay un grupo de personas principalmente extranjeras – los Amigos de Osa o las Mujeres de Osa –, que tienen, a mi forma de ver, un aspecto demasiado elitista... Por formación o por haber visto lo que produce determinado tipo de desarrollo, se asustan de que aquí pueda pasar lo mismo. Pero el problema es que no tienen conexión con el tejido social local.

En lo personal, debido a la cantidad de trabajo que tengo que llevar adelante, me queda muy poco tiempo para actividades relacionadas con el

proteccionismo. En este momento tenemos un par de equipos trabajando en la montaña, aprovechando madera caída, y vamos a la montaña con bueyes a sacar la madera con técnicas no impactantes. La idea, si todo funciona, es producir algunos productos que tengan muy alto valor agregado. Uno de los valores agregados tiene que ser la procedencia de la madera, con una certificación de que procede de un aprovechamiento que no ha impactado de ningún modo el ambiente.

Lo otro que tenemos es el restaurante. El restaurante nació como una exigencia muy personal, en el sentido de que por cuestiones de cultura alimenticia ya no aguantaba seguir comiendo lo que me ofrecían los restaurantes locales. Esas son comidas más que dignas, más que aceptables, sólo que me había aburrido. Después de cuatro o cinco años, con Cecilia decidimos que teníamos que montar un restaurante porque muchas veces, cuando invitábamos amigos a la casa, nos sugerían que lo hiciéramos... Al final tuvimos que hacerlo. Tenemos un menú principalmente de comida italiana, con algunas incursiones a otras culturas, e intentamos dar lo mejor que se pueda y que sea compatible con la realidad local.

Por último está nuestra actividad de bienes raíces. Cuando podemos, orientamos a posibles clientes hacia la compra de una propiedad dependiendo de lo que quieren desarrollar, lo orientamos hacia las áreas más aptas y menos sensibles para el proyecto que

tengan en mente. Sé que en términos absolutos la urbanización de un área – o más bien su antropización –, es negativa, pero si hablamos en términos relativos, a mi forma de ver, el asunto es diferente. Por ejemplo este proyecto que se está discutiendo mucho últimamente, Osa Pointe, un *megaresort* que se proyecta hacer aquí cerca de Jiménez: es una intervención grandísima que contempla crear la marina más grande del país, con un aeropuerto privado, tres canchas de golf, un montón de lagunas, muchas casas y todo eso. Si lo oyes así y piensas que eso van a hacerlo en una área de foresta virgen, es chocante, pero si vas a ver el lugar donde teóricamente ese proyecto se va a desarrollar, es un montón de pastizales a donde difícilmente se encuentra un chapulín. Los dueños de esa propiedad han secado humedales y cambiado el curso de unos ríos para poder aprovechar más la tierra con pastizales, así que si se mete ahí una cancha de golf, probablemente obtendrás un incremento de la biodiversidad, solamente con algunos árboles más y unas cuantas lagunitas que se metan aquí y allá. Pero hay otros aspectos, los sociales, donde una fuerte presencia de trabajadores y de turismo extranjero puede crear cambios muy drásticos, muy violentos sobre el tejido social.

Lastimosamente estamos en un mundo que crece cada día, y hay fajas de población en el mundo que tienen un fuerte poder adquisitivo y hay muy poca área en el mundo donde uno pueda, llegando la edad de la jubilación, desplazarse para vivir los últimos vein-

te, treinta años en un ambiente sano, en un ambiente socialmente aceptable, en un ambiente donde la presencia del Estado sea una presencia administrativa, no represiva. Excluyendo toda el área que no cumple con esos parámetros, quedan pocos lugares y Costa Rica es uno de ellos; entonces hay que esperar que en los próximos años haya millones de personas que se quieran venir a vivir aquí. Si el país no cambia dramáticamente su rumbo político, eso va a pasar. Lo que hay que intentar hacer es canalizar y gestar ese flujo, no intentar oponerse porque no se va a ganar nada y la cosa puede ser peor, un enfrentamiento de ese tipo no va a dar resultados. Esa es la historia del hombre, una historia de desplazamientos. El hombre se ha movido todo el tiempo, no se puede pensar mantener a Francia o a Italia libre de los norteafricanos; no se puede pensar en tener a Costa Rica libre de europeos o de estadounidenses. Puesto que eso va a pasar, intentemos manejarlo, pero oponerse a eso es como intentar oponerse a un río: antes o después el agua te va a pasar por encima.



## Cristino Lázaro Rojas

*Rey Curré de Buenos Aires*

Juez de Paz, Guardia Rural, policía, reservista de la Fuerza Pública, mediador de conflictos, COVIRENA... Las diversas investiduras de la autoridad convergen en la figura de este Indígena boruca, hasta el punto de que los habitantes de otros pueblos y comunidades lo buscan hoy para consultarlo. Su fina ironía y sentido del humor son una nota destacada en este relato...

Mi nombre es Cristino Lázaro Rojas y soy nativo de Rey Curré. Anteriormente esto se llamaba El Yimba; después del 60, cuando vino la carretera Interamericana, pasó a ser Rey Curré y ahora hemos vuelto para atrás con ganas de ponerle El Yimba-Curré. Ahora mismo todos somos nacidos aquí, ya casi no hay ancianos que nacieron en Boruca. Puede haber unos cinco talvez, pero la mayoría ya somos todos nativos de Curré.

Mi papá y mi mamá se vinieron de Boruca. En aquél entonces Boruca se consideraba una tierra estéril. Ahora, por otras razones, eso ha cambiado, pero anteriormente ahí era muy frío y no se daba mucha agricultura. Tampoco había mucho donde montar. En cambio aquí el río tenía mucha cacería tanto de agua como en la montaña, y los señores se vinieron para acá y se partieron esta zona de aquí. Esto era de ellos, fueron trece personas las que vinieron para acá. Ahora somos seiscientos y resto. La gente que vino en ese entonces, se vino de 1906 a 1912. No había nada. De 1906 hasta 1955 se estuvo trasladando a los fallecidos hasta Boruca. Teníamos que echárnoslo al hombro doce kilómetros, salir en las madrugadas. Así fue como fue.

Nosotros estábamos aquí como contrabandeados y nuestra casa era allá, entonces teníamos que ir a Boruca a limpiar cada uno su solar de la vivienda, teníamos que limpiar los caminos, teníamos que ir a limpiar el cementerio. Nos notificaban que fuéramos a Boruca a la limpia del solar o al arreglo

de caminos; al que no iba le quitaban 5 colones de multa.

La primera autoridad que existió en Boruca fueron los Agentes Principales de Policía. Entre la media noche del 31 de diciembre y el 1 de enero, ellos nombraban a lo que se llamaba el Juez de Paz: un propietario, un suplente, dos comisarios y dos regidores. Esos regidores eran los encargados de llevar a la gente que estaba despistada o que no aparecía, de llevarlos a Boruca donde estaba el Agente Principal de Policía, que era de la misma comunidad. El cobraba 5 colones de multa y si no llevaban la plata los pasaban a Buenos Aires. A las juntas de peonada, a las bodas que se hacían y a los bailes y actividades recreativas, no podían llevar los muchachos que no tuvieran 18 años. El menor de 18 años que apareciera en esas actividades, de una vez el Juez de Paz regía que ese chiquillo tenía que irse para la casa ligero y después lo reportaba al papá.

Mi familia legítima somos cinco hermanos, dos mujeres y tres varones. Aquí nacimos todos mis hermanos; yo nací en el año 36.

En Curré teníamos la trabajadera a una hora de aquí bien caminada, allá en el cerro. Aquí mismo era el centro de los cerdos. Entonces íbamos a trabajar a una hora o a hora y media, porque aquí lo que había nada más era cerdos y reses. Por lo menos había una vaca de leche y bastantes cerdos. De eso se vivía, esos cerdos por donde quiera andaban. A veces se amontañaban. Para

no molestar a los animales había que trabajar a una hora u hora y media lejos. Para dejar la montaña también intacta, como tenía que ser, porque había mucho árbol que se llama verbá, que le decimos ojoche; había la palma real, mucha clase de árboles para la alimentación de los cerdos y del ganado. El ganado era de toda la gente, cada uno conocía su parte. Igual los chanchos, todos sabían cuáles eran los suyos. En cambio los cultivos sí eran individuales. A la montaña íbamos a sembrar arroz, frijoles y maíz. Teníamos también trapiche, yo supe lo que fue moler caña, sacar dulce y todo ese trabajo.

Había una forma de trabajar lo que se llamaba el Común. El Juez de Paz ya sabía a dónde había que trabajar y entonces se llamaba a toda la gente que pudiera estar y se iban a trabajar al Común: a socolar, a golpearlo, a hacerle todo lo que tenían que hacer hasta cosechar y luego lo que les daban eran 25 rollos de arroz, que venía siendo como medio quintal, a cada uno. Ese era el pago de todos por los trabajos que habían hecho. Lo del Común era de todos los trabajadores pero nada más para trabajarlo, porque el arroz o el maíz o lo que fuere que se vendía, era para la parroquia de Boruca. Todos ejecutábamos lo que teníamos que hacer para el servicio de allá.

Acá vivíamos cada uno en su ranchito. Por aquí vivía uno, por aquí vivía otro, por allá otros, cada uno en su ranchito. Pero sí se gozaba mucho de las visitas y cualquier problemita se resolvía muy bien. Otra gente de Boruca empezó

a venirse. Los días de fiesta que se celebraban aquí eran a finales de año. El 31 de octubre y 1 y 2 de noviembre eran las fiestas grandes, se armaban los grupos, se visitaba cada casa y se rezaba un novenario. Después seguían tomando la chicha o comiendo tamales, y después, al día siguiente, en otra parte y mañana en otra.

Antes de la carretera, yo viajaba por el río y por lo menos una docena de peces grandísimos se llevaba uno, solamente por andar el anzuelo pegado al bote. Los botes los hacíamos nosotros. Yo venía de Palmar, ahí para arriba, a varilla y canaleta, una vara de cinco metros. Cuando estaba lleno se iba nada más manejando el bote, la corriente era enorme. Lo grave era venirse para acá. En el verano costaba un poco más porque había que remar bastante para avanzar y llegar temprano a Palmar, luego a Cortés, El Pozo, como le llamaban antes. En cambio en el invierno era bonito bajar pero costaba trepar.

Así se mantuvo mucho tiempo. Lo que vino a cambiar todo fue cuando pasó la carretera Interamericana. Ya en el año 54 comenzó a verse gente por el río y por todo lado caminando, en panga y todo, y la noticia fue que iban a hacer una construcción de carretera. En esos seis años, del 54 al 60, la gente, todo mundo, se dio cuenta que había que conseguir alambre, comprar alambre, que había que ir desapareciendo los animales porque la carretera desbarataba los animales: los desnucaban, los mataban los carros. Eso fue, así comenzó.



Fue así, de pronto, ver el movimiento de gente que viajaba en las pangas para allá y para acá. Gentes haciendo planteles por todo lado. Entonces ya uno fue viendo que con la carretera los animales se perdían, se mataban. Muchas cosas se robaron los camioneros. Comenzamos a pensar en los rollos de alambre y comenzar a cercar porque los animales ya no podían estar sueltos, libres. Eso fue lo que ocurrió.

Los trámites para hacer trochas y los estudios fueron en el 54-55. En el 55 estaban las trochas listas, pero en octubre de ese año hubo una llena muy grande y las trochas quedaron anegadas por el río, eso los obligó a pasar por las laderas, porque al principio la carretera iba a pasar más abajo.

Yo siempre viajaba por ahí. Entonces, cuando llegué el 18 de agosto de 1958, me encontré una lámina de zinc y que a mi rancho le habían pegado fuego y lo habían desbaratado. La carretera había pasado al lado y habían hecho un rancho de lata... Hasta entonces fui conociendo que las casas son de zinc y los de nosotros eran ranchos. De ahí en adelante fue uno conociendo que el modelo de casa de uno estaba como quien dice equivocado, la otra gente, la otra cultura, vino y dijo que esos eran ranchos y palenques: ¡Qué torta, mi casa no es una casa sino que es un rancho! Yo tenía mi ranchito bien cerradito en madera y todo lo habían hecho con latas viejas de zinc.

Eso me puso mal y comencé a pensar que ya no se podía. En mayo del 59

vino el tiempo en que contraí matrimonio y comenzó la familia con mi esposa. Unos señores que conocía de Lajas me dijeron: Te vendo una montaña, ahí solo hay tigre y chanco de monte. Nosotros sabíamos que esa gente estaba ahí porque papá iba mucho a trabajar con ellos ganando dulce, porque en ese tiempo todavía nosotros no teníamos cañales. Entonces iba mucho a trabajar con ellos de jornalero y sabíamos que esa gente vivía ahí. Ahí se llamaba Lajas en ese tiempo, el famoso Chánguina hoy. Ahí fue donde le pusimos nombre nosotros. Yo fui fundador de Chánguina.

Salí de aquí en el 60 para el lado de Potrero Grande. Me fui por un accidente, un contratiempo que tuvo papá con un yerno, y me tocó asumir ahí la responsabilidad de Juez de Paz. A papá lo machetearon un 5 de noviembre y estuvo tres meses en el San Juan de Dios. En ese tiempo tuve que asumir la responsabilidad.

Ya en el 62, un 4 de octubre, me fui para Chánguina con toda la familia, jalando cerdos y gallinas en la espalda. Cuando llegamos solamente había siete ranchitos y toda la gente era de origen panameño. Llegamos allá y sucede que había mucho guaro de contrabando. Lo primero que hizo la gente fueron bochinches por la borrachera y me nombraron Juez de Paz. Entonces salí de aquí Juez de Paz y allá me nombraron Juez de Paz también, la cosa es que trabajé 6 años allá.

En la administración de Trejos Fernández me nombraron Agente Principal de Policía en Colinas de Buenos Aires. Arranqué para Colinas y estuve allá tres años trabajando. Para entonces ya teníamos dos, tres, de familia. Pero sucede que Colinas era muy lejano, mucho barro y no había camino de penetración. Yo me obstiné y renuncié.

Diez años estuve fuera, ocho en Changuinola.

Esos diez años fueron para mí una buena escuela... ¡Porque yo no tuve escuela! Al primer grado fui pero estuve tres meses nada más y me vine huyendo de Boruca, allá dejé todo botado. Ya tenía 14 años y no quería estar ahí. Hubo una acción mala del maestro y entonces me enojé. Yo había sido un bichillo del monte y en dos brincos pasé el río y agarré la maleta y punto, aquí viene en una hora, en pura carrera.

A leer y a escribir aprendí de propio, comencé a luchar con las letras, a acomodarlas, hasta que por fin. En el 50 al 55 fue la primera escuela que se abrió en Curré. Entonces yo ya estuve a ratillos viendo cómo iban a la escuela, y me fue gustando y comencé, pero no me dejé llevar por nadie sino que yo hacía las cosas. He tenido que sacrificarme demasiado por eso de tener uno mismo que reventarse la cabeza y mejorar la situación. En el aspecto legal tuve la asesoría de don Espíritu Maroto, de Boruca, que es un tío mío, don Evaristo Reyes Villanueva, de Térraba, don Juan Navas Villanueva, de Potrero Grande. Esos fueron mis asesores, así

agarrados del monte para de una vez comenzar a hacer los actuarios: denuncias, actas y tantas cosas que había que hacer. Lo agarré así porque no hubo de otra manera. Yo no tuve un instructor que me enseñara, me brinqué la cerca, medio maleducado.

Llegué de vuelta a Curré y encontré esto totalmente desmantelado. No existían los jícaros, los guacales: se caía un jícaro y rodaba y nadie hacía un guacal. La situación había cambiado y ahora eran copas, eran botellas, era guaro, era cerveza y toda aquella cosa. Y los tamalitos ni qué decir, nada de esas cosas. Cambió toda la actividad. Usted hacía un sondeo en la comunidad y todos eran carreteros, en su mayoría eran explotados, eran peones. Y las propiedades las habían vendido. Ellos estaban trabajando en servilismo del que les compró la finca. Cómo compró la finca es otra cosa, muy extenso de contar. Ellos ya estaban en servilismo de los mismos compradores y todo el modelo indígena terminó.

Lo primero que hicimos fue comenzar a sensibilizar a la gente otra vez. Comenzamos a trabajar y por dicha pudimos avanzar. Hoy por hoy hay muchos artesanos que dicen que aprendieron solos pero no fue cierto, mi esposa fue la impulsora de la artesanía de decoración de jícaras. Cuando volvimos yo también hice artesanía, pero por falta de tiempo no podía seguir. Yo sé hacer los botes, los pilones, las bateas, muchas cosas, la java también la sé hacer, lo que pasa es que por el tiempo no puedo contribuir en eso.

Además la materia prima está escasa por la deforestación. Se pierde un lote de montaña quemado allá, y el bejuco ya se terminó.

Cuando llegué aquí, venía muy serio con la cuestión de la montería porque esto estaba totalmente perdido. Cuando llegamos no había costumbre indígena, mucho menos animales. Aquí venía gente de Cartago, de allá de Guanacaste, de Buenos Aires venían con buenos máuser para matar los venados. Lo primero que hice fue consultar con el Ministerio de Agricultura y Ganadería, que de ahí dependía lo que era la vigilancia, el cuidado. Entonces comencé a meterle parejo y ya eso fue en el año 70. Comencé a trabajar duramente. Me fui obstinando de ver las matanzas de animales, los envenenamientos. Cuando eso ya existían ciertos venenos para el pescado. Eso me fue agrediendo y me fui poniendo más agresivo. A cada rato tenía a los de Buenos Aires obstinados también porque tenían que venir. Y yo les decía: "Pero hay una ley, ¿por qué ustedes no hacen nada?" Ahí fue donde la cuestión cambió. Ya el orden había que irlo poniendo.

Todo eso me obligó a buscar la forma de trabajar de policía. Y ya logré adquirir los derechos, los conocimientos... Ahora ya estoy guindando los guantes. Me nombraron inmediatamente. Llegué aquí a partir del 1ro. de enero del 70, quince días después me llegó el nombramiento de Gobernación. Pero en eso vino el cambio de gobierno y el cambio de Guardia Rural. Me pusieron de Guardia Rural auxiliar. Trabajé has-

ta que se creó la oficina, pero cuando vino la oficina nombraron gente de afuera. Tuve bochinchas; logré sacar a uno y nombraron otro y me salió igual, lo echamos, vino el otro y también, tres policías... Y me quedé siempre de voluntario, trabajando y luchado. Y aquí está esto solo, aquí no hay nadie, tienen que venir de Buenos Aires porque aquí no se ha nombrado a nadie hasta el día de hoy.

Trabajé quince años en la Reserva de la Fuerza Pública, trabajé con los doce Territorios Indígenas de aquí. La gente decía: Bueno ustedes no son uniformados. El uniforme no es el que habla, yo siempre dije así. No me gusta el uniforme porque la gente, yo lo siento en el campesinado o en el indígena, lo ve como una amenaza y máxime si lleva armas.

Un camionero venía y dejaba ahí el camión y amanecía.... Otro camión llegaba y la gente robaba... Todas esas pesquisas lograba hacer. Tenía mucha experiencia. Trabajé mucho con el Fiscal, colaborando con ellos. Entonces yo les decía: Yo le hago todo el trabajo pero me paga. Y ellos me daban propinillas. Todavía el año pasado, sin darse cuenta la Asociación de Desarrollo de Boruca ni la de aquí, presentamos una denuncia por 400 mil pesos por un incendio y daños al ambiente. Si alguien pregunta por un permiso de madera, la Asociación es la que da el permiso, pero soy yo el que tengo que ir. Entonces yo les digo: Bueno, me da los pasajes. Es la forma en que trabajo para poder subsistir porque todo este

voluntariado es bastante duro. Cuando yo entré, en el 85, tuve convenio con mi esposa que si me apoyaba, ella era la única que manejaba a los tres niños con la venta de artesanía. En ese tiempo se vendía mucho la artesanía y ella estuvo de acuerdo. Entonces, si había que hacer un viaje de vigilancia, ella me financiaba con dos o tres compañeros más de la comunidad. Trabajamos en sociedad con los otros artesanos. Entonces nos daban cinco colones a cada uno para cubrir todo. Trabajábamos más que todo con la contribución voluntaria de los artesanos. Nos apoyaron mucho en eso. Aquí se ha hecho de todo, lo que no hemos hecho es robar. Así es la historia de este vivir.

En el 97 vinieron y me dijeron: "Mire, Cristino, le vamos a dar a usted el carné para que luche por esas cuestiones de COVIRENA, necesitamos que se ponga orden de veras en las Reservas... Usted sabe lo que hace y como va a manejar las cosas. Como cuiden sus cosas, es asunto de ustedes, nosotros no tenemos que ver nada; más bien al contrario, con la experiencia que tienen ustedes, tienen que enseñarnos a nosotros." Les agradezco eso. Aquí vinieron a darnos la capacitación. Nos dieron tela para que hiciéramos los uniformes. Nos dieron un arma para mí.

Fue con este gobierno de ahora que nos quitaron las credenciales de la Reserva de la Fuerza Pública. Tuvimos que entregarlas porque dijeron que había que poner orden, que los policías de villas y pueblos ahora tienen que tener el sexto grado, mínimo tercer grado. De todos

modos yo estaba pensando cómo me iba a quitar esta paleta de encima... Yo lo hice por una emergencia y aguantamos mucho. Estoy satisfecho, el proyecto nació para Curré pero ahora son casi todos los territorios del Sur, doce comunidades tienen una gotita de frescura en el sentido de cómo manejar las cosas y cómo gobernar una comunidad.

Los policías tienen que ser civilistas, deben de saber amarrar una vaca, maniarla, ordeñarla; cazar un cerdo, barrer la casa, lavar los trastes, hacer todo lo que el ciudadano tiene que hacer y no tener límites, porque si de pronto están haciendo un incendio o están monteando, uno no puede decir: "Mirá, hoy estoy libre, voy a estar hasta la otra semana, tienen que decirme para programar." No, los maleantes no están esperándolo a usted para hacer lo suyo, lo hacen cuando quieren.

Las Asociaciones de Desarrollo han sido un factor jodido para nosotros los COVIRENAS porque no se llevan con nosotros. La Ley Indígena dice que todos los policías o las autoridades tienen que ser nombrados por las Asociaciones de Desarrollo y nosotros no somos nombrados por las Asociaciones ni por las comunidades, lo hacemos porque vemos el desastre, vemos la situación apremiante. Nos comprometemos con Dios y la naturaleza y aportamos a como podemos hacer. Arriesgamos nuestro pellejo por puro compromiso. Entonces las Asociaciones dicen: "Diay, que se la jueguen como puedan." No hay ningún apoyo. Yo prevenía que

eso iba a ocurrir. Por eso cuando en el 94 vinieron los compañeros de otras comunidades a ver cómo había hecho Curré, que ellos también querían defender lo de ellos, les dije: “Yo los apoyo pero tienen que apoyarme en una organización inscrita en el Registro Público que sea más o menos aparejada a las Asociaciones de Desarrollo.” Entonces le pusimos Concejo Regional Indígena.

Antes yo me iba y levantaba el acta y decomisaba la madera, pero ahora la ley dice que uno tiene que estar combinado con el MINAE. Eso a mí no me ha gustado. Antes a uno lo capacitaban en la cuestión de seguridad y lo que hacíamos era que se iba y se decomisaba. Recuerdo un golpe muy duro que dimos en el 98-99, dos motosierras de las más grandes y como 200 piezas de madera. Cuando eso me ocurrió no llevé a nadie, ni al MINAE ni a nadie: me fui con siete compañeros, hicimos el decomiso. En ese tiempo había una asociación que se llamaba ARADIQUE<sup>1</sup>. Tenía cuatro carros, en ese tiempo tenían un proyecto muy cuantioso. Agarramos dos carros y nos fuimos a Salitre, decomisamos y nos trajimos todo, combustible, máquinas y toda la cosa. Nos fuimos a entregarlas directamente a la Fiscalía de Pérez Zeledón. ¡El golpe que se llevó esa gente!

Del MINAE yo no sé nada de qué es lo que hará, eso yo no sé. Yo cumplo con mi deber, soy indígena, conocí las

<sup>1</sup> Asociación Regional Indígena del Gran Diques.

leyes como se manejaban, sabía lo que era un daño de agricultura con daño de animales domésticos. Cómo se mediaba, lo que se llaman cercas divisorias, aprendí de los ancianos, de mi padre, y lo apliqué en muchas partes. Entonces es un remedio eficaz sin dejar malas mañas.

La Asociación ARADIQUE<sup>1</sup> me contrató y trabajé año y medio ahí. Había mucha plata y entonces me contrataron, pero no porque pagaban, me daban todos los gastos, alimentación, combustible, me ponían un carro al servicio mío. Yo fui muy chineado ahí. Decían: “Vamos a tal parte...” Y jalábamos. ¿Y por qué era? Porque había un choque enorme entre campesinos indígenas y no indígenas. Entonces comencé a hablar con la gente. Yo llegaba a la casa y les decía cosas: “Mire, yo no he venido con la OIJ ni vengo a desalojar a nadie, lo que vengo a decirles es que estoy trabajando con la Constitución Política y todas sus leyes. Yo soy un capacitador en el área legal y vengo a decirles esto.” La palabra usurpador no se puede aplicar hasta tanto no sea cierto que es un usurpador, porque si yo le vendí una parte y digo que es un usurpador porque me dio 100 pesos, no puedo decirlo porque le firmé por los 100 colones. Me “cachicó,” como decimos. Si la ley, los tribunales deciden que ya es hora de que eso pase otra vez a manos de los indígenas, con mucha razón, si no, pues yo no vengo a esto, vengo de mediador en conflictos graves.

Trabajé año y medio, hice un trabajo muy grande en año y medio. Un buen asesor que teníamos me decía: “Ya sabemos que no podemos abrir un camino si no se tiene la orden del MINAE, no podemos hacer tal cosa si no hay un permiso. Y mire, eso lo aprendimos por usted.” Yo les decía: “No, ya aprendieron ustedes, yo no soy eterno para andar en toda parte. Además está bien, porque voy para el Sur-Sur, ya me están invitando allá...”

Al principio los guaymies venían aquí, por decirle algo, el último sábado del mes, y cada uno traía sus cosas: Mire, yo tengo un problema con un panameño y tal. Un momento vino un muchacho y me dice: “Tengo cuatro personas enemigas y ya me dijeron que me cuide porque me van a fusilar, porque les paralicé los perros y no sé qué.” Le digo: “¿Cómo se llaman?” “Fulano y fulano.” “Consígame una cita.” Me iba a la máquina y comenzaba a hacer cuatro cartas: “Tome, llévese esas cuatro cartas en sobre cerrado.” Entonces yo les ponía que yo iba tal día a tal hora a ver un problema que se había suscitado y que hicieran el favor de estar presentes. Y ahí estaban.

Ahora he estado yendo para allá donde ellos a hacer el recorrido. Un señor – ya ahora es mayor y tiene un pelo cano y todo –, se me queda viendo y dice: “Hoy que lo veo a don Cristino, yo era un mocoso, mocoso chiquitito y lo conocí en Potrero Grande cada sábado cuando pasaba a rendir informe de Chánguina, que era un lugar muy bravo. Hoy quiero decirles:

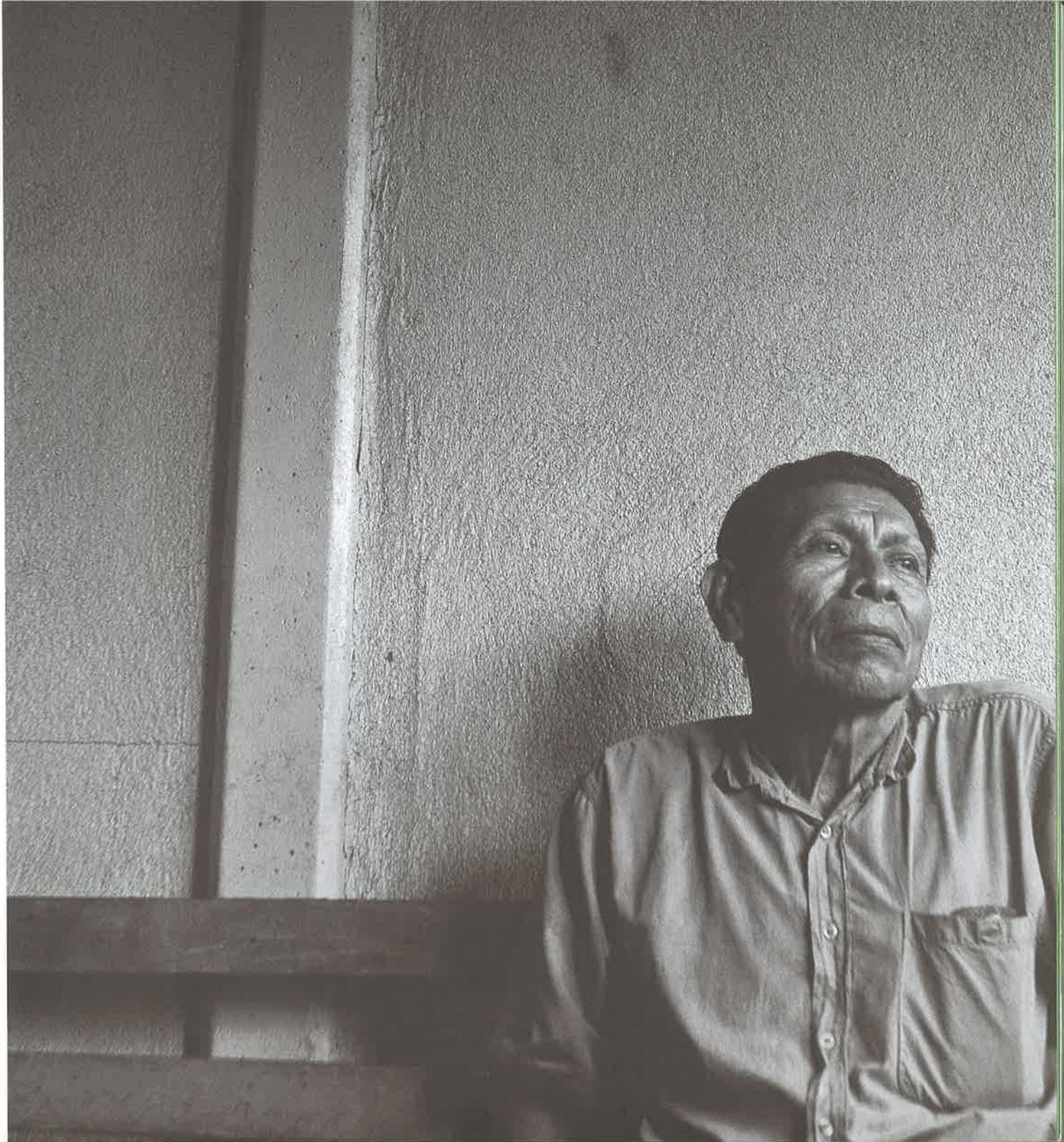
me perdona la amenaza que hice y me voy a ajustar a la realidad porque le creo, porque tiene sus años y todavía viene aquí enseñándonos a nosotros. Ajustémonos a lo que dice y terminemos esta cuestión. Si es prohibido talar, prohibido montar, prohibido pescar, todas estas cosas, hagamos lo que él está diciendo y respetemos.” Ese fue un aliciente también. “Hay que respetar las cosas de la naturaleza”, les dije. “Esto es sencillito y ustedes más bien se sobrepasan, pero los considero porque ustedes son campesinos, son trabajadores, y todo trabajador está en lo que está. Lo que sucede es producto de los administradores de la ley que no llegan a divulgar los peligros y los problemas que existen.” Eso fue en el año 2000 en Bajo Conte, en Burica. También en el Alto de Conte son problemáticos. Entre ellos mismos chocan los indígenas y dicen que vienen los panameños, traen la familia y se llevan el montón de carne. Hay un cruce al otro lado que se pasa el control en la noche en cualquier momento.

Ahora no es que he renunciado, el problema es que ellos no pueden venir a estas reuniones aquí ni yo puedo ir allá por la cuestión económica. Eso ha sido la verdad, pero de corazón, tanto me late a mí ir a hacer lo que tengo que hacer, como ellos también están anuentes. Si viene un compromiso uno trata de cumplirlo y esa es una misión bastante fuerte.

Nosotros tenemos nueve hijos y todos han sido, gracias a Dios, por naturaleza, muy tradicionalistas. Todos son

especialistas en artesanía. Uno trabaja con el Ministerio de Educación, es maestro en pintura, decoración y talla, es un artesano muy técnico en el trabajo. Y él no tuvo colegio, no tuvo nada. Los otros están trabajando, avanzamos, todos tienen esa mística de ser buenos artesanos.

Hace dos años me dedico a los trabajos míos. Tengo tierra y tengo plátanos, guineos, tengo que limpiar, que unas matitas de cacao. Tengo muchas cosas que hacer. No tengo animales, pero mejor hay que tener alambre, entonces tengo los alambres. A veces aparece alguna usurpación de cosas, para evitar esto mejor cerramos y evitamos esos problemas. Aquí dejo cosas afuera por el mucho respeto que me tienen. Aquí salgo a revisar la comunidad. Ayer le hice una nota a la Asociación notificándole que, como gobierno local, debe de prevenir a los vecinos que en cada actividad en la plaza deben recoger la basura. Eso le dije a la Asociación: a ustedes les toca notificar a estas personas para que cuiden. En eso yo soy muy tallado y también porque no estamos atacando las paradas de los buses. ¡Aquello es un basurero! Pero la verdad es que nadie me ha querido ayudar en un proyecto para andar en eso.







Nací aquí en la Palma de la Cuesta en 1944, descendiente de mi padre, Domingo Ramírez, que era de origen nicaragüense. Mi mamá es nativa de Chomes de Puntarenas. Mi papá vino de Nicaragua como de doce o catorce años; ellos tuvieron un encuentro –en aquel tiempo no se casaban, se juntaron– y se vinieron rodando hasta aquí cuando la bananera apenas comenzaba la finca Laurel. Ellos entraron aquí como en el año 40 y compraron esta propiedad. Hermanos míos fueron cuatro varones y una mujer.

Mi papá era jornalero y se dedicó a la compañía bananera. A él le gustaba la zanjea y la palea. Donde había esos trabajos, ahí se iba él. Se fue a Bocas

del Toro, se fue al lado de Almirante y desapareció.

Cuando se fue yo tenía ocho años. Pero antes él no vivía aquí, él siempre estaba trabajando en las bananeras. Se fue y quedamos aquí mis hermanos mayores y yo, que soy el menor. Ellos se quedaron un tiempo pero no le quisieron hacer frente a la propiedad, agarraron la misma ruta de mi padre: trabajar en lo que apareciera, en los muelles, en las bananeras, en Limón, en Golfito. Ellos también eran andariegos; unos se iban para el lado de Panamá a trabajar, otros se iban para Golfito y pasaba largo tiempo en que no tenían contacto con nosotros.

Todos salieron muy rápido y me quedé aquí solito con mi mamá.

En ese tiempo aquí no había trabajo y mi mamá tenía que vérsela apenas con gallinitas, con chanchitos, con cositas así. Para ella era muy duro, demasiado duro. Al principio pasamos las duras y las muy duras. Supe lo que era comer sólo el banano machucado y maíz molido en vez de arroz, porque ella no podía... Es algo que todavía me duele, mi madre pasó un gran sacrificio.

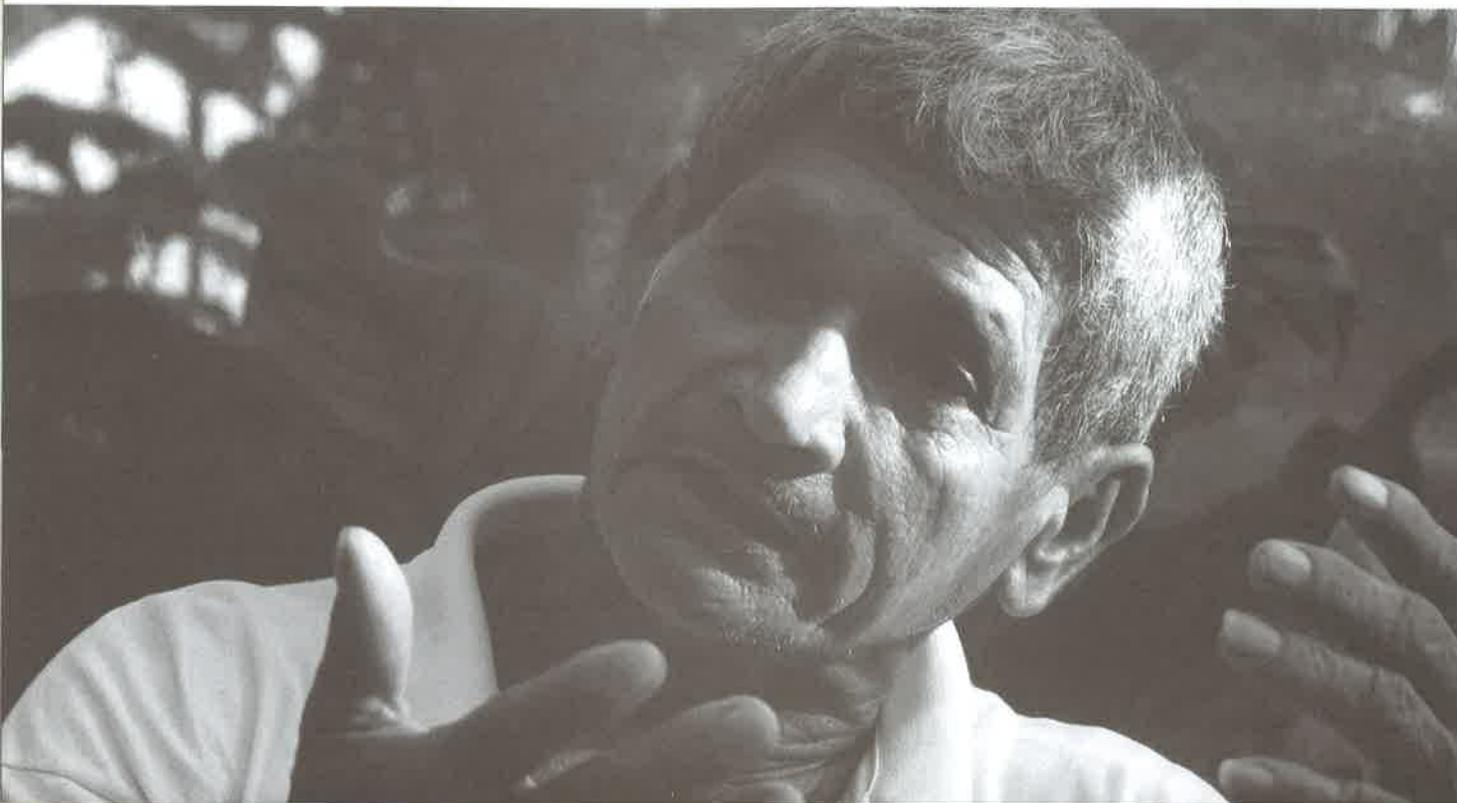
Hasta en el año 57, cuando tenía trece años, pude entrar en la escuela. Un hermano mío que trabajaba en el muelle de Golfito me llevó a vivir allá y me metió en la escuela. Mi mamá me

impulsó para que fuera a la escuela, para que estudiara. Al principio fue muy duro para mí; me dolía en el alma porque yo tenía que ir a la escuela sin zapatos, se burlaban de mí porque de trece años yo iba con pantalón chingo. Eso me llenó de tristeza y me salí de la escuela; me vine fugado de la escuela de Golfito, no quise terminar.

En Golfito mi hermano trabajaba; él tenía platita y por lo menos mi comidita no me faltaba. Ese era su apoyo, por lo demás mi mamá me ayudaba, ella siempre cubrió los gastos de la escuela y de los estudios, mi hermano me daba la dormida y comida, pero era una gran ayuda.

Para uno que era de campo y no había salido, vivir en Golfito fue un golpe, me sentí completamente extraño. Me encontré con bandas de juveniles, que ya en ese tiempo había. Recuerdo que una vez, estando en la escuela, como a las seis de la tarde me agarraron diecisiete muchachos y comenzaron a darme porque tenían que ir a robar y querían que yo los acompañara. Robaban a los vagones de la bananera y al que no se hacía del lado de ellos, le pegaban una tundeada...

Como mi hermano trabajaba en la noche en los muelles, él no se daba cuenta de mi vida. Del tiempo que estuve ahí, él tuvo compañera un año, el otro año se dejaron y entonces yo quedé solitito con él. El se iba a trabajar a los muelles y yo quedaba a expensas de lo que quisiera hacer. Entonces, por un lado, fue muy duro, por el otro, gracias a Dios,



Él me acompañó, pues la mayor parte de esa banda de güilas fueron cayendo y yo me salvé, porque me pegaron y me hicieron de todo, pero no me les junté.

En Golfito estuve desde 1957 al 59 en la escuela “Álvaro Farid”, en lo que llamaban “el Civil.” Esos años en Golfito los pasé como amarrado porque me hacía falta mi mamá. Ahí pasé a duras penas el segundo y el tercer grado. Entonces, al decir el tercer grado, fue cuando no quise volver. Recuerdo que para unas vacaciones de quince días llegaron los doctores a vernos y me dijeron que estaba falto de calcio y me recetaron una serie de inyecciones. Como les tenía pánico, ese fue el motivo para salir de ahí y volverme donde mi mamá.

A esa edad yo ya sembraba arroz –lo que aquí era habitual entre el campesino era la siembra de arroz: se quemaba y se sembraba–, entonces recuerdo que al volver yo ya ganaba. Sembraba afuera –en lo mío todavía no me atrevía, me daba miedillo–. En ese entonces me pagaban dos colones o dos colones cincuenta por sembrar todo el día, de 5:30 de la mañana a 5:30 de la tarde.

Además de esto estaba la bananera. Uno podía ir a la fincas a vender gallinas, a vender huevos. Había que irse por la montaña, entonces uno se engavillaba con otro compañero y se iba a vender lo que podía para sobrevivir, para traer la comida.

Estuve jornaleando más o menos hasta 1966 ó 67, cuando uno ya entra a una

edad en que quiere pareja. Entonces quise hacer loco; como ya cultivaba, ya sembraba mi arrocito y cogía platita, quise hacer loco. Mi deseo era irme a Limón y seguir la misma ruta de mi padre. Recuerdo que el primer año que me fue bastante bien me compré un revólver, después una guitarra. Me fui al lado panameño a comprar ropa y cosas de fantasía... Cuando mi madre vio eso, comenzó a llorar y me pidió que no me fuera. Yo tenía unos amigos que trabajaban cambiando los polines y demás cosas para mejorar la línea del tren. Entonces ella fue a hablar con ellos –como eran buenos amigos– para que no me dejaran ir y me conquistarán. Y de verdad, cuando el día lunes me llegó el aviso de que tenía trabajito con ellos, me quedé aquí.

Aquí trabajaba en mantenimiento de líneas, pero cuando uno está nuevo es orgulloso, y los que trabajaban en la agricultura le decían a uno “cochino” porque andaba lleno de tierra y de herrumbre. Eso no me gustó; entonces me fui para Palmar Sur para seguir con la bananera, pero ya en corte de banano, deshije y todo eso.

Allá en Palmar estuve poco tiempo, tres o cuatro meses. Por suerte encontré a una tía, hermana de mi mamá, porque allá la vida cambió. Uno llegaba de trabajar a medio día y encontraban las botellas de chirrite. Por sal o por suerte yo medio charrasqueaba la guitarra, entonces la gente me buscaba y eran a veces veinte, veinticinco botellas de chirrite... Y medio día de solo tomar. Entonces mi tía me pegó una regañada:

que si yo iba a seguir así me llevaba para San José, que mejor me viniera para la casa. Le tomé el consejo y me vine otra vez para acá, y de ahí para adelante ya no volví a irme... Hasta la fecha.

Regresé como en el 68 o 69. Hice mi casita, un ranchito, con las intenciones de buscar compañera, porque ese era el impulso. Y la conseguí, gracias a Dios, y es la misma que tengo hoy. Ella sufrió mucho; hoy en día le he pedido perdón. Cuando eso yo todavía no había conocido al Señor, era guaro y mujeres y parranda con la guitarra; tengo veintiséis años de andar en el camino del Señor. Formé hogar y de ese hogar tengo tres hijos, una mujer y dos varones, ya son adultos –de 38, 37 y 35–. Ya soy abuelo, gracias a Dios.

Mi mamá murió en Limón, se fue para allá con un hermano. Nunca se volvió a juntar, murió solita. Mi otro hermano, el mayor, ya murió. Los que están vivos tienen vida en Limón.

Entonces quedamos con la amarra de esta propiedad. En eso llegaron las invasiones de tierra, y eso era triste porque se metía el precarismo y le quitaban la propiedad si pasaba de veinte hectáreas, y aquí eran casi cincuenta. Esto fue lo que dejó de patrimonio mi mamá para nosotros, pero como mis hermanos hicieron vida aparte y sólo yo quedé aquí, cuando llegó el proyecto de escrituración, no podía hacer nada porque estaba para cinco hermanos y no aparecía ninguno. Gracias a Dios en el IDA me ayudaron,

me aconsejaron. Entonces fui a Limón, me dijeron cómo hacer; fui donde la jueza y llevé a todos mis hermanos que estaban allá y me hicieron el traspaso de derechos.

Entonces saqué la escritura y vine a trabajar con toda la pata, porque ya tenía financiamiento de bancos y todas las ayudas; antes no podía hacer eso. Esto fue en el periodo de Carazo.

La vida le cambió a uno. Al que sabía manejar el dinerito, le sirvió. El que no sabía, se enterró. Porque los bancos le prestaban por medio de la escritura, pero si usted no lo sabía manejar, esa misma cosa lo enterraba uno. Yo, gracias a Dios, salí adelante.

En ese tiempo el maíz y al arroz era lo que se sembraba porque era lo que compraban. Hubo unos pocos años de apogeo; nos garroteaban pero era una manera de vida, porque antes aquí uno tenía que salir corriendo a San Vito a las cosechas de café, esa era la única parte donde había plata. Nosotros sembrábamos todavía cambiando trabajo: uno iba y les trabajaba a otros sus tierras y les cambiaba; entonces tal vez ganaba quince, veinte días, y un día venía toda esa gente y hacía su trabajo, de esa manera era más fácil. Después las cosas cambiaron, el asunto se quemó cuando el Consejo dejó de comprar.

Cuando la vida era dura, bien dura, y aquí había montaña, esa franja desde la bananera hasta la playa era grandísima... Ahí había animales de toda

clase. Yo era un perseguidor porque de eso comíamos: el zaino, el venadito, el dantito y el tepezcuintle, el pavón. Esa era mi cacería; cuando no había trabajo o cuando estaban los temporales, ahí iba yo. Así pasé mucho tiempo, por ahí todavía tengo un rifle.

Al pasar los tiempos llegó un peruano trayendo nuevos ideales porque en su país ya habían pasado por eso y no quería que pasara aquí. Comenzó a darnos enseñanzas sobre la parte ambiental, los cuidados y manejos. Y me fue metiendo eso tanto en la cabeza, que comencé a dejar la matadera de animales. El campesino lo hace porque no sabe, no sabemos: es falta de información. Y yo era uno de los que mataba. Mataba por ganas de matar y tiraba porque era una fiebre andar en eso.

Me hice muy buen amigo de ese señor, él estuvo ocho años dirigiéndonos en un grupo para que entendiéramos los manejos y el cuidado de la naturaleza. Así comprendí. Cuando él estuvo aquí, era el encargado, el gerente general, de la Hacienda la Palma, le manejaba esa finca a otro peruano. De ese diálogo con él me comenzó a trabajar la semillita por cuidar, porque yo también envenenaba quebradas.

Una vez miré que venía de Canoas una gente de gran copete; envenenaron dos quebradas y yo no hallaba a dónde acudir, a quién, cómo, con ese miedo a la ley. Como a las seis de la mañana me fui donde ese peruano a decirle lo que estaba pasando; él se puso las botas y fuimos a ver y a juntar muestras.

Ese fue el primer bochinche que nos echamos pero pasaron dos años y no hubo de respuesta. Entonces vimos que era mejor formar un grupo. El señor indagó afuera y mandó a que nos vinieran a dar las enseñanzas. Así formamos un grupo de diecisiete personas, nos dieron los carné de COVIRENAS.

Cuando ya estábamos bastante macicitos, tuvimos un pegue bien grande, porque el peruano le vendió la finca a Palma Tica. El dejó de ser el encargado, le cortaron el rabo, y al cortarle el rabo la empresa –eso fue hace como unos once o doce años– vino dragando todas las quebradas y bajando los árboles y bajando todo porque querían canalizar –canalizaron en parte–, pero ya había formado un grupo de COVIRENAS. Esa fue la primera lucha que dimos: brava, muy brava, contra Palma Tica. No queríamos hacerle la guerra porque sabíamos que iban a venir fuentes de trabajo, pero no queríamos perder el patrimonio de tantos años. Aquí nuestros padres habían cuidado las vías de agua dejándoles buena distancia de árboles, y ellos venían despedazándolo todo. Entonces nos reunimos los diecisiete y nos fuimos a la Guardia, y nos vinimos con dos guardias para que nos protegieran.

Dimos la lucha y gracias a Dios eso se paró. Vimos que la manera de defendernos era a través de la organización, porque pelear con una empresa poderosa no es jugando.

Cuando ellos vieron que la prensa nos favoreció nos pidieron una reunión.

Llegaron con una gran repugnancia a un ranchito comunal que había aquí; nosotros teníamos dos grabadoritas para grabar la reunión porque queríamos que hubiera acuerdos beneficiosos para ambos. Por parte de ellos llegaron ingenieros, gerentes, todos los grandes, y no saludaron, llegaron a la mesita y apagaron la grabadora sin pedir consentimiento. Entonces yo dije: “No puede ser esto, entonces no hay negociación; si no permiten esto, que es algo que les va a servir a ustedes y a nosotros, no negociamos.” Y les dije a los compañeros: “¡Vámonos!” Y ahí mismo ellos dijeron: “No, no, está bien... Vamos a negociar.” Negociamos y se pararon los desastres que estaban haciendo.

Me sentí contento porque se había ganado una lucha muy buena, muy brava. Siete años estuvimos luchando con Marcos Castro y Juan Figuerola y varios compañeros: íbamos a Jiménez, íbamos a Esquinas, íbamos a Rincón. Se estaban dando los planes de manejo y los pagos por servicios ambientales, que tenían aspectos financieros oscuros, pero para parar eso tenía que haber un grupo bien compacto. Nosotros luchamos siete años. Yo iba de aquí a Las Gambas y a Río Claro y a otras partes a reunirnos, mes a mes.

Fuimos a dos encuentros nacionales en San José, muy lindos por cierto, en los cuales vimos lo que el Estado buscaba en ese momento... En esos encuentros se nos decía que el COVIRENA era un guardia *ad honorem*, pero esos honores nunca llegaban y eso lo defendimos

nosotros allá. *Ad honorem* teníamos que andar por las calles y por las calles uno nunca va a hallar delitos. Como la propiedad privada es intocable, era ahí donde los delitos se estaban cometiendo... Nosotros fuimos acusados de invadir propiedades ajenas pero los delitos siempre se cometen adentro. Entonces tuvimos los primeros choques con el MINAE. Nos querían dar el pinto y los pases y que con eso estudiáramos calladitos, pero nosotros no buscábamos eso.

Buscábamos una autonomía –ser controlados, sí, porque no se puede andar suelto–, pero con el derecho de poder dictaminar, como grupo, la cosas. Formamos la asociación y sacamos la cédula jurídica y dijimos: ahora sí nos vamos a montar, porque lo que nos estaba matando era la parte financiera.

En el primer año que tuvimos financiamiento –de eso hace como unos tres o cuatro años–, nos llegó un presupuesto de casi nueve millones. Pero entonces todo el mundo era COVIRENA y eso fue lo que a mí me dolió. Ahí me nació la parte amarga. Once, doce personas luchamos siete años poniendo plata de nuestras propias bolsas, hasta que conseguimos la cédula jurídica de la organización. Nosotros habíamos sufrido amargamente para conseguir ese derecho, ese poder, para que vinieran los depósitos al grupo, pero entonces empezaron a despedazar al animal sin haberlo agarrado bien. Ahí yo vi que no convenía estar en eso, porque si con nueve millones nos comenzábamos a matar, ¿qué tal entrando más? Hubo

cosas que no me parecieron, entonces era mejor retirarse. De ahí fue de donde yo me salí, nos salimos muchos.

Sigo siendo un defensor de la parte ambiental, pero no soy COVIRENA. Cuando mi esposa y yo podemos ayudar, informamos, pero nos vamos directamente a la FECON y al MINAE. Resentimiento no guardo porque no todos podemos pensar igual, pero me quedó algo amargo en la boca al ver que se sublevaron los caracteres y varios compañeros y se “machetearon” entre ellos.

La misma finca que heredé de mi mamá es donde vivo. Mis muchachos viven todos cerca y son los que la

llevan adelante. Ellos hacen todos los trabajos, yo únicamente me encargo, en mis cortas letras, de hacer la parte monetaria, pero el trabajo sigue y se sigue cultivando mucho. Cuando las cosas cambiaron, comenzó la idea de la palma africana. Yo no quería entrar porque las amistades me decían que eso no daba plata, que no servía, que era peligroso. Después le entré a la palma por insistencia de un hijo, entonces comenzamos a entrar y hasta la fecha. Y no me arrepiento.

Aunque ha habido momentos difíciles por los precios, la palma es uno de los cultivos que ha venido a salvar esta zona. Nosotros le vendemos toda la producción a AGROPAL. Tengo

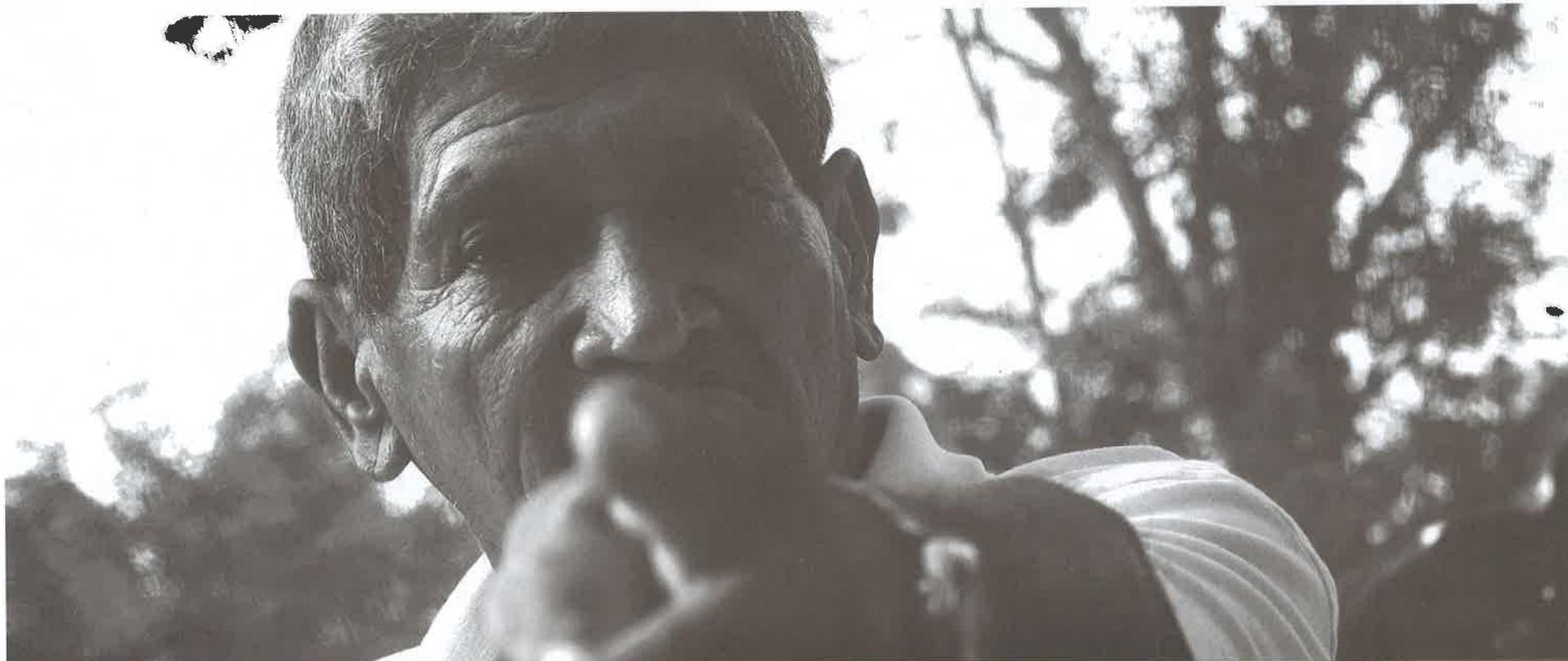
catorce años de estar en AGROPAL; a través de la cooperativa uno se va ayudando.

El hombre en su corazón es malo y todos ambicionamos la plata, y por la plata a veces morimos. Pero sí es posible hacer un buen manejo de la palma, ella permite convivir con otras plantas, por lo menos donde están las vías de agua. Pero toda empresa busca capitalizar, nunca el equilibrio. Cuando el técnico trabaja solamente por el cultivo y que se vaya lo demás, es terrible, pero se podría combinar la palma protegiendo las líneas de agua con arboledas.

De la empresa me han ofrecido ayudarme y darme abono para que siembre

de palma las veintitrés, veinticuatro hectáreas que me quedan, pero no he querido porque a los muchachos les gusta el ganadito, tiene unas vaquitas ahí también. La idea es darle movimiento a la veintitrés de palma que tenemos ahora, con eso se vive. El resto son unos tacotales que tengo en protección, no los toco, ahí más bien siembro árboles de varias especies. Tenemos un pedacito para la agricultura; los muchachos siembran sandías, siembran frijolitos, siembran el maicito, tenemos pejíbayes también.

Y así fue mi vida, así fue que la vine jugando.





## Bonifacia Castillo

*La Palma de Canoas, Corredores*

Aunque no se mantiene activa, esta mujer de profundas raíces campesinas y sureñas, esposa de Carlos Santana, madre y abuela, participó en algunas importantes luchas por la defensa de los humedales cercanos a la frontera con Panamá. Entre otras cosas, su historia revela la ambivalencia y desazón con que muchos hombres y mujeres viven los avances –y los retrocesos asociados al “progreso”.

Mis papás entraron aquí a Colorado cuando yo no había nacido, más o menos en el año 32. En aquel entonces aquí andaba el tigre, andaba la danta, andaba el saíno... Todo esto eran montañas; la gente entraba y se apoderaba de tantas hectáreas como podía.... Mis papás eran agricultores analfabetos. Mi mamá nació en el año 18 y vino como de 13 ó 14 años, ya juntada con mi papá. La historia de ella fue muy triste porque mi abuelita la regaló. Ella quedó solita muy pequeña y tuvo que hacer su vida. El trabajo del campo no es como el de la ciudad, y a ella muy jovencita la ponían a hacer trabajos de campo muy duros. Mi papá era panameño.

Empezaron a abrir la finca, a botar montaña. Trabajaban de una forma que llamaban "la junta": venían doce, catorce hombres a trabajar hoy donde mi papá, a apear montaña. Entonces mi mamá, con otras señoras, hacían la comida para toda esa gente. Y mañana todo ese grupo iba a la finca de otro, y la mujer, la mamá o la esposa cocinaban para todos. Y al otro día iban donde otro. Así se trabajaba en aquel entonces y así lograban apear las montañas, para sembrar arroz, maíz y todo eso, para llevarlo a vender a Puntarenas, porque aquí no había donde mercar. Lo sacaban por el río Colorado, se iban en lancha creo que a Golfito, y de ahí a Puntarenas.

La finca de ellos era talvez unas treinta hectáreas, quizás más. Nosotros fuimos trece hermanos, cuatro muertos y quedamos nueve vivos. Tener trece

hijos no es muy fácil, tanta familia deteriora demasiado a una mujer. Mi mamá me contaba que con aquellas panzas le tocaba pilar talvez dos quintales de arroz a puro mazo, para vender y para comer. Yo vengo siendo como la seis. Nací en 1949. Menores que yo, hay tres varones y una mujer.

Papá se juntó con otra señora y mi mamá quedó sola con nosotros muy pequeñitos. Ya las hermanas mayores estaban casadas, quedamos como seis hermanos pequeños con mi mamá, y mi mamá tuvo que trabajar muy duro para sobrevivir. Teníamos que sembrar arroz y arrancar frijoles, cuidar chanchos y gallinas con mi mamá. Para nosotros fue muy dura la vida, pasamos necesidades. Con mucho sacrificio de mi mamá pudimos sacar el sexto grado en Colorado, pero hasta ahí. La escuela nos quedaba larguillo, como a unos tres kilómetros. Antes había que tenerle miedo a la culebra, al león, pero no al ser humano como hoy, eso es mil veces más triste.

Por gracia de Dios teníamos un tío, hermano de mi papá, muy cerca. Fue una bendición, él tenía comodidades y nos criamos bastante juntos con mis primos; él nos ayudaba mucho. Para salir a la Cuesta, como a siete u ocho kilómetros, eran unos barriales tremendos y solamente se podía hacer a caballo o a pie. Mi tío nos conseguía bestia y nosotros nos íbamos a caballo. A veces nos cobraba, a veces no nos cobraba, nos daba lechita, nos daban queso, cuajada... Eran muy especiales.

Mi mamá no se volvió a juntar. Mi papá le dio una parte de la finca a mi mamá y no vivía muy lejos de nosotros. Nosotros sembrábamos el pedazo que teníamos. Los mayores eran dos mujeres y un varón; el varón estaba soltero y también le ayudaba a mi mamá, pero las hermanas, las otras dos mujeres, ya se habían casado.

Yo siempre le decía a mi mamá: "Cuando crezca voy a ir a trabajar para ayudarla..." Y cuando tuve como catorce años me fui a trabajar en casas de familia, del lado panameño, como cuatro años. Nunca me gustó cuidar chiquitos, prefería lavar, planchar y limpiar. Le mandaba plata a mi mamá.

Esos cuatro años trabajé con dos familias. Estuve al menos dos años en David, con la sobrina de la señora del Almacén Wan Chan, el chino de ese almacén que está del lado panameño, y trabajé en Puerto Armuelles también. Después me vine aquí y trabajé como siete meses en Finca 45, con una señora que tenía una fonda. Gracias a Dios siempre pude guardar mi trabajo y lograr que apreciaran mi labor. Nunca fui una muchacha callejera. Yo era mi trabajo y nada más: nunca bailes, nunca andar en la calle. Cuando trabajé en David, más bien me decían: "Pero usted no sale..." Y yo decía: "Nada tengo que ir a hacer a la calle, prefiero trabajar los domingos y que usted me dé una o dos semanas para ir donde mi mamá." Entonces, cuando venía donde mi mamá, me quedaba talvez dos semanas.

Terminé de trabajar y me vine otra vez a Colorado a vivir con mi mamá. Me sentía un poco cansada, pensé que venía a descansar un tiempito y después volvía otra vez a laborar, pero ahí fue cuando encontré a mi esposo. A él lo conocí cuando tenía como 18 años, o más bien nos conocíamos de antes pero no éramos novios. Nos casamos cuando yo tenía como 21 años y ya tenemos 39 años de estar casados. Ya no trabajé más y me vine para acá, para la Palma.

Gracias a Dios nos hemos podido comprender, a pesar de que cada uno tiene su carácter. Doy gracias a Dios por mi esposo, hasta aquí no es alguien que me maltrate. He sido una mujer que siempre me ha gustado trabajar para tener mi platita, a pesar de que vivo casada, y él nunca me lo ha quitado. Vivo haciendo empanadas y las vendo. Un día hago cincuenta, sesenta empanadas, y no me alcanzan. A veces hago ochenta y cien y me voy a venderlas a Colorado, y le doy gracia a Dios que él no me lo quita. Antes hacía tamales de masa con carne, hacía tamales dulces para vender; también cosía, ahora ya no, pero ahí está una máquina todavía. Me dedicaba también a cuidar chanchos, a cuidar gallinas, todo eso he vendido y él nunca me pidió un cinco, nunca me ha dicho qué hiciste esa plata. Pudimos luchar con unas vaquitas; él me dijo: "Esas vacas son tuyas." Ahí tengo mis vaquitas. Vendo una vaquita y esa plata es mía, hago con ella lo que yo quiero: me compro algo para la casa o algo para mí.

Tenemos tres hijos, van de dos a dos años cada uno de ellos. Antes, cuando estaban pequeños, yo tenía que acompañar a mi esposo muchas veces a trabajar al campo. Recuerdo una vez que mi esposo se cortó; él andaba volando machete para sembrar maíz y se cortó y se picó unos tendones, yo tuve que ir a fumigar porque él no podía hacerlo. Dice él que le dolía verme con una bomba en la espalda, pero yo tenía que hacerlo porque los güilas estaban muy pequeños. Ahora que ellos crecieron a veces ni se dónde está la milpa. Ahora voy a la finca si quiero caminar un rato, pero no porque tenga que ir a hacer nada.

Mis hijos han sido muy especiales, nunca me han dado que hacer, son sanos, no fuman, no toman, gracias a Dios. El mayor y la menor sacaron el sexto de la escuela, el otro llegó a quinto nada más, pero al colegio no quisieron ir. Mi hija sí quería, pero mi esposo decía que él a una hija no la metía al colegio porque de ahí salen embarazadas, y yo no sé cuánto y yo no sé qué. No la dejó y entonces ninguno estudió.

Ese río Colorado ahora es un yurrito pero antes daba gusto, se mantenía fresquito, oscuro... Aquellas pozas se veían azules. Todavía hay lagartos –hay un lagarto grande por ahí– pero ya no es el río aquel, ya no tiene agua suficiente para que pase una lancha. Lo han canalizado y le han cortado casi todo el bosque.

Antes costaba que las aguas se consumieran; en un rió que pasa aquí cerquita, yo lavaba hasta enero, febrero, incluso hasta fines de marzo, pero ahora desde que empieza diciembre ya dice adiós... ¿Por qué? Porque se han ido secando los humedales, la empresa Palma Tica nos secó los humedales.

La empresa tenía una draga con la que estaban quitándole el caudal que tenía la quebrada para hacerla a otro lado. Ahí murió el camarón, ahí murió la tortuga, ahí murió el lagarto, ahí murió el pez, ahí murió todo. Además estaban apeando los árboles.

Eso fue lo que nosotros denunciarnos en el 93. Entonces estábamos empezando a hacernos COVIRENAS. Entró primero un grupito de señores, no me acuerdo cómo se llamaban, vinieron a dar una charlas, y nosotros –mi marido y yo–, entramos. Éramos siete u ocho personas, algo así, todos de la Palma. Era un grupo muy bonito y, aparte de muy bonito, yo digo que muy valientes.

La primera experiencia que tuvimos fue cuando fuimos a parar la empresa Palma Tica. A pesar de que teníamos poca experiencia, fuimos inteligentes. Porque nos sacaron, nos hicieron arriados como chanchos, pero por gracia de Dios pudimos parar el montón de motosierras. Había ocho motosierras trabajando del otro lado de la quebrada, apeando una reserva muy linda que hay ahí, todavía con palos de montaña. Nos echamos a mucha gente encima. Los que estaban

con las motosierras ganaban veinticinco mil colones por día, y al parar eso, ellos perdieron su trabajo. Muchos se enojaron.

Ahí se quedó esa parte reservada. Esa parte ellos la estaban midiendo porque la iban a sembrar, pero en vista de que nosotros los frenamos, dejaron esa reserva. ¡Me sentí tan contenta!

Seguimos funcionando como grupo unos tres o cuatro años más, pero después llegó la desmotivación. A uno le duele cuando pone la queja y no hay respuesta. Hay oídos sordos. Sabemos que hoy en día la corrupción es lo más triste y lo más grande que tenemos en el país. Entonces yo pienso que es eso. Pero duele, duele... Si nos hubieran prestado más atención quizás el grupito no se hubiera deteriorado tan rápido, porque había personas con mucho entusiasmo.

Después de esa denuncia grande contra Palma Tica se han hecho algunas, más pequeñas, contra agricultores, personas dueñas de finca. Y todavía hace poco...

Ahora no soy COVIRENA. Pero a uno le quedo eso, y si se da cuenta de que algo está pasando y desea que se solucione, al menos hace la llamada, pero a uno le duele llamar y que nadie venga...

Esta zona ha cambiado para bien en muchos aspectos... Antes era muy duro: salir uno de aquí, sacar a una persona mordida de serpiente, a una

mujer embarazada, era muy difícil, talvez con aquellos lluviones y las quebradas hasta el borde... En aquel entonces alistaban una hamaca entre cuatro, seis, ocho hombres, y había que jalar a esa persona en hamaca hasta la Cuesta. Y todavía más antes, era al lado panameño, hasta una parte que le dicen Progreso, porque aquí no había nada. En Ciudad Neily no había hospital. Después la empresa bananera, la bananera de antes (no Palma Tica) tenía un dispensario en Coto 47 y después instaló ahí un hospital. No atendían sólo a la gente de la empresa sino a particulares, y traían muy buenos doctores. Era, digo yo, más lindo que ahora, porque ahora uno tiene que estar al día con el Seguro, y malhaya las medicinas que le dan, porque si uno va con dolor de cabeza o con dolor de pierna, le dan acetaminofén por igual. En cambio en aquel entonces yo no pagaba seguro y me atendían de lo más bien, me daban buenas medicinas.

Gracias a Dios nosotros hemos sido una familia muy sana. Mi mamá murió de 86 años; nunca padeció y cuando padeció fue para morir. Todavía de 84 años viajaba a Colorado con alguna carguita en la cabeza. Hasta el final se mantuvo sana, gracia a Dios. Al final le dieron dos paros y quedó con el corazón muy débil; el doctor dijo que era una señora muy valiente, muy fuerte, pero que el tercero no lo soportaría. La mandaron para San José, yo firmé para ponerle un marcapasos; se lo pusimos y duró más. Después de eso se puso pálida y no



le hallaban qué, entonces se mandó a San José y le hicieron un TAC. Resultó con cáncer en el páncreas. Gracias a Dios no sufrió tanto; es duro pero todos nos tenemos que morir.

En cuanto a las facilidades para salir, ahora sí es mejor, ahorita hay puentes, hay carretera, puede uno llamar un carro y lo sacan. Pero yo prefiero mil veces aquel tiempo, las comidas no estaban tan contaminadas. Nosotros sembrábamos arroz, lo hacíamos desyerbado a puro cuchillo, lo hacíamos pilado al pilón, y ese era un arroz que tenía sabor, era algo rico. Hoy en día es pura cochinada, lo fumigan primero para cosecharlo, eso viene repleto de químicos.

Nuestros abuelos, nuestros papás, eran analfabetos, pero hasta cierto punto era mejor ser analfabeto porque siempre se trabajaba, se comía, se vivía... Hoy en día con tanta preparación que malhaya, para qué... Mejor ser analfabeto cien por ciento pero no hacerle daño a nadie.

Yo le decía a mis hijos que a pesar de que hemos sido pobres se habían criado como millonarios, porque nunca supieron lo que fue ir en la mañanita a tocarle la puerta a alguien: Que dice mi mamá que le presten un poquito de sal, o dice mi mamá que le preste un poquito de café, un poquito de manteca, en fin... Ustedes nunca tuvieron que ir tocarle la puerta a nadie para que les prestara y nunca se acostaron sin comer, les digo yo a ellos... Gracias a Dios siempre hubo aunque fuera

arrocito y frijolitos, porque mi esposo siempre lo ha cosechado. Al menos yo sí pasé por esa etapa; talvez llegaba y en esa casa había visitas de afuera, y yo no hallaba por dónde llegar; me paraba talvez a la orilla de la puerta y ya uno sentía vergüenza de ir a pedir prestado. Por lo menos ninguno de mis hijos tuvo que pasar por eso.

Por las comodidades pareciera ser más bonito hoy en día. Nosotros nos alumbrábamos con una candela, con un mechón; hoy en día por gracia de Dios que está la corriente. Pero hay cosas que en el pasado eran mejores que las que estamos viviendo ahorita. Ojalá volver a aquel tiempo, le tenía uno miedo a la culebra, al león, al tigre, pero no al hombre, como ya dije.

Mi hijo, el mayor, empezó a trabajar como de diecisiete años con la *Stone Forestal*. Yo tenía que pararme a las dos de la mañana para alistarle desayuno y almuerzo y él se iba oscuro y a pie. Él decía: "Yo trabajo afuera y papá trabaja y usted trabajan aquí en la casa, con lo que yo gano se compra la comida." Después, por gracia de Dios, él empezó a decirle al papá que sembraran caña, que sembraran palma, y aunque mi esposo no quería al inicio, por fin lo convenció. Ese hijo ha sido una bendición, él no puede estarse quedito, anda pellizcando trabajo por aquí y siembra esto y lo otro. Con la palma que tenemos, él ahora podría estar más tranquilo, pero no... Ahora trabaja con una cooperativa poniéndole trampas a los palmares; es un producto que ponen para que el

abejón que daña la palma llegue por el olor y caiga en la trampa. Los quince y treinta de cada mes sale de gira en moto, tiene que poner las trampas y contar cuántos abejones encontró en cada trampa y reportar eso.

Mi hija se nos casó de veintiséis años. Nunca nos dio qué hacer. Ella se hizo de ese novio, el primero, se ennoviaron y se casaron. Tienen tres años de casados y ahí están. Todavía Dios no les ha dado ningún hijo –no es que los eviten, no planifican–, pero Dios sabrá.

El otro es el que me ha dado más nietos, tiene tres varoncitos.

Mi esposo antes era monteador. Hoy día no mata un venado, no mata una cherenga, no mata un tepezcuintle. En aquel entonces lo hacía, no tenía ese entendimiento. Dice que hoy le duele ver que maten un curré, que maten una torcaz, y nosotros a nuestros nietos les estamos enseñando.







Quienes se vinieron para acá a probar suerte fueron mis abuelos: los abuelos paternos venían del lado de Nicoya y los maternos venían de Piedades Sur de San Ramón. Se vinieron porque allá en la Meseta Central y en Guanacaste el asunto de los terrenos estaba limitado, y cuando se abrió la Compañía Bananera, aquí había una posibilidad de tener empleo. Aquí en La Gamba la Compañía tenía una actividad bastante fuerte, pero del río para allá eran tierras baldías; mi abuelo llegó a finales de los 40, a principios de los 50; entonces empecé a carrilar, a botar un poco la montaña y a quemarla, a hacer pasto y a hacer cultivos, y aquí se metió. No es sino hasta ahora que lo estamos midiendo, pero haciéndole un cálculo, son entre nueve y diez hectáreas lo que él logró ahí.

Tanto la familia de mi papá como la de mi mamá llegaron a esta comunidad; ellos venían jóvenes, entonces aquí se encontraron, mi mamá, Julia Castro, y mi papá, Marcos Díaz. Aquí mismo nací yo, en La Gamba, en 1962, un 6 de noviembre. Somos una familia pequeña: tengo una hermana, Roxana, la menor, y un hermano, Johnny, el mayor.

Nosotros vivíamos en la finca de mis abuelos maternos, Alejandro Castro y Georgina Moya, porque mis abuelos paternos vivían mucho más adentro. Al otro lado de la quebrada teníamos un rancho y vivíamos todos: abuelos, tíos, primos... Los hermanos de mi madre eran quince; prácticamente

todo el pueblo se constituyó con esa familia, los Castro Moya de Piedades Norte de San Ramón. Todavía hoy hay muchos aquí.

Mi padre era un juglar, marimbero y músico, y se la jugaba en la Compañía bananera de esa forma: iba a Golfito y hacían toques. Posteriormente él se fue: no pudo sostener la familia, nos abandonó y se fue... Muy difícil para un juglar mantener una familia aquí en estas condiciones. Se fue a San José, allá se fue a probar suerte con sus equipos de guitarras y sus equipos de marimba. Más tarde tuvo un trío y se convirtió en un músico, digamos, importante. Cuando estuvo en Nicaragua, Somoza lo contrataba para que le hiciera sus toques en las fiestas. Mi hermano mayor tenía escasamente tres años, yo tenía dos y mi hermana un año, cuando él se fue.

Mi madre ha sido siempre una guerrera, una aguerrida, y se responsabilizó de toda la familia. Quedó de madre soltera y asumió el control nuestro. Posteriormente se juntó con mi padrastro, Canuto Villegas, que fue quien en definitiva nos dio el cuidado y el estudio que se requería en ese momento. Él también venía de Guanacaste, o bueno, entre Guanacaste y Puntarenas: de Canjel, en la Península de Nicoya. Él se convirtió en el verdadero padre.

Aquí en la Gamba se inauguró una escuela en 1967. Mi hermano es minúsculo y yo tenía que llevarlo. Aquí gané el primer grado.



La Compañía había abandonado este sector porque las plantaciones de banano se habían extinguido por el mal de Panamá y por algunos huracanes. Entonces mi familia, mi mamá y mi padrastro, tuvieron que agarrar el tren que salía de Golfito y trasladarse, o trasladarnos, a donde estaban las plantaciones, a Palmar Sur, Finca Seis.

Cuando mi padrastro y mi mamá nos dijeron que nos íbamos para Palmar, nosotros no queríamos dejar a nuestra abuela, a nuestros tíos, a nuestra gente, y nos pegamos una gran llorada. Eso fue en 1971. Llegamos allá y el cambio fue bastante drástico: una cosa era vivir una situación de campo, y otra era vivir en una situación de cuadrante, con otra gente. Ahí

pasamos a ser rebaño de la Compañía Bananera.

Mi padrastro se convirtió en un obrero bananero y mi madre se dedicaba a los cuidados de la casa y hacía tortillas para vender en el cuadrante y poder darnos el estudio.

En Palmar logramos condiciones más favorables para nuestro desarrollo: la escuela estaba ahí mismo —eran escuelas públicas pero la Compañía suministraba todos los materiales que se ocuparan, desde un lápiz hasta un cuaderno— y había dispensario. Cuando nos enfermábamos aquí en La Gamba, era bastante difícil, era trágico tener que caminar por un trillo para que lo atendieran en el Hospital



de Golfito. Recuerdo que una vez una serpiente mordió a mi abuelo. Como nosotros estábamos carajillos no podíamos ir, pero mis tíos tuvieron que agarrar a mi abuelo, subirlo en una hamaca con varillas y llevarlo a pie caminando dos horas por esa montaña, para llegar al Hospital de Golfito para que lo atendieran.

Yo llevaba ganado el primer grado y, cuando llegué a segundo, resultó que no sabía leer bien. Entonces la maestra, Doña Clairett —una gran maestra, todavía la recuerdo— decidió trasladarme a primero. Difícil... Aparte de las lecciones normales que me daba en la escuela, ella iba a nuestra casa o yo a la de ella, y me ayudaba, me daba recuperación.

Al llegar a Palmar mi mamá se encuentra con la organización sindical; a ella le gusta y se mete en la cosa. Ahí empezamos a conocer todo lo que vendría después. Ya en 1971, llegando apenas, había una gran huelga y nosotros participamos. Mi mamá nos llevaba a las manifestaciones y nosotros, mis hermanos —bueno, mi hermano minusválido no podía por su condición física— pero tanto yo como mi hermana, participamos en ese tipo de actividades. Estábamos en edad escolar.

Esos años, del 71 al 84, marcaron nuestra vida, o la mía. Mi mamá nos llevaba a las reuniones, no solamente a las reuniones sindicales, sino a las reuniones políticas del partido,

que era el vínculo más importante. Había una célula del partido a la que pertenecía mi mamá, y después mi padrastro se integró. Ellos nos llevaban a las reuniones y ahí crecimos con los demás señores, compañeros. Cuando las actividades del primero de mayo se hacían en Golfito, viajábamos de Palmar quince carros de tren llenos de trabajadores, con banderas y con todo. Era una fiesta y ahí todos los guilas estábamos involucrados. Había una organización infantil, los Pioneros de Carmen Lyra, y éramos parte de eso. Leíamos los cuentos de Tía Panchita y Tío Conejo. Venía gente de San José, hacíamos juegos e íbamos a campamentos, eso en la etapa infantil. Realmente muy formadora de valores.

Fueron dieciséis años de conocer la forma de explotación de los trabajadores de la Compañía Bananera, por un lado, y por el otro la forma de organización de los trabajadores bananeros. Durante esos años tenía que ayudarlo a mi papá en las labores de la parcela, porque la Compañía le asignaba a cada trabajador un área para que la atendiera, una parcela de ocho, nueve, hasta diez hectáreas de banano. Mi papá tenía una parcela de diez hectáreas y ahí tenía que realizar las labores propias para el mantenimiento del banano: deshojar, apuntalar con caña con bambú o mecate, deshijar, limpiar los drenajes, los zanjos. En mis ratos libres del colegio, y sábados y domingos, le ayudaba a mi papá a realizar esas labores. Aprendí las labores del cultivo de banano y la explotación de la fuerza del trabajo.

En Palmar terminé la primaria en la escuela de Finca Seis. En cuanto al colegio, había en Palmar Norte y en Ciudad Cortés, pero a nosotros nos quedaba más fácil ir al de Palmar Norte, que es un colegio agropecuario. Ahí empezamos a organizarnos más en serio. Me promovieron a la Juventud Vanguardista y fui parte del gobierno estudiantil del Colegio de Palmar Norte con otros compañeros: Frankling y Haidé Obando, Marcos Molina, compañeros connotados en ese momento. Esa etapa marcó totalmente lo que soy, para lo que poco, bien o mal, que he hecho. En todo momento el apoyo de mis compañeros de colegio fue muy importante, y los llevaré por siempre en mi memoria.

Participamos prácticamente en todos los movimientos huelguísticos, hasta la última huelga que fue en 1984, que fue la retirada o el punto final para la Compañía Bananera. Pero estuve en la huelga del 71, en la del 79, la del 80. Todos esos movimientos sindicales los pasamos ahí.

Poco después de que salí del colegio, en el año 83, me enviaron con algunos compañeros a Moscú a la escuela de cuadros del CONSOMOL a prepararnos un poco, a estudiar la economía política, la filosofía. Tuvimos allá casi un año de preparación y conociendo el pensamiento de Lenin.

Al regresar de Moscú nos metemos a conformar una cooperativa juvenil en Jalaca. Jalaca era un centro penitenciario que tenía el Ministerio de Segu-

ridad Pública aquí en Palmar, y tenían unas tierras ociosas, abandonadas. Entonces organizamos a la gente, conformamos una cooperativa juvenil de autogestión y nos metimos a trabajar ahí. Éramos veintiún muchachos, nos asesoraba la Federación de Cooperativas Agropecuarias (FECOPA) que también era apéndice del movimiento popular, del partido, que manejaba eso. Ahí sembramos granos básicos, arroz, maíz, frijoles.

Después vino todo el desbarajuste de los precios de los granos básicos y toda esa cuestión estructural, que afectó no solamente a la cooperativa sino a todo el movimiento campesino, que trajo la quiebra del sistema de producción familiar y campesino. La cooperativa no se sostuvo, no se logró darle el seguimiento y el apoyo adecuado para que se mantuviera, pero todavía mucha gente ahí en Jalaca nos recuerda con cariño. Hoy esos terrenos son de otra cooperativa y los tienen sembrados de palma africana, una actividad un poco más sostenible. Le queda a uno la satisfacción de que recuperó algo, aunque no lo disfrute en lo personal, pero dejó la semilla.

Fueron dos años que estuvimos en ese proceso de formación de cooperativas. Dos años con la Federación Nacional Campesina, que era la que ayudaba, y FECOPA. Yo era prácticamente funcionario de Federación Nacional Campesina y además promotor funcionario de la Juventud Vanguardista. Desde ese punto de vista yo hacía el trabajo más político, más de

conducción, me asignaron esa tarea. No solamente tenía que mirar lo de Jalaca sino también ver cómo funcionaban los diferentes comités juveniles que teníamos en las fincas: desde la Finca Uno hasta la Doce de Palmar Sur, teníamos organización y comités juveniles, aparte de las células del partido de los grandes. Era, digamos, el destacamento Juvenil de Vanguardia Popular. Por ejemplo nosotros le organizábamos a la Unión de Trabajadores de Golfito el perifoneo y le hacíamos el *volanteo* para los primeros de mayo y otras actividades.

Recuerdo que la primera vez que me tocó ir a perifonear, lo hice a la par de Arnoldo Ferreto. ¡Qué compromiso! Íbamos a hacer una manifestación y había que ir por las doce fincas con Arnoldo Ferreto avisándole a la gente. Dice Arnoldo Ferreto: "Tome ese micrófono, a ver." Era la primera vez que yo perifoneaba y me decía a cada rato: "No diga eso; no diga lo otro, diga esto..." ¡A güevo me enseñó la forma de perifonear!

La Juventud era la encargada de hacer ese trabajo de promoción de las actividades, tanto de UTG, como del Partido Vanguardia Popular. Aparte de eso teníamos que atender también a los gobiernos estudiantiles, tanto del colegio de Palmar como del de Cortés, que estaban prácticamente tomados por nosotros.

Creo que nosotros nos apendejamos porque teníamos el poder y podíamos utilizarlo de la forma en que

quisiéramos, pero nos apendejamos, no fuimos hasta las últimas consecuencias, como decimos los revolucionarios, y entonces se nos montaron. Con la retirada de la Compañía, tras la última huelga –duró 72 días–, ellos aprovecharon para descuadrar todo el movimiento que teníamos. La retirada de la Compañía fue la forma como los aparatos represivos estatales aprovecharon para limpiar toda la mesa. Tras la salida de la compañía se da todo eso: represión, muertes, encarcelamientos, un montón de cosas que tenemos bastante bien documentadas. Nosotros no supimos dar la respuesta más adecuada y nos montaron aquí aparatos represivos horribles. Debíamos -creo- haber respondido, teníamos lo necesario para enfrentarlos.

En el 80 había sucedido una cosa parecida: la Compañía dijo "me voy" pero el gobierno de Carazo le dijo: "no, usted se queda aquí y me cumple los contratos." Entonces a la Compañía no le quedó más remedio que quedarse. Pero en el 84 eso cambió. En el 84 no hubo la menor respuesta por parte del gobierno de Luís Alberto Monge cuando la Compañía dijo que se iba. Una de las valoraciones que yo hago es que el gobierno prácticamente se entregó a las pretensiones de la Compañía Bananera, porque la Compañía, en definitiva, abandonó las actividades de banano pero no se fue de la zona, sólo cambiaron de disfraz. Se quedan aquí con la palma africana, porque el banano decían ellos que ya no les daba su rentabilidad adecuada.

Nosotros ya habíamos pensado que si la Compañía se iba, la propuesta era constituirnos en una cooperativa, pero en eso momento eso no fue acogido. Posteriormente, en los años 90, sí interviene INFOCOOP e interviene el gobierno, y entonces deciden rehabilitar las plantaciones y ponerlas al servicio de las cooperativas, pero ya con otro modelo y otras orientaciones. Después se vuelve a caer y se siembran esos terrenos con cacao y el cacao tampoco sirve. Después viene el plátano y el plátano tampoco funciona, y entonces ahora con palma y así han estado todos estos últimos años en ese juego de qué se produce y qué no se produce.

Para empeorar las cosas estábamos viviendo en ese momento una de las peores crisis en la organización: la división del partido. Entonces no solamente teníamos que pelear contra el enemigo real, sino teníamos que lidiar a nivel interno con una serie de tensiones y de intrigas, porque unos creían que el movimiento debía conducirse de una manera y otros creíamos que de otra. Por tradición sindical, el líder aquí era Isaías Marchena, y nosotros por otro lado andábamos promoviendo a otro compañero. Creo que esa división, esa disparidad de apreciaciones, fue lo que nos afectó más y aún no nos reponemos de eso. La esperanza es que nos podamos volver a juntar, creo que todo el mundo está haciendo esfuerzos para restaurar algunas cosas y volver por lo menos a plantear las cosas más unificadas.

Cuando la compañía bananera se retira en 1984 se produjo aquí una desbandada: miles de gente que salían... ¿Y nosotros qué teníamos que hacer? Volver a nuestro terruño. Tuvimos que volver a La Gamba. Teníamos la suerte de tener una comunidad y familia que nos esperaba, pero para muchos trabajadores fue una situación desesperante y horrible.

En 1986 Nicaragua estaba en plena guerra contra la Contrarrevolución; nosotros todavía teníamos organización y entonces surge la propuesta de ir a apoyar al Frente Sandinista. Aquí organizamos un destacamento; al principio no le teníamos nombre, después nos integramos con otros compañeros y le pusimos el nombre de brigada Juanito Mora.

En Nicaragua nos dividieron porque los nicas siempre han pensado que los ticos somos pendejos. Muchos de los compañeros que iban, cuando vieron que la cosa no era jugando, tuvieron algún temor y se devolvieron. A los que seguimos nos dividieron en diferentes departamentos. A mi me mandaron a la zona norte, a Matagalpa.

Al principio no participé en las refriegas pero hacía un trabajo político con la población, en lo que teníamos mucho más experiencia que los mismos nicas. Porque los nicas tienen mucha experiencia en asuntos de armas pero nosotros no. Entonces conjuntamos eso.

Estuve allá un año, en un momento muy duro de la guerra. Ahí fue donde perdí mis dos dedos. Después de estar un poco agüevado con el trabajo este, de concienciar a la población, dije que quería ir a mirar el *trabajo de campo*, a ver cómo era la cosa. Entonces ahí, armando y desarmando unas granadas, me explotó una espoleta de granada. Por suerte fue sólo la espoleta, si no, no estaría contando el cuento. Fue horrible, siempre me acuerdo de eso. Una guerra hay que evitarla a todo trance, pero si no hay más camino hay que echarle para adelante.

Regresé a Costa Rica en el 87, cuando estábamos con los Acuerdos de Paz de Esquímulas y Oscar Arias con los Programas de Ajuste Estructural. Ese año el movimiento campesino organizó una gran marcha por los granos básicos, y desde aquí trabajé en la organización.

Paralelo a eso, ya estábamos empezando a hacer, tibiamente, algunas cosas desde el punto de vista ambiental, o más bien socio-ambiental. Eso era todavía muy incipiente y yo me dedico todavía a algunas cosas en las cooperativas: me voy a Coto Sur, a Laurel, Bella Luz de la Vaca, a ayudar a COOPECOTOSUR, una cooperativa dedicada a la comercialización de productos agropecuarios. Ahí estuve un año. Desde esa cooperativa empezamos el movimiento por la toma de tierras en Pavones de Golfito.

Ahí había unas tierras acaparadas por narcotraficantes y usureros norte-

americanos. Desde COPECOTOSUR organizamos a la gente para hacer la toma de esas tierras, que eran alrededor de dos mil hectáreas de terrenos costeros. Hoy por hoy esos terrenos están repartidos. Fue muy duro; la lucha era contra el Cartel de Cali y esos gringos hacían ahí transas de drogas, armas y un montón de cosas. Eso costó la vida de compañeros campesinos que cayeron abatidos por las balas de los narcos, y por la inutilidad del gobierno.

La toma de tierras se hizo en 1985, y a pesar de que existe un decreto para que el gobierno expropie esos terrenos, hasta el momento no lo ha hecho. Ha pasado todo este tiempo y el gobierno no ha asumido el compromiso de expropiarle las tierras a Danny Fowlie. Ahora, el gringo que estuvo preso en Tampa Florida por el delito de narcotráfico, cumplió su sentencia y amenaza con volver ahí. El conflicto está latente. Nosotros hemos andado por ahí tratando de ordenar al sector del campesinado más humilde, para que se afiance y pueda resistir lo que se viene. Al MINAE le hemos dicho que tiene la tarea de definir cuáles son los terrenos que tienen bosque para en su momento poder decir: "bueno, lo que tiene bosque no se toca y eso pasa a propiedad del Estado". Lo otro, pues que se haga un proceso de elección o repartición. Estamos en esa lucha.

Para nosotros, el detonante de la conciencia socio-ambiental se llama *Stone Forestal*. La *Stone* viene a introducir

una especie exótica como la melina y ofrece el oro y el moro a los campesinos y a la zona en general. Decían que, tras la salida de la Compañía Bananera, con la pobreza que había aquí, la solución era plantar árboles de melina en sus terrenos y alquilarlos a la compañía; no tenían nada que hacer, nada más tenían que alquilarles sus tierras y ellos le pagaban, y ellos se dedicaban a hacer todo el trabajo. Y claro que era un momento muy difícil porque la gente estaba esperando un salvavidas. ¡Y qué suerte que esas empresas han venido a despertar la conciencia de la gente! Es una enorme dicha, si no creo que estaríamos ahí, como una piedra.

Y aquí, precisamente en esta casa —cuando en eso vivían aquí mi abuela, mis tíos y todo el mundo—, nos reunimos en ese corredor a discutir cómo íbamos a hacer para entrarle al asunto de la *Stone Forestal*. A Oscar, María del Mar y Jaime, que murieron en esta lucha, siempre los recordaremos.

Los compañeros de AECO tenían muy clara la lucha por la ecología y el cuidado del ambiente y empezamos a organizar comités en diferentes lugares: en la Península, en la Palma, aquí en La Gamba, en Golfito... Llevábamos a los compañeros a discutir la problemática de las plantaciones de melina. Poco a poco el movimiento fue creciendo alrededor de eso, traíamos películas y las pasábamos. Aquí en La Gamba se llenó el salón comunal. Pero siempre llegaba gente que decía: "no, queremos que esto se desarrolle, porque us-

tedes están en contra del desarrollo.” Siempre aparecían esos, pero por suerte en las reuniones siempre había más gente que estaba a favor de nosotros que a favor de las compañías. Siempre fue así. Y estaba toda la propaganda que decía: “no ven, esos carajos se dedicaron a echar a la Compañía Bananera y aquí estamos hambreados y no tenemos opciones... Ahora con la *Stone Forestal* quieren venir a hacer lo mismo...” Era una tarea bien, pero bien difícil, pero teníamos que enfrentarla.

Una vez la *Stone* nos convocó para que nos reuniéramos. Diz que nos iban a explicar cómo era la jugada con la plantación de la melina. Fuimos y los escuchamos. Ya habíamos conformado un comité de aquí, la gente de AECO sólo nos daba apoyo desde allá, pero aquí ya teníamos un comitecito que empezábamos a hacer nuestras propias cosas, siempre con la asesoría de la Asociación Ecologista. Fuimos a la reunión con la *Stone* y se dedicaron a decirnos que no le hiciéramos caso a la gente de San José. Nos paramos y nos fuimos.

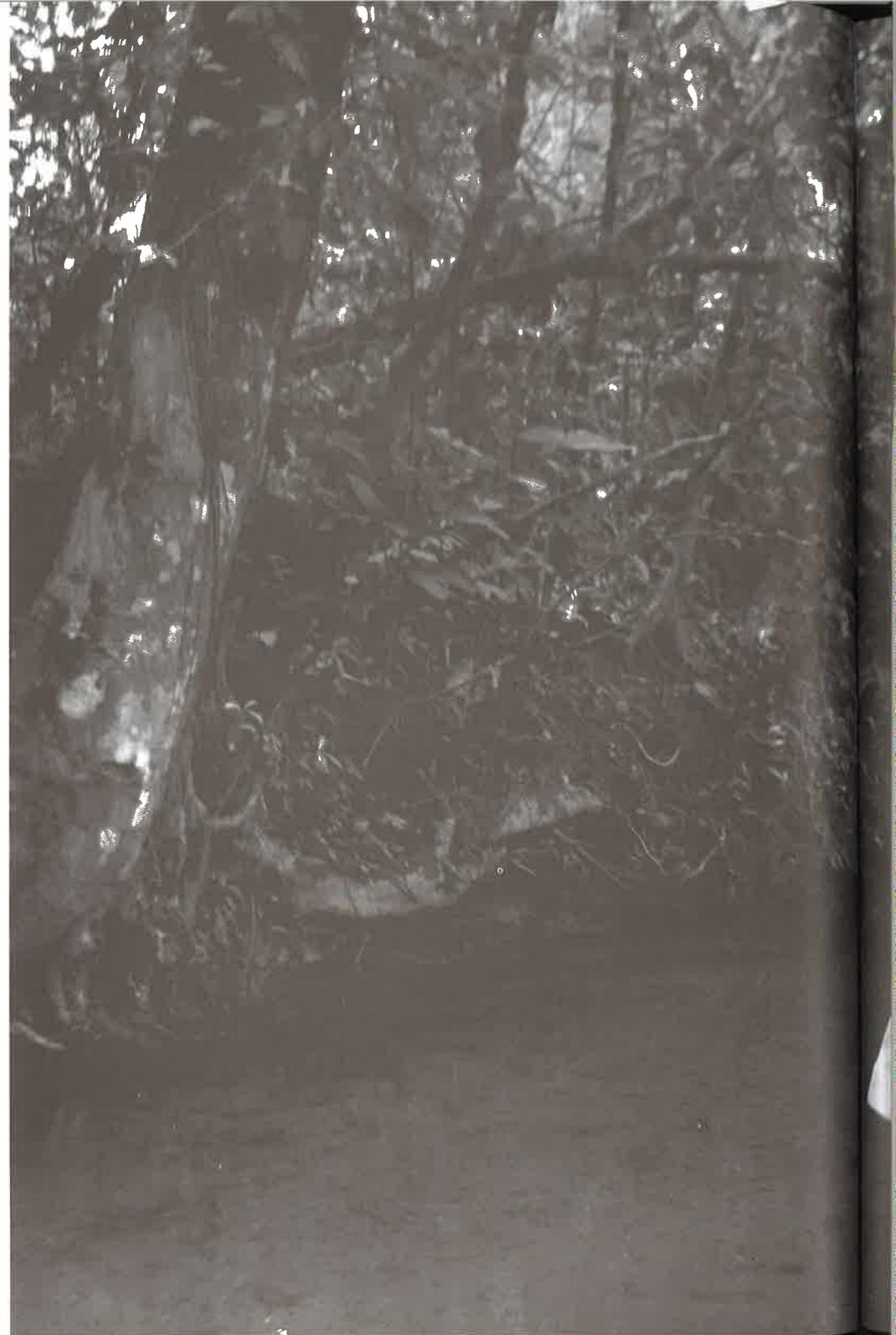
Con AECO hubo que acercar dos visiones, dos formas de trabajo, porque el activismo por el activismo al final no deja nada, y me parece que esa era un poco la forma de trabajo de ellos. El activismo se hace hoy y se acaba mañana. Cuando AECO llega aquí, cambia. Cambia porque mira que aquí hay gente que puede ayudarles a organizar las cosas y a estructurarse mejor, y que aquí podían trabajar con

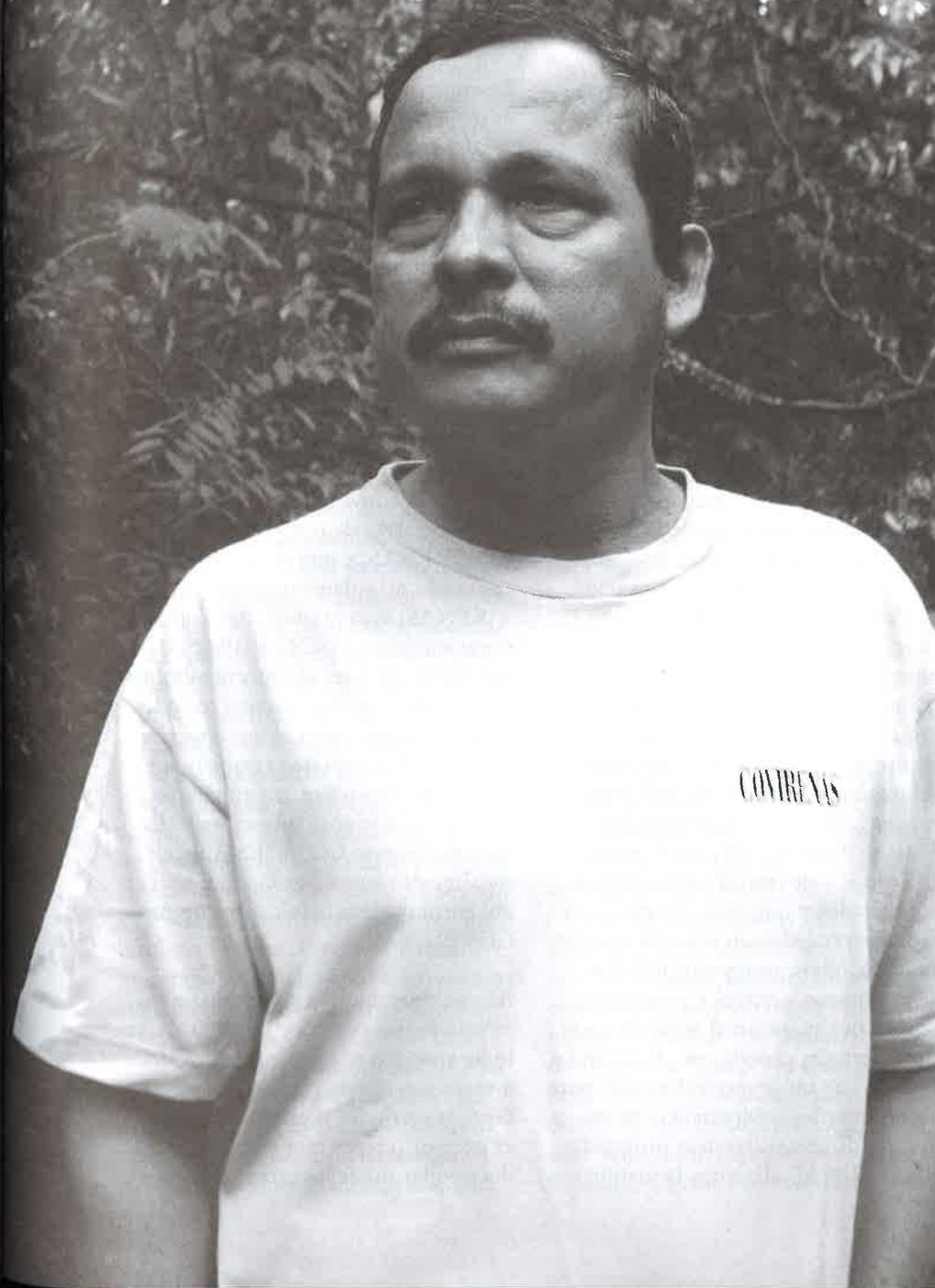
ambientalistas, con asociaciones de desarrollo, con campesinos, con otros empresarios, etc.

A nosotros nos ayudó a ir juntando cosas, a ir preparándonos. Y nos trajo mucha información, ese tipo de cosas que siempre le pedimos a San José, porque allá es donde está la información. AECO eso lo transfiere muy bien, no solamente lo mandan, sino que ellos vienen. Siempre teníamos aquí al director y a la directora haciendo cosas, organizando la venida del barco de *Green Peace*, llevando a la gente para que conocieran el barco... Fue un gran golpe lo del barco de *Green Peace*, vino aquí a Golfito y también estuvo anclado en Puerto Jiménez... Eran filas grandes para conocer el barco, hasta los mismos madereros fueron a verlo... No los de la *Stone* sino los madereros locales, algunos con escepticismo, pero eso nos ayudó mucho en la campaña.

Aunque teníamos algunos focos de gente organizada, todo eso había desaparecido tras la retirada de la Bananera. Muchos compañeros no veían cómo vincularse, ni cómo vincular una lucha de tipo social, a través de la defensa de los recursos naturales y del ambiente.

La gota que derramó el vaso fue la propuesta de construir un muelle para exportar astillas de melina en el Golfo Dulce. Entonces empezaron a trabajar muchos científicos, biólogos de la UCR, todo el movimiento del MINAE, mucha gente se vinculó. Lo





valioso de todo esto es que logramos estructurar una organización para pelear contra la *Stone Forestal*. Y con el renombre internacional de Green Peace, Figueres, que era el que estaba promoviendo eso, dijo: “No, aquí la cosa está un poco jodida...” Porque ya veía que la cosa se le había salido de las manos.

Al inicio, para mi, el tema ambiental era el enorme pretexto para organizarnos, independientemente de si conservamos o no conservamos, pero el hecho es que eso nos permitía juntarnos, organizarnos. Ese fue el móvil por el cual di el paso de meterme a los asuntos ambientales. Pero después de trabajar mucho con la gente, con las organizaciones de todo tipo —cooperativo, sindical, campesino—, llegué al convencimiento de que la gente se puede defender por sí misma, pero el medio ambiente tenemos que defenderlo nosotros, la gente...

No ha sido tan fácil transmitir posiciones ecológicas, posiciones ambientalistas, a campesinos que a veces tienen que ir a cortar el charral y a quemar para sembrar el maíz o el arroz. En eso nos han ayudado muchos campesinos que tienen bosque y los programas de Pago de Servicios Ambientales, porque tiene que haber cosas concretas para promover y ayudar a esa transformación.

Programas como esos, en los que uno le dice a la gente que es una forma de ayudar a la conservación y que por esa conservación va a recibir una platita,

ayudan mucho. Por ahí se empieza a hacer un trabajo. Porque el campesino es reactivo a muchas de esas cosas, pero si él ve que son cosas reales, que las puede tocar, que él puede subsistir o vivir, entonces se presta y colabora mucho.

Los COVIRENAS se crean por decreto ejecutivo en 1992, y era básicamente darle carné a alguien que quisiera ayudar en la conservación. Eso surge en la administración Figueres Olsen. Posteriormente, en el 94, se transforman en los Comités de Vigilancia: ya no era una persona sino una pequeña organización. A pesar de que el programa surge en el 92 o en el 94, aquí a la Zona Sur hasta 1996... Estábamos en plena lucha contra la *Stone*...

Estaba un día asoleando un maíz cuando llega el compañero Hubert Méndez, que era el que estaba en ese momento como comisionado de la Sociedad Civil del MINAE, y me dice que hay un programa así, COVIRENAS, que si me gustaría participar. Le dije que me pasara toda la información y que aquí veríamos cómo le entrábamos. Me dejó la información y se fue. Acepté pero le dije a Hubert: “Bueno, esto es del MINAE pero el MINAE tiene que atenerse a las consecuencias.” Y él dijo: “No, claro que sí, nosotros sabemos y tal y que la corrupción.” “OK, perfecto, estamos de acuerdo”. Entonces empezamos a organizar los primeros comités. Para mí no era difícil porque yo tenía una base —y él sabía— y que estábamos en la lucha contra la *Stone*... Era nada

más agarrar eso y pegarlo y hacerlo oficial, nada más.

Aunque los COVIRENAS surgen del MINAE, era una cuestión que se veía venir, entonces ellos se adelantan, se crea la figura de COVIRENA que ya era algo latente, algo en movimiento, lo que había que darle era la forma, pero eso estaba ahí. Nosotros siempre hemos pedido participación, participación de verdad. Entonces, si eso está enmarcado en una estructura, en una ley, en un decreto, y nos lo dan, nosotros no lo rechazamos. Teníamos que aprovechar esas instancias para meternos y, desde ahí, hacer todo el trabajo que hemos venido realizando. Este es un mecanismo de participación oficial que se nos permite y que hasta el día de hoy lo hemos aprovechado, creo, adecuadamente.

Nosotros no nos hemos callado la boca y el MINAE ha tenido que responder a nuestras exigencias, porque ellos saben que tenemos organización y que tenemos la razón también. Ellos conocen de la lucha contra *Stone*, de la lucha contra los planes de manejo, de la lucha contra las marinas, las luchas contra la cacería ilegal. No solamente hemos exigido participación sino que hemos participado y les hemos ayudado. No hablamos por hablar: decimos las cosas, las criticamos. Hicimos una lista de los funcionarios corruptos aquí y se la enviamos; les dijimos quiénes eran corruptos pero también vamos al monte a velar para que no se talen los árboles, al Parque para que no entren cazadores. No

nos pueden decir que sólo criticamos o que no tenemos propuestas. Aquí, para cada cosa, siempre damos una respuesta y una propuesta. Ese ha sido el mecanismo por el cual hemos subsistido. En el MINAE tenemos de todo, pero sobre todo hay gente que nos respeta por lo que hacemos y por lo que decimos. En otras regiones no ha sido así, aunque nos gustaría y estamos tratando de hacer intercambios con otras regiones del país para compartir nuestra experiencia. Aparte del Cacao de Alajuela, donde sí son bastante combativos, en otras regiones del país los COVIRENAS como que están ahí, esperando que la Secretaría o que a nivel nacional les tiren líneas para hacer las cosas. Nosotros les hemos dicho que no podemos esperar que alguien de por allá nos diga qué es lo que tenemos que hacer hoy aquí.

Creo esa es nuestra característica: aquí no esperamos que nos digan, nosotros hacemos; si lo quieren tomar allá, bien, sino también... Vamos para adelante con todos los riesgos y todas las consecuencias a que a veces nos exponemos.

Hoy por hoy, en el Sur hay trece comités y ochenta y ocho personas oficialmente inscritas como COVIRENAS, pero yo calculo que somos entre cien y ciento veinte, más o menos, vinculados al movimiento.

Tenemos que hacer la distinción entre la gente que es más activa y la gente que está ahí. La gente siempre se activa por un motivo y porque le motiven.

Entonces ahí es donde tenemos que profundizar el trabajo para llevarle a la gente cosas, para que esté motivada, para que esté accionando, para que haga cositas y se sienta bien haciendo cosas. Esa es la tarea. Nos hemos mantenido porque el movimiento está conformado por la mejor gente, o por buena gente que no escatiman ningún esfuerzo para brindar su apoyo y su dedicación.

Los COVIRENAS aquí tal vez no han crecido en cantidad, pero sí en calidad. Ha habido mucha participación en todas las instancias, las instancias civiles y gubernamentales, tenemos presencia en el Consejo Regional, tuvimos mucha presencia en el Consejo Nacional de Conservación, que es una instancia del Sistema Nacional de Áreas de Conservación del MINAE, tenemos presencia en la Comisión Marino Costera, tenemos presencia en los concejos locales de las áreas de conservación; tenemos presencia en los planes de manejo de las áreas silvestres protegidas, eso a nivel regional. A nivel nacional, tenemos presencia en la Secretaría Nacional de COVIRENAS. Hay un montón de grupos y de comités que tenemos organizados y que venimos apoyando, cada grupo dedicado específicamente a alguna labor: indígenas, la labor de monitoreo, control y protección; grupos que manejan el tema de desechos, tortuga, cacería, etc. Aquí en La Gamba hay un grupo trabajando para hacer una nueva experiencia de manejo de áreas silvestres protegidas con el MINAE, digamos la institución

y las organizaciones de la sociedad civil. Eso refleja un poco la calidad del trabajo que se va haciendo.

La constitución de ASOCOVIRENAS es meramente estratégica, muy coyuntural, porque sabemos que hay que estar inmersos dentro de la institucionalidad que rige a nuestro Estado y gobierno, y que para ello se requiere estar conformados en un registro de asociaciones y tener una cedula jurídica y una personería jurídica. Eso nos da un estatus jurídico y también constituye un mecanismo para acceder recursos y funcionar dentro del esquema institucional. Desde el inicio decidimos conformar ASOCOVIRENAS como una instancia más administrativa de todo el movimiento COVIRENAS, y que ahora lo estamos pensando no solamente para los COVIRENAS, sino también para otras organizaciones. ASOCOVIRENAS no solamente va a ser el soporte administrativo, técnico, financiero y todo lo que se requiera, para el movimiento COVIRENA, sino que también para otras organizaciones, movimientos y grupos. Es una cosa que va más allá del movimiento COVIRENA, es el movimiento social, ambiental: hacia ahí enrumbamos la iniciativa de ASOCOVIRENAS.

Al principio cuesta entenderlo –a mi mismo me ha costado–, a pesar de que lo he visto nacer y lo he promovido, a veces nos cuesta comprenderlo, pero de una cosa sí estamos seguros: es necesario tener esta instancia para desarrollar todas las tareas e inicia-

tivas que tenemos a nuestro alrededor. Muchas de las organizaciones, grupos y personas que están a nuestro alrededor, no tienen esa posibilidad, nosotros la tenemos hoy y la tarea es aprovecharla al máximo y brindarles a esas personas y a esa gente todo el apoyo que requieran para que desarrollen sus propios trabajos en las comunidades.

Nuestro reto principal es sostener esto hasta donde se pueda. El parque Piedras Blancas ahí va a estar: ¿cómo mantenernos ahí, aún con las presiones y los riesgos que supone la privatización de los Parques Nacionales? ¿Cuál va a ser nuestra forma de participar ahí? Por dicha aquí, en la comunidad de La Gamba, tenemos un grupo de jóvenes que ya están metidos dentro del Parque, y ellos son los que tiene que asumir todo eso. Una de las cosas más importantes es que ellos se involucren y que en su momento asuman las cosas. Ahora estamos trabajando en ver cómo hacemos legislación alrededor del manejo de esas áreas, con la incorporación de las comunidades, de las organizaciones, de la sociedad. Hubo una experiencia en Cahuita que prácticamente se cayó, y la otra experiencia en Ballena, que también flaquea. Entonces tenemos que trabajar mucho en ir creando esas cuestiones legales para que permitan afianzarse a los grupos y a las organizaciones. Lo que hemos hecho aquí es la estrategia del caracol: empezar de abajo e ir ascendiendo. Cualquier empresa que quiera meterse aquí en el Parque Piedras Blancas, tiene que

venir a hablar con nosotros; si quieren privatizar el Parque, tienen que venir a hablar con nosotros. ¿Por qué? Porque estamos metidos de cabeza y no nos van a sacar muy fácil. Ahí hacemos campamentos, ahí hacemos intervención, hacemos vigilancia, ahí cuidamos el pez aguja, ahí circundamos todo eso. Aquí vienen los administradores del Parque a ver en qué les ayudamos; les aportamos en todo... Y la idea es llegar desde abajo al hueco del caracol.

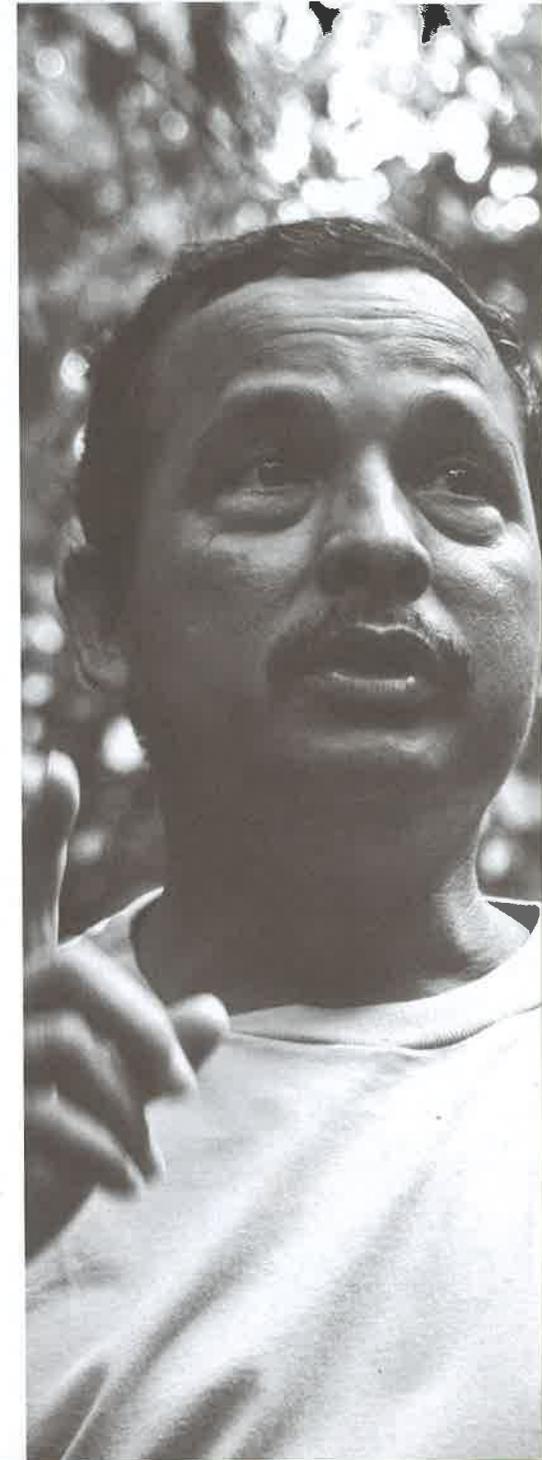
En cuanto a lo personal, pues yo he sabido vivir con muy poco y lucho por mantener esta finca aquí en La Gamba. Si las condiciones no me permiten otras cosas, por lo menos mantener esta finquita. Y como dicen, a nadie le falta Dios...

Siempre me han brindado el apoyo algunas organizaciones, ONG, para que desarrolle iniciativas. Así es como me mantengo. Al principio fui apoyado económicamente por Naciones Unidas, trabajé poco tiempo en la Municipalidad de Corredores, después el mismo FUDEUR –Fundación de Desarrollo Urbano y Rural–, que fue con quienes promovimos la estructuración de los comités. Por un año ellos me dieron una subvención para que realizara ese trabajo. Luego vino otro año sin brete, o mejor dicho con mucho brete pero sin ingresos. Por un tiempo la Fundación Corcovado también me subvencionó para hacer unas cosas; la Fundación CECROPIA, muy importante, también nos daba un subsidio, digamos un estipendio, para

desarrollar las labores en contra de los planes de manejo. Ahora, ya con TNC, con ASOCOVIRENAS, tenemos un convenio más estructurado, y ahí hay recursos para desarrollar las tareas.

Aparte de eso tengo una familia y muchos amigos que me apoyan en momentos difíciles. A mi casa vienen muchos extranjeros. Aquí están, aquí hay comida y aquí hay de todo, nunca faltan esas cosas. Esa es la forma como vivo, y si no queda más remedio, si hay que volver a las labranzas, ese también es un medio para la subsistencia.

Vivo con mucha gente pero la soltería es mi mecanismo de escape de todas las presiones. Opté desde muy temprano por hacerme la vida lo más sencilla para mí, aunque a veces me la complico bastante defendiendo cosas con la gente. La experiencia en cuanto a la familia de gente que, como yo, anda dedicada a las otras gentes, es que por lo general ponen muy poco énfasis en lo suyo, entonces mejor lo hago solo, para no tener problemas ni dificultades. Me volví hasta vegetariano, hasta donde he llegado, ni yo me lo creo. Pero aquí estoy, “Pura Vida” y dispuesto a cualquier lucha hasta la muerte.





## Roxana Villegas Castro

*Río Claro de Golfito*

Su anhelo de estudiar medicina quedó truncado, pero esta nativa de la Zona Sur ha dedicado su vida a las luchas socio-ambientales, a la crianza de sus dos hijos y, más recientemente, a su trabajo en la Municipalidad de Golfito, todo ello realizado desde un firme compromiso con los otros y, en sus propias palabras, con el "Dios-vivo".

En época de verano del año 1965 llegué al mundo. Aunque nací en Golfito, mis registros dicen que nací en Piedras Blancas de Osa, esto porque ante la ausencia de mi padre biológico, mi madre ingresó al hospital con documentos que le facilitó un familiar para la atención médica durante el parto. Eran los tiempos de la Compañía Bananera. Tengo dos hermanos mayores, Johnny, que desde niño ha sufrido de un problema en sus piernas que le impiden caminar, Marcos, siempre dedicado desde joven a la lucha por sus firmes convicciones.

Mi madre llegó a La Gamba con mis abuelos, procedente de Manzanillo de Puntarenas, por vía marítima, con doce hermanos. Llegaron a Golfito y se establecieron en esta comunidad porque la compañía bananera había establecido plantaciones ahí; sin embargo las plantaciones no fueron tan buenas y mis abuelos terminaron dedicándose al cultivo de arroz, frijoles, maíz, y a la ganadería. De esas cosas sobrevivieron.

Tres meses después de que nací, mi mamá conoce al que es hoy su esposo Canuto Villegas, a mi padre, el que me dio el apellido. Él vino proveniente de Guanacaste y con su madre y hermanos también se asentaron en la comunidad. Debido a las circunstancias y las dificultades que se enfrentaban con la agricultura y también a problemas familiares, mi padre vendió la finca y emigramos hacia Palmar Sur, concretamente a la Finca 6-11. En aquel momento las fincas bananera de Palmar estaban en apogeo, la Compañía estaba contratando mucho personal.

Yo llego a Palmar Sur, concretamente a Finca Seis, de cinco años. Vagamente tengo recuerdos de aquel lugar: recuerdo una plaza central con muchas construcciones tipo barracones alrededor, donde los domingos la gente aprovechaba para jugar; la gente se emborrachaba en un club que había ahí, un club muy espacioso. Recuerdo también a mi padre, que salía a las cuatro de la mañana a trabajar. Recuerdo que decía: "Hoy me toca conchar", o sea, traer el banano en la espalda. Otro día le tocaba deshijar, otro día le tocaba apuntalar. Y recuerdo cuando tenía que ir regar lo que llamaban veneno, hoy sabemos que eran los productos químicos (insecticidas, nematocidas), que tiempo después afectaron seriamente la salud de muchos trabajadores, incluido mi padre.

Tengo algunos vagos recuerdos de niña que me fueron quedando en la mente: las movilizaciones, las huelgas bananeras que se vivieron en esos años, mi madre muy activa en esas épocas. Recuerdo también a mi primera maestra, Clairett González Johanson, (bajita, de pelo rubio, muy blanca, una persona con un enorme corazón), de esos educadores que no sólo enseñan a leer y a escribir, fue una maestra que supo entender el entorno en el que vivían los niños, una maestra que si caías, no te decía "tonto" sino te ayudaba a levantarte... A cualquiera de esa época que uno le pregunte, va a recordar a esa maestra que yo también recuerdo, mi primera maestra.

De niño uno no entiende, pero hoy uno sabe que todas esas cosas lo van formando... Tal vez esto que ahora entiendo de la gente, viene desde muy niña. Mucha gente no entiende que formar seres humanos es una misión increíble.

Terminé mi primaria en la escuela de Finca Seis. En aquellos momentos el Partido Vanguardia Popular había creado bases en todas las fincas y mantenía a una persona que le daba formación y apoyo a la organización popular. Entonces mi madre se vincula y nosotros también entramos al movimiento de la Juventud. Yo llego a militar con la Juventud de Vanguardia Popular desde mis inicios en el colegio. Mi papá, aunque sí estuvo dentro del movimiento y militó para el Partido Vanguardia Popular igual que mi madre, no fue tan activo como ella.

Cursé la secundaria en el Liceo Pacífico Sur de Ciudad Cortés. Mi mamá consideró que era conveniente que yo fuera al colegio de Cortés aunque significaba viajar un poco más. Me daba veinte pesos para viajar y yo tenía que llevarle vuelto.

Los gobiernos estudiantiles jugaron un papel muy importante durante las huelgas bananeras, el dirigente en mi colegio fue el compañero Bolívar Mora, quien era también militante de la Juventud Vanguardista. Creo que los movimientos estudiantiles fueron muy fuertes precisamente por el movimiento y orientación de la Juventud Vanguardista. Recuerdo una oportunidad en

que hubo una huelga y el gobierno no tuvo consideración, bajaba a los estudiantes de los buses, muchos fueron golpeados. Creo que desde ese momento todos los muchachos, tanto del colegio de Palmar como de Cortés, fuimos tomando conciencia de la solidaridad entre nosotros y de las luchas sociales.

En esa época llegaron a la finca los padres Dominicanos, don Carlos Castro y Guillermo Chávez Pochet. Antes de eso mi fe era simple y sencillamente ir a misa y escuchar, y que te bautizan, que haces primera comunión, pero no había esa relación para poder hablar con la gente, de saber exactamente cuál es el mensaje. A través de su mensaje ellos defendieron la necesidad que había en todas las fincas, no solamente de que la gente manifestara su fe, una fe viva en el compromiso y en la realidad de todos. El mensaje que ellos dieron fue muy acorde con las necesidades y con un Dios muy vivo, porque lograron crear en todas las fincas bananeras, en cada una de ellas, un grupo cristiano y un consejo pastoral.

Recuerdo a mis quince años una gran misa que se hizo para conmemorar el asesinato de Monseñor Arnulfo Romero, y recuerdo la celebración de una Semana Santa, nunca he vuelto a vivir una Semana Santa como esa... Todos los grupos organizados, cada uno debía de hacer una estación para conmemorar la Pasión y Muerte de Jesús. Se diría en algún momento de reflexión, que aquellas marchas se asemejan al Pueblo de Dios en busca de Justicia, en donde la gente marchó por muchas cosas. En



esa oportunidad la gente de cualquier religión marchó; a la par del Cristo, ellos hicieron un bananero cargando su racimo. Esa es una imagen que no nunca he borrado.

Otra etapa que marcó mi vida fue cuando mataron a algunos trabajadores. El último trabajador que murió se llamaba don José Rosales Villegas y me decía a mí "Rosa de Cerca" porque en esos momentos había una novela que se llamaba Rosa de Lejos. Pertenecía al mismo grupo cristiano que mi mamá y yo; recuerdo que esa mañana pasó por mi casa y me dijo: "Rosa, si muero, cuando pase por el cementerio de Palmar -porque seguro quedo ahí- dígame adiós." Entonces siempre que paso por ese cementerio tengo que mirar hacia ahí y siempre me duele, incluso, el descuido en el que está. Y lo recuerdo cuando él me dijo adiós. Una hora después, cuando me dijeron lo que había pasado, que había sido asesinado por la policía al servicio de los intereses de la Compañía Bananera y el Gobierno de Luis Alberto Monge Álvarez, no podía creerlo.

Tengo una carta que me envió el sacerdote Carlos Castro después de que ellos salieron de aquí. Ahí me habla de sus vivencias, de su vida de encuentro con Dios... Para los sacerdotes, por relacionarse con Dios de una forma tan viva, la Iglesia en algún momento podía pedirles cuentas... El me envía esa carta y trata de instarme a seguir adelante, a que la vida religiosa debía transformarse en algo más espiritual y que yo debía ser una mujer trans-

formadora. Guardo esa carta muy celosamente de lo que él me pidió que hiciera. Me dijo que lamentaba, que había llorado mucho la muerte de este señor del grupo cristiano, pero que por diversas razones no quería acercarse más, ni siquiera habían regresado para ver lo que había sucedido. Nunca más volví a saber de esos dos sacerdotes, jamás. Esto fue en el año 1982. Para la última huelga, yo recién había salido del colegio...

Tras la salida de la Compañía Bananera quedamos desolados porque no se tenía claro el norte para la región. Yo no acompañé a mi familia cuando salieron de la finca; tenía entonces dieciocho años y me había ido a San José, a donde unos familiares de mi papá biológico, con la esperanza de conseguir trabajo y todo lo demás.

Durante esos años mi papá había mantenido relación con mi hermano mayor, que tiene problemas de discapacidad. Yo me tuve que ir sola, él me esperaba en la parada de Tracopa y me pregunta: "¿Usted es Roxana?" Yo dije: "Sí..." Entonces me dice: "Ah, yo soy su papá." Me dijo así, como si el ser papá se sacara de un paquete.

Gracias al trabajo que tenía una prima en el Ministerio de Cultura, logré emplearme en el Archivo Nacional. Creo que de ahí nace la orientación que tengo, me gustan mucho los archivos documentales y el alto valor histórico y cultural que representan. Alguna gente me ridiculizaba por el hecho de saber que era de esta zona. Pero en San José

uno también encuentra gente buena, gente que entiende la situación que uno vive.

Ahí estuve cerca de dos años, hasta que volví a tener relación con la gente del Partido Vanguardia Popular de San José. Entonces ellos me dijeron que todavía había posibilidades de viajar al extranjero, a algún país socialista para estudiar... Le dije a mi mamá y a mi papá que me quería ir. Ese año hice todos los trámites y fue así como en el año 1987 viajé a lo que en aquel momento era Checoslovaquia, hoy la República Checa y Eslovaca. Quería estudiar medicina, estuve ahí tres años, fue una experiencia marcada por eso que tenemos las mujeres, que a veces tenemos mucho corazón y creemos que el "Príncipe Azul" ya llegó. Hasta hoy, a las mujeres nos es difícil vencer esa situación.

Llego a Bratislava, la capital de la parte Eslovaca. Creí que ya había llegado pero un señor me explicó que tenía que ir hasta casi hasta la frontera con la antigua Unión Soviética. Ahí era donde estaba la Facultad de Medicina, un lugar muy tranquilo llamado Kosice. Había estudiantes nicaragienses, peruanos, bolivianos, árabes, muchos árabes, gente de África. Me tocó ayudar un poco a los negros contra la xenofobia que había, porque por mi aspecto yo pasaba muy bien, incluso algunos estudiantes locales me decían que era como ellos. Los negros tuvieron muchos problemas, muchos tuvieron que regresar a sus países por la xenofobia. Aún en un país socialista

en aquel momento, las cosas son como son y no se puede cambiar de golpe cierta cultura de la gente.

Ahí conocí al padre de mi hijo Josué Alejandro. Él es peruano, también era estudiante de medicina, un buen estudiante con una historia de vida muy dura, como la mayoría de gente de los países suramericanos, también militante del Partido Comunista de Perú.

En aquel momento se estaban dando las transformaciones en la Unión Soviética y la situación empezó a ponerse difícil en los países socialistas. Caía el muro de Berlín y los estudiantes ya no teníamos la misma atención. Entonces me surge a mi la situación del embarazo; allá perfectamente se podía abortar, esa era una decisión muy ligada a mis creencias. ¿Qué hago? Yo podía continuar allá pero me decía que tal vez algún día me sentiría mal por esto, o que tal vez, si llegaba con un embarazo, mi mamá me iba a entender más que si le decía que tuve un aborto. Son decisiones que tienen que ver con nosotras. Y entonces yo dije: "¡Aquí es tomando la decisión!" Fue cuando decidí regresar, en el año 1990... Fue el primer amor y la historia quedó inconclusa. Aunque de culturas diferentes, de países diferentes, los seres humanos tenemos sueños y las mujeres somos más dadas a creer que por un hijo quedamos ligadas. Para los hombres no es lo mismo. Hasta el día de hoy no sé qué fue de él.

Por cierto, me tocó vivir el Mundial de Italia 90 en Checoslovaquia, cuando Costa Rica perdió con Checoslova-

quia. Creo que poca gente lo vivió así. Nunca había sido fanática al fútbol pero había una sala donde estaba el televisor, y recuerdo que los compañeros eslovacos, me invitaban: “Venga, comparta, usted es la única costarricense que está aquí.” Los nicaragüenses nos apoyaron mucho, una solidaridad enorme.

Me tocó regresar en el mismo avión en el que venían la mayoría de cubanos. Precisamente porque se estaba dando toda la situación del derrumbe del bloque soviético, Fidel dijo que regresaran. Cuando pasé por Cuba me trataron muy bien; me dieron tratamiento y todo lo demás por la situación en la que yo venía. Recuerdo incluso que un médico me dijo que por qué no me quedaba allá. También lo pensé, uno en ese momento piensa en cualquier posibilidad.

Regresé con tres meses de embarazo. Regresar significaba ver truncados mis sueños de ser una profesional en medicina. Regresar y decirle a mi mamá, significaba hacer que de una u otra forma el mundo de mis padres se derrumbara, porque ya no sería la chiquita que salió de la casa y se casó. Es un estereotipo de la sociedad del que ya no vas a poder salir. Incluso en la comunidad de La Gamba, que es muy pequeña, hubo mucha gente que hizo comentarios alrededor de mi situación. Eso también había que enfrentarlo. Saber que en la región no había trabajo, no habían condiciones; mi papá y mi mamá habían regresado a La Gamba y no tenían dónde estar (cuando regre-

sé ellos estaban viviendo en un lugar prestado...) Tampoco tenía Seguro Social. Tuve que pagar en el Seguro Social porque en aquellas condiciones no podía ir a buscar trabajo, nadie iba a emplearme. Era muy difícil.

Cuando nació mi hijo, en mayo del 1991, estaba muy sola, muy sola. Ingresé al hospital sola, ya con síntomas de dilatación. Cuando Alejandro nació no lo esperaban muchas cosas. Yo había guardado un dinero y cuando mi madre llegó le dije que me comprara unos pañales y alguna ropita para envolverlo. A él no le gusta que cuente esto, pero las mantillas que utilizamos eran banderas de Vanguardia Popular.

En ese entonces había en La Gamba una cooperativa que se dedicaba a la siembra de arroz mecanizado, a mayor escala. Ellos tenían asociados y cada asociado tenía su parcelita. Esa cooperativa trabajaba con la Comunidad Económica Europea, que entró aquí después del retiro de la Compañía Bananera. La Comunidad abrió una oficina en Golfito y se dedicaron a institucionalizar esas cooperativas, a darles un poco de asesoría técnica, asesoría jurídica y todo lo demás, que en la zona estaba mal. Entonces yo empecé a trabajar con COOPEGAMBA. Ellos tenían un gerente pero era malo para escribir; yo entré a ayudarlo con el control de los bancos, el control de depósitos. Me convertí como en una secretaria. Ahí aprendí cómo las empresas estas que comercializaban el arroz calculaban el precio, la humedad, etc.

Me motivé muchísimo y comencé a trabajar y a asumir cada vez más. Nos metimos a producir queso y era un queso de muy buena calidad. Los productores de leche eran los mismos de La Gamba; el Hospital de Golfito nos compraba y se logró distribuir la mayoría de queso en el mercado local.

Vi que la Cooperativa iba a tener problemas de financiamiento, pero a veces es difícil que los hombres logren entender. Cuando una mujer está ahí y conoce mucho, la gente siente celos. Creo que alguna gente empezó a sentir eso, incluso el mismo Consejo Directivo de la Cooperativa –porque yo empecé a trabajar con ellos, en las juntas de educación y los comités–. Había alguna gente que proponía que yo asumiera todo, que fuese, como quien dice, la figura hacia afuera. Sin embargo había un sector que se resistía y uno lo entiende: ¡Una mujer, y sobre todo para esa posición...! Entonces uno se dice: “Si uno quiere ir más allá no puede limitarse ni que te limiten”, y yo estaba dispuesta a dejar de trabajar en COOPEGAMBA.

Había situaciones un poco conflictivas porque mi hermano Marcos y yo y otros compañeros estábamos organizando la Cooperativa COOPEASEGA, ligado al Proyecto de Rainforest Lodge. Este proyecto y la donación del pueblo austriaco fue concebido para desarrollar a la comunidad y posteriormente se fue transformando en otra cosa. Y ya se venían dando ciertas cuestiones porque Marcos había empezado a trabajar en el tema ambiental, ya había tenido

sus primeros contactos con la gente de FUDEU, Fundación para el Desarrollo Urbano; incluso en una oportunidad que fuimos a San José, estando por primera vez con Hubert Méndez, le habló a Marcos de los COVIRENA.

Marcos estaba un poco desconfiado porque se trataba de un programa estatal y le dijo que iba a pensarlo. Incluso en la Cooperativa comentamos la posibilidad de tener contacto con el programa COVIRENAS.

Hubo un tiempo en que quedé sin recursos económicos, no teníamos de a dónde echarle. Empezamos a trabajar en todo momento, Marcos más que yo, porque uno como madre de familia no pude decir: “¡Me voy!” Y nada más. Marcos sí. Pero le hice frente; siempre he sido como la secretaria que está ahí para ayudar, que la reunión aquí, que la reunión allá.

El movimiento para que no se instalara aquí la *Stone Forestal* nos fue juntando: conocimos al señor de esta comunidad, al otro de la otra comunidad...

Entonces Hubert Méndez le habla a Marcos de vincularse a los COVIRENAS como promotor. Le dijo: “Quiero que me promovás la creación de esos grupos.” Por supuesto a Marcos se le facilitaba porque él siempre ha sido un líder nato, un líder que conoce la región, que conoce a la gente y que sabe a dónde ir.

El trabajo de los grupos COVIRENAS en las diferentes comunidades, fue

permitiendo y generando la discusión de los diferentes problemas ambientales de la zona que requerían que se les tratara ya, como la deforestación en la Península de Osa. Lo peor de todo es que esa deforestación no solamente era permitida sino que era legalizada por el MINAE.

En esta región no es fácil reunirse y nosotros logramos reunirnos en Consejos Regionales cada mes. A veces uno se institucionaliza, pero yo siento que nosotros fuimos más allá.

A veces alguien le decía a Marcos: “A aquella comunidad no se puede ir mañana porque falta la plata del financiamiento.” Muchas veces Marcos me ha dicho: “Aunque sea sin financiamiento, tengo que ir porque tengo un compromiso que adquiriré, y si tengo que ir solo a decirles que no hay financiamiento, voy a explicárselos, pero a mí nadie puede decirme que no salgo hoy porque no hay plata.”

Esas cosas talvez la gente de San José nunca las supo pero que sí las supimos nosotros. Muchos pusimos nuestros propios recursos, nuestro sacrificio para que esto caminara. Eso hizo que el movimiento COVIRENA fuera creciendo. Siempre hubo participación de las mujeres, pero las mujeres no podíamos tener –bueno, no podían, porque yo sí, no podían tener más seguimiento. Hay que dar también condiciones para que ellas puedan participar. Incluso los mismos hombres tienen que entender que no podemos participar en algunas cuestiones.

En lo personal, durante ese tiempo surgió para mí algo interesante, porque en el año 1997 logro entrar a la Municipalidad de Golfito. Entro a la Municipalidad porque el compañero Jesús Garbanzo Arguedas, que también había militado para Vanguardia Popular y en ese momento era regidor propietario del Concejo Municipal, me dijo que había posibilidades y que él iba a tratar de hablar con el Ejecutivo Municipal. Ingresé precisamente en el año 1997, cuando se estaban dando luchas contra los planes de manejo forestales. Todavía estaba en vigencia un Decreto Ejecutivo que permitía a las municipalidades otorgar permisos de aprovechamiento de árboles en lugares que no se consideraban bosque. Eso se convirtió en abuso por parte de las municipalidades, que lo manejaban con un total desconocimiento del tema. Se mandaba a cualquier inspector y el inspector decía si ese árbol se podía o no cortar... Contra eso también hubo que luchar.

En ese momento yo entro y empiezo a conocer el gobierno local, con enormes debilidades técnicas, financieras, y con problemas de corrupción igual que el MINAE. Para mí eso es importante, porque nosotros nos habíamos centrado en el MINAE, pero qué pasaba con los gobiernos locales que también tenían potestades para hacer cosas. Nadie estaba llegando hasta ahí.

Los años 1997 y 1998 fueron cruciales para los planes de manejo forestal porque hubo que dar una lucha bárbara, donde hay que resaltar la importancia

de las manifestaciones que se dieron en Chacarita, donde muchos compañeros fueron apresados. Esto fue lo que obligó al Gobierno a prestar atención a la deforestación que se estaba dando en la zona. En todas las instancias que tenía el MINAE fuimos colocando compañeros de COVIRENA para que se convirtieran en voceros y multiplicadores de todo lo que se venía haciendo. Fueron denunciados muchos hechos de corrupción. Siento que en algún momento el MINAE incluso se sintió amenazado por ese movimiento que empezó a crecer.

Creo que por falta de recursos también se le dijo a los COVIRENAS, en el Primer Congreso Nacional, que había que crear asociaciones o algún tipo de figura en cada una de las regiones, porque la gente no tenía recursos para seguir trabajando y sosteniendo el movimiento.

Ya nos habíamos dado cuenta de que habían venido recursos para los COVIRENAS pero eran administrados por otra gente. Incluso hubo una fundación del MINAE que estuvo administrando el recurso, la Fundación de Parques. Después Marcos estuvo trabajando con la Fundación CECROPIA, en Puerto Jiménez, que también recibía recursos para los COVIRENAS. Y después hubo otras fundaciones como CORCOVADO Y CEDARENA que fueron recibiendo dineros. La gente empezó a decir que consideraban que aunque había recursos, los recursos no llegaban. Entonces fue cuando nosotros empezamos a decir que teníamos que crear

alguna organización donde pudiéramos canalizar fondos y donde los mismos COVIRENAS estuviéramos integrados y pudiéramos fiscalizar. Nosotros seguimos trabajando con el movimiento y paralelamente seguimos tratando de crear una asociación.

Lo de la Asociación no fue fácil. En junio del 2002 nos reunimos trece compañeros –incluso hubo dos representantes de los indígenas... No teníamos donde reunirnos, después de la campaña todavía estaba abierto aquí un club político, y nosotros entramos al club, y Marcos les dijo: “Disculpen, es que necesitamos reunirnos pero no tenemos dónde, nos vamos a sentar aquí mientras podemos hacer la reunión.” Entonces el que estaba ahí, responde: “Ah, no se preocupen, aquí se pueden reunir...” Bueno, ya no le quedaba más, estábamos adentro. Ahí fue donde nos reunimos e hicimos la constitución de ASOCOVIRENAS, con ese nombre. Previamente habíamos preparado los estatutos, lo que queríamos hacer. Duramos más de un año para poder inscribirla, fue un calvario. Iniciamos con cincuenta mil pesos y la donación que hizo Elvin Campos, un compañero de Mogos que ahora no está con nosotros, pero en ese momento él nos ayudó. Don Álvaro Ugalde también hizo algunas donaciones para la constitución.

Conformamos la primera Junta Directiva. Estuve todo este tiempo en la Junta Directiva, en una etapa muy difícil, la etapa de inscripción y de echar a trabajar la Asociación. Ahí surge el

embarazo de mi hija Soffa. Cuando salgo del hospital, después de haber quedado muy mal porque fue un parto difícil, llegan Marcos y Juan Figuerola; yo no había podido pasar las actas de todas las asambleas precisamente por el embarazo y el parto, y llegan ellos a decirme que para el día siguiente había que tener todo listo. Mi hija no tenía siquiera tres días de nacida y me tocó sentarme hasta las diez de la noche a pasar eso. Eso es trabajo, eso es sacrificio, eso es entrega. Por eso, cuando a veces surgen cosas en la Asociación, a uno le duele... Para mi la Asociación no es dinero, para mi la Asociación es vivencia, para mi la Asociación es entrega que ha hecho la gente.

Aquí estuvo mucha gente que no está hoy y que estuvo sin dinero y que dio todo. Yo nunca voy a exigirle a nadie que me reconozca pero yo sé lo que he hecho. Yo quiero asegurarme de poder mirar a mis hijos y decirles que tal vez no haya hecho lo mejor, pero que intenté hacer algo. Eso ha sido para mí el movimiento.

Yo lamento mucho algunos acontecimientos que se dieron; me duele mucho el no tener hoy aquí a Juan Figuerola. Él es de San José pero cuando había que dar la lucha estaba aquí con su mochila, durmiendo y comiendo en las condiciones que fuera... ¿Qué decir de muchos otros compañeros que participaron como socios fundadores? Entre ellos: José Alberto Chavarria (Chavita), y nuestro socio honorario Alcides Parajeles.

Yo visto la camiseta municipal, no soy una funcionaria de horario, porque para mi la municipalidad, como gobierno local, es importantísima, juega un papel primordial para el cantón.

Yo he visto mi puesto como una gran oportunidad para seguir en esto, incluso como una gran oportunidad para permear las estructuras institucionales. Desde el año 2000 hemos venido trabajando temas relacionados con el desarrollo y manejo de las áreas costeras, donde el resguardo y vigilancia de los recursos naturales tiene especial importancia, no en vano nuestros esfuerzos y denuncias ante los entes superiores de fiscalización, tuvieron como resultado el Informe 32-2004 emitido por la Contraloría General de la República, relacionado con el manejo de la zona marítima terrestre en el cantón de Golfito, que evidencia el total abandono en que se encuentran los recursos naturales, así como los debates de los daños ambientales causados por la Empresa Palma Tica en el sector de Cañaza de Puerto Jiménez.

No me he desligado de la Asociación pero procuré estar en otro sitio, no tomando decisiones con la Junta Directiva –pues puede surgir algún conflicto de intereses en caso de enfrentarse con la Municipalidad–. Para mí es importante que, a pesar de que hoy ocupe un puesto como este, los compañeros me sigan viendo como lo que yo soy. Todos los compañeros siguen confiando en mí. Toda esta experiencia tiene que servir para que las instituciones entiendan que la participación ciudadana

logra transformar las instituciones y a la misma comunidad, y que logra que juntos veamos qué cosas mejores se pueden ir haciendo... No necesariamente tenemos que enfrentarnos. Hay que entender que las municipalidades tienen sus problemas y están formadas por seres humanos que llegaron ahí por un partido político, y ese partido político no les dijo ni siquiera lo que había que hacer, el enredo en el que se iban a meter.

Cuando el nuevo Concejo Municipal ingresa, en mayo del 2006, yo era digitadota municipal. Ellos se encuentran con problemas muy graves de la administración anterior, se encuentran prácticamente sin secretario ni Secretaría Municipal. Entonces tuve que asumir la responsabilidad de acompañar al Concejo municipal, porque el día que al Concejo le tocaba juramentarse, el secretario no estaba. En diciembre del año pasado me nombraron Secretaria Municipal. Es un reto pasar de ser digitadora a ser la Secretaria del Concejo Municipal, poder acompañar a la mayor instancia política de la municipalidad. No ha sido fácil el trabajo porque hay diferentes intereses, hay diferentes partidos políticos y uno tiene que tener cuidado para hacer ciertas cosas, porque es un subordinado. Yo he empezado un trabajo, primero, con la Contraloría General de la República, diciéndoles: “Bueno, entonces díganme qué hago, legalícenme las actas.” He ido avanzando en ese sentido, de lograr mayor información y que la gente sienta mayor transparencia hacia lo

que el Concejo está haciendo. En este momento estoy en eso.

A mi compañero actual, lo conocí trabajando en la Municipalidad, en el año 1999. Él trabaja con el Ministerio de Seguridad Pública desde hace veinticinco años. Yo tenía que hacer labores de inspección y ahí nos conocemos. Cuando se habla de una persona que trabaja para el Ministerio de Seguridad Pública y uno ha visto como fueron aquellos que reprimieron huelgas, es un poco difícil. Yo no quería tener ningún tipo de relación con él; sin embargo, precisamente por tener que hacer trabajos con él, lo traté y vi que es un buen hombre. El es originario de San Carlos; el año en que nació mi hijo vino acá, lo trasladaron desde Upala para Golfito. Es un hombre muy comprensivo y un policía que sabe que tiene que cumplir con su deber y que está sensibilizado. Es un hombre ya maduro y Sofía es su primera niña, entonces se dedica a su vida familiar. Desde hace siete años convivimos y la relación ha ido muy bien.

En cuanto a los estudios, yo había llevado algunas materias con la UNED y en algún momento vi, entre las carreras que dan ahí, la de Técnico en Gestión Local. Entonces le comenté a don Álvaro Urbina que me parecía que eso debía desarrollarse acá. Incluso lo pensé en función de los funcionarios municipales. Las municipalidades no pueden seguir siendo solamente las que cobran impuestos y no saben qué hacen las comunidades para sobrevivir; tienen que saber cuál es el desarrollo económico



y social de las comunidades, tener una base de datos de qué organizaciones hay y qué están haciendo.

ASOCOVIRENAS estuvo gestionado que se diera la carrera de Técnico de Gestión Local y diciendo qué es lo que queremos, pues no se trata de que nos den un cartón. El perfil de los participantes debía ser bien escogido, la UNED debía prestar atención a que no cualquiera podía venir, era gente que después iba a adquirir un compromiso, no con ASOCOVIRENAS sino con la región.

En una reunión le dijimos a la UNED que considerábamos que la gente tenía que cumplir con el requisito de bachiller, ¿pero y la gente que no tenía bachiller y tenía toda una experiencia de vida y de lucha? Gente que trabajaba en juntas de educación o en acueductos rurales y que no saben ni leer ni escribir, pero que gestionan y hacen cosas.

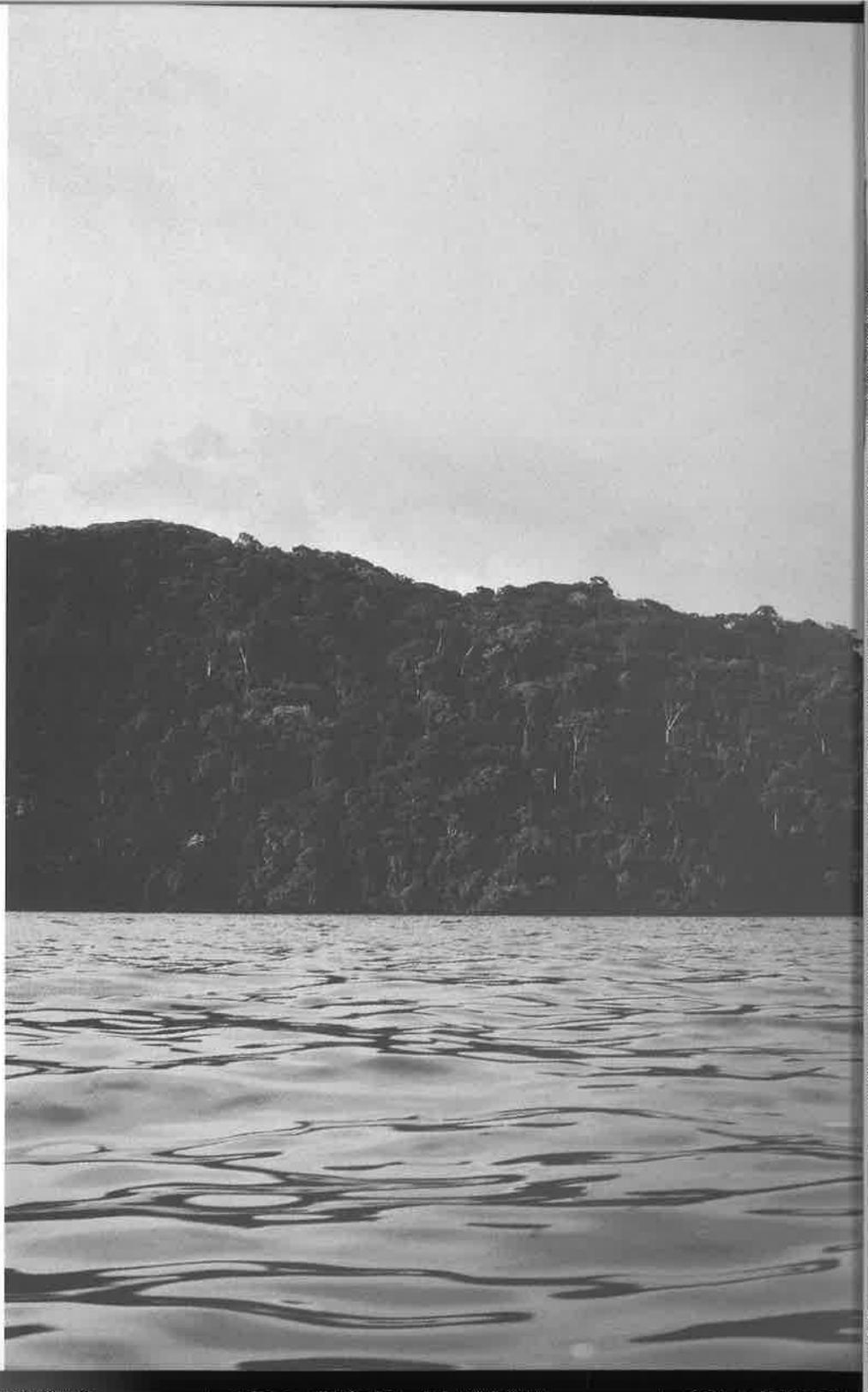
La carrera se abrió en el 2004 y duró dos años y medio. Yo estuve en el primer grupo; fue cuando surgió el embarazo de Sofía y pensé que no iba a poder continuar.

En el transcurso de la carrera hubo que discutir fuerte porque la gente tiene puntos de vista diferentes. El Técnico de Gestión Local para mí también fue una gran oportunidad de tener el cartoncito que me acredita, porque eso también lo hace a uno sentirse bien, uno personalmente tiene sus aspiraciones, pero más que todo haber participado a la par de gente que, sin tener el

bachillerato, te enseñan, que conocen también la problemática de la región... Durante esta época de estudio, a partir de todas las necesidades, se formularon varios proyectos que hoy tenemos el compromiso –junto con la Universidad Estatal a Distancia– de echar a andar.

Hoy siento que soy más que una mujer religiosa, espiritual. Eso para mí es una experiencia: para mí el mensaje de Jesús es la experiencia viva de estar ahí con la gente, de poder ayudarles desde su misma perspectiva, no eso de esperar solamente llegar al cielo para mejorar mis condiciones, o sólo esperar ciertas cosas. Creo que hay hombres dentro de la Iglesia, dentro de cualquier religión, creyendo en otra dimensión de la fe. Y creo que también eso ha marcado mi vida, pienso que en alguna forma ha ido moldeándome los pasos a seguir, seguimos en la lucha de cada día, en el trabajo, en la organización, como diría el escritor ruso Gorki: “Por el mundo, mis universidades”.

Y ahí estamos con esta historia.

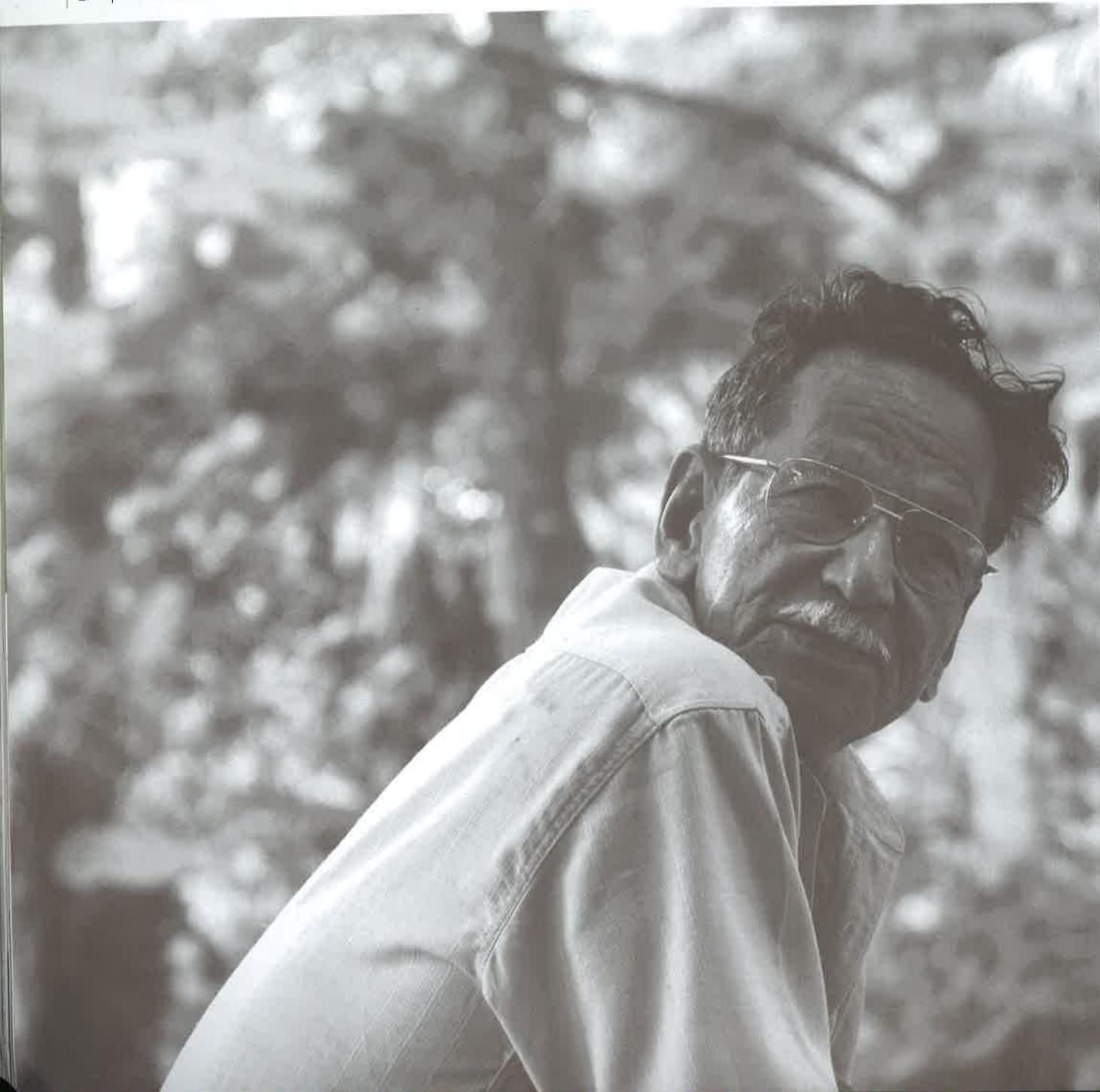




## Enrique Beita Elizondo

*Caracol de Corredores*

Fuerte como un viejo Amarillón de los que cultiva y siembra hoy en su pequeña finca en Caracol de Corredores, Enrique Beita fue agricultor, futbolista aficionado, agente de policía y funcionario municipal. La lucha por la supervivencia lo sacó de su Sierpe natal, y la lucha por el agua lo llevó a la conservación y a su cargo actual de Secretario en la Junta Directiva de ASOCOVIRENAS.



Nací en Sierpe de Osa un 15 de julio de 1935. Mi papá Antonio Beita Navas, nacido el año 1903, y mi mamá Petronila Elizondo Estrada, eran nativos de Buenos Aires, y mis abuelitos, por ambos lados, de origen panameño, de David o por ahí. Mi padre fue a Sierpe a abrir finca, a botar montaña, en el año 34, y yo nací un año después. Fuimos diez hermanos. Cuando mi padre entró a Sierpe eran cuatro o cinco familias lo que había ahí. Había un señor a quien conocí después, ya muchachillo, Ezequías Alfaro, y un Dionisio Mora con su familia. También una tía, hermana de mi padre, vivía ahí cuando él llegó.

Papá me contaba que cuando hizo esa finca, los chanchos de monte llegaban a la socola, los zainos, cantidades de pava negra que llamaban; monos colorados, danta, tigres... Como había tanta cacería el tigre no le hacía daño a la gente.

En ese entonces, para llegar a Sierpe se viajaba de Puerto Cortés a pie. El pueblo más cercano estaba como a una hora de donde vivíamos. En cuanto a la educación, nosotros aprendimos algo pagando a un señor que iba a darnos clase a la casa, pero no había escuelas. Estaba como de unos nueve años cuando mandaron el primer maestro a Sierpe.

Mi padre sembraba mucho maíz, con eso engordábamos cerdos y, como casi no había comercio, los cerdos se engordaban para el gasto. Por épocas mi padre tuvo una carnicería campesina y

le vendía carne a los vecinos. La carne de ganado valía seis reales, setenta y cinco centavos la libra. La manteca de cerdo era la única, no existía la manteca blanca. Todos comíamos con manteca de cerdo: se engordaban los cerdos, se freía el chicharrón, la manteca se envasaba en latas. Ahí tenía la manteca para un montón de tiempo.

Con algunos vecinos usábamos el trueque. Teníamos una vecina que era de las que vivía ahí cuando papá llegó, una indígena Terraba, le decían doña Chica. Tenía ganado, cerdos y bananales... ¡Hizo plata! Mi padre se llevaba muy bien con ella. Doña Chica le decía a mi tata: "Toño, voy a matar un chanchito, quiero que me lo vengás a matar." Y había que alistar todo, dejarlo frito todo, salada la carne. Si mi tata necesitaba carne, doña Chica le prestaba. Papá le decía: "Bueno, me das un cuarto." Y no lo pesaban, era al ojo. Allá, al mes o mes y medio, papá mataba un cerdo e iba y le dejaba el cuarto de carne a doña Chica, toda una pierna. Y la manteca lo mismo: cinco o diez botellas de manteca prestada para mientras matábamos el cerdo. Si nosotros teníamos arroz o maíz y al vecino se le terminaba, se prestaba un saco o dos, y cuando él cortaba el arroz, lo devolvía.

Igual con la plata. Papá le decía al hijo mayor —Rafael se llamaba—: Rafael, vaya a donde doña Chica y dígame que me preste doscientos colones. Doña Chica tenía plata pero doscientos colones era un platal, era como hablar hoy de veinte mil pesos. Eran unos bi-

lletotes de cien pesos, gruesos, anchos. Entonces había que irse en bote, unos quince minutos al canaleta. Apenas entregaban el banano y se lo pagaban, papá le mandaba los doscientos colones.

Con el tiempo se fueron metiendo más finqueros. Llegó una época cuando se empezó a sembrar banano en Sierpe. Papá sembró banano, fue uno de los finqueros que tuvo bastante banano y con eso hizo platilla, agrandó la finca y pudo comprar la primera novillita. Ahí comenzó con el ganado.

En ese entonces papá tenía tres muchachos ya hombres, tres hermanos que ya trabajaban en la finca, y también tenía conocidos del lado de Buenos Aires. Entonces varios muchachos jóvenes se vinieron y aprendieron a trabajar ahí. Después se agregaron otros finqueros y los peones se alternaban, le cortaban o le hacían chapias de bananales a mi tata y también a otros.

Por el río entraba un remolcador, un barquito de mucha fuerza que traía unos lanchones con bodega, planos por encima, nada más con un timón. Venía un timonero y el remolcador lo traía jaladito. Lo mismo hacían cuando iba para afuera cargados de banano. Después de la desembocadura, le ponían dos lanchones a cada remolcador y así se iban hasta Puntarenas. Hasta allá iban algunos de los finqueros para que les pagaran: se iban en el lanchón ese y se venían en otra lancha, porque había servicios de lanchas que entraban por el Terraba

hasta Cortés, que entonces empezaba a surgir como puerto.

Yo estaba muy güila cuando los de la Compañía vinieron a trabajar en el puerto del Golfo y en la línea férrea. Comenzaron a sembrar en algunas partes acá. Entonces yo salía de Sierpe a Cortés a caballo, arriando ganado. Con una bestia buena se duraban como dos horas y media, un poquito más. Cortés ya era un pueblo grande y había mucha gente que la compañía trajo de Guanacaste, nicaragüenses y hasta negros de Limón.

Una de las partes que agarró mucho auge en esa época fue Palmar Sur, toda esa bajura del Terraba hacia la orilla del Sierpe. La compañía acaparó todas esas tierras y comenzaron a hacer los cuadrantes en un montón de fincas con maquinaria pesada, con dragas hacían canales. Pasar por donde estaban haciendo un cuadrante era todo un espectáculo: ese montón de gente trabajando, jalaban el material del Terraba...

Los trabajadores vivían en barracones y había unos baches especiales y unas casas para los mandadores. Los baches se dividían en tres: una familia agarraba un tercio y en la parte de abajo cocinaban y estaba el comedor, la parte de arriba era para dormir, de pura madera.

Entonces ya estaba la línea para llevar el banano desde la zona baja, en Palmar, hasta Golfito. Eran un montón de fincas: finca uno, finca dos, finca tres,

finca cuatro... hasta finca diecisiete. Después abrieron finca diecinueve y veinte, que eran casi en manglares. En el apogeo de la bananera había fincas que tenían más de 100 trabajadores.

Los domingos jugaban en las plazas los equipos de diferentes fincas. Era todo un movimiento para los que vivíamos allá. Recuerdo que nosotros salíamos a caballo, pasábamos por el frente de los cuadrantes y a veces había cuatro equipos jugando en sus campeonatos. Los finqueros sacaban sus productos para irlos a vender a los cuadrantes... A nosotros nos favorecía mucho; había algunas fincas más accesibles para ir a vender algo: finca dos y finca siete eran las más cercanas. Cada doce o trece días había pago en la Compañía. Imagínese ese Palmar Sur, que era el pueblo principal y donde estaba la mayoría de los grandes jefes.

A veces el tren se tomaba en Finca Doce o a veces llegaba a Sierpe y uno podía tomarlo y venirse a Palmar o a Golfito. Ese era un paseo largo. El tren se agarraba como a las siete y venía uno llegando como a la una de la tarde, porque por las fincas venía parando y bajando gente.

También había el *tren local*, como le decían, que jalaba leña, arroz, frijoles, maíz, lo que la gente montara, hasta ganado, ya fuera para llevarlo a Palmar o para venir para acá. Uno se decía: Bueno, tengo que arrimar ahí veinte reses... Entonces hablaba con los jefes en la Compañía y tal día llegaba el *tren local* con los vagones

para tantas reses. Por el lado de Finca Veinte la gente picaba leña de mangle y hacían las cargas, y pasaba el ferrocarril y comenzaban a cargar, pues las señoras que le vendían comida a los peones compraban ese montón de leña y el tren se las dejaba a la orilla de la casa.

Yo nunca trabajé en la bananera pero participé jugando bola con equipos que había en las fincas de la Compañía. Se iba uno y hacía sus partidos, duraba todo un domingo. De mi familia ninguno trabajó ahí porque papá nos ocupaba en la finca: teníamos tamaño poco de ganado, bestias, cerdos...

Cuando terminó la época del bano en Sierpe y siguió la Compañía, algunos finqueros quedaron con fincas ahí, pero era difícil: el médico había que irlo a ver a Cortés, donde atendía el doctor Tomás Casas, un doctor blanco, creo que español.

La compañía manejaba dispensarios en ciertas fincas, ahí mantenían un boticario o regente, que era el que sabía explicar o, en caso de emergencia, curar una herida. Los casos graves los llevaban a Palmar, donde en aquel entonces estaba el dispensario más grande, o a Cortés o a Golfito, donde estaba el único hospital. Había la ventaja de que también venían aviones a Palmar y a Golfito. Si era el caso de llevar a alguien a San José, LACSA y TACA volaban aquí en ese entonces. Tuve la oportunidad de viajar algunas veces con LACSA a San José.

A Puntarenas también logré ir varias veces. Nosotros sembrábamos arroz en la finca que teníamos en Sierpe, lo almacenábamos durante quince o veintidós días, lo secábamos, entre varios pedíamos una lancha y llevábamos el arroz al muelle en Puntarenas, donde los comerciantes lo esperaban a uno. Recuerdo que una de las últimas veces que fui a Puntarenas llevaba como cincuenta y cinco o sesenta sacos de arroz y los vendí bien, a sesenta colones, con todo y el saco: un saco de gangoche de lista azul, como de yute, muy bueno. Eso fue como en el año 55 o 56. Esa fue la última vez que sacamos arroz a Puntarenas, porque después, con la construcción de la carretera Interamericana, ya venían los camiones, aunque a Sierpe no podían entrar todo el tiempo porque los caminos eran malos.

Hubo una época muy buena produciendo plátanos, y otra en que estuvo saliendo muchísimo arroz. Hasta los nicaragüenses venían a comprar plátano, pero luego le cayó el moco al plátano y fue devastador. Cuando llevábamos el arroz a Puntarenas, todo era a mano, pero después la gente fue mecanizando pedazos de tierra: cinco, diez hectáreas o hasta más. Pero idiay... Todo va pasando, como que va decayendo, las cosas van quedando en manos de mayoritarios... Un chapulín valía como sesenta mil pesos, era mucha plata. Un carro, un *pick-up* nuevo, sacado de la agencia, valía como cuatro mil. Y entonces comenzó a ponerse difícil porque el combustible se puso caro y ya a la gente, al medio que a veces mecanizaba el terreno

o a algunos que tenían maquinaria, les cobraban mucho por hectárea.

Yo tenía algunas conexiones y, en el año 64, me nombraron Agente de Policía en Sierpe. Estuve como año y seis meses en eso, era el tiempo en que había apogeo de arroz y plátano. En el año 71 me nombraron Administrador de las Rentas de la Municipalidad de Osa. Ahí estuve cinco años. Me tocó ir a parar camiones porque no pagaban los impuestos... En ese entonces había un impuesto cochino -10 colones- que cobraba la Municipalidad por cada camión de madera. En el año 75 Osa no tenía Delegado Cantonal de la Guardia Rural y unos amigos me propusieron. Un día me sorprendieron: "Mirá, nosotros quisiéramos proponerte para Delegado Cantonal." Les expliqué que yo estaba por irme porque la Municipalidad me iba a liquidar, pero ellos me dijeron que tenía que resolverles de un día a otro, porque tenían que mandar el telegrama. Al día siguiente les dije que aceptaba la Delegación en plan de prueba, con el compromiso de parte de ellos de que no intervinieran políticamente en mis actuaciones como Delegado Cantonal. Me lo prometieron y de veras lo cumplieron. Ahí me estuve año y resto, hicimos por primera vez la Delegación Cantonal en Osa, que yo atendí bastante bien. Encontré una delegación deteriorada, no habían armas, no habían capas, no había botas, el salario era malo... Renuncié porque no habíamos terminado la Delegación Cantonal, cuando el Director de la Guardia Rural me hizo un traslado a Villa Neilly. Nosotros

teníamos que construir una delegación en Draque, una en Domatical, quedaron los materiales para una en Uvita, construimos un pequeño puesto de guardia en Olla Cero y otro en Sierpe, teníamos que modificar la de Palmar Norte. Yo tenía interés de trabajar por la región, pero por asuntos políticos me mandaron a Villa Neilly y me dejaron truncado todo el programa. Entonces le puse un telegrama al director: "De mantenerse el traslado, renuncio a partir de tal fecha." Y listo. Me fui para la casa. De ahí para acá no volví a trabajar con el gobierno.

Como en el 78 empezamos a tener problemas con una gente que llegó del lado de Quepos y Parrita, de esos lados, y comenzaron a meterse a la finca. Recuerdo que mis hermanos tenían un rancho en una finca y un día de tantos que llegaron estaba la gente metida en el rancho. Agarraron el rancho porque no había nadie, así era el sistema de esa gente.

Los precaristas me invadieron dos veces. La primera vez los saqué con la Guardia, les gané el pleito; la segunda vez tuve una invasión como de nueve o diez y me hicieron daños, pero yo ya tenía la escritura. Cuando ya iba a haber una orden de desalojo, el IDA tomó la decisión de expropiar las fincas de los hermanos Beita. Entonces yo ya había hecho un negocio de boca con mi hermano Rafael y le cedí lo mío para que él hiciera un solo paquete con la venta. Rafael le compró una parte a mi padre al lado izquierdo del río, papá se quedó con la parte de

la derecha del río, donde teníamos otra finca que fue donde yo viví de último.

Yo tenía una finca pegando a lo que era la fila –lo que es hoy el camino que va del río Sierpe hacía donde llaman Sábalo y Potrero; bueno, hasta Rancho Quemado puede uno ir por ahí, por tierra–. Entonces había una fila divisoria, yo llegaba hasta esta fila y mis hermanos estaban del otro lado. Nosotros quisimos conservar la montaña que estaba pegando a la fila y fue ahí donde los precaristas se dieron gusto desbaratando montaña. Porque en ese entonces ya pensábamos en trabajar algunas áreas más adecuadas para pastos y dejar áreas de montaña, pensando en el futuro, decíamos nosotros. Ya en ese tiempo se pensaba en el valor de la madera. Para los precaristas no fue igual que lo que me tocó a mí, voltear madera o montaña a pura hacha. Ellos tenían motosierras. En la finca mía hicimos una voltea, creo que eran unas diez hectáreas, pero seleccionando, botábamos y dejábamos orillas de montaña donde habían nacientes. Después botábamos por sectores y aún así dejábamos árboles maderables que podían salvarse. Pero los precaristas agarraban la sierra e iban desbaratando todo. No respetaban las orillas de las quebradas, dañaban mucho. Después esas quebradas se secaron. En ese entonces la madera no era negocio, se ocupaba nada más lo que utilizara uno en la casa. Después, en los años 80, comenzaron a entrar los madereros: cortaban la madera, la tiraban al agua la amarraban, le ponían un

remolcador y se la traían remolcada por el Sierpe.

Papá se vino para acá, para el lado de Caracol, en el año 78. Una hermana, la menor de nosotros, se había casado con un hombre de aquí, y el padre le había dado esta finca en herencia al muchacho. Entonces se pusieron de acuerdo y papá le compró diez manzanas en cincuenta mil pesos, que sembraron mecanizado de arroz. El Consejo (CNP) hizo por ahí unas oficinas para recibir y comprar arroz, maíz y frijoles... Toda esta finca la llegaron a mecanizar. Después papá dejó de sembrar porque ya no era muy rentable: esto era poco, entonces venía el problema de que el que tenía la maquinaria le cobraba mucho, y pensar en sembrar, digamos, ocho hectáreas de arroz y cortarlas a mano, era imposible...

Algunos hermanos se quedaron en Sierpe pero yo decidí venirme para acá por la familia, por asuntos de colegio y porque el hospital está más cerca y la señora tenía algunas enfermedades que había que controlar. Cuando papá se vino, me dijo que iba a hacer una casita y que viniera y le ayudara. Yo medio le hago a la carpintería, entonces se arranchó mejor y me regaló un lote allá afuera.

Yo llegué aquí exactamente un 6 de julio del 83. Me vine en un *pick-up* y traía los chunches, y mandé a la familia, que eran diez hijos, en Tracopa desde Palmar Sur.

Una cosa que vi ya en el 84 fue la necesidad del agua potable. Yo estuve en Puerto Cortés trabajando con la Municipalidad y me di cuenta que las escasez de agua en ese cantón son tremendas. En Sierpe nos criamos con agua contaminada, ríos, quebradas, depósitos... Cuando llegué a Caracol y vi el panorama, como que Dios me iluminó... Veía esos cerros y me decía: Aquí tiene que haber buenas aguas, no me voy a quedar aquí sentado viendo correr los ríos, vamos a ver qué hacemos.

Se me metió la idea de que deberíamos de construir un acueducto y, desde luego, la idea de que las nacientes de agua necesitan áreas de conservación suficientes. Empecé a hablar con la gente y fuimos a hacer unas inspecciones arriba donde estaban unas nacientes, conversé con los señores de Acueductos, los invité, fuimos allá e hicimos unas medidas de cuanto producían las nacientes, en la finca de quién estaban... Aquí en Caracol había una Asociación de Desarrollo pero no funcionaba muy bien. Entonces formamos un comité, y para decirle la verdad, el comité que formamos se desintegró varias veces, pero yo no me desintegré.

El río Caracol es la división territorial entre Corredores y Golfito. Del otro lado del río hay una escuela, y en la parte de arriba hay otra. Entonces pensé que haciendo un acueducto que abarcara las dos áreas, los dos cantones, tendríamos más fortaleza. Y en realidad así fue... En una reunión

les dije que nosotros teníamos que trabajar en un acueducto que nos sirviera treinta años, no para dos o tres años; que cuando en los pueblos se iniciaba una obra, siempre se querían las cosas ya, pero que no era tan fácil, que yo quería que nos ayudaran a formar o hacer un acueducto para las generaciones que no habían nacido. Posiblemente había gente que decía que yo era un tonto. Y en marzo del año 89, la generación que no había nacido cuando nosotros empezamos, entró a la escuela y bebieron agua del acueducto.

Después de casi de siete años de lucha, dejamos el acueducto funcionando. Yo era presidente del Comité en el 89, cuando lo estrenamos. Estuve como presidente en la asociación dos años, después salí y quedaron otros. Lo primero que se compró para proteger las nacientes, estando yo en la presidencia del Comité, son unas diez hectáreas, pero después, cuando ya había otros compañeros en la Junta, se compró otra área, siete hectáreas y media, y ya casi todo está reforestado. Allá, en el primer terreno que compramos, hay unos árboles, los primeros amarillos que sembramos –el 19 de octubre de 1999– que ahora están como de 10 a 15 metros de altos y ya echan semilla. Cuando las cosas se hacen sin egoísmos personales siempre tienen buen fin, porque muchas buenas obras se han paralizado por chismes, egoísmos y siempre habrá gente que nos trata de desmotivar y por celos no se avanza, y las comunidades caen en el conformismo.

Hoy tenemos más de ochocientos abonados, producimos cualquier cantidad de agua. Tenemos un tanque de almacenamiento de seiscientos metros cúbicos, el más grande de la región. En algunas ocasiones el ingeniero encargado de las obras rurales me decía que para qué un tanque, y yo le decía: "Mire, es que nosotros tenemos una extensión de tubería con un terreno muy accidentado, muy quebrado, si tenemos un fenómeno natural que nos desbarranque un poco de tuberías, nos quedamos sin agua, y tener un montón de abonados sin agua es responsabilidad de la Asociación." Entonces consideraron lo de la construcción del tanque.

Una de las primeras veces que participé en las reuniones del MINAE, invitado por Marcos Castro, fue aquí en Abrojo, donde llegamos un montón de gente. A mi me gustaba el trabajo o la iniciativa de motivar la gente para que defendiéramos los recursos naturales, pero todavía no teníamos una organización. Los del MINAE eran los que hacían el manejo de cuánto se pagaba de viáticos o el carro que transportaba a la gente... Contrataban a una persona que hacía toda la comida y nos dimos cuenta de que habían ganancias. Eran muchas reuniones... Por último, una vez, en Puerto Jiménez, rompí el silencio y les dije a los compañeros que no podíamos seguir detrás de los dirigentes de MINAE, les propuse que nos organizáramos en una asociación independiente, una asociación de los COVIRENAS, que ahí íbamos a ver qué nombre le poníamos y un montón

estuvieron de acuerdo. De ahí salió la idea de constituir un grupo de COVIRENAS en una asociación.

Yo hallo que ha sido un éxito llegar hasta donde estamos, porque en estos tiempos tan difíciles, cuando todos tenemos nuestras obligaciones, salimos de nuestra finca a una reunión, a veces todo un día o a veces dos días, y somos simple voluntariado participando en la defensa de los recursos naturales, escuchando, atendiendo a los demás, con el fin de que se llegue a defender y valorar lo que tenemos en la región...

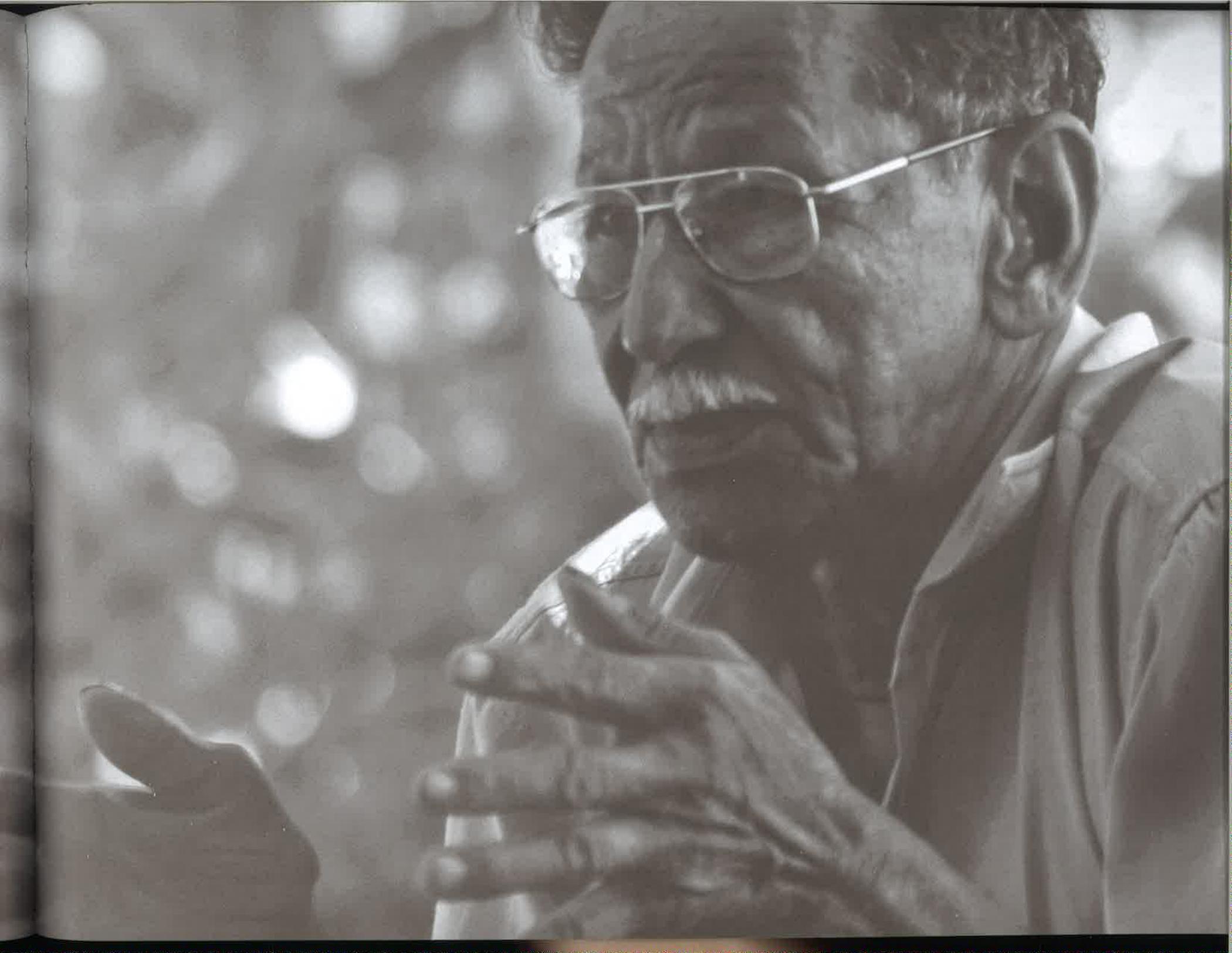
Esta finquita donde vivo tiene un poco más de veintitrés mil metros cuadrados. Cuando mi padre me regaló esto, me dije: "Bueno, qué voy a hacer, voy a hacer algo diferente..." Corredores es el cantón más deforestado de toda la Zona Sur y lo sigue Golfito. Entonces, conociendo el panorama y siendo uno de los fundadores del acueducto, pensé que una de las buenas cosas era defender el recurso hídrico y enseñar a la gente, o ir motivando a la gente para que siembren madera.

Desde el primer año comencé a hacer un vivero y comencé a identificarme sembrando, vendiendo arbolitos. Fui agarrando práctica, de manera que hoy siembro cien árboles y no se me mueren cinco. He querido hacer aquí un jardín de especies para que esto sirva como escuela para las futuras generaciones que se están levantando: que vengan a conocer qué es un cachimbo, qué es un ronrón, qué es un jenízaro, que es un cocobolo... Ahorita tenemos

más de cien especies, pero quiero ver si en el transcurso de este año podemos llegar a ciento cincuenta.

Esta finca la habían barrido con tractor, aquí no había nada. Comenzamos sembrando porós y hasta guarumos para postes de cerca. Todo lo que hay aquí es sembrado. Le he vendido a COOPEAGROPAL y a otra gente árboles de varias clases. He donado árboles a escuelas, hemos participado, ahora como ASOCOVIRENAS, en educación ambiental con niños, con maestros. Hace poco fuimos dos días con los niños de la Escuela Central de Golfito a reforestar arriba, en la fuente. Cada día se sembraron como cincuenta arbolitos, como acto simbólico. Una de las cuñas que siempre meto es que las futuras generaciones deben de ir aprendiendo. Si comenzamos a trabajar hoy sembrando árboles, reforestando áreas y enseñando a los niños a valorar qué es un vaso de agua, ellos van a grabar eso y van a aprender que un árbol no sólo nos da ramas o frutos, también tienen gran importancia para la protección. Yo he querido ser un ejemplo para mi familia, y siempre digo: "Yo deforesté en Sierpe pero aquí estoy devolviéndole un poquito a la naturaleza." Y trato de dejar esta pequeña finca como un patrimonio familiar, para que mis nietos tengan donde trabajar y no regalar las fuerzas a las empresas. Espero en este año comercializar más de cinco mil arbolitos.







## Ricardo Araya Piedra

*Cerro de Oro de la Palma de Osa*

Com una larguísima trayectoria en el movimiento cooperativo y en el movimiento campesino, este nativo de la Zona Norte terminó con un pie en la Península de Osa y el otro en Puntarenas. Su testimonio de las luchas campesinas de los años 80 y 90, así como su liderazgo en una experiencia pionera del ecoturismo en el país, arroja interesantes detalles,

Nací y crecí por La Palmera, en San Carlos, allá, en la Zona Norte. Mi familia es la creadora del distrito de La Palmera; es más, el Bajo de San Rafael de La Palmera se llamaba Bajo de los Araya. Mi papá, mi abuelo, mis tíos, crecieron allá, expatriados porque mi abuelo atentó contra Rafael Iglesias cuando se quiso hacer dictador. Mis tíos se criaron en San Carlos y con en el tiempo emigraron para diferentes lados del país.

Somos doce hermanos, ocho hombres y cuatro mujeres. Éramos dieciocho, pero por la pobreza y por las limitaciones de entonces, murieron seis. Yo soy el tercero vivo. Crecimos muy relacionados con los abuelos paternos y maternos. Cuando mamá se iba a mejorar, que era a cada rato, mi abuela nos cuidaba. Mi abuelo por parte materna vivía por Ciudad Quesada y llegaba periódicamente a hacer yugos. Fue uno de los mejores yugeros de San Carlos; era capaz de hacer un yugo para un buey que tuviera un cacho defectuoso.

Mi tata y mis tíos sembraban maíz, frijoles, arroz, malanga y tiquizque, un poquillo de café y criaban chanchos. Al ser fundador, mi tata se habían quedado con muchas tierras, pero luego le fue dando a otra gente para ir colonizando y al final quedamos con muy poca. Además, eran tantos hijos para mantener que tuvo que ir vendiendo.

Crecimos en una familia campesina, muy religiosa. Yo era el primero en la familia y casi del distrito de La Palmera que iba a estudiar al colegio y mi

papá estaba feliz porque creía que yo iba a ser cura. Mi tata era analfabeto pero era el rezador; entonces yo tenía que leerle las letanías, el trisagio, la pasión, y anduve con él en todos los rezos y rosarios. Además pescaba en el Río San Rafael. Siempre me gustó la pesca, nunca la cacería. Mi tata sí era cazador, no había que salir muy largo de la casa para cazar un tepezcuintle.

De chiquillos salíamos de la escuela y había que ir a dejar el almuerzo y de una vez ir a arrancar frijoles o a aporrear arroz, a coger maíz, a coger café. Cuando estaba en el colegio me ganaba algunas chambas cortando caña o cogiendo café. Recuerdo que los primeros centavos que me gané, fue llevando a gente que llegaba de Ciudad Quesada a pescar. Yo era un experto pescador, mi tata me había enseñado.

Caminábamos media hora de San Rafael a La Palmera. Ahí hice la escuela primaria. Luego estuve tres años en el Liceo de San Carlos y después en el Colegio Agropecuario de Santa Clara. Para ir al colegio viví tres años en ciudad Quesada, donde una tía, y me crié con mis primos.

El paso a ciudad Quesada fue difícil. Yo no había tenido novia, ni roce, no tenía mucha ropa para salir al cine, para ir a fiestas, entonces me mantenía un poco aislado. Me ayudaba mucho que era un buen estudiante y me buscaban para estudiar.

Donde mi tía eran pobres y ella tenía un régimen muy estricto de trabajo

para todos. Tenían unas vacas para ordeñar y antes de irme al colegio tenía que arrear las vacas o moler las tortillas, porque se molía todos los días. El régimen de estudio y trabajo nunca me molestó; además hubo la libertad de no tener que ir a misa todos los días, porque mi tata se equivocó, yo jamás iba a ser cura. Siempre he sido rebelde, antirreligioso y ateo desde hace mucho tiempo, desde casi toda la vida.

Me iba los fines de semana con mis primos a cortar y sacar madera a la Fortuna de San Carlos, a trabajar con camiones o a cargar granos en el muelle de San Carlos... La cosa era ganarse algunos céntimos y me hice como hermano de ellos.

Después me fui al Agropecuario de San Carlos, becado e internado. Ahí había que levantarse a las cinco de la mañana a hacer trabajos de campo y se daban clases hasta la noche. Era una disciplina dura que nos enseñó mucho. Ahí había gente que tenía mucho dinero, hijos de finqueros de guanacaste, hijos de diputados, de empresarios. Era una mezcla muy interesante: gente que no teníamos nada pero éramos agricultores y sabíamos trabajar y no nos arrugaba coger el machete, y otros que llegaban y tenían enormes problemas cuando los mandaban a chapear. Todo el mundo tenía que ser parejo, no había diferencias para nadie. Ese compañerismo que se fomentaba ahí hacía que uno no viera diferencias: alguien que tenía mucho dinero dormía a la par y en las mismas condiciones que alguien que venía de cualquier

lado. Había que integrarse, servir la comida, cocinar, lavar trastos y limpiar la finca, ver los chanchos... Sólo había un mecánico y un ayudante, lo demás teníamos que hacerlo los estudiantes con apoyo de los profesores. El régimen satisfacía, lo llenaba a uno de experiencias muy ricas.

Al cura Eladio Sancho, que era como el dios, el mandamás del colegio, le hicimos una huelga porque echó al que era nuestro líder y como un ídolo, el Padre Rojas de Palmares, que era sociólogo y nos daba sociología rural.

Debí salir del Agropecuario en el 68, pero el 1ro. de diciembre, jugando bola, me fracturé y tuve que ir a San José a operarme. Entonces no pude hacer los exámenes y saqué el título hasta el 69. Ahí me hice perito agropecuario, bachiller profesional, que era lo que se sacaba en ese tiempo.

Salí del colegio operado, enyesado; fui e hice mi examen de Química en Desamparados, lo gané. Con cien colones me paré en la Estación del Atlántico y me dije: ¿Me voy para La Estrella o me voy para Guápiles? Me fui para Línea Vieja con 50 pesos en la bolsa. Allá estuve año y resto trabajando para BANDECO. Aprendí mucho de banana, me distinguieron, me capacitaron, al final me tomaron confianza e incluso me enviaron a San Carlos a buscar algunos compañeros para trabajar. Me formé mucho.

De pronto la Compañía quería que usáramos una placa así de grande que

decía Del Monte, con un overall tipo americano. Entonces ya no éramos inspectores, nos iban a convertir en agentes. Y yo dije: “Yo no soy agente de ventas, es más, yo no puedo usar ese uniforme con estos calores. ¿Quién me obliga? Mi contrato no dice eso.” No me lo puse y me fui.

Me vine a Coto 47 a buscar trabajo y me mandaron a Palmar. Era el asistente del administrador de la finca. Yo había aprendido bastante, entonces rápidamente me ubiqué en un nivel de confianza, tanto en la empacadora como en el campo.

A los tres meses me llegó un telegrama de mi casa diciendo que necesitaban

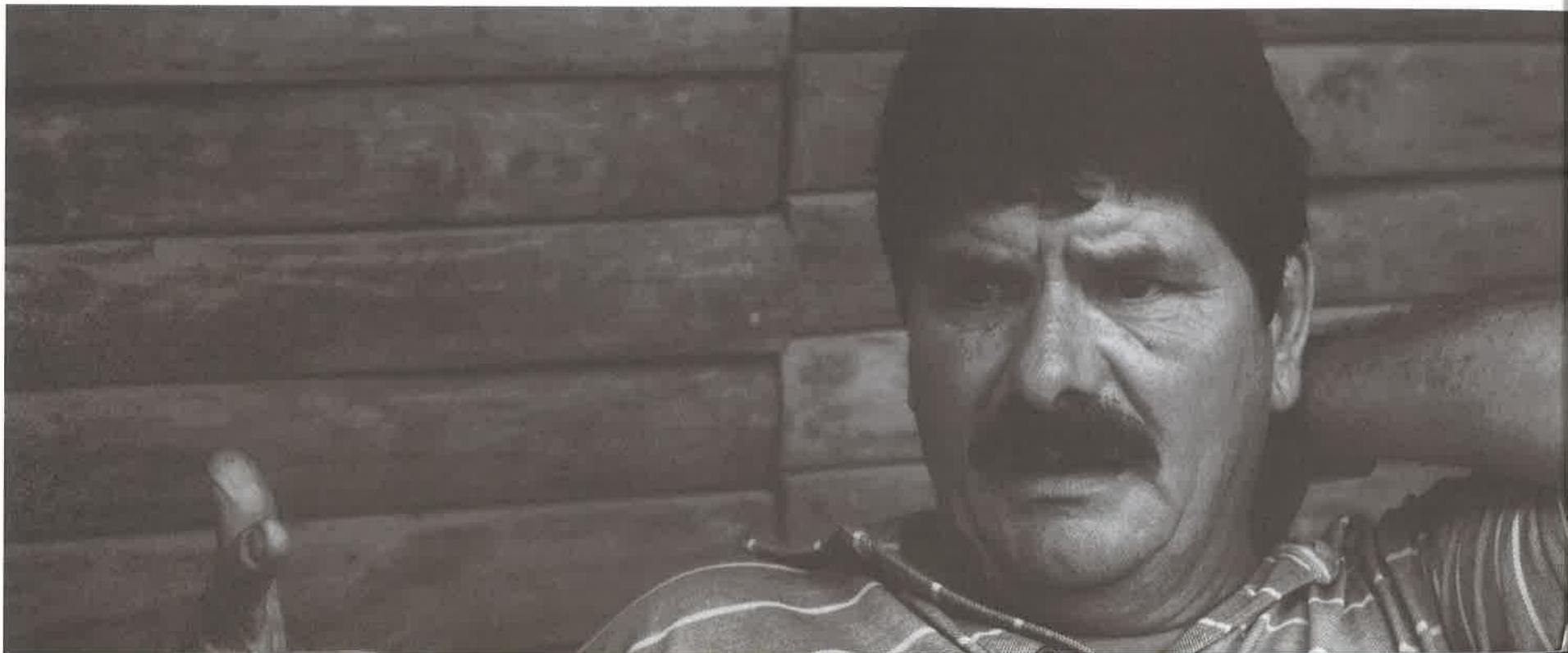
un profesor de campo en el colegio, que me habían buscado porque mis notas eran excelentes.

Me fui porque el ambiente bananero te absorbe. Después de un año de andar bajo de esa capa de banano, a uno le da miedo salir a San José. Hay bananeros que se quedan 25 y 30 años, porque ya no saben si afuera son capaces de dar un paso. Después de un año de estar metido en bananales, da miedo salir. Ese techo de banano, la plata y la juerga todas las semanas, el montón de muchachas... Esas facilidades te absorben, hay que tener una visión clara de qué es lo que uno quiere. Uno se vuelve casi como una mata de banano.

Trabajé en el colegio todo un año. Llegó noviembre y nos dice el Padre Chacón: “Díay muchachos, nosotros no pagamos las vacaciones, hay que irse y en marzo los llamamos para ver si los ocupamos.” “Ah, no, a mi no me ocupa ya en marzo, ya me voy, hasta luego, muchas gracias.” Eran ímpetus y era nada de temores, nada de preocupaciones. No sé si era la relación con mi padre, que era muy osado y no le tenía miedo a nada. Decía que uno se muere en cualquier momento. Me enseñó que los espantos no existen, que las culebras no pican de noche. Ahí andábamos por el río y decía: “No hijo, no hay que prender el foco, ellas no muerden, ellas no hacen nada.”

Esto fue a finales del 70, principios del 71. Tenía 22 años.

Había hecho el examen de admisión de la Universidad de Costa Rica cuando estaba en el colegio pero no había entrado. Al haber sido profesor y por las notas que tenía, tenía derecho de ingresar a la Escuela Técnica; si quería, tenía beca. Yo no lo iba a hacer, pero mi amigo Marco Tulio Hidalgo, que vivía en San Carlos, quería entrar pero no había encontrado cupo. Él trabajaba con el MAG en cuarentena agropecuaria, en Canoas. Entonces yo le dije: “Arreglame para colocarme en le MAG.” Y así fue. El fue a la Escuela Técnica, y yo, inmediatamente que él salió, entré a trabajar en el MAG, en



cuarentena. Bueno, trabajé en Canoas, Limón y Puntarenas.

Cuando trabajaba en Puntarenas, me metí a la Universidad de Costa Rica viajando desde Puntarenas a San Ramón. Entré a Estudios Generales con la intención de estudiar Economía Agrícola. Me fue bien en la universidad; me eximí en Generales, tuve beca de honor el segundo año. Fui presidente de la Asociación, fui miembro de la FEUCR. Llegué por el grupo Trabajo, de Liberación Nacional. Estuvimos un periodo muy corto porque cuando llegamos las votaciones se hacían en abril, y el XIV Congreso Universitario, que estaba dominado por la izquierda, aprobó que las elecciones se hicieran en octubre. Duramos un período de abril a octubre y no quisimos trabajar más por Trabajo. Fue la primera vez que le dimos la opción a la izquierda para que llegara.

Estuve como cuatro años en San Ramón, metido en actividades estudiantiles, luchando por la ampliación del Centro Universitario Puntarenas, estudiando un poco y otro poco dedicado a actividades extracurriculares, a la FEUCR, los congresos, la lucha. Pertenecía a la Juventud Liberacionista, éramos de los sandías de liberación: rojos por dentro y verdes por fuera.

Saqué Generales, todas las químicas, las orgánicas, biología, zoología toda la carrera de pre-agronomía. Rodolfo Navas, con quien habíamos sido compañeros en la FEUCR, me dijo que me trasladara a San José, a la sede central,

porque quería que yo fuera presidente de la FEUCR y agarrara el camino de la Juventud Liberacionista. Retiré los papeles y me fui para San José.

En ese momento Rodolfo era director de un departamento del IDA que tenía que ver con las broncas, el apaga incendios. La Vaca y La Vaquita estaban en manos de Rodrigo Ureña y los comunistas; los comité de campesinos que se formaron tenía muy mala relación con el IDA y había una situación muy tirante. Entonces Rodolfo me dijo que por ser yo campesino y comunicarme perfectamente con ellos, podía ayudarle a hacer un programa de promoción, a buscar reestablecer relaciones entre los campesinos y el IDA. Y claro, no tuvimos problemas. Nuestra relación con los dirigentes de izquierda no era difícil. Comenzamos a trabajar con comités por los puentes, a ayudarlos con la compra de los granos con el CNP que los trataba mal, con los centros de salud.

Después Navas me pidió que le ayudara a constituir COOPECOTOSUR, que era el primer proyecto maderero. Con Jorge Rodríguez, que venía llegando como ingeniero forestal de México, entramos a formar COOPECOTOSUR: él en la parte técnica y yo en la organizativa. Fue un proceso de ocho meses en la montaña convenciendo a gente de izquierda que pensaba que la cooperativas eran instrumentos de la pequeña burguesía, de que les convenía un modelo cooperativo. Logramos excluirla, pero al entonces Presidente Ejecutivo del IDA no le

gustó que la cooperativa quedara en manos de los comunistas y nos echaron a todos.

Entonces me fui por un tiempo a Río Frío, a donde había ido a parar mi familia. Algunos hermanos ya se habían ido a trabajar a San José. A mi tata y a algunos de mis hermanos mayores, casi todos solteros, se les ocurrió vender lo que quedaba en La Palmera y comprarse un negocito en Zapote. La familia se fue a vivir a San José, en una casa sin muebles ni colchón ni nada. Todo el mundo dormía en el suelo, en una espumita o en el piso.

El negocito era una mina porque estaba en la pura esquina y era el único que había ahí. Pero a mi tata, analfabeto y desprendido, si le pedían regalar la cabeza, la regaba... Entonces quebró. Unos hermanos se comenzaron a meter en drogas, otra hermana salió con una panza, en fin...

Llegó un momento en que mi mama se fue a San Carlos y dijo: "No vuelvo a San José." Se quedó donde el hermano mayor. Detrás de ella se fueron todos. Mi tata, que había pagado 45 mil pesos por el negocito, lo vendió en 14 mil a crédito y nunca le pagaron. Los que no, se quedaron en San José porque ya algunos se habían enredado.

Mis hermanos llegan a La Palmera, ya sin tierra ni nada y les dicen que hay un montón de tierra entre Horquetas de Sarapiquí y Finca 11, donde ahora es la famosa Colonia Victoria. Se organizan y se llevan un poco de

sancarleños y se meten a esas tierras. Ahí organizaron lotes de 10 hectáreas y comenzaron a trabajar. Hubo cierta refriega, un hermano estuvo en la cárcel de Heredia, pero no pasó mucho. Como eran liberacionistas y era el gobierno de Daniel Oduber, les dieron su parcela. Ellos le pusieron "Colonia Victoria" porque así se llamaba una señora de San Carlos que les ayudó mucho. Así terminó mi familia de parceleros del IDA, entre Finca 11 y Horquetas. Uno de mis hermanos se fue a trabajar a Guápiles, otros se quedaron en La Palmera, otros en Ciudad Quesada y por acá.

Salgo del IDA en el año 81 y comienza una etapa totalmente distinta.

Los compañeros de COOPESUR, de La Vaca y La Vaquita —con los que había trabajado formando la cooperativa—, me invitan a trabajar con ellos. Toda la lucha en el sur, primero con los bananeros y después con los campesinos, había sido dirigida por el Partido Vanguardia Popular. En ese tiempo se daban aquí luchas muy fuertes: se bloqueaban carreteras luchando por reivindicaciones de los productores de maíz, que habían volado la montaña y sembrado maíz y frijoles y les faltaban puentes, caminos, escuelas y centros de salud.

En algún momento me nombran a una Asamblea Nacional de Cooperativas Campesinas ligadas al IDA. Como funcionario del IDA yo las había conocido todas porque nuestro departamento se encargaba de promoverlas y de darles

seguimiento. En esa Asamblea prácticamente se toma la Federación: si bien se acepta un gerente del IDA, a mí se me nombra subgerente para ver que las cosas se hagan en beneficio de los campesinos y no como el instrumento de manipulación para controlar los movimientos campesinos. Cuando el gerente ve que lo sometemos a control, renuncia y termino asumiendo yo la gerencia de FEDEAGRO, Federación de Cooperativas Campesinas, del 81 al 86. La Federación era una mampara, no tenía nada propio, todo era del IDA: funcionarios, instalaciones, todo... Cuando comenzamos a independizarla, teníamos que dejar las oficinas del IDA y nos fuimos a unas casitas en Florida de Tibás... Hacíamos mercadeo de plátano, habían bodegas en el Mercado Borbón y comenzamos a administrarnos solos y a buscar otras salidas.

Pero además nos ubicamos, políticamente, del lado de los campesinos. Entonces, en el año 81, está efervescente el conflicto interno del movimiento cooperativo. Luchamos por crear la figura del cooperativismo asociativo o de autogestión. El concepto ni lo sabíamos, la gente decía "autocongestión". Nos costó romper con el cooperativismo tradicional, porque además ya teníamos el estigma de comunistas. Entonces había que crear un nuevo sector con su propia asamblea y con un puesto asegurado en la Junta Directiva del INFOCOOP. Fue duro pero fue interesante.

Desarrollamos una labor muy grande. Con campesinos de Guanacaste y de Upala que hoy son dirigentes importantes del movimiento campesino, formamos un grupo que se fue capacitando, se fue concientizando, fue entendiendo la realidad nacional. Eran productores de arroz, productores de maíz, pequeños productores con mil limitaciones. Llegó un momento en que ya no les compraban el arroz y quebraron.

FEAGRO había sido creada por el IDA para combatir las cooperativas comunistas creadas por la Universidad Nacional, pero cuando yo llego, más bien nos unimos con FECOPA. Hasta ese momento el IDA los había puesto a pelear. Iniciamos luchas juntos, con recursos de una y de la otra. UNACOP era una dependencia del INFOCOOP; le dimos autonomía, presupuesto, pero la reforma de esa ley nos costó millones y tuvimos la oposición de los partidos tradicionales. Además se convirtió en tema de lucha de la Asamblea Legislativa entre Liberación y la Unidad. El último acto que firmó Carazo en su gobierno, el 7 de mayo, en la Casa Presidencial, fue la reforma de la Ley.

Comenzamos a trabajar muy duro; éramos muy belicosos, éramos muy trabajadores. Con las cooperativas nuestras y de FECOPA, los pequeños productores del país, los productores de UPAGRA, indígenas de Talamanca, la Coordinadora Limonense, los compañeros de Guatuso y Upala, los compañeros de La Vaca y La Vaquita,

los de Puerto Jiménez, comenzamos lo que llamamos nosotros "la lucha del maíz", que fue entre los años 84 y 87. Con el apoyo de Convergencia –un grupo de intelectuales de la universidad, de la Escuela de Economía, de CEPAS– hicimos en el año 86 un análisis exhaustivo y vimos el problema que se venía, que ya no era que los bancos no tuvieran plata, sino la privatización del agro y que el país dejaría de producir.

El 17 de setiembre del 86 marchamos a la capital para exigir una reunión con la casa presidencial, que nos había cerrado totalmente las puertas para discutir el problema de los bancos, el problema de las tierras. En la marcha íbamos más o menos 800 personas. Los dirigentes –Carlos Campos, este servidor, Oscar Monge– exigimos que nadie podía caminar si no iba ligado a nosotros para evitar una infiltración, porque sabíamos que iban a infiltrarnos gente. Algunos estábamos en el segundo piso del Banco Nacional, estableciendo contacto con Casa Presidencial para ver si nos recibían, cuando llegó la Guardia, estaban recién entrenados en Chile.

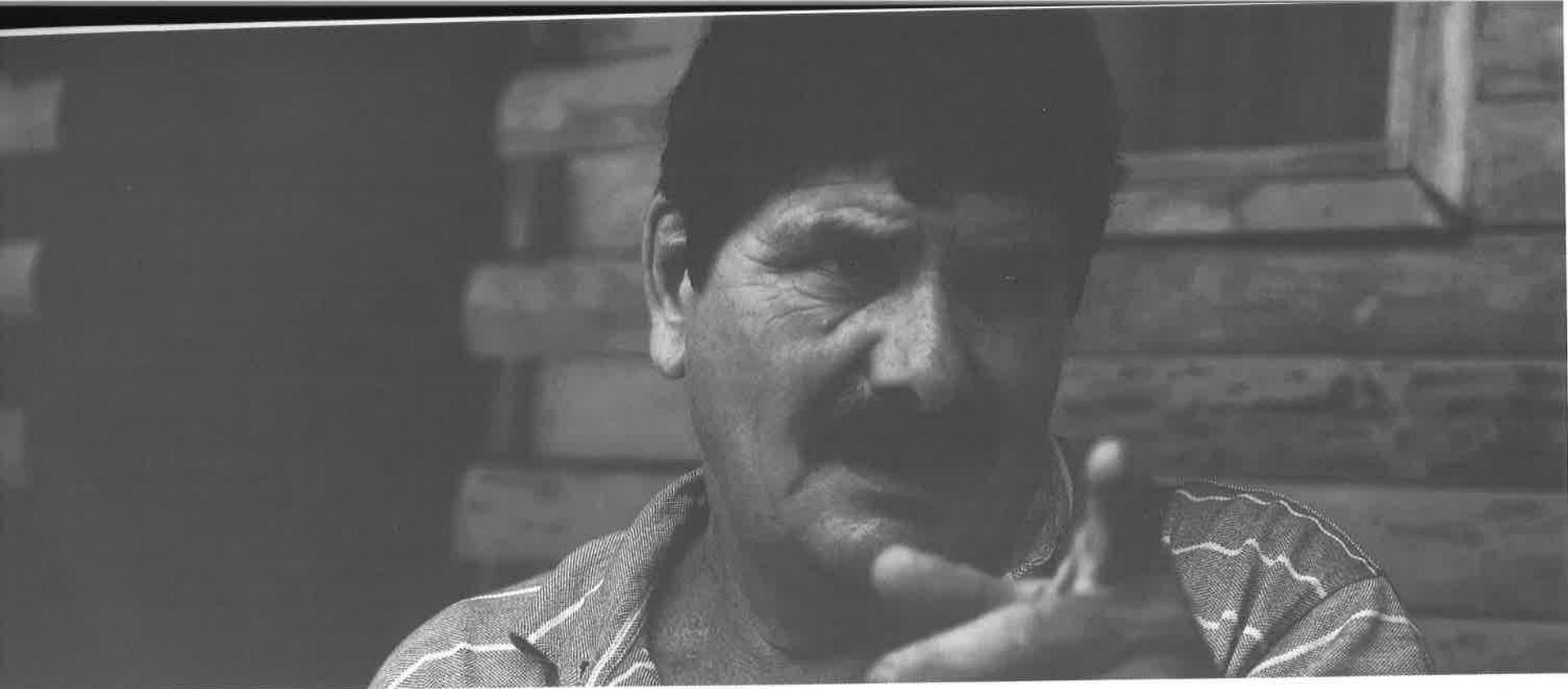
Entonces vino el famoso ataque de la Guardia, ahí en los bajos de Monumental, con gases, garrotes, represión, balazos, porque tuvimos siete personas heridas. La prensa nunca informó. Afuera eso se convirtió en una batalla campal porque la gente se molestó por la reacción de los guardias, muy encarnizada. Era la hora en que salían los empleados públicos y volcaron pa-

trullas. A las 7 de la noche no se veía un guardia en San José.

A la Catedral hubo que meterse por detrás porque las bombas lacrimógenas bloqueaban las puertas de la Catedral. Tuvimos que convencer al que administraba la Catedral de que no teníamos a dónde ir. Vino la toma de la Catedral por tres días, cuando Monseñor la tenía limpia y lavadita porque quería celebrar su 25 aniversario en la Catedral. Los que vivieron ese 17 de setiembre y los que vean el video, se darán cuenta de lo que pasó en San José. Era muy fácil decir que nosotros éramos del sandinismo y que pretendíamos afectar al gobierno.

A media noche llegó Calderón Fournier a decirnos que la Embajada Americana le estaba ofreciendo el poder porque el Gobierno estaba ya sin control, que qué pensábamos, que quiénes éramos nosotros. El Ministro de Seguridad se reunió después con nosotros y nos dijo: "Muchachos, no sé nada de lo que pasó." Y el Coronel Paniagua, Jefe de las brigadas de choque de Liberación Nacional, murió esa noche de un ataque al corazón y lo enterraron calladamente.

Negociamos tres días con un nuevo Ministro de Agricultura y como resultado de eso se elaboró un documento que se llamó Diálogo Permanente, ahí está para la historia, donde convencimos al Ministro de que producir la comida nacional era lo más importante. Pocos días después eso le costó el puesto al Ministro. Primero renunció,



en actitud amenazadora, el Presidente del Banco Central, que era el que estaba imponiendo los Tratados de Ajuste Estructural y era contra el que peleábamos. A él le decíamos: “Usted va a dejar sin fuentes de trabajo a 100 mil familias campesinas que viven del maíz, del frijol y del arroz y se van a venir para la capital.” La gente reconoció que no éramos quinta columna sandinista.

Exactamente un año después, el 1ro. de setiembre de 1987, fuimos a Casa Presidencial a entregarle otro documento al nuevo Presidente, Oscar Arias. Nos iba a recibir por diez minutos y eran dos, tres horas y ahí estábamos debatiendo con él. La situación se había agravado: había

treinta mil hectáreas llenas de langosta que se había comido el arroz y no había cómo combatir. Ya comenzaba a notarse la situación de desempleo en el campo. No quiso ayudarnos; dijo que a lo único que se comprometía era a no echarnos la Guardia como nos había pasado un año antes.

Ese año encabezamos el desfile del 15 de setiembre en San José. No fue tantísima gente, pero sí fuimos unos quinientos. Ahí nos quedamos como quince días en la Catedral. Hubo huelga de hambre de campesinos. Lo único que pedíamos es que el país conociera los documentos firmados con los organismos financieros internacionales para que se viera que ahí estaba la razón de todas las desgracias que venían.

Algunos grupos de la izquierda, no todos, nos apoyaron, porque siempre dijeron que éramos un grupo de dirigentes sin preparación, sin formación, sin experiencia.

El crédito para los campesinos se cerró no porque los bancos fueran ineficientes, sino porque la política era quebrar a los campesinos para vender esas tierras a las transnacionales que venían a sembrar otros productos: piña, más banano... Incluso liberaron al IDA para que los campesinos dueños de parcelas pudieran vendérselas a las transnacionales o a los bananeros nacionales.

Desde el punto de vista alimentario, todavía hace 15 años se dependía me-

nos; teníamos para nosotros y exportábamos un poco. Históricamente esa es la mejor estrategia, el hambre. ¿Quiénes ganaron las guerras en Egipto? Quienes tenían las bodegas llenas. Por hambre o por sed cualquiera entrega su arma. Esa es la mejor estrategia de dominación.

A partir de eso yo me ligo a un proyecto de seguridad alimentaria con UPAGRA, en Guácimo y toda la Zona Atlántica. Se consigue una donación de Canadá y comenzamos a impulsar, parcela a parcela, cultivos, pequeñas áreas de una o dos hectáreas, de arroz y maíz. Con el apoyo del CSUCA, el Consejo Superior de Universitario Centroamericano, se desarrolló un proceso de recuperación de la cultura

del maíz. En todo el Atlántico desarrollamos un esfuerzo que nos permitió llegar a junio de 1988, cuando hicimos el gran movimiento de Guácimo.

Por quince días paralizamos Guácimo: se fueron las autoridades, administramos, cerramos las cantinas, creamos un gobierno local. Fue una de las experiencias que este país talvez no conoce, pero es lindísimo tener un pueblo gobernado sin guaro, porque como la gobernadora no quiso cerrar las cantinas, nosotros las cerramos. Fuimos con garrote y cuidamos Guácimo quince días, porque la Guardia salió corriendo y nos dejó hasta la radio. La gente se reunía en el parque como en el ágora.

Pero se acabó: negociaron, le pagaron a los campesinos cuatrocientos millones por la pérdidas que habían tenido de granos y tubérculos debido a las inundaciones. Ahí se acabó UPAGRA, un movimiento campesino patriótico, con una capacidad de lucha que sorprende, la unidad, la decisión, la capacidad organizativa, la convicción y la confianza de la gente en toda esa zona.

No sé qué hubiera pasado si la Guardia nos ataca, porque hicieron intento y les dio miedo... Cuando terminamos teníamos alimentos, ganado que nos habían dado, arroz para pilar, palmitos. Podíamos habernos sostenido el tiempo que quisiéramos.

Después me vine de nuevo a trabajar con el movimiento cooperativo. Supe

que se había formado COOPEUNIORO, donde entraron muchos bananeros de la filial sindical de aquí y alguna gente conocida del cooperativismo de San José.

En ese tiempo Parques Nacionales era una dependencia del Ministerio de Agricultura y estaba llevando a cargo el desalojo de Corcovado. Entonces yo fui de los que peleé para que se hicieran cooperativas de oreros como una de las alternativas para seguir ahí. Nos sentamos a ver cuál era la historia, qué había pasado. Ellos estaban en Cerro de Oro, se llama así porque supuestamente donde quiera que uno escarbe encuentra oro. Eso está a catorce kilómetros al sur de La Palma, en el centro de la Península. Es el último lugar a donde llega la ruta, de ahí para adelante solo sigue bosque.

Iniciamos un proceso de evaluación: valorar cuánto costaba la reparación de las máquinas, buscar los repuestos, hacer las licitaciones... Reparamos algunas máquinas pequeñas porque las grandes ya no tenían reparación. Cambiamos el modelo, que era de cooperativa abierta, a cooperativa de autogestión: el que estaba ahí tenía que trabajar. Y comenzamos a cambiar las costumbres, a cuidar el ambiente, a sembrar comida, a sembrar árboles, a darle un matiz de campesino, porque coincidimos varios compañeros que teníamos origen campesino, no una trayectoria de oreros ni de bananeros.

Trabajamos con oro un año y medio, pudimos subsistir porque llegó una

compañía japonesa que nos alquilaba las máquinas por la noche. Ellos se asociaron con nosotros, trabajábamos a medias, les dábamos un porcentaje y cuando ocupábamos máquinas nos las alquilaban, las nuestras no servían. Administramos bien los recursos e incluso aprovechamos para comprar algunas tierras para conservación. Mejoramos la comunidad, le dimos un respeto diferente, reglas de comportamiento.

Después los japoneses se fueron porque se acabó el oro. Paramos las máquinas el 22 de marzo de 1992... Con los compañeros habíamos venido analizando que eso no tenía futuro y que ahí no había otra actividad más que el ecoturismo. Sobrevivíamos oreando a mano mientras tanto; habían promesas de fondos del MINAE y otros para desarrollar la actividad. La Comisión Permanente de Cooperativas de Autogestión decidió asociarse con nosotros. Era una forma de colaborar y, como el fondo tenía plata, nos comenzaron a meter plata para remodelar las casas, para comprar un mobiliario mínimo, colchones, trastes mínimos.

The Nature Conservancy daba fondos a Parques Nacionales por medio de la Fundación Neotrópica; a ellos les presentamos un proyecto para promover el ecoturismo en las zonas limítrofes de las Áreas Protegidas. Era una forma de proteger el Parque, creándole amigos en lugar de enemigos. Lo vieron bien y nos financiaron, no sólo a nosotros, sino otras experiencias de ecoturismo.

Entonces algunos grupos que iban para Corcovado, la misma Fundación Neotrópica o la UCI, Universidad de Cooperación Internacional, comenzaron a recibir información y a enviarnos grupos. Y fuimos metiéndonos en eso con muy buen suceso.

Al final servimos de modelo porque comenzamos mezclando la prestación del servicio de ecoturismo con recuperación de especies nativas; incluso la siembra de comidas, hortalizas, la agricultura orgánica, el manejo de desechos. Todo eso lo fuimos implementando. Hay muchos albergues hoy en día que lo están haciendo, pero hace catorce o quince años el único albergue similar que había en el país, era Rara Avis.

La Cooperativa se convierte en un motor de desarrollo para la comunidad y además la gente quiere ir a ver ese modelo: los campesinos, la gente, el MINAE... Y la gente de Neotrópica los lleva para que vean ese modelo que estamos desarrollando ahí: lo que estamos sembrando y el ganchito del viejito de las plantas medicinales y las hortalizas y tal. La gente comienza a ver que es posible hacer esto, nosotros aliados del Parque y llevando turistas... A veces contrataban oreros para que les llevaran las maletas y las señoras de los oreros, cocinando. Antes se decía que el turismo era solo un asunto de millonarios y de extranjeros.

Fue una experiencia muy linda. Inspirado en eso se formó COOPRENA, Consorcio Cooperativo de Red Ecotur-

rística Nacional. Hoy esa experiencia es un referente de agroecoturismo del mercado nacional, pues hicimos nuestros propios parámetros de categorización de lo que es ecoturismo y hemos servido de escuela.

Cuando llegué a la Península, me conocían por las luchas del maíz y por haber formado COOPEPALMA. Entonces me vinculan al Área de Conservación de Osa: recién se estaba recién formando el CRACOSA, el Consejo Regional del Área de Conservación de Osa, y me llaman y comienzo formando parte con doña Marielos Villalobos, con Cecilia Solano y otra gente de la Península. Nosotros tomamos ese instrumento y lo multiplicamos, lo ponemos casi a la par del MINAE; somos un interlocutor muy fuerte, con mucha capacidad y con el respaldo de FECON y AECO y todas las organizaciones de San José.

Empezamos a aprender, a analizar y a desmenuzar los planes de manejo, a estudiar la Ley Forestal; con el apoyo de alguna gente, del INBIO, de las universidades, nos convertimos en gente con capacidad de debatir en cualquier foro...

El MINAE crea tres sub-regiones: la de Palmar, la de Coto y la de la Península; con un proceso de dos años de concientización, nosotros establecemos un Consejo en cada subregión. Con fondos que vinieron del exterior, se crea FICOSA. Al principio hicimos los dos procesos juntos; después dijimos que

FICOSA es el brazo productivo económico y CRACOSA el brazo político.

Eso lo lleva a uno a gran cantidad de luchas, a gran cantidad de propuestas. El asunto alcanza su clímax de deterioro cuando se les ocurre darle licencia a las municipalidades para que extiendan permisos de extracción maderera y guías. Comienza el desastre con la corrupción que hay dentro de las municipalidades: no tienen ingeniero forestal, el MINAE se lava las manos... No daban abasto para los ciento y resto de planes de manejo que tenían que estudiar, no tenían capacidad para darle seguimiento ni siquiera a tres planes. Pero vienen los permisos dados por las municipalidades, sobre todo la de Golfito. Un horror, los regidores andaban con las boletas y ellos cobraban y se dejaban la plata. Nosotros dábamos informes, se hicieron videos y la universidad y algunos voluntarios extranjeros hicieron estudios de las toneladas de tierra que se estaban yendo por las trochas madereras. Esto se vuelve incontrolable, las denuncias en la prensa, Canal 7 viene, hacemos videos con Canal 6, denunciemos la barbarie en los patios de madera, sin fichas, sin control.

La primer señal que se prendió fue cuando trajimos al Ministro del Ambiente. Él había mandado a hacer una inspección aérea, mandó algunos expertos a ver qué pasaba, si lo que decíamos era cierto. Le dijeron que nos habíamos quedado cortos, que era un desastre ecológico lo que estaba pasando en la Península y sus alrededores.

Al final hicimos un trabajo donde se recomendaba parar eso y se acogió la recomendación. A partir de entonces las municipalidades ya no pueden extender permisos, si no, no habría un solo árbol. Todavía un año después andaban algunos regidores con permisos en la bolsa.

Se decretó una veda para determinar qué estaba pasando. Después la Ministra Odio dijo que por cada plan de manejo había que hacer un estudio de impacto ambiental. Eso estaba en la ley pero no lo habían querido aplicar.

Después nos involucramos en la promoción de la Ley de Biodiversidad, que recogía muchas inquietudes y preocupaciones que habíamos venido manejando en el tema ambiental. Esa ley no sólo garantizaba a la sociedad civil participación legal y orgánica dentro de la estructura de las Áreas de Conservación, sino que venía a proteger algunos derechos de las comunidades las indígenas. Nos metemos, de alguna manera participamos en las consultas que hay sobre la Ley de Biodiversidad.

Cuando nosotros comenzamos con el ecoturismo, y por tres o cuatro años, había que decirle a la gente: "No tenemos campo, lo sentimos, si vienen y se quedan en una tienda, por comida no hay problema, pero no tenemos campo..." El albergue era para veinte, veinticinco personas, treinta si eran estudiantes... Alguna gente nos decía: "¿Porque no crecen? ¡Hagan un albergue nuevo!" "No, porque entonces no vamos a poder tratar a la gente, no

vamos a poder dedicarnos a sembrar plantas, vamos a tener que dedicarnos al cliente y nosotros queremos tiempo para nosotros, para disfrutar este lugar."

Todavía en ese momento el INBIO, la OET y la Neotrópica nos traían clientela: el INBIO estaba haciendo sus inventarios, hacía cursos para taxónomos en Cerro de Oro y nos pedían, por ejemplo, monitorear árboles a ver cuándo florecían para ir a tomar muestras. Había demanda de servicios. Pero todo el mundo comienza a copiar. Algunas ONG crearon albergues y nos desplazaron a todos.

Con la disminución del turismo y la gran competencia, las familias ya no tenían de qué vivir y comenzaron a irse... Además algunos hijos crecen, deben ir al colegio, otros se devuelven a San José de donde venían. La situación de vivir en Cerro de Oro, sobre todo en invierno cuando no hay ingresos y no hay con qué comer, es difícil y no todo el mundo está en capacidad de aguantar eso.

Finalmente la cooperativa queda disuelta. Ahí está, la hemos mantenido, y ahí seguimos haciendo campamentos y está el sueño presente. Ahí está el lugar para quien quiera llegar. Si alguien me dice: "Voy con un campamento la otra semana", le digo: "Vaya, pida las llaves, lleve la comida, ahí está la cocina... Háganse dueños de eso por el tiempo que estén ahí, cuidenlo, protéjanlo, eso es un proyecto que no tiene propiedad, es del que quiera cuidarlo y

quiera valorar dieciséis, diecisiete, dieciocho años de trabajo, de experimentación con plantas, de reforestación, de recuperación de especies, tantas cosas que hay ahí...”

En el plano personal, yo me casé en el 77 y mi familia siempre ha estado en El Roble de Puntarenas. Durante estos años he salido a verlos cada mes y, si la situación me lo permite, voy cada quince días, durante dos, tres días, cuando estoy haciendo diligencias a San José, y si es muy dura voy cada mes y medio. Pero mi mundo ha sido este. Mi hijo, cuando no estaba en la escuela, se venía en vacaciones, y mi hija y mi esposa en Semana Santa. Pero yo realmente he estado solo.

Hace cuatro años me puse a estudiar derecho... Aquí hacía falta alguien ligado a este tema y que no tenga miedo. Haciendo un gran esfuerzo, saliendo de madrugada, viajando de noche y durmiendo por ahí, pude terminar. Estoy en las últimas dos pruebas de grado. Ahora estoy colaborando con ASOCOVIRENAS, apoyando a Marcos Castro, acompañándolo en algunos casos. La idea es darle seguimiento a los expedientes, buscar testigos, presentar las denuncias. Vamos a atacar asuntos para que después de dos años el MINAE no diga que no sabe dónde está el expediente judicial. Me he metido en una relación muy directa con el Procurador Ambiental, ahora vamos a tener relación con la Contraloría... En el tiempo que llevamos, ya vemos resultados positivos.

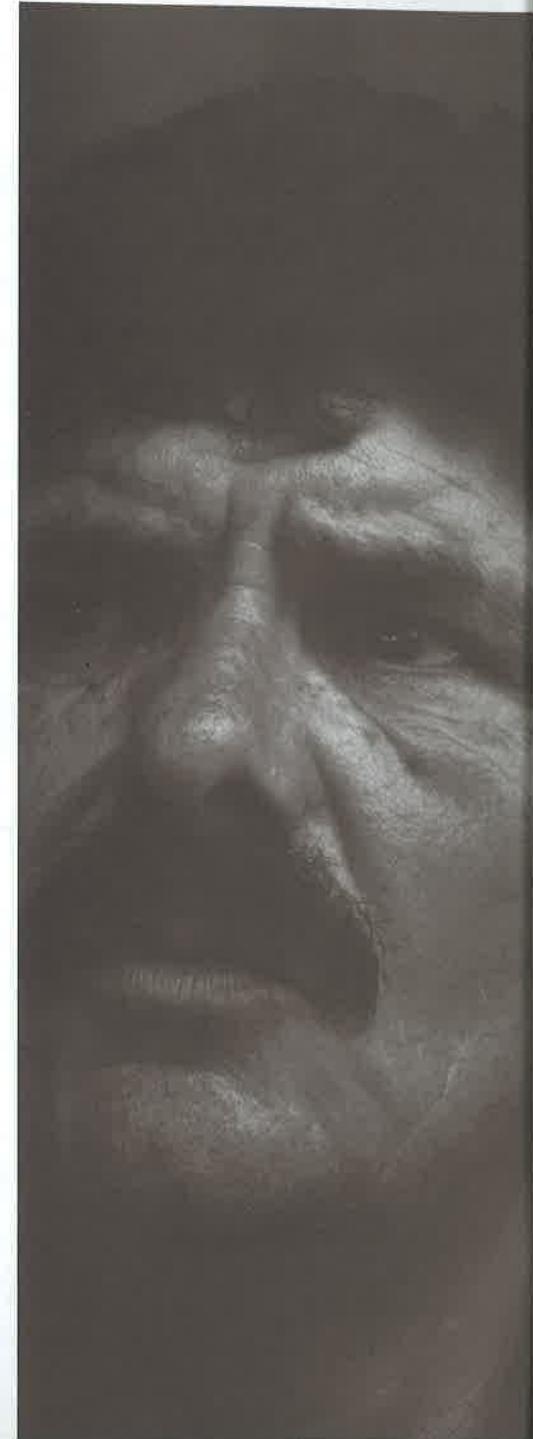
Orgánicamente nunca he estado ligado a COVIRENAS, pero pronto lo seré, no sólo porque trabajo con ellos, sino porque siento el orgullo. Si la intención del ministro que hizo los COVIRENAS fue tener un apoyo gratuito de la sociedad civil, con cierta capacidad legal de actuar, con el compromiso de actuar, al final de cuentas eso se convirtió en un instrumento sumamente valioso y creo que habrá que crear condiciones más propicias para que tengan mayor presencia, mayor vigilancia y mayor apoyo.

Hay que fortalecer esa conciencia en la sociedad civil, es el mejor instrumento: la sociedad civil con poder y capacidad. Porque no se trata sólo cumplir una función directa, es entender, capacitar, comprometerse y entrar en otros estamentos del conocimiento. Imagino a los COVIRENAS participando en las actividades de la Agenda 21, cambio climático y otros.

Después de que la Stone perdió la batalla, aquí hubo una gran caída. Pareciera que la organización de la sociedad civil sólo se activa en función de amenazas Siempre hay luchas, siempre hay luchas pequeñas: que se quiere instalar mega hoteles en la Península, que vienen las marinas. Hay grandes visos de que podamos ganar esa lucha contra las marinas en primera instancia, pues esa ley es inconstitucional, es una aberración: privatiza las aguas del mar sin que nadie pueda entrar ahí. En otros lados es la pesca de los taiwaneses, aquí es la lucha por defender este Golfo de todas las amenazas.

Las granjas atuneras están paradas de momento. A lo largo de todo este periodo, a nivel de denuncia por lo menos, también está la preocupación por lo que pasa con la zona marítimo terrestre, con los humedales. Podrá parecer contradictorio, pero hay ONG extranjeras que se están apropiando de nuestros mejores recursos con el cuento de ayudar a preservarlos. En la Península ya no manda ni el MINAE ni las organizaciones locales, los que mandan son algunas ONG que, a punta de millones —dizque para proteger esos recursos naturales—, se están apropiando de los recursos. El Corredor Biológico de Corcovado-Esquinas, es nada más y nada menos que la mampara para apoderarse de todo y eso lo tenemos claro.

Espero que pueda combinar esta disposición con el conocimiento legal y con los instrumentos legales que en una sociedad como la nuestra son tan importantes, y que bien usados, usados oportunamente, pueden potenciar los resultados de esta lucha. Esa es la esperanza y mientras eso suceda, uno sigue siendo cada día más joven.







## Breves palabras finales

Faint, illegible text in the left column of the green section.

Faint, illegible text in the right column of the green section.

Unas pocas palabras para concluir. Quizás convenga reiterar que, lejos de ser una “sistematización”, lo que aquí intentamos ofrecer es simplemente una “presentación” en donde los protagonistas expresan y asumen su palabra. Corresponde a los eventuales lectores de este libro “sistematizar” —es decir, discriminar, organizar, seleccionar con un criterio particular— la información aquí contenida. Escogimos este camino pues estamos convencidos de que los materiales que aquí ofrecemos son susceptibles de tantas aproximaciones como puntos de vista, disciplinas o perspectivas metodológicas se adopten. Habrá quien quiera examinarlos bajo la perspectiva de los estudios de género; habrá quien desee hacerlo desde el punto de vista de las luchas ambientales, de la historiografía de los movimientos populares, de la Historia Local, del psicoanálisis, de la historiografía de las migraciones internas o de las actividades agrícolas y productivas en la Zona Sur, etcétera. Hay aquí un conjunto de materiales de indudable riqueza para quienes deseen adentrarse en ellos.

Guardando todas las distancias y con las debidas salvedades, quisiéramos inscribir nuestro trabajo en la tradición que inauguraron en Costa Rica las “Autobiografías Campesinas” publicadas por la Universidad Nacional a inicios de la década de los 80. Bien es verdad que se trata de aproximaciones diferentes a la historia personal, pues aquí la palabra oral y la existencia de un interlocutor condicionan el relato. Más aún el hecho de que la organización final del mismo sea propuesta por el editor. Aún así, esperamos no pecar de pretenciosos si evocamos aquel maravilloso proyecto pionero como nuestro referente.

No queremos sugerir con lo anterior que el movimiento COVIRENA es aquí tan sólo un pretexto. Mediante estos quince “retratos” individuales, se dibujan las principales características y los grandes trazos de la historia del movimiento COVIRENA en la Zona Sur del país. Aunque de manera sucinta, a continuación aventuramos algunos comentarios inevitables sobre el particular:

#### 1) Preeminencia de agricultores y campesinos.

Desde el punto de vista de sus ocupaciones, de sus actividades productivas, la inmensa mayoría de los entrevistados son o han sido agricultores y campesinos. Mediante sus relatos es posible trazar, a grandes rasgos, las vicisitudes de la actividad agrícola en la Zona Sur de Costa Rica.

Muchos de ellos no dudan en reconocer que sus “raíces culturales” campesinas comportan prácticas altamente destructivas con el ambiente y que su vinculación con el movimiento COVIRENA fue el resultado de (o bien catalizó) una transformación de su visión, valores y prácticas productivas.

En varios relatos se expresa con claridad la intención de reparar o compensar, mediante la actual vinculación con el movimiento COVIRENA, los daños causados en otras épocas de la vida al entorno natural.

El caso de María Estelia González y la asociación APIAPU es singular, pues su vinculación con el movimiento COVIRENA y ambientalista en general, deriva directamente de su práctica productiva: extracción de pinguas en los manglares aledaños a Golfito.

#### 2) Diversidad y pluralismo.

Sin embargo, tanto como predominantemente agrícola y campesino, el movimiento de los COVIRENA en el Sur de Costa Rica es, asimismo, plural y diverso desde cualquier otro punto de vista que se lo considere. Desde la perspectiva etaria, por ejemplo, incorpora desde jóvenes (Eduvigis Pomares) hasta personas mayores (Enrique Beita o Cristino Lázaro), con una clara preeminencia, al menos entre el grupo de entrevistados, de personas entre los 40 y los 50 años de edad. Cuatro mujeres contra once hombres constituyen una apabullante mayoría de hombres, al menos entre los entrevistados. En su relato, Roxana Villegas Castro se refiere a esta disparidad y argumenta que, aunque menos visibles, las mujeres han participado activamente en las luchas libradas por los COVIRENA.

Más interesante resulta destacar la pluralidad de orientaciones políticas y de fuentes ideológicas entre los miembros del movimiento COVIRENA, principiando por el esoterismo gnóstico, pasando por el catolicismo comprometido, hasta los movimientos populares y el sindicalismo comunista de los años 70 y 80. Imposible dejar de anotar aquí la significativa presencia de miembros de los cultos pentecostales, aunque esta adhesión parece funcionar más como un “compartimiento estanco” sin vinculación efectiva con los movimientos ambientales.

Puede señalarse también que entre los COVIRENA encontramos tanto a personas cuyas propiedades fueron invadidas en algún momento por precaristas (Enrique Beita), como a otras que en algún momento

recurrieron a esa práctica (María Estelia González, Oldemar Araya) o dirigieron invasiones de tierras (Marcos Villegas Castro).

Aunque se trata de una sola persona, debe destacarse la presencia del indígena boruca Cristino Lázaro Rojas. Además de ofrecernos las grandes líneas de la historia de su comunidad, su relato –por momentos perspicaz e irónico– revela algunos conflictos de índole cultural en torno a la figura de los COVIRENA, en particular, el tema de la autoridad tradicional y su relación con nuevas figuras y roles de autoridad surgidos al amparo de las instituciones públicas.

De la misma forma, cabe destacar la presencia de un inmigrante europeo (Giulio Ranalli) y de un inmigrante salvadoreño (Omar Memphis Henríquez), cuya vinculación con el movimiento COVIRENA y las luchas ambientales en la zona es de larga data.

### 3) Sinergia con el sector ecoturístico.

Una de las más claras conclusiones que se desprenden del conjunto de relatos aquí reunidos, es la estrecha relación que se ha establecido entre el sector “ambientalista” y el sector ecoturístico en la Zona Sur de Costa Rica. El tipo de desarrollo turístico que hasta el día de hoy predomina en esa región del país así lo determina. Como se desprende de los relatos de los residentes de la zona de Drake, algunas de las primeras organizaciones “conservacionistas” surgieron por iniciativa de hoteleros extranjeros.

Debe destacarse que al menos seis de los entrevistados tienen o han tenido vínculo directo con la actividad turística (Cristina Caamaño, Oldemar Araya, Ricardo Araya, Edivigis Pomares, Martín Pérez y Giulio Ranalli), y que para varios de ellos el turismo constituía, al momento de realizarse las entrevistas, su principal actividad económica.

### 4) Ambigüedad del estatuto y límites del voluntariado.

De maneras muy diversas, varios entrevistados expresan su perplejidad, disconformidad o confusión respecto al estatuto de los COVIRENA. De manera reiterada surge el reclamo por la ausencia de apoyo (financiero, logístico) por parte del MINAE. La conformación de asociaciones de COVIRENA, sugerida por el mismo MINAE como vía para obtener recursos y autonomía, resuelve parcialmente la situación, puesto que finalmente se trata de “asociaciones de COVIRENA”. ¿Existe alguna

diferencia entre una “asociación de COVIRENA” y cualquier otra ONG local de corte ambientalista? Tal parece que esta ambigüedad de ser un “movimiento de la sociedad civil” surgido a instancias y bajo el cobijo de un ministerio, constituye una marca de nacimiento y acompaña al movimiento COVIRENA desde su origen.

Otro tanto cabe decir de la condición de voluntariado de los COVIRENA. Si bien ningún entrevistado sugirió que su participación debería ser remunerada, muchos expresaron frustración por el carácter subsidiario de sus actividades “conservacionistas” y su obligación de dedicar la mayor parte de su tiempo a las actividades económico-productivas. Sin duda esta reserva no es exclusiva de los COVIRENA y puede extenderse a cualquier institución basada en el voluntariado.

El tema del acceso a recursos económicos y su administración y control es relevante. Por su naturaleza misma, muchas de las actividades de los COVIRENA requieren movilizaciones, permanencia en otros sitios, etc. Sin los recursos mínimos, estas tareas son imposibles de realizar. Asimismo está el tema de los riesgos que, por las funciones que cumplen, los COVIRENA deben asumir. Muchos de estos temas permanecen dentro de la más completa ambigüedad.

### 5) Vínculo con otros movimientos.

De los relatos aquí incluidos, se desprende que el movimiento COVIRENA en la Zona Sur de Costa Rica tiene un estrecho vínculo con otros movimientos sociales, políticos y ambientalistas del país. Entre ellos cabe señalar:

#### a) La organización sindical y política comunista.

La actividad bananera en la zona, desplegada durante más de medio siglo, propició el surgimiento de un vigoroso movimiento sindical y político de inspiración y orientación comunista. Si bien este se desmembró casi por completo tras el retiro de la Compañía Bananera a inicios de la década de los ochenta, su legado permanece en la memoria colectiva y en la experiencia personal de muchas personas en la región.

En el caso concreto de los COVIRENA de la Zona Sur, el liderazgo ejercido por Marcos Villegas Castro, antiguo dirigente y militante del Partido Vanguardia Popular, resulta determinante. Su testimonio es revelador de las reservas iniciales y la posterior asimilación creativa y

transformadora que realizó él del pensamiento ambientalista, y arroja interesantes luces acerca de sus expectativas y del horizonte futuro que visualiza para el movimiento COVIRENA.

b) El movimiento cooperativista.

En diferente medida, el movimiento cooperativista está presente y juega un papel significativo en la vida de varias personas que nos ofrecen su historia en las páginas precedentes (Ricardo Araya, Isidro Barboza, María Estelia González, Marcos Villegas Castro.) En algunos casos tal vínculo parece puramente circunstancial, pero en otros ha dejado una profunda huella en los valores, las prácticas y la cultura organizativa de los protagonistas.

c) El movimiento ambientalista previo.

Un buen número de los relatos incluidos aquí, revelan que las luchas ambientalistas previas a la constitución del movimiento COVIRENA tuvieron un papel determinante para la adscripción a ese movimiento. En particular la lucha contra la Stone Forestal, liderada por la Asociación Ecologista Costarricense, AEEO, constituye un referente ineludible y cataliza la vinculación de varias personas con el movimiento ambientalista local.

Más, difusa, y sin embargo presente en su legado, aparece también la resistencia campesina contra la compañía Osa Forestal (Cristina Caamaño.)